

LAS ESTRELLAS SON LA ESTIGIA



Theodore Sturgeon

Título Original: The Star Are the Styx
Traducción de Lorenzo Díaz
© 1979 by Theodore Sturgeon.
© 1990 Ediciones Martínez Roca, S. A.
Gran vía 774 - Barcelona
Edición digital: Arácnido
R6 08/02

ÍNDICE

La Historia de Tandy © 1961 (Tandy's Story)

Regla de Tres © 1951 (Rule of Three)

La Educación de Drusilla Strange © 1954 (The Education of Drusilla Strange)

Granny No Quiso Tejer © 1954 (Granny Won't Knit)

Cuando Sonríes © 1955 (When You're Smiling)

El Claustrofobo © 1956 (The Claustrophile)

El Otro Hombre © 1956 (The Other Man)

Las Estrellas son la Estigia © 1950 (The Stars Are the Styx)

El Escalpelo de Occam © 1971 (Occam's Scalpel)

Deslumbrado © 1971 (Dazed)

*Para quien ha hecho
que todo lo peor,
que toda la espera
merecieran la pena:*
LADY JAYNE STURGEON

Introducción

Estos cuentos se publicaron en la revista Galaxy (excepto el que apareció en If, que viene a ser lo mismo). El nacimiento y desarrollo de Galaxy fue el suceso más importante de mi carrera en la ciencia ficción, quitando, naturalmente, mi encuentro con John Campbell a finales de la década de los treinta.

Galaxy fue creación de Horace L. Gold y creo que, por un tiempo, su vida. Cuando corrió la voz que él tenía una nueva revista, se vio inundado, agobiado, empantanado, con originales. Le pasó la mitad al difunto Groff Conklin y la otra mitad a mí. Groff y yo los leímos, escribimos comentarios y luego intercambiamos las pilas del papel. Después, volvieron a Horace, que los leyó e hizo la selección definitiva. No sé cómo lo hizo. No sé cómo podía hacer algo en esa época; no estaba bien, y soportaba cargas y tensiones que habrían acabado con más de un buen hombre. Pero cumplió plazos, pagó a sus autores y se negó coherentemente a comprar malos trabajos de sus amigos más íntimos durante todos los años en que dirigió la revista. ¿Qué más podría pedirse de un editor?

(Oigo una voz perdida en la niebla gritando: «¡Me encantaría tener un editor que mantuviera alejado su maldito lápiz azul de mi relato!»). Es cierto que solía hacer cambios ocasionales, y que entre ellos hubo alteraciones que dejaron clavados contra la pared a algún escritor y a algún que otro lector. De todas formas, aprendí que si quería que no metiera mano en una determinada frase o en una escena, bastaba con que escribiera «stet» al margen, un término de imprenta que significa «dejar como está». Y nunca dejó de respetarlo.)

Horace era un editor en profundidad, y con eso quiero decir que su preocupación iba mucho más allá de las letras negras sobre el papel blanco. Tenía en mucha consideración a la fuente de donde provenían. Pongamos sólo un ejemplo:

De cuando en cuando, un escritor tropieza con las circunvoluciones de sus intestinos literarios y cae de plano; no puede moverse, no puede escribir. Esto me sucedió debido a las maquinaciones de cierto senador disidente. Sus politiqueos me afectaron de una manera muy especial. Piensen un momento en el aserto de Asimov sobre que sólo hay tres clases de ficción: Qué pasaría si...; Si sólo...; y Como esto siga así... Siempre me he preocupado por la última, y estaba aterrado por haberla aplicado a los sucesos del país, no tanto por lo que pasaba en la actualidad, como por el potencial que entrañaba, que para mí era muy real. Y ahí estaba yo, atascado, pensando que tenía una máquina de escribir de gran calibre y la utilizaba sólo para entretener, y no se me ocurría ningún modo de usarla para que sirviera de algo.

Horace me llamó un día, preocupado, y le derramé todo encima. «Bueno, te diré lo que vas a hacer —dijo—. Escribe una historia sobre un tipo que va a la estación de autobuses para recoger a su mujer, que ha estado fuera el fin de semana. Y llega el autobús y el sitio se llena de pronto de gente. Y ve a su mujer entre la multitud, hablando ansiosamente con un joven. Ella ve que se acerca su marido y le dice algo al joven. Éste le entrega la maleta, se toca el sombrero y desaparece entre la gente. Ella echa a correr, se reúne con su marido y le saluda con un beso.»

«Escríbeme esto, Sturgeon, ¡y toda la gente del país sabrá lo que sientes por ese senador chiflado!»

Bueno, pues durante un momento me quedé tan perplejo como debes estarlo tú ahora. Pero poco a poco caí en lo que quería decirme. Era lo siguiente: si tienes auténticas convicciones, si de verdad crees en algo, eso acabará saliendo a la luz, sin importar sobre qué estés escribiendo.

Nunca creé la historia de la estación de autobuses. En vez de eso escribí una que, a juzgar por las cartas recibidas (algunas de ellas llenas de odio), dio de lleno en el blanco. Y desde entonces he escrito lo que he querido, seguro que mis convicciones acabarán trasluciéndose mientras siga siendo un ser humano que crea en algo. Preocúpate de eso, y esa cualidad llamada mensaje, o significado, se preocupará de ella misma.

Creo que encontrarás ese toque especial de Horace Gold por todo este libro. Así lo espero.

Me gustaría hacer extensible mi caluroso agradecimiento y mi estima a Don Bensen y Jim Frenkel, editores tan extraordinarios como generosos y pacientes; a Paul Williams que, con su voluntarioso esfuerzo, ayudó a que esta antología viera la luz del día; a Rowena Morrill, por su extraordinario pincel, hermoso y sensitivo; y principalmente y como siempre, a mi incomparable Lady Jayne.

THEODORE STURGEON
Junio de 1979

LA HISTORIA DE TANDY

Uno está condicionado a ser austero y objetivo en las presentaciones de sus cuentos; no sé por qué, ni quién tuvo semejante idea, pero de alguna forma se supone que no resulta «apropiado» (palabra que odio bastante) mostrarse uno mismo y su corriente sanguínea a la vista del público.

Bueno, pues, yo digo que al infierno. La mayoría de lo que escribo se realiza por el simple proceso de abrir una vena y dejar que gotee (siempre demasiado lentamente) en la máquina de escribir. El tema de mis investigaciones siempre ha sido la gente, y suele pasar a menudo que la gente a la que estudio con mayor comodidad es a la que está cerca de mí. Y el proceso de recopilar una antología como ésta debe proporcionar, además, forzosamente, un enfoque claro del entorno en que fueron escritos sus cuentos.

«La historia de Tandy» estaba pensada para ser la primera de una serie que al final se recopilaría en un libro de cuentos largos y cortos que se titularía La Familia. Y en ella incluiría ésta, la de Noël y la de Timothy (el bebé mencionado en el cuento), y la de Robin, seguida de «Historia de la Madre» y acabando con la «Historia del Padre».

Pero entonces surgió un viento de esos que soplan allí donde se alzan nuestras biografías, me vi separado de esa gente por unos millares de días y de kilómetros, y ahora estoy a una semana de haber visto a Noël graduarse en la universidad y ver como «el bebé» Timothy se golpeaba la cabeza contra el dintel de una puerta situado a una altura de metro ochenta. He hecho célebre a Robin en alguna parte de mi obra, y el turno de Noël llegará cualquier día, estoy seguro, tanto como que le espera algo especial a Tim, aunque ese algo no suceda en el mismo esquema de este cuento. La nostalgia suele estar teñida de lamentaciones; la mía no. Pero al mismo tiempo soy conmovedoramente consciente que en un universo paralelo existe un libro titulado La Familia que no será —ni puede ser— escrito. Me gustaría leerlo.

Ésta es la historia de Tandy. Pero antes de empezar, veamos su receta: el estornudo de Cañaveral; el afinador de vacío agrietado; el estado a la deriva; la analogía del choque en el Sahara; Hawai y la luna desaparecida; y la analogía del plan de beneficios compartidos. En todo esto no hay discontinuidad alguna, ni una cadena de acontecimientos que sea más notable que otra. Todas son igual de notables.

Si esta historia fuera la tuya, podría tener una receta compuesta con una carta que no se envió nunca, la hebilla rota de unos chanclos, el recuerdo nostálgico de unos ojos violeta, la teoría de Malthus y un strudel de queso. Pero el caso es que es la de Tandy.

Empezaremos, entonces, con el estornudo de Cañaveral, efectuado por un hombre en un laboratorio aséptico, vestido de blanco y con guantes esterilizados, cuando colocaba cuidadosamente una esfera recubierta de oro de cuarenta y seis centímetros de diámetro en su envoltorio definitivo. No fue capaz de taparse la boca a tiempo, por carecer en ese momento de una tercera mano. ¡Jesús!

Y ahora, vamos a la historia de Tandy.

Robin, su hermano, sólo era un niño durante los dos primeros años de la vida de Tandy. Noël, su hermana, nació cuando Tandy cruzaba ese umbral de la conciencia al que se conoce por cumplir tres años. (Timothy, el otro hermano, no llegó hasta más tarde. Y de todos modos ésta no es su historia. Es la de Tandy.)

Cuando Tandy cumplió cinco años, tuvo claro que, mientras su hermano mayor Robin era más grande, más sabio y más inteligente (no lo era, pero ella no había vivido lo bastante para saberlo) y podía avasallarla a voluntad hasta que gritaba pidiendo ayuda, o para decirlo de otro modo, mientras la atacaba por arriba, su hermana menos pequeña le minaba el terreno que tenía debajo. Sin explicación alguna, Noël encantaba a todo el mundo, hasta a Robin, por ser un bultito encantador. Pero, inevitablemente, su advenimiento desvió de Tandy una buena cantidad de atención paterna, haciendo que perdiera su posición casera de bebé sin adquirir el nivel de primogénito que ostentaba Robin. No le parecía justo. Así que hacía lo único que podía hacer al respecto. Gritaba reclamando ayuda.

Y no lo hacía con gritos normales, si consideramos que un grito normal es una especie de puntualización o de explosión o cambio de ritmo en una conversación. Había veces en que no era en absoluto un grito, figurativamente hablando y exceptuando su finalidad. Había veces en que era un gemido, altamente especializado, no muy fuerte pero sí estridente, que podía arrastrarse dentro y fuera de su voz por dos veces en el transcurso de una misma frase. O podía ser sólo una forma de pedir algo, y pedir y pedir hasta que oyera un «sí» sin ser consciente del momento en que éste se volvía un furioso «no». O podía ser un instantáneo estar a punto de llorar, completo, con ojos brillantes y gesto boqueante, donde cualquiera habría utilizado un vulgar énfasis del tipo: «Fue el martes cuando me puse el vestido azul, no el lunes», y una desaparición de las lágrimas, igual de instantánea (lo cual, de algún modo, resultaba ser la parte irritante). O una falta de respuesta absoluta, total, completa e inamovible, a una orden emitida durante una tercera, una cuarta, una quinta repetición, seguida de un repentino y destrozante chillido: «¡Ya te he oído!»

Abreviando, Tandy tenía un talento próximo a la genialidad para meterse bajo la piel de uno y pinchar desde ahí.

Una vez establecido esto, es de justicia para los implicados el decir que Tandy también era cariñosa y querida. Sus padres se tomaban muy en serio el asunto de educar a los hijos, y las motivaciones que había tras las irritantes propensiones de Tandy (talento innato aparte) eran de sobra conocidas por ellos. Y Tandy era una niña cariñosa, dócil, de largas pestañas, con pelo del color de la miel y doradas pecas repartidas por una nariz perfecta, y querida por sus padres, cosa que éstos le demostraban a menudo.

Y eso no alteraba ni un ápice su estado de «no», segundo hijo, el desagrado por el papel que le había tocado, su gritar pidiendo ayuda y, por consiguiente, pese a todo el amor evidenciado, su concurrente guerra de desgaste.

Había momentos en que Robin y ella se comportaban como coetáneos y de un modo espléndido. Y, naturalmente, casi todos podían hacer buenas migas con la obediente Noël. Pero esos momentos eran más deseados que acaecidos. Cuando pasaban eran tan bienvenidos que uno se acuerda de la mujer con niños en perenne batalla y que, en medio del sorprendente silencio de una mañana, les pregunta: «¿Qué están haciendo; niños?». Y debajo del porche surge una voz que contesta: «Quemando con cerillas el envoltorio de estas navajas, mami». «Eso está bien —replica ella—, no se peleen...».

Abreviando, en esos momentos podían conseguir prácticamente cualquier cosa, y las ocupaciones habituales de Tandy eran en solitario y alejadas de la gente.

Aunque no completamente alejadas.

Puede que fuera debido a su abarrotada soledad, pero prefería estar fuera y mirando dentro, o dentro y mirando fuera, pero nunca siendo parte del grupo. Cuando los niños del vecindario se reunían en el césped para jugar al escondite o a la pelota, y llevaban varios minutos de juego, podía verse a Tandy a cuarenta pasos, acucillada junto a la entrada del garaje, quizá haciendo una tarta de barro, decorándola con guijarros y ramitas, o manteniendo algún elaborado diálogo con su muñeca Luby (estuviera o no Luby con ella), inclinándose y tomándola, y murmurando todo el rato y con varias voces. Tandy hablaba muy bien. Lo hizo desde el principio, y su dominio del tono y del idioma era demasiado experto para ser simpático. Había momentos en que hasta resultaba embarazoso, como cuando su padre la oyó decirle a un arbusto de peonías: «¿Qué diablos te pasa? ¿Estás hipnotizado?», con el mismo tono y énfasis que utilizaba él. Había veces en que esas actuaciones aisladas de las actividades de los demás atraían una atención considerable. Sorprendentemente diestra para tener cinco años, era uno de esos niños que, en apariencia, pueden dibujar desde que nacen, y de un solo movimiento, una figura tan cerrada que eres incapaz de ver donde se han juntado las líneas, y cuyas construcciones con dados nunca parecen derrumbarse, aparentando ser bastante funcionales (cosas que, de hecho, eran en la fantasía del momento). De cuando en cuando se congregaba a su alrededor toda una galería de curiosos con, pongamos, seis cuidadas hileras de hojas rojas de arce japonés y pétalos de jazmines intensamente rosas, colocados alternativamente sobre el césped, y ante las que se ponía muy seria, murmurando entre dientes y señalando a una u otra con un palo. En momentos así parecía olvidarse de los seis u ocho niños que se habían visto magnéticamente atraídos por ella y que miraban ensimismados. Unas veces reaccionaba y otras no. A veces había que tomar medidas drásticas, como que Robin arrastrara los pies por entre la cuidada disposición de hojas y pétalos, antes que pudiera descubrir (en este caso, por las malas) que Tandy estaba dando clase, que las hojas eran chicos y los jazmines chicas, y que ahora iba a decirle a mamá que tirara los tensores de Robin a la basura, y muchas más cosas; qué otras cosas más era lo que no supo nadie, pues para entonces el rechinar de dientes había destrozado toda inteligibilidad.

El afinador de vacío agrietado fue colocado cerca de la base y dentro del envoltorio metálico de una válvula amplificadora de radiofrecuencias, incluida en el circuito telemétrico de la segunda fase del gran cohete. La función del afinador de vacío era absorber los gases residuales de la válvula y mantener el vacío allí existente. La grieta era una impureza, pero tan ligera que no causó problemas hasta la duodécima hora de la marcha atrás. Entonces el gas rarificado empezó a ionizarse y a ¡foop! descargarse e ionizarse y ¡foop! descargarse otra vez.

Reemplazar la válvula requirió que volvieran a las veinticuatro horas y reiniciaran la marcha atrás. El retraso de doce horas extras permitió que la rociada del estornudo se

secara en la esfera, y que murieran ciertos bacilos, que otros se enquistaran, y que la sustancia de un virus submicroscópico adquiriera un estado de correosa jalea, casi cristalina.

Tandy vivía en una casa entre árboles que a su vez estaba en, o casi en, mitad del barrio, un accidente agradable, consecuencia de una tradición de acaparamiento de tierras de tres padres y abuelos y bisabuelos vecinos. La hectárea en que estaba la casa de Tandy aparecía rodeada por cerca de ocho hectáreas de árboles pertenecientes a otra gente y un pequeño pantano, pero la casa se hallaba apenas a diez minutos a pie de la ciudad.

Así que en algún lugar de la casa o el jardín, en césped, pantano o bosque, el brownie debió presentarse a Tandy.

Tenía ese aspecto de juguete de peluche abandonado bajo la lluvia que sólo tienen los muñecos de peluche que se han dejado bajo la lluvia. Mediría dieciocho centímetros de alto. Su ropa, o su piel (la verdad es que la capa exterior era ambas cosas) tenía varias tonalidades de caqui y verde moteado. El apelativo de «brownie» derivaba de lo que parecía ser un gorro piramidal, similar al de los gnomos del mismo nombre, pese a que una vez se le oyó decir al padre que se trataba de la maldita cabeza de la cosa lo que era puntiagudo. Los brazos y piernas eran rígidos y separados del tronco, y parecían como salchichas cubiertas de líquenes. Tenía flácidas hojas de fieltro amarillo rosáceo por manos, y por pies lo que podría haber servido de modelo para una ilustración de algún dibujante radical de los nudosos monederos de la Vieja Monederos. En cuando a la cara, bueno, era una cara. Eso es todo. Discos negros por ojos, tan apagados que no podías saber cuándo se suponía que estaban abiertos o cerrados, unas comillas por nariz y una raya debajo que podía ser una sonrisa torpemente inclinada hacia la derecha que se enfurruñaba bajando a la izquierda, o una mancha de porquería.

En vista de lo sucedido, uno pensaría que hubo un día del descubrimiento, una hora de la revelación, un acontecimiento tipo desenvolver-el-regalo. Pero no lo hubo.

El brownie rondaba por la zona desde hacía semanas, puede que meses; lo habían visto todos, tirado a un lado, utilizado como motivo de ese suspiro paterno de: «Algún día habrá que limpiar toda esta basura...». Una vez, Robin cavó una tumba para un gato muerto y enterró al brownie en su lugar cuando no pudo encontrar al gato. Noël se lo llevó otra vez a la cama, y la madre lo tiró esa noche por la ventana. Era algo como el coche para pasear a la muñeca que estaba torcido pero no roto, el motor eléctrico de juguete con la escobilla rota y la jirafa a cuerda de Noël que necesitaba orejas nuevas. Y el brownie tejió su confuso hilo en el tapiz de los días, entrando y saliendo del margen existente entre los juguetes y la basura.

El momento exacto en que Tandy empezó a preocuparse por el brownie también es algo vago, y causó poca impresión incluso cuando su interés fue total, porque Tandy era..., bueno, como, por ejemplo, cuando la oruga. Cuando tenía cuatro años recogió una oruga y la guardó en un bote de café durante dos días y la llamó Freddy y la alimentó y le dio agua y hasta la tapaba por las noches con una sábana de muñeca. La segunda noche se despertó llorando, sufriendo por Freddy y permaneció inconsolable hasta que encontraron el bote y se lo llevaron. Su abuela, que en esos momentos vivía, dijo sabiamente: «Esta chica necesita una mascota», y todo el mundo asintió y habló de mascotas. Al día siguiente, Tandy la puso sobre las piedras del jardín «para que pueda dar un paseo». Y se fue a dar un paseo. Del todo.

La gente caminó de puntillas alrededor de Tandy durante medio día, como si estuviera llena de fulminante y hubiera cenado dinamita.

Pero no sólo no preguntó por Freddy, sino que jamás la mencionó. Tropezó con la lata y casi se cayó y le dio una patada sin mirarla dos veces, de aquí que las preocupaciones de Tandy estuvieran más allá de todo juicio o predicción; podía ser una hermandad de

sangre, como lo que tenía con su muñeca Luby Cindy, o podían ser pasiones pasajeras como con Freddy. El brownie..., bueno, la gente no se dio cuenta que Tandy tenía una nueva pasión, sino que había orbitado durante un tiempo indeterminado alrededor de ese cacharro. Y cuando Tandy estaba en órbita, también lo estaba el mundo, o si no el mundo, todo el mundo, sería responsable ante Tandy.

Hablar de órbitas nos lleva al estado a la deriva. Ningún otro nombre nos serviría, y hasta éste es inexacto. Era..., bueno, materia; pero materia tan encrespada, tan envuelta en tensión, que estado resulta una palabra más adecuada que cosa. Había sido hecha donde era útil para sus creadores, y uno podría decir que tenía vida propia de no haber sido utilizada durante algunos millones de megaaños. Pero debido a una casualidad tan improbable como la existencia de un lector para este cuento o la de un mundo donde leerlo, pero igual de real, el estado a la deriva se encontró en ruta de colisión con la esfera dorada que flotaba en el espacio. Eso contactó, interpenetró, con un área de la superficie dorada que medía cuatro por ocho micrones, y se descubrió, por fortuna, como parte de material orgánico; un virus seco y helado y dos bacterias enquistadas. Diseccionó y utilizó las últimas. Se reactivó, pero con una reorganización tan violenta, tan radical, que sus aminoácidos maternos no lo habrían reconocido. El estado se convirtió entonces en una cosa (sin perder su carácter condicional) y se partió por la mitad y se dividió. Y volvió a dividirse. Y ahí terminó, porque había agotado cierta sustancia almacenada demasiado técnica para mencionarla, pero tan necesaria como su número. Pues la naturaleza de su organismo decía que debía crecer mientras viviese, pero si no podía crecer debía dejar de dividirse, y si cesaba de dividirse debería afrontar un complicado ciclo que duraba eones para volver a ser un estado a la deriva. Y que debería morir si no podía iniciar ese ciclo.

Fluyó a través de las rejillas del espurreado oro por medios sólo conocidos por él, abandonó la esfera, exploró y sondeó, y al fin se detuvo.

Volvió su atención a la gran esfera que había abajo.

En algún que otro momento (a principios de la primavera, aunque ni la misma Tandy habría sabido decir exactamente cuándo), Tandy le puso una casa al brownie. En realidad era un cesto de pescador hecho de mimbre que encontró detrás del garaje, pero lo primero que se aprendía de Tandy era que las cosas eran lo que ella decía que eran. Lo demás es sólo una opinión tuya, y que no se te ha autorizado a emitir. Y había cierta justicia en su actitud, pues ese objeto no tardó mucho en perder su aspecto marinero para convertirse en lo que ella decía que era.

Lo puso contra la pared trasera del garaje, en el enmarañado terreno que separaba dicha pared del viejo cerco de piedra, resguardado por un cobertizo anexo, construido para cuando tuvieran el segundo coche que esperaban adquirir algún día. Era un bonito lugar para estar dentro-fuera de casa. Alzó una hilera de estacas frente al cesto y colocó un rectángulo de madera contrachapada sobre él, que era una miniatura del cobertizo, y a medida que pasaba el tiempo fue añadiéndole paredes. Al principio eran de cartón. El cesto era el dormitorio y lo demás, la sala de estar.

En Pascua guardó la cesta del huevo y tuvo una cama. Despertaba al brownie todas las mañanas y lo acostaba todas las noches, y los fines de semana también le echaba para dormir la siesta.

Y le daba de comer.

Tenía una mesita para él (no era el recipiente invertido de un yogur, ¡era una mesa!), y en la mesa había conchas y el cáliz de una bellota, y un frasco de píldoras (borra eso; un florero), que mantuvo provisto desde que la primavera mostró sus colores por primera vez. Pero antes de esto, ella le daba de comer helado de nieve, cereales de serrín, filetes de hongo y pan de madera. Le hablaba constantemente, a veces con severidad. Y pasaba con él todo su tiempo libre de esa manera suya, tan sin avisar.

Nadie se dio una cuenta especial de ello durante marzo y casi todo abril, como no fuera para sentirse agradecidos por la tranquilidad. Un minuto pasado en compañía del brownie

era un minuto sin los gemidos, lloros, sollozos, chillidos o cualquier otra de sus formas de pedir atención. Naturalmente, también había minutos pasados lejos del brownie. La mayoría de ellos transcurrían en la escuela.

La escuela era el jardín de infancia, claro, y puede que fuera demasiado para Tandy. Debido a factores de distancia y necesidades del autobús escolar, el jardín de infancia no era algo que durase de nueve de la mañana hasta el mediodía, como suele suceder con establecimientos así, sino que duraba todo el día escolar, terminando a las tres. Muchos opinaban que era pedir demasiado a niños de cinco años, pese a la larga siesta que sucedía a la comida. Tal vez también fuera la opinión del maestro. Desde luego era la opinión de Tandy. Las primeras calificaciones no fueron decididamente buenas, y las segundas eran algo peores. No lo bastante malas para ser preocupantes, pero sí para sobresaltar a los padres por los temas donde había puntuado peor. Debajo de «Habla claro» el maestro había incluido los signos que significaban «apenas alguna vez» y bajo «Distingue la izquierda de la derecha» el signo de «raramente».

—¡Tiene que ser un error! —dijo entonces el padre.

—¡Ésta ni siquiera puede ser Tandy. Deben haberse equivocado! —dijo la madre.

Pero no era así, tal y como descubrió la madre visitando una tarde al maestro en la escuela.

La madre entró como un león y salió aturdida, impresionada por la paciencia del maestro, y padeciendo por segunda vez (Robin se lo hizo una vez por otro asunto) esa experiencia algo divertida pero, sin duda, dolorosa que es descubrir lo poco que uno conoce a los suyos. O como dijo el pasmado padre, «el buen padre es aquel que conoce a su hijo». Y es que el maestro describió, documentadamente y con imbatible exactitud, una Tandy recalcitrante, cabezota, inactiva, desobediente y, lo que era más increíble, hablando incesantemente como los bebés. La habilidad del maestro para ver por debajo de la superficie, para saber que la niña no era realmente tan mala como aparentaba, no ayudó en absoluto a la imagen general, porque puso en evidencia que Tandy no distinguía a propósito la izquierda de la derecha, que había decidido hablar como un bebé y que el descuidar cuestiones de pañuelos o de lavarse las manos no era porque se le olvidara, sino porque se acordaba.

Por encima y por debajo de todo lo demás estaba el hecho que el grado de su comportamiento era de todo punto excesivo. Nunca había sido sometida al acostumbrado castigo de ponerla de cara a la pared. Siempre se había detenido al borde de la delincuencia excesiva. Era el pie que se arrastra, la presión que no llega a ser dolor de muelas, la incomodidad que todavía no es una quemadura de sol.

Los padres conferenciaron infelizmente el uno con el otro y luego con Tandy, que respondía a cada «¿por qué?» con un: «Si yo sólo...» y un irritante encogerse de hombros, mirar al techo y mover los brazos adelante y atrás del regazo agitándolos contra las caderas. Era el gesto exacto que hacía la madre, justamente el motivo por el que resultaba tan irritante.

Así que el padre, por fin furioso, apuntó a Tandy con un largo dedo índice.

—Esto es una regla. Se acabó el brownie.

La analogía del choque del Sahara es la historia de un B-17 que se estrelló en África. A diferencia de otras tragedias, ésta tiene un final feliz, y el porqué es el siguiente: la tripulación no intentó viajar en grupo, sino que eligieron a un hombre para que saliera fuera y buscara ayuda. Lo más significativo fue que no sólo llevaba consigo un sextante sino también casi toda la reserva de agua. El resto de la tripulación se racionó a tres cucharadas diarias y permaneció inmóvil y enterrada en la arena bajo el retorcido fuselaje. Y así fue como el organismo del satélite dorado dijo alguien de sí mismo que se escurriera hasta el borde de una de las delgadas antenas, y entonces, por medios sólo conocidos por él (tal y como se ha relatado ya, contenía tensiones inauditas, cuidadosamente enroscadas e interrelacionadas), curvó la antena por la mitad y la soltó, haciendo que esta

partícula infinitesimal de sustancia saliera despedida al vacío, en dirección opuesta a la del movimiento orbital. Siguió junto al satélite durante mucho tiempo, pero siempre distanciándose, hasta perderse en el centelleante vacío. Pero llevaba consigo sólo una fracción de la sustancia orgánica accesible al todo. Detrás de ella dejó tres partes en reposo, esperando inmóviles a morir o ser salvadas. La cuarta cayó hacia la Tierra tardando... todo lo que hiciera falta...

Hay teorías que defienden el controlar dando (golpes en la cabeza o un helado) y teorías sobre el quitar; y el padre, cuando se levantaba, tendía a la última. En casos extremos un niño puede aprender a no expresar nunca preferencia o inclinación por nada a no ser que quiera verlo incluido en la lista disciplinaria. Éste no era un caso tan extremo. Y no iba a serlo por la madre, que despreciaba ese tipo de cosas y cuyas reacciones eran muy rápidas. Un vistazo a la afligida cara de Tandy ante ese «¡Se acabó el brownie!» y añadió:

—...si continúas haciendo infeliz a la gente. —Y continuó, ignorando el ahogado grito de rabia del padre—: Ahora vete fuera a charlar con el brownie.

Tandy hizo lo que se le dijo y fue con el brownie, dejando a sus padres hablando el uno con el otro sobre cómo educar niños; y quizá fue éste el auténtico inicio de todo.

Porque ella había hecho mucho por este brownie. Y ahora, por primera vez, quedó claro que había cosas que necesitaban hacerse por ella.

Obviamente, en la casa no resultó aparente si las cosas en la escuela habían cambiado o no. En casa no cambiaron. O sea, la ocupación con el brownie continuó absorbiendo el tiempo de los lloros, el tiempo de los gritos y las oportunidades de armar peloterías y montar batallas con Noël y Robin.

Una mañana de un día entre semana la madre tendió toda una hilera de ropa y, al estar frente al garaje, se acercó a ver cómo llevaba Tandy el proyecto brownie. No lo había visto desde hacía semanas; recordaba vagamente que las paredes de cartón habían sido reemplazadas, y sabía que el pequeño florero había germinado violetas y pensamientos y alhélies. Y recordó la vez que vació el cesto de la costura y los cajones de la cocina, reorganizando el contenido, y dando los restos a Tandy para su brownie. Hubo un tiempo en que Tandy habría recibido semejante tesoro con un agudo chillido de alegría y se habría peleado con los demás niños por la posesión de cada trozo de cordel, cada corcho viejo y cada tetilla de biberón gastada, para luego dejar trozos y retales por toda la casa y el patio en el transcurso de las exasperantes horas siguientes. Pero esta vez desparramó todos los cachivaches sobre la mesa de la sala de estar, y pocos segundos después había seleccionado el extremo romo de un cascanueces, el asa de porcelana de un cántaro Wedgwood, una maraña de hilo de nilón de color azul pálido y una tuerca de cobre.

—Quiere éstos —dijo convencida.

—¿Eso es todo? —habría preguntado sorprendida la madre.

—¿Qué es lo que podría hacer un brownie con toda esta basura? —replicó Tandy, imitando con precisión al padre.

No fue lo modesto de los deseos de Tandy lo que sorprendió a la madre. Fue la certeza absoluta y sin titubeos con que eligió.

La madre rodeó el garaje pensando en eso y vio la casa del brownie.

El cesto viejo seguía siendo el dormitorio, pero el resto de la estructura estaba muy alterada. Las paredes de cartón habían sido sustituidas por madera, restos de tableros que solían estar bajo el porche de la entrada, y, como la madre no tenía noticias de carpintería alguna realizada por o para Tandy, pudo ver cómo el suelo había sido cuidadosa y trabajosamente escarbado para que las tablitas, enterradas de manera vertical, pudieran presentar un borde igualado. A un lado había dos aberturas cuadradas por ventanas, cubiertas con celofán, y al otro una abertura más grande semejante a la de

un balcón. El techo, que todavía era el trozo abandonado de contrachapado, había sido cubierto con una capa de tierra, y estaba brillante, suave, con una techumbre de musgo.

La madre se arrodilló para mirar al interior. El suelo de la casa estaba cubierto con polvo de alguna clase de un blanco cegador. Tomó una pizca, la restregó entre los dedos y la olió y hasta la probó un poco sin reconocerla; le preguntaría más tarde a Tandy. La mesa estaba cubierta con un mantel que había sido parte de un paño para el polvo que antes fue un vestido de la madre; estaba inmaculadamente limpio, parecía haber sido planchado, y estaba tan plegado y colocado que no se veían los desgarrados bordes. En la mesa estaba el frasco-florero medio lleno de agua limpia, y en él había un tallo de dicentra con una sola flor. El efecto era sencillo, de buen gusto, casi japonés. Y más al interior estaba el cesto-dormitorio, con un guardarropa ovalado (pese a la cuidada cobertura de tela y los faldones, pudo reconocer los contornos de una lata de sardinas invertida), donde estaba colocado el espejo del carnet de bolsillo que le regalaron por su cumpleaños, y ante el que había una bonita silla redonda, hecha de un trozo de cartón pegado a otro de madera, también cubierta con un retal de tela haciendo juego con el vestidor. Y en la cama estaba el brownie.

La madre casi tuvo que tumbarse sobre el estómago para ver qué era lo que cubría tan limpia y completamente la almohada, y con esa textura. Una tela lujosa, la verdad. Eran pétalos de almendro. El brownie estaba cubierto con un edredón (se resistía a decir que era una de sus bayetas) y estaba durmiendo.

Se rió para sí misma. ¿Cómo se suponía que tenían que estar esos ojos negros pintados? ¿Abiertos o cerrados?... y volvió a mirar y pensó que estaban abiertos. Casi dijo «¡perdón!» y se sonrojó por interrumpirle la siesta. Se echó atrás meneando la cabeza y se levantó.

Entre ella y la vieja cerca solía haber una alfombra de maleza. No había intención de tener un césped o un jardín sobre el suelo rocoso de este sitio. De hecho, el césped de la parte frontal crecía sobre tierra traída en camiones. Pero...

Pero en esta zona no se había plantado nada. Una hilera de caléndulas tempranas se extendía entre la casa del brownie y lo que fue un lecho de maleza. Y desde allí hasta la cerca había hileras de una planta verde oscuro, baja, arácnida. No reconoció la planta. Sólo lo bastante como para considerarla un brote cualquiera.

Volvió sin habla a la casa.

Ese día hubo problemas en el autobús escolar; Robin volvió a casa sangrando y triunfante.

La madre habría querido hablar del brownie, pero pasó algún tiempo antes que los acontecimientos salieran a la luz por sí solos. Parecía ser que un «niño mayor» había empezado a cantar la consabida letanía «le he visto las bragas a Tandy» y Robin le había dado un puñetazo siendo golpeado a su vez. El monitor del autobús interrumpió la pelea y, pese a haber llevado la peor parte, Robin volvió a casa rebotante de orgullo. Tandy levitaba de admiración.

La madre sintió ambas cosas. Era la primera vez que Robin se había alzado en defensa de su hermana, y, tras las preguntas y los interrogatorios y todo el rompecabezas verbal que siempre se necesita para sacarle una anécdota a un niño, y la desmañada conversación telefónica con el padre de la otra parte, se descubrió a solas no con Tandy, sino con Robin. Tandy había corrido hacia su preocupación de detrás del garaje.

—No me gustan las peleas, Robin, pero debo decir que me gusta la manera en que cuidaste de Tandy.

—Bah, es una chica estupenda —dijo Robin, sin darse cuenta cómo la madre de lo que solía llamar esa canija charlatana, esa rueda sin engrasar, ese pedazotabla caracubo bizco de piernas torcidas..., cómo la madre de tan repulsiva progenie abría la boca, y se derrumbaba sobre una silla.

Todavía seguía allí sentada, intentando recuperar las fuerzas, mientras Robin se alejaba pedaleando en su bicicleta, cuando Tandy entró un momento después. Llegó tambaleándose, sobrecargada con la colada limpia. La madre se levantó para abrirle la puerta de cristal y tuvo que volverse a sentar.

—¡Tandy! —gritó.

—Estaba todo seco, mami, así que la traje.

—Estaba... —dijo débilmente la madre.

—Seguro que sí, mami...

Iba a pedir algo. Si es una tiara de diamantes, pensó la madre, la tendrá aunque tenga que matar por ello.

—Sí, cariño.

—¿Podrías enseñarme a poner la mesa, mami? Podría ponerla todos los días mientras preparas la cena.

Así que por el momento la madre se olvidó completamente de hacer alguna pregunta sobre el brownie.

La madre pensó mucho sobre el brownie, aunque rara vez volvió para ver la casa, puede que por los remanentes de su cómica vergüenza por haberle pillado en la cama. Pero una tarde, pensando en la pulcritud de la mesita, el vestidor, la silla y el espejo, y el brillante suelo blanco (¿qué sería esa cosa, por cierto?), se le ocurrió que la pequeña Noël de tres años podría encontrar irresistible toda esa disposición y se estremeció ante la imagen mental de Noël arrasando encantada la cuidadosa estructura, arrastrando los pies por el suelo blanco, apoyándose demasiado en la tabla de embalaje para quesos, hundiendo el techo de musgo...

—Noël...

—¿...?

—Debemos tener mucho cuidado con la casa del brownie de Tandy. No debes ir a jugar por ahí a no ser que ella te lo pida, ¿de acuerdo?

Noël asintió gravemente, moviendo los ordenados rizos.

—Yo no permiso.

La madre le acarició un lado de la cabeza y la miró. Había una serie de cosas que Noël no tenía permiso para hacer y que...

—Pero de todas formas no te acerques allí por tu cuenta.

—Yo no permiso —dijo Noël con gran énfasis, y la madre pensó, simultáneamente, a) que le gustaba la fórmula de Tandy para prohibir cosas si funcionaba así, y b) que de todos modos tendría controlada a Noël.

Unos diez días después, quedó demostrado lo innecesario que resultaba hacer guardia ante la casa del brownie. Era sábado. El padre estaba en casa, Robin estaba en alguna parte con su bicicleta y Tandy estaba felizmente esclavizada en la parte trasera del garaje.

—¿Sabes dónde están las tenacillas de cultivar? —preguntó el padre desde el frente de la casa.

La memoria fotográfica de la madre las vio al lado de una hilera verde. Ah, claro.

—Noël, cariño, ve detrás del garaje y trae las tenacillas. Tandy te dirá dónde están.

—No, mami —imploró.

—¡Noël!

—¡Yo no permiso! —dijo Noël, e increíblemente, pues era una niña muy alegre, empezó a llorar.

El primer impulso fue el de imponer alguna autoridad, el siguiente fue de compasión por la pequeña.

—Oh..., Noël...

—¡Ahora m'escondo! —chilló Noël con algo muy parecido al irritante chillido especial de Tandy; y a eso se fue, y se escondió, con mucha decisión, pero poca eficacia (la madre

sabía que estaba en el chifonier azul de la niña). Parecía que su «no permiso» era lo bastante fuerte como para desafiar a los gigantes. La madre fue hasta la puerta trasera, suspirando.

—¡Tandy!

—Sí, mami...

—Tráele las tenacillas de cultivar a papi, las necesita.

—¿Las manijas de los dedos?

—Eso es, querida.

Contempló como Tandy, con su vestido amarillo, salía de detrás del garaje e iba hacia el frente. Esperó hasta que volvió a ver la mancha amarilla y la llamó a la escalera de atrás.

—Debes haber sido muy dura con Noël al decirle que no juegue con tu brownie. Tiene miedo de ir allí porque le dijiste que no lo tenía permitido.

—Yo no hice eso, mami.

—¡Tandy!

(La explosión verbal con sólo su nombre era el control favorito de la madre.)

Tandy empezó a encogerse por primera vez en muchas semanas, los ojos le brillaron, le tembló la boca.

—De verdad, de verdad, de verdad...

La madre se dejó llevar por un impulso, dio un paso hacia adelante y tomó a Tandy por la muñeca.

—Sssssh, cariño. Anda, llévame y enséñame lo que estás haciendo.

Tandy volvió a la normalidad y fueron tras el garaje, con Tandy brincando. La madre estaba preparada para elogiarla como lo habría hecho normalmente, multiplicado por la maravilla de lo que había visto antes; pero no estaba preparada para lo que vio.

Se había movido una de las paredes de la casita, los listones de madera habían sido desenterrados y echados a un lado. El techo seguía apoyándose en la otra pared y en el cesto. Cerca había un montón de piedras planas, y un saquito de cemento ya preparado. Un recipiente para semillas servía como mortero en miniatura y una paleta de pastel como espátula. Tandy estaba reemplazando la pared de madera por una de piedras.

—¡Tandy! Cómo..., nunca... ¿Quién te ha enseñado a hacer esto?

—Se lo pregunté al señor Holmes-el-profesor-de-gimnasia.

(Los nombres de los profesores de Tandy eran todos compuestos como éste.)

—Pero-pero... ¿Dónde conseguiste el cemento?

—Lo compré. Ahorré el dinero de los domingos y todo el dinero para helados. Está bien, ¿no? No tuve que ir a la ciudad. Lo hizo Robin con su bicicleta.

Echó agua de un cubo de playa y empezó a mezclar el cemento.

—Robin no me lo dijo nunca —dijo desfallecida la madre.

—Creo que nunca se lo preguntaste, mami.

—No, creo que no. —La madre se humedeció los labios—. ¿Cómo pensaste en hacer todo esto, Tandy?

—No tuve que pensarlo. Sólo lo hice. —Tomó una paletada de cemento y la depositó en la hilera superior de la nueva pared—. ¿No esperarás que un brownie siga viviendo en una vieja casa de madera, verdad? —preguntó con tono de abuelita.

—No, su-supongo que no... Tandy, he visto el vestidor, la sillita y el mantel. Son muy bonitos, Tandy. ¿Te planchó alguien el mantel?

—Oh no, se planchó solo —dijo Tandy—. Lo lavas, lo alisas y lo pegas en una ventana, y cuando se seca se queda planchado.

—¿De qué es ese suelo blanco tan bonito?

Tandy seleccionó y sopesó una piedra, colocándola seguidamente en la hilera.

—Bórax.

—¿Y también lo compraste con el dinero de los helados?

—Claro. A los brownies les gusta el bórax y los bultos de las raíces de eso —dijo, señalando las hileras de plantas verdes.

—¿Y qué es eso?

—La granja del brownie.

—Me refiero a la planta.

—No sé cuál es su nombre auténtico. La encontré por ahí, entre los árboles hay muchas. Yo la llamo espinacas del brownie. Mira aquí, estos bultitos. Es como una golosina para los brownies.

Tandy señaló un montón de raíces de alguna clase de legumbre que la madre no podía identificar, pues le habían desaparecido las hojas; pero las raíces tenían racimos de los típicos nódulos nitrogenados.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre brownies?

—Supongo que de la misma manera que lo que tú sabes sobre niñas —dijo con una mirada traviesa.

La madre se rió.

—Oh, pero es que yo he tenido niñas mías.

—Mmm —se limitó a asentir Tandy.

La madre volvió a reírse. Cuando se marchó, Tandy intentaba encajar una botella de whisky llena de agua, de esas triangulares, en la pared que estaba construyendo, tomándose infinitos esfuerzos para inclinarla sólo lo justo.

Pero la madre no se reía cuando luego se lo contó a su marido. Como suele suceder con estas cosas, todos los acontecimientos se habían desarrollado de forma invisible para él, había ocurrido principalmente cuando estaba fuera de casa. Escuchó, frunció el ceño pensativo y, cuando los niños estuvieron pegados a la televisión, los dos fueron a ver la casa del brownie. Todo lo que dijo, todo lo que supo decir, una y otra vez, fue:

—Vaya, qué te parece esto.

Cuando se marcharon arrancó una espiga de la planta verde oscuro y se la metió en el bolsillo.

—Y pone la mesa todas las noches —resopló la madre.

Cuando terminó la casa de piedra (hasta el techo era de piedra, dispuesta sobre la tabla, de la que le había quitado la tierra), Tandy pareció abandonar tanto al brownie como a la casa. Volvió a una de sus primeras pasiones, modelar arcilla, y pasó el tiempo trabajando aplicadamente en ella. Pero no hacía patos, ni elefantes. Hacía plaquetas rectangulares, y dibujaba, o perforaba, en ellas. Algunos de los canales que hacía eran más profundos que otros, algunos eran curvos y otros rectos pero cortados con el punzón en un ángulo tan profundo que estas partes estaban socavadas.

—Parece un Mondrian en tres dimensiones —dijo una noche el padre, mientras dormían los niños. Trabajaba en un museo y sabía muchas cosas. Como por ejemplo, esa planta—. Es astragalus vetch —le dijo a su mujer—. Sé que he leído algo sobre ella en alguna parte, así que seguiré mirando. Sería un vegetal de lo más vulgar si no fuera porque tiene un fantástico apetito por el selenio. Tanto que hay proyectos de minas de selenio (y ya sabes que es ese elemento sensible a la luz que utilizan en válvulas de televisión, fotocélulas y demás) a base de sembrar esas plantas donde se sabe que hay selenio, cosecharlas, quemarlas y recuperar el mineral de las cenizas. Pero todo esto nos desvía del asunto. ¿Qué diablos ha hecho que esa cabecita loca se pusiera a cultivarla?

—Les gusta a los brownies —dijo la madre, y sonrió.

Fue la mañana siguiente cuando Tandy no apareció a desayunar.

Hubo poco jaleo por ello; la madre sabía dónde mirar. La niña estaba ocupada metiendo brazadas de algarrobo y montones de raíces con protuberancias en un agujero que había en el frente de la casa del brownie. El propio brownie estaba sentado contra el garaje, con la cara vuelta hacia ella, sus ojos sin cerrar y sin abrir parecían observar.

—Lo siento, mami —dijo Tandy animadamente—, pero todavía no llego tarde al colegio, ¿verdad?

—No, cariño, pero tienes preparado el desayuno. ¿Qué haces en la casa del brownie?

—Ya no es una casa —dijo Tandy, con el tono del que explica lo que es evidente a alguien que debería pensárselo mejor antes de hacer una pregunta—, es una fábrica.

Puso las dos manos en el agujero y empujó con fuerza. La casa debía estar llena de ramas y raíces. Aplicó mortero alrededor de la abertura con rapidez.

—Vamos, querida.

—Ahora termino, mami. —Tomó una piedra plana y la incrustó en la abertura y, debía tenerla preparada para eso, encajó perfectamente. Otro poco de mortero y se levantó sonriendo—. Perdona, mami, pero éste era el día en que tenía que hacer esto.

—Para el brownie.

—Para el brownie.

Y se fueron a la casa.

En Hawai, un especialista, que debía haberlo sido pero que no era más que un sargento de la estación rastreadora de misiles, gruñó y se estiró alejándose de la pantalla de alta definición.

—Lo hemos perdido.

Tomó el cuaderno, miró el reloj y empezó a anotar la entrada.

Nadie vio el débil resplandor que emitió el satélite al morir. Pero si hubiera habido un testigo de esta muerte, y no uno situado para ver débiles resplandores sino justo en el lugar de la escena, con un aparato estroboscópico de alta velocidad, habría podido hacer algunas fotos notables.

Cuando la esfera dorada se rindió al voraz ataque del calor fraccional, en ese incalculable fragmento temporal donde todas sus partes se volvieron maleables, plásticas, útiles..., toda ella fue utilizada. El selenio de las células solares, el nitrógeno del interior presurizado, los borosilicatos arrancados de las partes refractarias, todo fue recogido y acumulado y formado y conformado. Durante un breve momento (pero lo bastante largo) existió un aparato de fundidas barras aleadas e hilos rodeando una garganta, o puerta, compuesta por una palpitante no-sustancia de un brillante azul.

Cualquier cosa colocada dentro de esa zona azul dejaría de existir, no destruida en el sentido ordinario del término, pero sí completamente eliminada. Y siendo como son las leyes del Universo, esa materia eliminada debe reaparecer en alguna otra parte. El dónde con exactitud, naturalmente, dependía de las circunstancias.

Esa mañana, la madre estaba tendiendo ropa cuando un relámpago luminoso llamó su atención. Apartó la cesta con la ropa y fue a la parte trasera del garaje.

El brownie estaba sentado apoyando la espalda contra el garaje mirando tristemente a los devastados restos de su «granja». La luz del sol, cálida y luminosa en este día claro, se abatía a través de una abertura en los árboles y se derramaba sobre la estrecha botella mitad dentro y mitad fuera de la pared más próxima de la casita. Los colores que descubrió al amortiguar la visión con las pestañas eran bonitos y muy luminosos (naranja fuego y blanco), y hasta la misma botella parecía estar iluminada.

¿O era dentro de la casita?

Se oyó un violento y repentino siseo cuando la botella, llena de agua, despidió su corcho y derramó una gota de agua dentro de la pequeña estructura de piedra. El vapor se elevó y desapareció, y la madre retrocedió ante la repentina oleada de calor. Empezó a pensar, aterrorizada, en mangueras, o en extintores..., en el garaje, en todos esos árboles, en la casa..., y entonces vio que el lateral de la casa del brownie que daba al garaje de madera también era de piedra. El calor, hubiera el que hubiese, estaba contenido.

Parecía disminuir un poco. Luego la botella de cristal se agitó, se calmó, se hundió y cayó dentro. El calor volvió a estallar hacia afuera y volvió a disminuir.

Se acercó y miró al interior por el agujero que dejó la botella. Pudo ver claramente, en el suelo de la habitación de piedra, la plaqueta de arcilla que había hecho Tandy, con su extraño sistema geométrico de zanjas y marcas. Pero parecía llena con algún líquido que retemblaba, y que cambió de color mientras lo observaba, derivando del amarillo al plata, empañándose luego hasta lo que sólo podría calificarse como un tizón de peltre. Las líneas y zanjas, llenas con ese casi metal, formaron una especie de pantalla, pero no era exactamente eso. Estaba demasiado enmarañado para serlo. Digamos que era un marco irregular sobre una abertura irregular en el centro de la plaqueta. Y ese área central empezó a ponerse azul y luego púrpura, y luego a palpar de una manera que la madre jamás sería capaz de describir. Tuvo que apartar la mirada.

El mirar a otra parte pareció romper la hebra de fascinación que había contenido su miedo. Corrió hasta la casa, marcó un número de teléfono y se comunicó con su marido.

—Rápido —dijo, y se interrumpió para jadear, alarmándose poderosamente—. Ven a casa.

Fue todo lo que pudo hacer. Colgó y se tumbó en un sofá. Hasta se olvidó de Noël, que apareció trotando por la parte de atrás de la casa y se dirigió directamente y sin miedo hasta detrás del garaje. Estuvo allí durante un rato con una piruleta roja en la boca y las manos rosadas detrás, mirando el calor que deformaba la visión de las piedras, luego se movió en círculo hasta colocarse a barlovento y se agachó para poder mirar dentro. Y entonces, cuidadosamente y con mucha más seguridad de la que podría esperarse de un niño de tres años, alargó la piruleta y sondeó la escoria fundida.

—¡Oh, no, no! —dijo luego la madre en ese mismo sitio, mientras el padre golpeaba furiosamente con una palanca las piedras calientes—. Tandy podría..., podría..., oh, tenía tanta importancia para ella...

—No me importa. No me importa —gruñía él, golpeando, rompiendo y arruinando—. No me gusta. Dile que es como el fuego, como jugar con cerillas. No la castigaremos ni nada.

—¿No? —dijo afligida, mirando a las ruinas.

—Y esta maldita cosa diabólica. —Recogió el brownie y lo lanzó entre las candentes rocas. Ardió con facilidad. Lo último que se consumió fue el par de ojos opacos. La madre por fin estuvo segura que habían estado abiertos todo el tiempo—. Limítate a decirle que tuvimos un incendio —refunfuñó el padre.

... que fue el mismísimo día en que Tandy trajo la cartilla de notas, la cartilla de notas absolutamente perfectas, y con la anotación:

...en ser la primera cartilla de notas absolutamente perfectas que he rellenado en mis veintiocho años de docencia. El cambio en Tandy va más allá de mi experiencia. Trabajar con ella es una absoluta delicia, y creo que no me equivoco al decir que siempre lo ha sido; su comportamiento anterior era, quizá, una protesta contra algo que ha asumido ya. Nunca seré capaz de expresarle mi gratitud por venir a hablar conmigo, al igual que mi admiración hacia usted por la manera en que ha manejado a la niña (fuese cual fuera ésta). Puede que usted sea tan benévola como para decir que yo tuve algo que ver con esto; me gustaría rechazar ese cumplido. No hice nada especial, nada extra. Usted es quien ha producido un milagro de la más grata especie.

Estaba firmada por su maestro, y les dejó aturridos. La madre besó a Tandy y exclamó:

—Oh, querida, ¡quién ha realizado esta magia contigo!

Exclamación o no, Tandy lo consideró una pregunta y la respondió directamente.

—El brownie.

Reinó un pesado silencio, y la madre tomó la mano de Tandy.

—Tienes que saber una cosa —le dijo, y bruscamente al padre—: Tú también vienes.

Fueron detrás del garaje, y la madre tocaba los hombros de Tandy con dispuestas manos de madre.

—Ha habido un fuego, cariño. Se ha quemado todo. El brownie también se ha quemado.

El padre, observando la cara de Tandy, que no había cambiado al ver la ruina (¿sería éste un no ver como los que solemos leer, cuando la gente en estado de shock se niega a admitir lo que está viendo?), habló brusca y roncamente.

—Fue un accidente.

—No, no lo fue —dijo Tandy. Miraba a su padre y a su madre pero los dos se miraron a los pies—. Y de todas formas él no se ha quemado, no estaba en el fuego.

—Sí lo estaba —dijo el padre, pero ella le ignoró.

—De todos modos —dijo la madre—, siento terriblemente lo de tu preciosa casita, Tandy.

Tandy hizo sobresalir los labios un momento.

—Ya te dije que no era una casa, era una fábrica. Y de todas formas, ya se ha terminado todo.

—Será mejor que comprendas —dijo el padre con tozudez—, que el brownie se quemó.

—Lo dejaste ahí sentado, recuerdas —dijo la madre.

—Oh —dijo Tandy—, ¡eso no era un brownie! A los brownies no se les ve, tonta. Yo tengo al brownie. ¿No lo sabías? ¿No viste la cartilla de notas?

—¿Cómo...?

No podía decirlo.

—Era fácil. Cada vez que tenía que hacer algo, pensaba sobre si debía hacerlo o no, y si debía, en cómo lo haría; cuando pienso de la manera correcta, algo aquí dentro hace ¡buop-iii! —(hizo un sonido sorprendentemente electrónico, con la primera sílaba deslizándose y aumentando de volumen, y dejando plana y sin música la segunda, como un tono puro)— y sé lo que debo hacer. Es fácil, y ése es el brownie.

—Dentro de ti.

—Mmm. Ese viejo muñeco sucio era una manera de divertirse algo con todo ese trabajo. No podía haberlo hecho sin divertirme de alguna manera. Así facilité que los brownies pudieran vivir en este mundo y ellos me lo facilitaron a mí.

La madre pensó en la retorcida cosa metálica con el tembloroso misterio púrpura en ella; era como mirar por una ventana a... otro mundo. O una puerta.

—Tandy —dijo, movida por un impulso como solía hacer a veces—, ¿cuántos brownies vinieron por la puerta?

—Cuatro —dijo Tandy animadamente, y empezó a brincar—. Uno para mí, uno para Robin, uno para Noël y uno para el bebé. ¿Puedo tomar un poco de zumo?

Caminaron de vuelta a la casa. Robin estaba en casa. Estaba devolviéndole a Noël su piruleta y diciendo «gracias» de la manera que siempre desearon que lo hiciera. Noël siempre había sido una niña generosa. Ya se la había ofrecido al bebé para que la lamiera.

La analogía del plan de reparto de beneficios aparece cuando imaginamos a un magnate satisfecho consigo mismo sentado ante su escritorio, y a un ejecutivo junior de brillantes ojos leyendo con rapidez unos folios mimeografiados.

—Dios, J. G., es el primer vistazo que le echo al nuevo plan. Está haciendo un montón de cosas por la gente de la empresa, J. G., un montón.

Y el gran hombre inclina condescendentemente la cabeza, aceptando el tributo, y dice:

—Un trabajador feliz es un trabajador leal, hijo.

Y mientras asiente con la cabeza, el ejecutivo junior piensa:

—Sí, y lo que es bueno para los felices trabajadores es bueno para la dirección de la empresa.

Pero un autointerés instruido y cooperativo no es algo siempre desdeñable. Pregúntale a cualquier simbiote. Fuese lo que fuera lo que burbujeó saliendo de ese orificio azul, había sido diseñado simple y únicamente para adaptar a un huésped a su entorno, para poder inducir esa armonía cardinal llamada... alegría.

No satisfacción, no contento, no placer. Eso podría tenerse con otras formas, y usando mucho menos que todo el entorno. Una oleada de alegría en el huésped generaba una sustancia específica de la que se alimentaba el simbiote, y la cosa era así de sencilla. Oh, feliz arreglo...

—Bueno, gracias a Dios que Tandy ha vuelto a la normalidad —dijo el padre.

Abandonó el porche donde había contemplado junto a la madre como Robin y Tandy jugaban en el césped con los niños del vecindario. La madre no le puntualizó que Tandy, ahora en y del grupo, podía estar jugando normalmente, pero no había vuelto a la normalidad; estaba yendo a ella. La madre permaneció inmóvil, observando, silenciosa, feliz y asustada.

Dentro, el padre tomó el periódico y volvió a dejarlo al oír uno de esos especiales sonidos en clave que hay en todas las familias como si fuesen códigos secretos. Éste en particular era el clic del pesado cristal contra la madera, y quería decir que el bebé, en una cuna dentro del dormitorio de ellos, había soltado a su azarosa manera un fuerte gancho de izquierda, derribando al biberón fuera de su boca y contra las barras de la cuna.

El padre se detuvo justo dentro del dormitorio. Se quedó con la boca abierta, y lo único que pudo hacer fue llevarse lentamente una mano a la barbilla, cerrarla, y mantenerla cerrada. Timothy, el bebé de seis meses, que tan sólo ayer perdía irremisiblemente el biberón cuando éste se desplazaba a tres cuartos de centímetro de su hambrienta cara, se había sentado contra las barras medio inclinado a la izquierda, para tirar de la almohada que había permitido la pérdida del biberón, y colocarla luego en su posición correcta, a un extremo del colchón, medio girándose a la derecha para tomar el biberón, y luego descansar.

No sólo tomó firmemente el biberón con las dos manos y puso en él su boca; también lo elevó para que pudiera fluir libremente.

Y durante un largo momento no hubo más sonido que el de su chupar, sus rítmicos murmullos de pura alegría y el débil susurro de burbujitas escurriendo dentro del biberón, pues el padre estaba conteniendo el aliento. Por fin, el padre respiró y abrió la boca para llamar a su mujer y que fuese testigo de este milagro. Se lo pensó mejor, cerró la boca, sacudió la cabeza y dejó la habitación en silencio.

Cuando traspasó la puerta, Robin, el primogénito, entró por la del frente. La jamba de cristal estaba cerrándose y trazando una curva que prometía desgajar las molduras cuando golpeará el marco. El padre torció el semblante y los ojos en preparación para el golpe, pero Robin, por primera vez en su vida (un niño debe tener al menos once años para dejar de dar portazos, y Robin sólo tenía ocho), alargó la mano detrás sin mirar y acolchó la puerta con las yemas de los dedos, haciendo que se cerrara con un susurro y un clic. Pasó galopando ante el padre noacertadoporunrayo y se metió en la cocina; un momento después fue visto sacando la basura, espontáneamente.

El padre cayó débilmente en la gran silla de mimbre.

—Papi...

Apartó el periódico. Noël estaba ante él con una larga caja de cartón que estiraba sus brazos de tres años hasta casi quedar rectos.

—¿Quieres jugar jedrez conmigo? —imploró.

La miró durante un largo momento. Se habían sentado muchas veces en la alfombra y montado desfiles con las piezas de ajedrez. Pero ahora quería, quería...
Sintió un escalofrío. Intentó controlarlo pero no pudo.
—No, Noël —dijo—. No quiero jugar ajedrez contigo...
Pero, ah, ésa es la historia de Noël, no la de Tandy.

REGLA DE TRES

Ha habido momentos en que me preocupó la naturaleza del matrimonio, y con qué pie nos habíamos levantado en la vida. Las estadísticas sobre el divorcio parecen indicar que, para un matrimonio, no hay nada más destructivo que la monogamia. «No permitas que el matrimonio de las mentes tenga impedimento alguno», escribió Elizabeth Barren (monógama convencida, si es que alguna vez hubo una), y en eso tenía razón. Pese a que el autor de «Regla de tres» considera la conveniencia de la monogamia como algo axiomático, el lector inteligente —otra forma de desdecirse cuando ya ha terminado la partida— puede encontrar en este cuento el germen de otras formas de pensar. Tiende a incluir convicciones propias en toda la ficción que escribe —especialmente en la ciencia ficción— y ponerlas a prueba frente a diferentes posibilidades, aunque éstas resulten inoportunas o vagas o deseables o improbables. De todas formas, en este cuento (1951) puede encontrarse lo que probablemente sea la primera sugerencia en toda la historia de la ciencia ficción que el amor no tiene por qué estar limitado por género o monogamia. Contiene antecedentes de trabajos posteriores como «Más que humano», y el floreciente concepto que, después de todo, quizá el mayor progreso al que podamos acceder sea aceptar lo que somos, y grokarnos blesharnos, fundirnos y unirnos a partir de ahí. Auténticos temas de ciencia ficción, ¿no creen?

Eran un equipo de descontaminación de tres entidades de energía (cada una de ellas triple) haciendo un examen de rutina en una conocida cultura basada en la materia. Viajaban en lo que indudablemente era una nave, dado que se movía a través del espacio, pero carente de una estructura física de metal. Aminoró la marcha como una onda luminosa que de repente se hubiera cansado.

—Ahí está —dijo RilRylRul.

Los otros dos tríades combinaron sus percepciones de luz y lo observaron.

—Justo al borde —dijo KadKedKud, satisfecho—. No debe ser muy difícil trabajar aquí. Puede haber auténticos problemas cuando la infección se propaga cerca del corazón de la galaxia.

—No subestimes el trabajo hasta que no se haya calibrado —previno MakMykMok.

—Es un sol muy pequeño —dijo Ril—. ¿Cuál de los planetas es? ¿El cuarto?

—No, ese azul y verdoso, el tercero.

—Muy bien.

La nave, una burbuja de energía cohesiva y moléculas de gas rarificado colapsadas, entró en la atmósfera. Cambió gradualmente su forma hasta la de una transparencia ahusada de morro redondeado, y cayó abruptamente hacia el este sobre el ecuador del planeta.

—Que cositas más atareadas, ¿verdad?

Y miraron mientras el mundo giraba bajo ellos. Vieron los vehículos y las ciudades y almacenaron sus observaciones en los intangibles y microscópicos flujos de fuerza que eran los nervios y tendones y psiquis de su estructura triple. Registraron la temperatura de

los convertidores de acero y de las plantas energéticas de los vehículos, calcularon la resistencia de los materiales de edificios y puentes mediante su flexibilidad ante una velocidad del viento previamente computada y juzgaron y compararon las formas aerodinámicas de los vehículos de tierra y aire.

—Podemos volvernos ya —dijo Kad—. Cualquier raza que haya progresado tanto en tan poco tiempo tiene que ser una raza saludable. Cómo podría si no...

—Mira —interrumpió Ril.

—Se matan el uno al otro —observaron consternados.

—Debe ser un ritual —dijo Kad—, o una cacería. Pero será mejor que investiguemos más de cerca.

Se dejaron caer, alcanzando velozmente a un biplano de carlinga abierta con una cruz negra en el fuselaje, colocándose en la capota situada tras la cabeza del piloto. Mak interpenetró la pared de la nave y, sorteando y atravesando las moléculas del aire que pasaban ante él, alcanzó la nuca a través del casco de cuero del piloto. El contacto se efectuó y rompió casi en el mismo momento, y Mak retrocedió horrorizado hacia la piel de su nave.

—¡Salgamos de aquí! —ordenó.

La nave invisible, con Mak aún unido a la piel externa, estuvo en las capas superiores de la atmósfera en tres microsegundos.

—¿Qué ocurrió?

—Pa'ak, el virus energético más contagioso y maligno conocido. Esa criatura rebosaba de él. ¡Jamás vi una infestación semejante! Examínenme. Irrádíenme. Tengan cuidado. Asegúrense.

Era un remedio potente, pero efectivo. Mak se permeó débilmente a través de la pared de la nave y entró.

—Desagradable. Francamente desmoralizador. ¿Cómo puede vivir esa criatura en semejante condición?

—¿Peor que en Murktur III?

—Infinitamente peor. En Murktur jamás encontramos concentraciones superiores a catorce, y eso bastaba para reducir a los nativos a un estado de pendencia continua. Estos bípedos parecen poder soportar una concentración de más de ciento veinte en la misma escala. Increíble.

—Puede que ese individuo estuviera en cuarentena.

—Lo dudo. Pilotaba su propio aparato; parecía poder aterrizar a voluntad donde quisiese. Pero tenemos que investigar más. Tenías razón, Mak —dijo Ril—. No hay que subestimar el trabajo. Imagina, con una infestación como ésta y un empuje semejante..., ¿qué no podrían hacer estando limpios?

Bajaron en picado hasta cerca del suelo, rozaron apenas el pelo de un niño que había en la cima de una colina, y volvieron a ascender, temblorosos y asustados.

—Por lo visto, este individuo no supera el quince por ciento del tamaño máximo. ¿A cuánto ascendía la concentración de Pa'ak?

—Superior a setenta. Este sitio es un foco de gérmenes. Esas criaturas deben ser detenidas, y cuanto antes. Ya sabes lo que tarda en llegar a las estrellas una tecnología como ésta.

—¿Pedimos refuerzos?

—¿Antes de investigar? Por supuesto que no. Al fin y al cabo, seguimos siendo tres.

—Tendremos que protegernos —acotó Ril.

—¿Quieres decir... dissociarnos? ¿Dividir nuestros triples yoes?

—Sabes que es la única manera de no ser detectados por el Pa'ak. Podremos volver a resintetizarnos cuando sepamos con exactitud la manera en que se ha desarrollado y hayamos analizado los componentes psíquicos de los nativos.

—Odio la idea de dividirme. Estar tan débil, tan impotente...

—Tan a salvo. No olvides eso. Una vez nos hayamos encerrado en las mentes de esas criaturas, y las hayamos analizado, tendremos que volver a reunirnos para luchar contra el Pa'ak.

—Que así sea. Volveremos a unirnos pronto. Tengan cuidado —añadió Mak, que era el más precavido—. El Pa'ak no tiene mente, pero es excesivamente peligroso.

—Hambriento —complementó Kad.

—Especialmente para nuestra especie. ¿Empezamos ya?

La nave desapareció, estallando como una burbuja. Los tres cayeron, compartiendo un pensamiento sin palabras que era como una palmada. Cada uno de los ellos se disgregó en tres, y las nueve partículas se alejaron por la atmósfera.

Las noticias hablan de manzanas para los cesantes..., de desarme..., del Ford Modelo A.

Una joven estaba tumbada sobre su estómago, leyendo a la sombra de un árbol. Bostezó ostentadamente, se atragantó, tragó y volvió a enfrascarse en el libro.

Dos amigos se daban la mano. Luego, uno de ellos se dio una palmada en la nuca sin darse cuenta. Algo le rozaba la piel. El otro joven se rascaba la muñeca a medida que se alejaba.

Había algo en el agua de la fuente, pero no lo supieron ni la niñera que llenó el vaso, ni la niña que bebió el agua.

Algo de polvo se posó en un cepillo de dientes.

Un niño pequeño hundió los dientes en el pan con mermelada. La deliciosa y roja confitura goteó hasta la mesa. El niño la recogió con el dedo, y se lo llevó luego a la boca.

Otro joven corrió con los pies desnudos por la hierba húmeda del rocío de la mañana.

En alguna parte, dos motas de polvo esperaban su turno.

Y pasaron unos cuantos años.

Las noticias hablan de Corea y del Tíbet..., de sintetizar proteínas..., de Aureomycina..., de venenos hormonales defoliantes..., de la ley McCarran.

En la fiesta había un personaje de nombre Irving, que no le gustaba a Jonathan Prince, psicólogo. Ese Irving tocaba la guitarra y cantaba folk con una resonante voz de barítono, cosa que le pareció bien; pero cuando se puso en la cabeza la pantalla de una lámpara y entonó «La marcha de los soldados de madera», o algo semejante, le pareció tan divertido como una muleta de goma. Así que Jonathan dejó que su mirada vagara por la habitación.

Cuando ésta se detuvo en la chica de negro sentada junto a la puerta, contuvo bruscamente la respiración.

Priscilla estaba sentada junto a él. Le oyó decir «Ouch», y se dio cuenta que debió apretarle la mano con fuerza.

—¿Qué pasa, Jon?

—Sólo que..., nada, Pris.

Era una falta de tacto, ya que sabía lo agudos que eran los brillantes ojos de Priscilla, pero no pudo evitarlo; continuó mirando a la chica de negro.

El pelo de la chica era de un negro azulado y brillaba como el metal, pero sabía lo suave que podía llegar a ser. Tenía ojos castaños, separados, profundos. Sabía cómo se arrugaban en las comisuras cuando sonreía. De hecho, sabía que tenía un pequeño lunar marrón en la parte interior del muslo izquierdo.

Irving seguía cantando, y, naturalmente, tenía que ser «Negro es el color del pelo de los cabellos de mi amada». Priscilla apretó con suavidad la mano de Jon. Él se inclinó hacia ella.

—¿Quién es la embrujadora? ¿Alguien a quien conoces? —susurró ella.

Él dudó.

—Mi ex mujer —dijo asintiendo, sin sonreír.

Priscilla le soltó la mano.

Jonathan esperó hasta que Irving terminó la canción, y se levantó con los aplausos.

—Perdona... —murmuró.

Priscilla no pareció escucharle.

Cruzó la habitación y se detuvo junto a la mujer de negro hasta que ésta le miró. Vio la arruguita en sus ojos antes de ver la sonrisa.

—Eddie.

—¡Jon! ¿Cómo estás? —Y a continuación, al unísono con él—: No me puedo quejar.

Y se rió con él.

Él se sonrojó, pero no de rabia. Se sentó sobre sus pies a la manera otomana.

—¿Cómo te ha ido, Eddie? No has cambiado nada.

—Cierto —asintió con seriedad. En su mente resonaba un eco: «Siempre seremos amigos, Jon. Nada podría cambiar eso». ¿Sería eso lo que querría decir?—. ¿Sigues intentando averiguar cómo funciona la mente humana?

—Sí, las veces que encuentro una que funcione. ¿Estás en la ciudad por mucho tiempo?

—He vuelto. Han cerrado la sucursal de Great Falls. Jon...

—¿Sí?

—¿Quién es la pelirroja?

—Priscilla. Priscilla Berg. Mi ayudante.

—Es encantadora, Jon. Realmente encantadora. ¿Está..., estás...?

Jon pudo sonreír por fin.

—Puedes preguntarlo, Eddie —dijo, con amabilidad—. Pero antes te lo preguntaré yo. ¿Te has casado?

—No.

—No me lo parecía. No sé por qué, pero no me lo parecía. Yo tampoco.

Él bajó los ojos para mirarse las manos porque sabía que ella estaría sonriendo, y por algún motivo no quería mirarla a los ojos y sonreír también.

—Iré por algo de beber.

Ella esperó hasta que él se puso en pie y se alejó para decir lo que siempre solía decir:

—Vuelve de prisa.

Alguien le empujó en el bar.

—¿Qué hay de nuevo, doc? —dijo Irving, relinchando de risa—. Hey, a esa ayudante suya le gusta el escocés, ¿verdad?

—Whisky de centeno con hielo —respondió sin pensar, dándose cuenta luego que lo del escocés era un tiro a ciegas por parte de Irving y que había proporcionado a ese imbécil una entrada con Priscilla.

Algo molesto, pidió dos irlandeses con agua y volvió con Eddie.

La comunicación era difusa y realizada con esfuerzo.

—Estamos atrapados.

—No te rindas. Ahora tengo muy próximo a Ked.

—Sí, Ked y tú podrán alcanzar una proximidad. ¡Pero estas criaturas no se combinan emocionalmente en tríos!

—Pueden... ¡Tienen!

—No los fuerces. Continúa enquistado y trabaja con cuidado. ¿Sabías que el Pa'ak acabó con Mak?

—¡No! ¡Qué horror! ¿Qué hay de Myk y Mok?

—Tendrán que ser guardianes, vigilantes o comunicadores. ¿Qué otra cosa pueden hacer?

—Nada..., nada. ¡Debe ser terrible estar un tercio muerto! ¿Qué le pasó a Mak?

—La criatura que Mak ocupaba se mató, se puso frente a un vehículo en plena aceleración mientras Mak intentaba sintetizarse. No pudo salir a tiempo de la cosa muerta.

—Tenemos que darnos prisa o estas bestias se lanzarán al espacio antes que volvamos a reunir nuestras fuerzas.

Todavía quedaban varias horas para que se abriera el club, pero Derek sabía que las puertas de herculita no estarían cerradas. Las abrió empujando con el hombro y entró, procurando que los batientes no golpearan el contrabajo que llevaba consigo.

Alguien tocaba el piano. El piano... ¿No le había mencionado Janie, justo antes de irse él, que necesitaba un piano?

—Espero que... —murmuró, y allí estaba Janie, moviéndose a uno y otro lado, dando vueltas a su alrededor.

—¡Derek, monstruo canadiense a medio terminar! ¡Eres tú! —canturreó ella. Le abrazó y le dejó en la mejilla la huella escarlata de sus labios—. ¿Por qué no me llamaste antes? Dios, cómo te he echado de menos. Vamos, deja ese Steinway en el suelo e incítame de una vez. Cómo me alegra ver tu fea cara... Mírale —le pidió al vacío local mientras empujaba al gigantesco bajo contra la pared y le acariciaba con las yemas de los dedos—. Hey, que soy yo la que está aquí.

—¿Cómo estás, Janie? —La abrazó—. ¿Qué es lo que están dando por aquí?

—A mí —respondió—. Dando y agotándome. Tuve la garganta irritada desde el cuello a las amígdalas durante diez días. Maldita sea, mi manera de cantar necesita que el piano dé vueltas a mi alrededor mientras lo hago. Los dedazos de ése marcaban el compás como si estuviera batiendo huevos. Y luego tuve un bajo que sonaba como una perrera, perro incluido, y sin el menor oído. Tuve que botarle. Llevo tres noches actuando sin bajo, y me alegra que estés de vuelta.

—Yo también —dijo él, acariciándole el cabello—. Consigamos un pianista y todo irá como en una riña de gatos.

—Pianista tengo —dijo ella, y su voz sonó asustada—. Un gatito al que oí durante horas en un tugurio. Deja suelta la mano izquierda y se olvida que está ahí. La derecha es toda una locura. Un personajillo realmente triste. Vive los blues mientras improvisa sobre la melodía. Toca mejor cuanto peor se siente. ¿Cantar con él? ¡Tío! Todos sus acordes son cuerdas vocales para la pequeña Janie. Ahí le tienes de nuevo. ¡Escucha!

Derek escuchó. El piano volvía a hablar de algo hermoso, fastuoso y perdido.

—¿Es sólo un hombre? —preguntó un momento después.

—Ven conmigo a conocerle —dijo—. Oh, Derek, es encantador.

—¿Encantador?

Ella se golpeó el pecho y soltó una risita.

—Espera a que le conozcas. No tienes por qué pasar las noches en vela pensando en él. Vamos.

Era un hombre con cara de halcón y ojos pacíficos. Se encogía en el banco contemplando lo que hacían sus manos en el teclado como si ya las hubiera visto antes pero sin darles importancia. Sus manos eran extraordinariamente elocuentes. No levantó la cabeza.

—Voy por mi violín —dijo Derek.

Lo hizo, y tomó el ritmo tan suavemente que el pianista no le oyó durante tres acordes. Levantó la cabeza, sonrió tímidamente a Derek y siguió tocando. Era muy, muy bueno. Se lanzaron varios voleos el uno al otro antes que Derek se diera cuenta de lo que estaban tocando. Janie cantaba El trueno y las rosas.

Cuando me diste tu corazón,

me diste el mundo...

Y, luego, hubo un acorde con un énfasis tremendo en una sexta, y que fue en aumento a partir de ahí, con un tono ansioso y hambriento que condujo al silencio con una sorpresa llena de satisfacción.

Derek apartó el contrabajo con cuidado, procurando que no hiciera sonido alguno.

—¿Puedo respirar ya? —dijo Janie con voz semejante a la de un ratón.

El pianista se levantó. No era alto.

—Eres Derek Jax —dijo—. Gracias por dejarme tocar contigo. Es algo que siempre quise hacer.

—Me das las gracias —dijo Derek—. Tocas bastante el piano. ¿Cómo te llamas?

—Henry. Henry Faulkner.

—Nunca oí hablar de ti.

—Estuvo doce años a cargo del Departamento de Orquestación del Conservatorio —dijo Janie.

—¿Eh? Eso está bien —dijo Derek—. Sinfonías y todo eso. ¿Por qué lo dejaste?

—Normas —respondió Henry. Eso era explicación suficiente para Derek—. Me encantará trabajar aquí.

Janie cerró los ojos y juntó las manos.

—Estupendo.

—No —dijo Derek, con rostro de granito.

Janie se quedó helada. Henry abandonó el piano. Caminó, casi trotó hasta Derek.

—¿No? Oh, por favor. ¿Es-es una broma?

—Ninguna broma. Sólo un no.

—¿Has tomado algo, Derek? —dijo Janie—. ¿Sedantes?

Derek extendió las manos.

—No. Es una buena palabra. ¿Acaso no resulta preferible un buen «no» a un montón de discursos? Solamente no.

—Derek...

—Señor Jax —dijo Derek.

—Piénselo, por favor, señor Jax —dijo Henry—. Llevo queriendo trabajar con usted desde que grabó Slide Down. Ya sabe cuánto tiempo hace de eso. No quiero tocar el piano en cualquier sitio. Quiero tocarlo aquí, con usted. No me importa la paga. Déjeme acompañar ese contrabajo.

—A mí nunca me ha hablado de ese modo —dijo Janie con una sonrisita—. Has hecho una conquista, cabeza de chorlito. Ahora...

—No quiero seguir hablando de eso —explotó Derek—. No quiero oír hablar sobre nada más. ¡He dicho que no!

Janie llegó hasta él. Agarró a Henry por el antebrazo y le dirigió una larga mirada.

—Vete a dar una vuelta —dijo con amabilidad—. Ven a verme luego.

Derek miraba fijamente el piano. Janie miró como se iba Henry. Caminaba lentamente, apoyándose en sí mismo, con la cabeza levantada. Se detuvo al otro lado de la pista de baile, se volvió y abrió la boca para hablar, pero Janie le hizo señas para que se fuera. Se fue.

Janie se volvió hacia Derek.

—En nombre del cielo, qué...

Derek la interrumpió cortante.

—Si tienes algo más que decir sobre esto, también puedes ir buscándote un bajo nuevo.

Pallas McCormick tenía cincuenta y tres años y sabía lo que estaba haciendo. Era una figura ágil y delgada, con hombros puntiagudos y agudas ramas en las comisuras de la

escasa mandíbula, que bajaba con vivas zancadas por la calle Séptima. Llegaba tarde y no quedaba mucho para que cerraran la sala de té.

Verna estaba allí, esperándole, con su brillante pelo blanco y sus radiantes ojos azules ondeando como faros en la habitación en penumbra.

—Buenas tardes, Pallas.

La voz de Verna era suave y acolchada, como su cara y su figura regordetas.

—Buenas —dijo Pallas—. ¿Cómo están los tuyos? —añadió sin preámbulos.

—No tan bien —suspiró Verna—. Dos lo desean, uno no. El muy loco.

—Todos son unos locos —dijo Pallas—. Dos mil millones de locos estúpidos. Jamás oí hablar de semejante sitio.

—Quieren hacerlo todo en pares. Todos temen perder algo si no se emparejan, y se emparejan. Les han educado y animado y ordenado y enseñado que así deben ser las cosas —volvió a suspirar—, y así son las cosas.

—No nos queda mucho tiempo. Desearía que no hubiéramos perdido a...

Ahí siguió un débil intento de proyectar Mak, una designación mental para la que no había equivalente audible.

—Oh, querida, deja de decir eso. Siempre estás diciendo eso. Nuestro primer tercio se ha ido, totalmente devorado, y así son las cosas.

—Somos dos —dijo Pallas ácidamente— y no queremos serlo. ¿Estás bien?

—Constantemente enquistada, gracias. El Pa'ak no puede alcanzarme. Estoy tan bien enquistada que apenas puedo controlar este... —alzó los brazos y los dejó caer pesadamente sobre la mesa—, este saco de huesos. Y no puedo hablar telepáticamente. Me gustaría poder comunicarme directamente contigo y con los otros, en vez de a través de esta primitiva criatura y sus interminables idiomas. Hasta tengo que utilizar este torpe nombre terrestre tuyo. No existe vocalización para nuestros auténticos nombres.

Volvió a haber un esfuerzo para identificar como «Myk» al que hablaba y al otro como «Mok», y fue fallido.

—Me gustaría poder oír a los otros. ¡Dios! Aunque sólo sea de cuando en cuando y con una débil señal, un simple acércate o vete, y con nada en medio, con muchas semanas de diferencia.

—Oh, ¡pero tienen que estar tan cerca! Ya sabes cómo funciona la infección del Pa'ak, aumentando el potencial neurótico para que el virus pueda alimentarse de la energía nerviosa liberada. Son dos grupos de tres personas los que deben juntarse por su propia y libre atracción emocional, o las tres partes de Ril y las tres partes de Kad nunca podrán volver a ser una. Permitirles esa libertad emocional es permitir que el virus Pa'ak con que están infectados pueda seguir activo, dado que tienden a sentirse atraídos mutuamente por razones neuróticas. Al menos nosotras no tenemos ese problema. Quedaba tan poca neurosis o lo que fuera en estas mentes cuando nos apoderamos de ellas que eran terreno poco fértil para el Pa'ak. Y así...

—Verna, puedes evitarme ese eterno...

—...son las cosas —terminó Verna, inexorablemente—. Lo siento, Pallas, de verdad. En esta mente hay un horrendo mecanismo que hace surgir esta frase de cuando en cuando, haga lo que haga por evitarlo. Estoy reconstruyendo la mente todo lo rápido que puedo. Pronto llegaré a ello. Espero.

—Verna... —dijo Pallas con tono de revelación—. Podemos acelerar las cosas. Estoy segura. Verás. Estos locos no se agruparán en tres. Y Ril y Kad no podrán completarse a no ser que los tres huéspedes estén emocionalmente dispuestos a ello. Así que... —Se inclinó hacia adelante, sobre la taza de té—. No hay mucha diferencia entre dos grupos de tres y tres grupos de dos.

—De verdad crees que..., pero, Pallas, ésa es una idea maravillosa. ¡Eres tan lista, querida! Entonces, lo primero que tenemos que hacer...

Las dos se congelaron en actitud de escucha.

—¡Dios mío! —dijo Verna—. Eso ha sido uno malo.

—Iré yo —dijo Pallas—. Es una de las criaturas que vigilo. Ril está en ella.

—¿Debo ir yo también?

—Tú quédate aquí. Tomaré un taxi y me mantendré en contacto. Triangularé cuando esté lo bastante lejos. Mantente atenta para cuando vuelvas a oír la señal. ¡Santo Cielo! ¡Sí que ha sonado urgente!

Se marchó al trote. Verna contempló la taza intacta de Pallas.

—Se ha marchado sin pagar la cuenta. —Suspiró—. En fin, así son las cosas.

Las noticias hablan del programa de satélites artificiales y de platillos volantes..., de cohetes de tres fases y culpabilidad por asociación.

El doctor Jonathan Prince estaba diciendo:

—El mundo nunca estuvo en un estado semejante. Puedes hacer un gráfico de la industrialización, y descubrir que aumenta en progresión geométrica. Puedes hacer uno con la incidencia de psiconeurosis, y descubrir prácticamente el mismo índice, pero mucho mayor. Te digo, Edie, que es como si algo estuviera cultivando nuestros pequeños traumas y ansiedades como si fueran terreno abonado para aumentar su producción, y a continuación alimentarse de ellos.

—¡Pero se han conseguido tantas cosas, Jon! —protestó su ex mujer.

Jon agitó el vaso vacío.

—Existen treinta y nueve mil psicoterapeutas para, ¿cuántos millones de personas necesitadas de ayuda? Hay una necesidad que pide a gritos una terapia sencilla y generalizada, y la gente se niega a comportarse siguiendo pautas generalizadas. En alguna parte tiene que haber alguna forma nueva de enfocar una terapia. Tal y como son ahora, los procedimientos que consideramos ortodoxos no albergan suficientes promesas. Son demasiado lentos. Y si se diera alguna clase de milagro, tipo apoyo estatal y educación adecuada para formar tantos terapeutas como necesita la gente, obtendrías algo que se elevaría a una nación o un mundo de terapeutas constantemente ocupados. Y alguien tendría que hacer pan y conducir los autobuses, ¿sabes?

—¿Qué me dices de esas nuevas terapias sobre las que se lee últimamente? —quiso saber Edie.

—Oh, hasta cierto punto son una buena señal; indican que estamos al tanto de nuestra enfermedad. Lo más alentador de ellas es su diversidad. Son herramientas y escuelas y falsedades y modas. Tenemos psicoanálisis, donde el paciente habla de sus problemas al terapeuta; narcosíntesis, donde los problemas del paciente le hablan al terapeuta, e hipnoterapia, donde el terapeuta le habla a los problemas del paciente.

»Tenemos insulina con la que arrancarle los traumas al paciente, shock eléctrico para asustárselos subconscientemente y que se alejen de él, y CO₂ para asfixiar los traumas hasta que se mueran. Y también tenemos la lobotomía prefrontal, la leucotomía transorbital y la topectomía, para cortar las conexiones entre la expresión de las aberraciones del paciente y su suministro de energía, con la inocente idea que la fuente generatriz desaparecerá si dejas de verla. Y también tenemos el reichianismo que, hablando groseramente, se refiere a la tía Susan que tenía una rodilla enferma, y que te pegaba, y que cuando la rodilla se cura, también te curas de la tía Susan.

»Y tenemos..., pero, ¿para qué seguir? Lo que importa es que las polvorientas escuelas de psicología nos dicen que sabemos que estamos enfermos; que queremos hacer algo al respecto (pero no lo queremos bastante, en masse), y que estamos dispuestos a atacar el problema en todos sus sectores y aspectos.

—¿Qué clase de trabajo has estado haciendo tú?

—La mayor parte ha sido con encefalogramas. El tamaño y la forma de las ondas cerebrales pueden revelar mucho cuando tengamos bastantes grabadas. ¿Sabías que en

los enfermos mentales hay un cambio mensurable de volumen en las yemas de los dedos, y que sigue la incidencia de las ondas cerebrales? Es algo fascinante. Pero hay veces que siento que no hago más que dar vueltas sin acercarme al auténtico problema. Me siento como un cartógrafo trabajando con ahínco para registrar la altura y el ángulo de las olas del océano. Cada vez que duplicas una observación para comprobarla, descubres que hay un valle donde un segundo antes había una montaña.

»Y hay veces en que siento como si sólo tuviera que darme la vuelta para mirar en la dirección correcta, que vería con la claridad del día a lo que nos está haciendo esto. Que estamos aquí sentados con nuestro frasco de árnica psicológica y nuestras frías compresas terapéuticas, intentando curar un ataque de chichones en el cráneo. Y que si pudiéramos girarnos y mirar en el lugar adecuado, veríamos un maníaco invisible con un garrote, golpeándonos en la cabeza, y al que nunca habíamos detectado antes.

—Pareces deprimido.

—Oh, la verdad es que no lo estoy —dijo. Se levantó y se estiró—. Pero casi desearía que pudiera alejarme de esa idea recurrente de buscar en otra parte; de correlacionar neurosis con una enfermedad viral. Encuentra el virus y cura la enfermedad. Es una panacea; buenos pensamientos. Probablemente me estoy volviendo vago.

—Tú no, Jon —le sonrió su ex mujer—. Puede que tengas la respuesta subconscientemente, pero que lo que has descubierto no salga a la luz.

—Muy astuta. ¿Qué es lo que te ha hecho decir eso?

—Es algo que solías decir constantemente.

Él se rió y le ayudó a levantarse.

—¿Tienes que levantarte mañana temprano, Edie?

—Estoy sin trabajo. ¿No te lo he dicho?

—No lo pregunté —dijo con tristeza—. Dios mío, hablo demasiado. ¿Quieres ver mi nuevo laboratorio?

—¡Me encantaría! Me encantaría. ¿Crees que estará... bien?

—¿Bien? Pues claro que... Oh, ya veo a lo que te refieres. Priscilla. ¿Dónde está, por cierto?

—Se marchó. Pensé que te habías dado cuenta. Con el hombre que tocaba la guitarra. Irving.

Movió la cabeza señalando al instrumento abandonado.

—No me había dado cuenta —dijo. Sobre sus rasgos se deslizó la cara de póquer del psicólogo profesional—. ¿Con quién has venido tú?

—Con el mismo. Con Irving. Espero que Priscilla sepa cuidarse.

—Vámonos —dijo él.

El pensamiento de Ril se tambaleó hasta Ryl y Rul, débilmente y con exasperación.

—¿Cómo puede ser tan estúpido un ser pensante? ¿Oyeron alguna vez una descripción más exacta que ésta del virus de Pa'ak? «Cultivando nuestros pequeños traumas y ansiedades como si fueran terreno abonado para aumentar su producción y a continuación alimentarse de ello.» «Un nuevo enfoque.» ¿Por qué no habrá extrapolado esta gente, al menos, el concepto de la energía de vida? Saben que la materia y la energía son la misma cosa. ¡Un virus energético es algo tan lógico para que se les ocurra pensar en ello!

—Pueden aislar sus experimentos de sus neurosis tanto como aislar sus instrumentos de medición de la gravedad —respondió Rul—. Ten paciencia. Tendremos la fuerza necesaria para informarles cuando podamos reunirnos otra vez.

—¿Paciencia? —emitió Ril—. ¿Cuánto tiempo crees que nos queda antes que empiecen a propagar el virus por esta parte del cosmos? Están mejorando sus cohetes, ¿no? Debimos pedir refuerzos. Pero, ¿cómo podríamos haber adivinado que estaríamos atrapados así, en entidades separadas que se niegan a unirse?

—No podíamos —respondió Ryl—. Todavía nos queda mucho por aprender sobre estas criaturas. Pedir refuerzos no resolvería nada.

—Y tenemos tan poco tiempo —se lamentó Rul—. Cuando salgan de la Tierra no podremos aislar la pestilencia del Pa'ak.

—A no ser que estén curados de la enfermedad antes que salgan —dijo Ril.

—O impedir que salgan —señaló Ryl—. Una guerra atómica disminuiría el nivel de cultura. Tendremos que obligarles a luchar si no queda otra opción. Tenemos poder para ello. Así reduciremos su tecnología hasta el punto que los viajes espaciales sean imposibles.

Era una idea estremecedora. Rompieron el contacto con un silencio tembloroso.

Habían tomado una copa, y luego un café, y ahora Irving le acompañaba a casa. Ella no habría querido ir por el parque, pero era tarde y él le aseguró que era un camino mucho más corto.

—Por aquí hay muchos sitios por donde atajar.

Era más sencillo no discutir. Irving mantenía un flujo de lenguaje en tono bajo y alta intensidad del que podría haber prescindido en estos momentos. Estaba cansada, aburrida, y extremadamente furiosa.

Ya era bastante malo que Jon la hubiese abandonado por ese pecio a la deriva de su pasado. Aún fue peor el pasar junto a él con el sombrero puesto sin que él ni siquiera levantase la cabeza. Pero lo peor de todo fue que se había enfurecido. No tenía nada que reprocharle a Jonathan Prince. Eran más que amigos, desde luego, pero nada más.

—¿Quién era la chica con la que viniste a la fiesta, Irving?

—Ah, ésa. Alguien que quería un trabajo en la factoría. Es una chica brillante. Una ingeniera electrónica... ¿Te lo imaginas?

—Y...

Él la miró.

—¿Y qué? Descubrí que era frígida.

«Oh —pensó ella—. Así que la dejaste por pensar que era frígida, y me pescaste a mí. ¿Y eso en qué me convierte a mí?»

—Estos caminos dan vueltas por todo el parque. ¿Estás seguro que vamos bien por aquí?

—Conozco perfectamente todo esto. Es por aquí.

Se apartaron del camino y tomaron un sendero de grava que se desviaba a la derecha. El sendero estaba iluminado por un farol situado en un cruce de caminos, y la luz seguía el sendero iluminándolo hasta la maleza. Parecía ser tan seguro..., y entonces Irving torció por otro sendero. Ella le siguió sin pensar, parpadeando contra la opresiva y repentina oscuridad.

Era un pequeño callejón sin salida, completamente rodeado por una maleza muy espesa. A medida que sus ojos se acostumbraron a la escasa luz que se filtraba por entre los árboles, pudo ver bancos y dos mesas para merendar. Un sitio maravilloso, discreto y tranquilo, pensó..., para una merienda.

—¿Qué te parece esto? —susurró Irving en forma entrecortada.

Parecía como si hubiera estado corriendo.

—No —dijo inmediatamente—. Es tarde, Irving. Esto no nos lleva a ninguna parte.

—Oh, no lo sé —dijo él.

La rodeó con los brazos. Ella se apartó con la cabeza ladeada, y le golpeó en la cara con el bolso. Él la tomó por la muñeca y se la retorció hasta ponerla a su espalda.

—No —jadeó ella—. No...

—Bueno, ya has protestado como le corresponde a una dama, cariño, ya ha quedado constancia. Ahorrémosnos tiempo y problemas. Vayamos al grano.

Ella le dio una patada. Él se sobresaltó pero se mantuvo en su sitio. Se oyó un agudo chasquido.

—¿Lo has oído? —dijo él—. Es mi navaja. Aprieto un botón y ¡zip! Quince centímetros de bonito acero. Ahora no te muevas ni hagas ruido, encanto, y habrá diversión para los dos.

La sujetó contra sí utilizando el brazo izquierdo y empezó a subir la mano por debajo del forro de la chaqueta. Ella sintió el cuchillo en la espalda, deslizándose fríamente entre la piel y la parte posterior del traje escotado.

—No te muevas —volvió a decir.

El cuchillo giró, se separó un poco y la correa del sujetador se partió. Él apartó el cuchillo; ella volvió a oír el chasquido. Irving se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—¿No te sientes mejor ahora? —jadeó él.

Ella hinchó los pulmones para gritar, y al instante tuvo su áspera mano en la boca. Era una mano grande, y la palma estaba artísticamente colocada, para impedir que abriera la boca lo suficiente como para utilizar los dientes.

—No te esfuerces —dijo, con voz suave, suplicante—. No tiene sentido. Puedo matarte. Lo sabes.

Ella temblaba violentamente, sus ojos estaban casi en blanco, y su boca abierta cuando él la besó. Entonces, él gritó.

Irving apartó los brazos de ella y Priscilla cayó al suelo. Le miró desde allí, atontada. Estaba tenso, erguido en la penumbra, con la cabeza alzada y retorcida por el dolor. Parecía tener ambas manos en uno de los bolsillos posteriores. Dio media vuelta y los ojos de Priscilla le siguieron.

Allí había alguien más..., alguien vestido de negro. Alguien que se parecía a una profesora que Priscilla tuvo una vez. Delgada, pelo gris, con la cara como las ramas de un árbol.

La reseca aparición se movió sin prisas pero con claras intenciones, se detuvo, se subió las faldas audazmente y dio un certero puntapié en la entrepierna de Irving. Éste emitió un sonido ahogado y se encogió, cayendo al suelo. La anciana avanzó hacia adelante como si bailara un minué, situó un sensible zapato y empujó. Irving cayó sobre las rodillas y codos, con la cabeza colgando.

—Fuera —dijo secamente la anciana—. ¡Ahora!

Dio una palmada. El sonido enderezó a Irving. Se puso en pie con un largo gemido, se volvió estúpidamente para recoger sus pertenencias y se alejó a toda prisa, trastabillando.

—Vamos, querida.

La mujer pasó las manos bajo las axilas de Priscilla y la ayudó a levantarse. Medio transportó a la chica hasta los merenderos y la sentó en uno de los bancos. La mantuvo erguida con una mano alrededor de los hombros, mientras ponía en la mesa un enorme bolso negro. Sacó de él un voluminoso pañuelo y lo colocó entre las manos de Priscilla.

—Ahora siéntate, y llora un poco.

—No puedo —dijo Priscilla, aún temblando, rompiendo a llorar.

Se sonó débilmente la nariz cuando terminó.

—No..., no sé que decirle. Po-podría haberme matado.

—No, no lo habría hecho. No mientras yo siga viva y lleve un alfiler de sombrero.

—¿Quién es usted?

—Una amiga. Me basta con que creas eso, así que también tendrá que bastarte a ti.

—Le creo —dijo Priscilla. Respiró largamente, temblando—. ¿Cómo podría agradecersele?

—Prestando atención a lo que te diga. Pero antes tienes que contarme algunas cosas. ¿Cómo es que te has relacionado con semejante animal? Estoy segura que tienes más sentido.

—No me lo reproche, por favor... Fui una tonta, sólo eso.

—Quieres decir que estabas confundida, ¿verdad?

—Bueno —aspiró Priscilla—, sí. Verá, trabajo con un doctor, y él y yo... No es nada serio, sabe, pero lo pasamos tan bien trabajando juntos y nos reímos por las mismas cosas, y es... tan bueno. Entonces él...

—Continúa.

—Estuvo casado. Hace años. Y la ha visto esta noche. Y dejó de mirarme. Supongo que es una tontería, pero me puse furiosa.

—¿Por qué?

—Ya se lo dije. Él sólo quería hablar con ella. Olvidó que yo existía.

—Ése no es el porqué. Te pusiste furiosa porque tenías miedo a que volviera a quedarse con ella.

—Su-supongo que sí.

—¿Quieres casarte con él?

—¿Por qué? No..., no, no quiero. No es eso.

La anciana asintió.

—¿Crees que si vuelve a casarse con ella, o con alguna otra, eso marcaría una gran diferencia en el trabajo que realizan juntos, en la forma de tratarte?

—Yo..., supongo que no habrá mucha diferencia, no —respondió Priscilla pensativamente—. Nunca lo había mirado así.

—¿Y se te ha ocurrido pensar si podía haber hecho otra cosa? —continuó incansable la anciana—. Estuvo un tiempo casado con ella. Parece que no la ve desde hace años. Encontrársela aquí debe haber sido una pequeña sorpresa. ¿Qué otra cosa habría podido hacer? «Tiene gracia, Priscilla, ahí está mi esposa usada. Sigamos bailando.» ¿Era eso lo que esperabas?

Ella se rió al fin.

—Es usted maravillosa. Y tiene razón, toda la razón. He sido tan ton... ¡Oh!

—¿Qué pasa?

—Me ha llamado Priscilla. ¿Cómo sabe mi nombre? ¿Quién es usted?

—Una amiga. Vamos, niña; no puedes quedarte aquí toda la noche. —Levantó a la sorprendida chica—. A ver. Déjame mirarte. Se te ha corrido el lápiz de labios. Por aquí. Eso está mejor. ¿Puedes abrocharte la chaqueta? Creo que deberías hacerlo. No es que importe mucho que se te vean los pechos, teniendo en cuenta la manera en que se visten estos días. Ya está, vamos.

Arrastró a Priscilla por todo el parque y, cuando llegaron a la calle, se dirigieron al norte. Priscilla tiró de la negra manga.

—Espere, por favor. Yo vivo por ahí —señaló.

—Lo sé, lo sé, pero no vas a volver todavía a casa. ¡Ven conmigo, niña!

—¿Adónde va..., vamos?

—Ya lo verás. Ahora escúchame. ¿Confías en mí?

—¡Oh, por Dios, sí!

—Muy bien. Cuando lleguemos a donde vamos, tú entrarás sola. No te preocupes, es totalmente seguro. Aunque una vez dentro harás algo muy estúpido.

—¿Lo haré?

—Lo harás. Darás media vuelta y querrás marcharte. Ahora bien, quiero que entiendas que no debes salir. Estaré esperando fuera para comprobar que no lo haces.

—Pero yo... Pero, ¿por qué? ¿Qué se supone que...? ¿Dónde...?

—Sssh, niña. Haz lo que se te dice y estarás perfectamente.

Priscilla caminó un rato en silencio.

—De acuerdo —dijo luego.

La anciana se volvió para mirar la cara más sonriente y confiada que había visto nunca. Rodeó los hombros de Priscilla con un brazo y la estrechó contra sí.

—Lo harás —dijo.

Henry Faulkner estaba en un reservado, lejos de la escandalosa máquina tocadiscos y del grupo de gente que charlaba junto a la entrada del bar. Los codos de Henry estaban clavados en la mesa, y sus pulgares, cuidadosamente encajados en las concavidades óseas de encima de los párpados, soportaban el peso de su cabeza. El café daba vueltas y vueltas como un estudio de Czerny, pero siguiendo un eje horizontal. Las paredes se movían delante y detrás de él, y se sentía muy mal. En una ocasión se obligó a tomar tres cervezas, y eso estableció su límite; se hinchó de manera horrible y a la mañana siguiente le dolió la cabeza. Esta noche había tomado cuatro whiskys dobles.

—Y ahí ‘staba él —le dijo a una de las rubias que se sentaban frente a él—, al la’o del director, mirando a la orq’sta, y a veces llevaba el ritmo con las manos. Cuando terminó el último movimiento, el púb’ico se levantó como un solo hombre y aplaudió. Y ahí ‘staba él, al la’o del director...

—Eso ya lo has dicho antes —dijeron las chicas.

Hablaban a la vez, y las dos tenían una sola voz, como el doble tono ascendente de un acorde mayor.

—‘Staba ahí —continuó Henry—, siguiendo el ritmo pese a que la música se había detenido. Y el director, con ojos en sus lág’imas, con lág’imas en los ojos, le hizo dar media vuelta para que pudiera ver el aplauso.

—¿Qué es lo que le pasaba? —preguntaron las chicas.

—Era sordo.

—¿Quién era?

—Beethoven —lloró Henry.

—Dios mío. ¿Es por eso que estás así?

—Me pediste que te contara la triste historia —dijo Henry—. No me pediste que te contara mi triste historia.

—Sí, sí. Tienes dinero, ¿no?

Henry levantó la cabeza y la echó atrás para adquirir perspectiva. Fue entonces cuando las chicas se fundieron convirtiéndose en una; se dio cuenta que, pese a lo que había visto, todo el rato había sido una sola. Eso explicaba por qué tenían las dos la misma voz. Se sentía extravagantemente complacido.

—Pues claro que tengo dinero.

—Bueno, subamos entonces a mi casa. Estoy cansada de estar aquí sentada.

—Encantadora persona —entonó él—. Ahora te contaré la triste historia de mi desperdiciada viuda.

—¿De tu viuda?

—Perdón, ¿cómo dice? Nunca he estado casado.

La chica le miró con perplejidad.

—Vuelve a empezar.

—Da capo —dijo con un dedo junto a la nariz—. Muy bien. Repito. Ahora te contaré la historia de mi desperdiciada vida.

—Oh —dijo la chica.

—Tengo el no va más en rechazos —dijo Henry solemnemente—. Me enamoré profundamente, profundamente, profundamente, profun...

—¿Con quién? —dijo cansinamente la chica—. Ve al grano y larguémonos de aquí.

—Con un contrabajo. Un violín gordo, vamos —asintió solemne.

—Ah, por el amor del cielo —dijo ella con desdén. Se levantó—. Mira, amigo. No puedo malgastar toda la noche. ¿Vienes o no vienes?

Henry la miró molesto. Él no había pedido su compañía. Ella se limitó a aparecer en el reservado. Y había hablado y remoloneado hasta que estuvo a punto de contarle lo que había venido a olvidar. Y ahora quería marcharse. De repente se sintió furioso. Él, que en toda su vida había alzado la voz o una mano, de pronto estaba tan furioso que, por un

momento, estuvo ciego. Aulló como el reabierto de un clarinete bajo y saltó hacia ella. Su mano engaritada pasó junto al esponjado cuello del traje y quedó atrapada, rompiendo algo el tejido a la altura del hombro.

La chica lanzó un rutinario grito de miedo. El cantinero dio un salto, sentándose en la barra y pasando a continuación las gruesas piernas por encima del mostrador.

—¿Qué diablos está pasando ahí? —preguntó, posando los pies en el suelo.

La rubia dijo, con indignados chillidos, lo que creía que Henry intentaba hacer.

—¿En el reservado? —dijo un bourbon apoyado en la barra.

—Eso tengo que verlo —replicó una cerveza.

Se acercaron, seguidos por el resto de los clientes.

El cantinero entró en el reservado y sacó en volandas a Henry. Éste, sintiéndose enfermo y en estado de pánico extremo, se liberó y corrió, dos pasos. Un lado de su cabeza topó con el puente de la nariz del bourbon. Henry fue consciente de un crujido sordo. Explataron unas luces, cayó al suelo, rodó y volvió a ponerse en pie.

La chica gritaba con desafinada monotonía en lo que debía ser un mi sostenido. El bourbon estaba sentado en el suelo derramando sangre por la nariz.

—¡Atrápenle! —ladró alguien.

Unas manos poderosas agarraron los flacos bíceps de Henry. Ante él tenía a un hombre fornido, con unos puños alzados que eran como mazos amarillos.

—Sujétale con fuerza —dijo el hombre fornido—. Voy a darle su merecido.

Y una especie de borla con brillantes ojos azules se interpuso entre Henry y el hombre fornido.

—Déjenle en paz. ¡Matones! —dijo con voz severa y suave—. ¡Ya le están dejando para que se marche en paz!

Henry sacudió la cabeza. Lamentó el movimiento, pero entre las cosas que experimentó hubo una que fue la visión clara. Miró a la borla, que se convirtió en una dulce señora de cincuenta y tantos años. Su boca traslucía gentileza, y determinación sus centelleantes ojos azules.

—Será mejor que se mantenga al margen, abuela —dijo el cantinero no sin amabilidad—. Este tipo se lo andaba buscando.

—¡Le soltarán en este mismo instante! —dijo la señora, y dio una patada en el suelo—. Y así son las cosas.

—Al —le dijo el hombre fornido al cantinero—, aparta a la señora mientras aplasto a este bastardo.

—No me ponga la mano encima.

—Cuida tu lenguaje, Sylvan —le dijo el cantinero al hombre fornido. Puso una mano en el hombro de la señora—. Venga conmigo un mome..., ¡uh!

La última sílaba fue su respuesta en staccato al codazo que le propinó la anciana en la boca del estómago. De todas formas, esto no fue la conclusión de su, literalmente, reacción en cadena. Ondeó el ridículo bolso, trazando un arco y descargándolo en la cabeza del hombre fornido. Éste se hundió en el suelo sin un gemido. Con el mismo movimiento colocó su otra mano en la mandíbula de Henry y empujó violentamente. Echó atrás la cabeza y golpeó la cara del hombre que estaba sujetándole los brazos. El hombre se tambaleó hacia atrás, resbaló y cayó, con la cabeza rebotando en un taburete.

—Vámonos, Henry —dijo animadamente la anciana.

Le tomó por la muñeca como si fuera un niño pequeño que tenía que lavarse la cara, y se marcharon del café.

—Nos perseguirán —exclamó él, ya en la calle.

—Naturalmente —dijo la mujer.

Se llevó dos dedos a la boca y lanzó un penetrante silbido. Un taxi estacionado a una manzana y media soltó el freno y se acercó a ellos. En el café se oían gritos. El taxi llegó a su lado. La mujer abrió la puerta e hizo entrar a Henry. Cuatro hombres enfurecidos

salieron a la calle. Ella buscó en su bolso y sacó un objeto oscuro de él. Se quedó un momento quieta y, a la escasa luz de los neones, Henry vio lo que tenía en la mano: una vieja y anticuada tapadera de hierro de un hornillo. Ahora entendía cómo se había deslomado el hombre fornido con tanta facilidad.

La anciana lanzó el hierro. Bautizó la cabeza de uno de los hombres y siguió su vuelo hasta atravesar el cristal de una ventana. El hombre que había sido acertado cayó de rodillas, sujetándose la cabeza con las manos. Los otros tres se tiraron al suelo unos encima de otros, intentando salir del alcance de su campo de tiro. La mujer se metió en el taxi y habló con voz tranquila.

—Sáquenos de aquí, joven.

—Sí, señora —dijo el conductor con tono contrito.

Permanecieron en silencio durante un momento, y ella se inclinó hacia adelante.

—Acérquese a uno de esos almacenes. Henry va a vomitar.

—Estoy bien —dijo Henry débilmente.

El taxi se detuvo. La mujer abrió la puerta.

—¡Vamos!

—No, de verdad...

La anciana chasqueó los dedos.

—Oh, está bien —dijo Henry, obediente—. ¡Pero yo no quiero vomitar! —protestó débilmente, envuelto en las sombras del almacén.

—Sé lo que te conviene —dijo ella solícita. Mostró su mano, separó los dedos y se la presentó con el dedo medio extendido como si fuera un termómetro—. Por la garganta —ordenó.

—¡No! —dijo en voz alta.

—¿Vas a hacer lo que se te dice?

Él la miró.

—Sí.

—Yo te sujeto la cabeza. Adelante.

Le sujetó la cabeza.

Luego, en el taxi, Henry preguntó tímidamente si podía llevarle ya a casa.

—No —respondió ella—. Tú tocas el piano, ¿verdad, Henry?

Él asintió.

—Vas a tocar para mí —dijo, volviendo a buscar en su bolso, y la protesta de él murió en sus labios—. Aquí está.

Y le entregó una pastilla de menta.

Priscilla subía la escalera. Tenía una sensación como de «caminar bajo el agua», como si estuviera inmersa en su propia reluctancia. Había usado muchas noches esa misma escalera, habitualmente bajándolas tras realizar una intrigante y desconcertante serie de experimentos. No sabía por qué debía volver ahora al laboratorio, excepto porque le habían ordenado hacerlo. Admitía sin problemas el hecho que ahora estaría en la cama de no ser por la delgada y erguida figura de negro que la esperaba abajo. Pero en la anciana que la había salvado había un aire de mando, de certeza absoluta, que era totalmente apremiante.

Caminó en silencio por el alfombrado vestíbulo. La otra puerta del laboratorio estaba entreabierta. No había luz en la oficina, pero por el cristal esmerilado de la puerta interior del laboratorio se filtraba un débil resplandor. Se acercó a ella y entró.

Alguien se sobresaltó.

Y alguien gritó:

—¡Priscilla!

—¡Perdón! —dijo Priscilla, y dio media vuelta.

Atravesó la oficina con las mejillas ardiendo y los ojos a punto de estallar en lágrimas, y llegó al vestíbulo.

—Es..., es... —sollozó, pero no pudo completar el pensamiento, no quiso recordar lo que había visto.

Corrió hacia la puerta de la calle cuando bajó el último tramo de escalera, conteniendo valientemente las lágrimas y los sollozos que las habrían acompañado. Alargó la mano hacia el gran pomo metálico, lo tocó...

Y se detuvo cuando el frío metal acogió su mano.

Al otro lado de la puerta estaría la anciana, esperándola junto a la barandilla de la entrada, emanando fortaleza y rectitud. Vería a Priscilla salir del edificio. Probablemente, al verla, asentiría decepcionada con la cabeza. Imaginaba lo que diría: «Te dije que querías marcharte, y que eso sería una tontería».

—Pero estaban... —dijo Priscilla, protestando audiblemente.

Entonces le llegó el pensamiento de la confianza.

—Escucha, ¿confías en mí?

Priscilla apartó la mano del pomo. Creyó oír un murmullo de susurros arriba.

Recordó la conversación sobre Jon y su encuentro con Edie en la fiesta. Se recordó diciendo: «No se me ocurrió pensarlo».

Dio media vuelta y se enfrentó a la escalera.

—No, no puedo volver. Ahora no. Aunque..., aunque a mí no me importe, ellos me..., me odiarían. Si volviera haría algo horrible.

Retrocedió hasta que el pomo metálico topó con su cadera. El contacto produjo en su mente una vívida imagen de la anciana esperando a la luz de las farolas.

Suspiró y volvió a subir la escalera con lentitud.

Esta vez la luz estaba encendida cuando llegó a la oficina. Abrió la puerta. Jon estaba apoyado contra el escritorio, contemplando como abría la puerta. Su ex mujer, Edie, estaba junto a la puerta del laboratorio, mirando con sus cálidos y brillantes ojos. Durante un momento no se movió nadie. Luego Edie se acercó a Jon y se detuvo junto a él, y los dos miraron a Priscilla con preguntas en los ojos y algo parecido a una amable compasión. ¿O era empatía?

Priscilla entró con lentitud. Se acercó hasta Edie y se detuvo.

—Eres lo que necesita —dijo.

Los grandes ojos oscuros se llenaron de lágrimas. Edie abrió los brazos y Priscilla estuvo en ellos sin saber cuál de ellas se había movido.

—Eres un encanto, Priscilla —dijo Edie, cuando pudo—. Eres tan encantadora.

Y Priscilla supo que no hablaba de su cara o de su pelo rojo.

Jon posó una mano en los hombros de ambas.

—No comprendo lo que está pasando aquí, pero siento que está bien. ¿Por qué volviste, Priscilla?

Ella le miró y no dijo nada.

—¿Qué es lo que te hizo volver?

Ella negó con la cabeza.

—Lo sabes —sonrió él—, pero no lo dices. Nunca has hecho una cosa más inteligente que el volver aquí. Si no hubieras vuelto, Edie y yo nos habríamos separado como si hubieras utilizado una cuña para conseguirlo. ¿Verdad, Edie?

Edie asintió.

—Nos has hecho muy felices.

Priscilla se sintió avergonzada.

—Están otorgándome un montón de crédito —dijo con voz ahogada—. No hice nada. Me gustaría tener la..., la sabiduría que creen que tengo. —Elevó la mirada hacia ellos—. De todos modos, intentaré estar a la altura. Tengo...

El teléfono sonó.

—¿Quién puede...? —Jon fue a tomarlo.

Priscilla se lo quitó de las manos.

—Lo tomaré yo.

Eddie y Jon se miraron.

—Sí..., sí, soy yo —le decía Priscilla al teléfono—. ¿Cómo pudo...? ¿Esta noche? Pero es muy tarde. ¿Estará usted allí? Entonces iré. Es usted maravillosa... Sí, en seguida.

Colgó el auricular.

—¿Quién era? —dijo Jon.

—Una amiga —rió Priscilla.

Jon le acarició la mandíbula.

—Muy bien, señorita misteriosa. ¿Qué es lo que pasa?

—¿Harás una cosa si te la pido? ¿Y tú, Eddie?

—Oh, sí.

Priscilla volvió a reír.

—Tenemos algo que celebrar, ¿no? —Y cuando asintieron, volvió a reírse—. Bueno, ¡pues vamos!

Era más fácil sobrellevar los dedazos del pianista teniendo a Derek para ayudarla, concluyó Janie. Observó los rostros de éxtasis del público. El sitio estaba lleno e iba a ser un éxito, pero no pudo evitar pensar lo que habría podido ser si Derek no hubiera sido tan cabezota con lo del pequeño Henry. Terminó el estribillo y el piano lo recogió metronómicamente, arrojando el compás con el autoritario ritmo del bajo de Derek. Ella le miró. Tocaba con aplomo, casi ausente. Su rostro era inexpresivo. Cuando estaba distraído dejaba de ser colosal; sólo era sublime.

El piano se desplazó desde un obvio séptimo acorde en do sostenido hasta un fa sostenido, la entrada para terminar. Ella se deslizó hasta la sección del puente con un largo glissando, y el disgusto se pintó con sincronización perfecta en su cara y en la de Derek cuando se dieron cuenta que el pianista derivaba ciegamente hacia el inicio de otros 32 compases.

Derek dobló su ritmo y golpeó con fuerza las cuerdas, y la repentina ráfaga de sonidos hizo que el pianista despertara. Recuperó el olvido sonrojándose. Janie miró al cielo con desesperación y terminó el número. Se volvió hacia el pianista para dispersar los aplausos.

—Toca algo. Derek y yo vamos a tomarnos diez minutos. Y practica mientras tocas, ¿eh? —añadió arteramente.

Le sonrió a la audiencia, cruzó el escenario y le tocó el codo a Derek.

—Me voy detrás de esa palmera a retocarme. Ven conmigo.

Dejó el contrabajo donde no le pudiera pasar nada y la siguió al despacho. Ella le dejó pasar y se sentó en el escritorio. Ella cerró la puerta.

—Tú...

Él la miró sombrío.

—Sé lo que vas a decirme. Que he echado a los mejores dedos del negocio. Ya te dije que no quería hablar de ello. No lo crees, ¿verdad?

—Lo creo —dijo ella. Sus ojos brillaron—. Te quiero, Derek Jax.

—Corta ya.

—No estoy bromeando. Ni tampoco estoy cambiando de tema. Te quiero tanto que voy a hacerle una pregunta a tu mano, chico. Te quiero tanto que voy a hacer que me digas qué es todo ese asunto con Henry, o veré como te largas de aquí con tu desgracia y a tu desgracia.

—Eso no tiene mucho sentido, Janie —dijo él, incómodo.

—No, ¿eh? Mira, el tipo al que quiero me habla. Le comprendo lo bastante como para que pueda hablar conmigo. Si no me habla es porque cree que no lo comprendería.

Pienso que ya sabes a lo que me refiero. Quiero al tipo que creo que eres. Si no hablas de ello es porque no eres ese tipo. Puede que esto no signifique mucho para ti.

—Puede —gruñó. Se levantó y se estiró—. Bueno, creo que me marchó. Ha sido un placer trabajar contigo, Janie.

—Adiós —dijo ella, y abrió la puerta.

—Por Dios, estás hablando en serio.

Ella asintió.

Él se humedeció los labios, luego se los mordió. Se sentó.

—Cierra la puerta, Janie.

La cerró y apoyó la cabeza contra ella. Él la miró.

—¿Pasa algo?

—Tengo algo en el ojo. Espera un momento —respondió roncamente.

Por fin, se dio la vuelta y le miró. Su sonrisa era brillante, la cara compuesta. La vena de su cuello estaba hinchada y palpitaba.

—Janie... —dijo con dificultad—, este Henry... ¿Alguna vez te hizo proposiciones?

—No, cabeza de huevo, no. Yo no era para él más que algo que hace música, como un saxofón. Era en ti en quien estaba interesado. Diablos, ¿viste su cara cuando llegaste esta tarde con el contrabajo? Preferiría tocar con ese contrabajo a tirarse por las cataratas en un barril conmigo dentro. Si eso es lo que te preocupaba, olvídalo.

—Me lo pones difícil —dijo pesadamente—. Lo tocaré todo para ti a nota por vez. ¿Tienes una estaca?

Ella rebuscó en el cajón del escritorio y le encontró un cigarrillo. Él lo encendió y aspiró hasta toser. Nunca le había visto así. No dijo nada.

Él pareció agradecerlo. La miró y la mitad de su boca formó parte de una sonrisa.

—¿Alguna vez te hablé de Danny? —dijo entonces.

—No.

—De niños. Muy amigos. Vivía al otro lado de la carretera. Una vez me quedé atrapado en unas raíces, mientras nadaba entre las rocas. Danny pareció saber el momento en que quedé atrapado. No sabía nadar pero se tiró igual. También me sacó.

Volvió a aspirar del cigarrillo, aún hambriento, caliente y áspero. Las palabras surgieron humeantes.

—Hacíamos muchas cosas..., jugábamos a la pelota, huíamos de casa, entrábamos en una casa vieja y arrancábamos el inodoro y lo tirábamos por una ventana del cuarto piso para que se estrellara contra la acera de cemento. Hicimos mucho.

»Tocábamos mucho. Tenía un sentido del ritmo innato. Solíamos aporrear el piano de su vieja. Yo toqué un tiempo la trompeta, pero lo que quería era tocar el contrabajo. Lo quería con auténticas ganas.

»Crecimos y nos separamos. Consiguió un asqueroso trabajo aprendiendo a ser ebanista. Le vi un par de veces. Medio muerto de hambre, pero muy feliz. Por entonces, yo ya tocaba algo el bajo. Tenía que tomar prestado el violín. Quería tanto tener mi propio instrumento; nunca tenía dinero para ello. Un día me llamó por larga distancia. Que fuera a verle. No tenía dinero para el tren y fui haciendo autostop. Nos encontramos en una taberna de la ciudad. Estaba muy excitado, y me arrastró hasta su casa. Una cabaña, prácticamente una choza. Danny echó a correr cuando la tuvimos a la vista. Estaba ardiendo.

Derek cerró los ojos y siguió hablando.

—Llegamos allí y apenas quedaba algo. Yo llegué antes. Había desaparecido una pared. Todo ardía en el interior. Danny..., gritaba como un niño engañado. Intentó saltar dentro. Le sujeté. Yo era más grande. Entonces lo vi. Un contrabajo. Un contrabajo de verdad, ardiendo. Me senté encima de Danny y lo vi arder. Supe por qué se había ido de la ciudad. Supe el porqué del trabajo de ebanista. Supe por qué estaba tan hambriento y..., y tan feliz. Había hecho la caja con sus propias manos. Vimos como ardía e intentó

pegarme porque no le dejaba salvarlo. Lloró. Bueno, lloramos los dos. Éramos sólo dos niños.

Janie dijo una sola e impublicable palabra conteniendo toda una biblioteca de sentimientos en ella.

—Lo superamos. Después de eso vivimos juntos. Lo hacíamos todo juntos. La gente con la que salíamos de niños solía burlarse de nosotros por ello, y eso sólo mejoraba la cosa. Creo que para entonces debíamos tener diecinueve años.

Respiró profundamente y la miró con ojos estrechos y ciegos.

—Teníamos algo, ¿sabes? Algo limpio y grande que nunca se había visto antes, y que no tenía nada de malo.

»Y una noche volví a casa y él estaba en la ventana de atrás mirando al patio. Dijo que se iba. Dijo que no nos estábamos haciendo ningún bien. Estaba en muy mal estado. Alguien había estado hablándole, alguna sabandija con boca e ideas de letrina. No sabía a qué venía todo eso. Aún seguíamos siendo unos niños, ¿sabes?

»De todos modos, no pude quitarle la idea de la cabeza. Se fue. Estaba medio loco, obsesivo. Como cuando vimos cómo ardía el contrabajo. No me diría cuál era el problema. Así que en cuanto se marchó recorrí todo el piso intentando encontrarle algún sentido a la cosa. Entonces...

La voz de Derek pareció abandonarle. Tosió con fuerza y la recuperó.

—Entonces fui y miré por la ventana. Alguien había escrito nuestros nombres en la valla. Y dibujado un corazón alrededor de ellos.

»Nunca me importó lo que pensasen los demás, ¿sabes? Pero, a Danny sí. Creo que no puedes saber cómo se siente alguien, pero puedes hacerte una idea. Al principio sólo me enfurecí, pero luego imaginé que yo era Danny mirando a algo así, y me di cuenta de lo malo que era. Salí corriendo en su busca.

»Le vi al rato. Estaba en la autopista, tambaleándose un poco como si estuviera medio ebrio. Pero no lo estaba. Corrí hacia él. Esperaba a que cambiara el semáforo. Había mucho tráfico. Quise sujetarle. Ni siquiera pude intentarlo. Como que se tiró justo bajo... ¡Oh, Dios mío!, todavía puedo ver las dos ruedas pasando sobre su cabeza... —terminó con una rápida monotonía.

Janie le puso la mano en el hombro.

—No supe entonces, ni lo sé ahora, ni sabré nunca si estaba tan agotado y tan mal como para caerse, o si lo hizo a propósito. Todo lo que sé es que desde entonces vivo con la idea que le maté por estar demasiado tiempo con él. No intentes convencerme de lo contrario. Sé que no tiene sentido. Sé todas las respuestas correctas. Pero saberlo no ayuda nada.

»Ésa es la historia.

Janie esperó largo rato antes de hablar.

—No, Derek —dijo gentilmente.

Él empezó como si, de repente, se hubiera encontrado en un sitio extraño. Su sensación de presencia volvió gradualmente a él y se secó el rostro.

—Sí —dijo—. Tu chico Henry. Danny..., tocaba el piano, Janie. Empecé con él. Danny tocaba el piano como ningún ser vivo a excepción de ese Henry. Todo lo que consigo de un contrabajo está allí puesto por la manera en que él tocaba el piano. Solía sentarse y tocar así y me sonreía de cuando en cuando. Tímido.

»Y entro aquí y hay un tipo que toca el piano de esa manera y que sonríe con esa timidez cuando toca, y además, tiene ese halo que le rodea como si fuera niebla. Ese Henry es un genio, Janie. Es..., es de esa clase de tipos de los que deberían hacer un molde para que haya más gente como ellos. Y tenía que querer estar cerca de mi contrabajo. Y de mí. Y tú quieres que le mantenga por aquí hasta que se mate.

»Janie —dijo, con agonía en la voz—. ¡No voy a volver a pasar por eso!

Janie le rodeó los hombros. Miró atrás a la tarde y el atardecer y las palabras volvieron a ella: «No tendrás que perder el sueño por su culpa»... «Parece que has hecho una conquista»... «¿Alguna vez te hizo proposiciones?»

—Desde luego, estuve de lo más fina... —le dijo en voz alta—... Dame un apretón, cabeza de chorlito.

Derek acercó su mano a la mejilla de ella y apretó tan fuerte que le hizo daño. Ella le dejó hacer todo el tiempo que quiso.

—Te quiero, Janie —susurró—. Debí contarte lo de Danny hace mucho.

—¿Cómo podías habérmelo contado hasta que no lo intentaste? —preguntó con voz hueca—. Vamos afuera antes que nuestro gato con teclas eche a toda la clientela.

—No puedo entrar —dijo Henry Faulkner con auténtico pánico.

—Puedes y lo harás —dijo con firmeza la anciana.

—Ahí dentro hay un hombre que me echará nada más verme.

—¿Me he equivocado hasta ahora? Ésta es tu noche para hacer lo que se te diga, jovencito, y así son las cosas.

Él sonrió a pesar suyo. Atravesaron las puertas de herculita. Janie estaba terminando un número. El piano desgranó malamente el último estribillo. Henry y la anciana permanecieron en el fondo del club hasta que Derek y Janie se marcharon.

—Ahora —dijo ella con viveza—. Sube arriba y toca para mí. Toca lo que quieras.

—Pero ya tienen un pianista.

—Está enfadado. Límitate a subir.

—¿Y qué le digo?

—¡No le digas nada, tonto! Límitate a quedarte allí. Se marchará.

Dudó, y la anciana tuvo que darle un pequeño empujón. Se tambaleó por la pista de baile y se acercó al piano con desconfianza.

El pianista tocaba una repetitiva versión de «Stardust». Vio llegar a Henry.

—¿Tú otra vez?

Henry no dijo nada.

—Supongo que quieres quedarte otra vez con mi trabajo.

Henry siguió sin decir nada. El hombre continuó tocando.

—Puedes quedártelo. Cómo puede trabajar alguien con un par de caras de acelga como éstos...

Abandonó el banco a medio estribillo, dejando la puerta del jardín de «Stardust» musicalmente entreabierto. La mano derecha de Henry se disparó y, recuperando el acorde como si se hubiera sincopado en vez de interrumpido, empezó a moldearlo como si fuera un puñado de blanda arcilla. Continuó tocando mientras se sentaba.

—No puedo evitar sentirme algo extraña —dijo Edie—. Esto es maravilloso, tan maravilloso, pero seguimos siendo dos de nosotros y uno de ti.

—Tres de nosotros —corrigió Priscilla.

—En algunos aspectos es así —dijo Jon. Tragó el resto de su copa y llamó al camarero—. Pris es la mejor taquígrafa psicológica y estadística que he conocido. Y tú eres un genio con las máquinas. Entre todos haremos unas investigaciones que harán historia.

—Claro que las haremos. Pero, ¿acaso tres no son multitud?

—Si viniera de otra persona consideraría eso una indirecta —dijo Priscilla sin malicia—. No te preocupes por mí. Tengo un maravilloso presentimiento que me dice que aún no han terminado los milagros.

—¿Nos contarás alguna vez lo de los milagros, Pris?

—No lo sé, Jon. Quizá. —Sus ojos recorrieron el local. Finalmente se fijaron en una mesa alejada—. ¡Ahí está!

—¿Quién? —Jon miró a su alrededor—. ¡Que me condenen!

—¿Qué pasa? —preguntó Edie.

—Perdona —dijo Jon, y se levantó—. Tengo que ver a alguien. —Se acercó hasta la mesa alejada y se inclinó para hablar con sus ocupantes—. ¿Puedo preguntarles lo que están haciendo aquí?

—¡Doctor Prince! —dijo Pallas—. ¡Qué sorpresa encontrarle aquí!

—¿Qué hacen aquí a estas horas de la noche?

—Podemos ir donde queramos —dijo Verna, peinándose el níveo cabello—. Así son las cosas.

—No tenemos que visitarle hasta pasado mañana —dijo Pallas justificándose.

—No hay ninguna ley que le prohíba a una divertirse en vez de meterse en la cama —enmendó Verna.

—Nunca dejarán de sorprenderme ustedes dos —dijo Jon, riéndose a pesar suyo—. Procuren tener cuidado. No me gustaría ver cómo se estropean mis mayores éxitos.

Las dos le sonrieron a la vez.

—Estaremos perfectamente. Hablaremos más tarde con usted, ¿verdad, Verna?

—Oh, sí —dijo Verna—. Desde luego. Así son las cosas.

Jon volvió a su mesa riéndose aún.

—Ahí está sentada la pareja de seres humanos más increíble que he visto nunca —dijo, sentándose—. Hace tres años las dos eran unas psicópatas seniles. Por lo que he podido averiguar, no han recibido ninguna terapia especial. Estaban en un asilo y tan vacías como puede estarlo un ser humano y seguir vivo. Lo primero que supe fue que empezaron a alimentarse por sí mismas...

—¡Pallas y Verna! —dijo Priscilla—. ¿Has dicho...? ¡Santo Dios! ¿Estás seguro?

—Pues claro que sí. Estoy en la junta. Ya conoces su caso. Tienen que presentarse ante mí cada sesenta días.

—Vaya. Que-me-condenen —entonó Priscilla, sorprendida.

—¿Qué pasa, Pris? No creo que las hayas visto antes. Nunca han estado en el lab... Oye, ¿cómo es que acabas de reconocerlas?

—¿Puedes..., puedes traerlas a la mesa?

—Oh, vamos. Estamos celebrando...

—He oído lo bastante como para sentir curiosidad —dijo Edie—. Invítalas, Jon.

Se encogió de hombros y volvió a la otra mesa. Un momento después estaba de vuelta con las dos solteronas. Les trajo unas sillas con un caballeroso gesto y llamó a un camarero. Pallas pidió un whisky de centeno doble, sin soda. Verna sonrió como una gatita y pidió un escocés con hielo.

—Para nuestro resfriado —explicó.

—¿Cuánto hace que están resfriadas? —preguntó él, profesionalmente.

—Oh, querido, pero si no estamos resfriadas —explicó Verna con dulzura—. Aunque si no lo estamos es porque siempre tomamos nuestra pequeña dosis de licor.

En ese momento el doctor Jonathan Prince sintió que tenía que hacerse valer. Un paciente era un paciente. Pero había algo en el aire que lo evitó. Se descubrió riéndose otra vez. Creyó ver como Pallas le hacía un guiño a Priscilla y sacudía ligeramente la cabeza, pero no estuvo seguro. Presentó a las chicas. Presentó a Edie como «mi mujer» sin dudarle un momento. Ella se sonrojó y pareció complacida.

—Escuchen esa música —respiró Priscilla.

—Pensé que la notarías —dijo Pallas, y le sonrió a Verna.

Todos escucharon. Era una composición rítmica, modal y triste, construida alrededor de un círculo de acordes del bajo que marcaba, marcaba y marcaba un compás con un solo tono. El agudo aumentó de forma controlada, regularmente, resbalando sobre sí mismo, y corrió riéndose alrededor y a través de la firme estructura que eran los sonos del contrabajo, serenándose y volviendo a desfilas, pero siempre rebotante de alegría contenida.

Priscilla estiraba el cuello.

—No puedo verle.

—¿Por qué no subes arriba, querida? —dijo Verna—. Estoy segura que no le importará.

—Oh, ¿de verdad que no? —Miró a Pallas. Ésta asintió con firmeza—. ¿Les importa? Se levantó de la silla y fue más allá de la pista de baile.

—Mírala —respiró Edie—. Vuelve a tener esa..., esa expresión «milagrosa»... Oh, Jon, es tan encantadora.

—¿Qué diablos cuchicheaban ustedes? —dijo Jon, mirando a las solteras. Henry apartó la mirada del teclado y sonrió tímidamente.

—Hola —dijo Priscilla.

—Hola.

Él miró su cara, sus cabellos, su cuerpo, sus ojos. Seguía conservando su timidez y no había ninguna arrogancia en sus cejas; la miraba de la misma manera en que ella escuchaba su música. De un modo personal y no agresivo. Él se movió en el banco.

—Siéntate.

Ella lo hizo sin dudarlo. También le miró..., al perfil del halcón, a los gentiles ojos gris verdoso.

—Tocas de una forma hermosa.

—Escucha.

Tocó con los ojos fijos en la cara de ella. Sus manos se movieron alegremente como cabritos. Luego se asustaron y tararearon algo. Henry dejó de tocar de oído. Empezó a leer.

Una nota siguió a una nota que siguió a una nota que era el perfil de su nariz y se dobló y se curvó y se volvió siguiendo las ventanas de la nariz. La melodía ascendió y creció y se amplió y ahí estaba su frente, y había acordes llenos de colorido que ondeaban de uno a otro lado y eso era su cabello. Y había un fraseo para el lóbulo de la oreja, y otro para la curva de su mejilla, y luego hubo misterios, dos de ellos, largos y subyugadores y brillantes y rasgados en los extremos, y éstos eran sus ojos...

Derek salió de la oficina y se detuvo tan bruscamente que Janie chocó con él. Antes que pudiera pronunciar la primera y sorprendida sílaba, la sorpresa la dejó sin aliento.

Derek se volvió, gesticulando hacia la música.

—Tú...

Ella le miró, a los enfurecidos ojos, al aterrorizado temblor de las comisuras de su boca.

—No, Derek, que Dios me ayude, pero yo no le pedí que volviera. Yo no haría eso, Derek. No lo haría.

—No lo harías —acordó con amabilidad—. Lo sé, cariño. Lo siento. Pero ahí está.

Se dirigió al escenario. Janie fue tras él. Y cuando torcieron la esquina ella le agarró por el brazo tan violentamente que sus largas uñas se hundieron en su carne.

—¡Espera!

En el banco había una chica con Henry, y le miraba a la cara mientras tocaba. Sus ojos se movían por el rostro de ella, y acercó su propia cara. Sus manos hacían música como la corriente casi visible que fluía entre ellos. Los labios se tocaron.

Del piano surgió una tintineante explosión de sonido que creció en sonoridad y plenitud hasta que Janie y Derek tuvieron que pestañear como si hubiera sido un destello luminoso. Y entonces la mano izquierda de Henry inició un nuevo tema, una melodía rítmica y alegre que puso en pie a los últimos clientes del club. Ya no miraba a la chica. Sus ojos estaban cerrados, y sus manos hablaban de sí mismo y de lo que sentía, de un ansia grande y honesta y de una nueva riqueza, de una experiencia tímida y dispuesta con un gran espectro de sensaciones no imaginadas hasta ahora.

Janie y Derek se miraron con ojos brillantes.

—Hijo, te ha salido un rival —dijo Janie, deliberadamente, y Derek se rió de puro alivio.

—Voy por mi violín.

Cuando Derek empezó a tocar, cuatro personas dejaron su mesa, atraídas hasta el piano como si unos cables tiraran de ellas. Jon y Edie se acercaron tomados de la mano hasta Priscilla y se detuvieron allí, tan extasiados como ella, y al otro extremo del banco estaban Pallas y Verna, con los ojos brillantes.

Y de la música, de los cuerpos sincronizados con el toque maestro de la enorme viola, surgió una unión, una fusión de las fuerzas de cada una de las seis personas. Cada una de las seis tenía una parte que era diferente a todas las demás, pero la forma de todas ellas era un acorde mayor, infinitamente completo y completamente satisfactorio.

—Ril.

—Oh, seamos formales, KadKedKud.

—Entonces, RilRylRul...

—Si tan sólo Mak estuviera aquí.

—Myk está con nosotros, y también Mok. Pobres cosas parciales, y cuánto han trabajado, guardado y guiado con esos instrumentos humanos tristemente inadecuados. Ven, Ril. Tenemos que decidir. Ahora que podemos operar con toda nuestra capacidad, podremos investigar a estas criaturas.

Y tal y como antes habían investigado, comparado, computado y almacenado observaciones de técnicas industriales, resistencia de materiales, tensiones, temperaturas, energías y diseños, ahora hicieron un inventario total e instantáneo de sus huéspedes.

RilRylRul encontró en Henry clasicismo e inventiva, tolerancia y empatía. En Derek había lealtad, una fortaleza áspera y una potente cualidad interpretativa. En Janie, la floreciente belleza de la sensualidad y del pensamiento directivo, y una estilización única de los resultados de la creación artística.

KadKedKud se separó y analizó una espléndida sistematización en Priscilla, una captación superior de las teorías aplicadas en Edie, y la más rara de las cualidades en Jon, la de la mente asociativa, esa que puede funcionar como puente entre especialidades.

—Una gran especie —dijo Ril—, pero enferma, muy infectada por la pestilencia del Pa'ak.

—Lo mejor que se puede hacer —reflexionó Kad—, sería estimular el virus hasta tal nivel que la misma Humanidad tuviera que imponer su propia cuarentena, reduciéndose la barbarie mediante la conflagración nuclear. Hay tantas posibilidades para que pase, hagamos lo que hagamos, que parece adecuado acelerar el proceso. El objetivo sería, entonces, forzar una conflagración nuclear antes que empiecen los viajes espaciales. Al menos eso mantendría el virus fuera de la galaxia, y eso es lo que hemos venido a hacer aquí.

—Es una tentación —concedió Ril—. Pero, ¿qué especie más tremenda podría llegar a ser esta raza humana! Quedémonos, Kad. Veamos lo que podemos hacer con ellos. Desplacémonos a otros grupos humanos, ahora que conocemos las técnicas de entrada y fusión. Con la presión correcta en los puntos adecuados, ¿quién sabe...? Quizá podamos hacer que descubran cómo curarse ellos mismos.

—Sería arriesgado —se preocupó Kad—. Podemos hacer mucho, pero, ¿lo bastante pronto? Nos enfrentamos a tres posibilidades: que la Humanidad se destruya por su propia y enfermiza ingenuidad, que llegue a las estrellas y propague su infección, o que encuentre su puesto como especie saludable en un Cosmos saludable. No sé cuál puedo predecir como acertada.

—Yo tampoco —concedió Ril—. Pero si las fuerzas están tan equilibradas, yo apostaría por la que vayamos a adherirnos. ¿Están conmigo?

—De acuerdo. Myk, Mok..., ¿se unen a nosotros?

Débilmente, débilmente, llegó la apagada respuesta de las dos miserables partes de lo que fue una poderosa tríada:

—En nuestro sector seríamos considerados como muertos. Aquí tenemos una vida, un trabajo. Claro que les ayudaremos.

Así que consideraron, y, a la larga, decidieron.

Y su reunión, consideración y decisión duró cuatro microsegundos.

Las seis personas se miraron los unos a los otros, en trance, deslumbrados.

—Se... ha ido —dijo Jon.

Se preguntó, entonces, qué había querido decir con eso.

Los dedos de Henry se deslizaron fuera del teclado, y el contrabajo estaba en silencio. Priscilla abrió los brillantes ojos y se miró. Edie se apretó contra Jonathan, con el rostro iluminado, animado. Janie mantenía alta la cabeza, con las ventanas de la nariz dilatadas.

Se sintieron como si de repente vivieran en un nuevo plano de existencia, donde los colores eran más vivos y sus matices más reconocibles. Había una nueva riqueza en el aire, y una nueva fortaleza en sus cuerpos; pero lo más importante era que parecía como si se hubiera descornado una cortina en sus mentes por primera vez en sus vidas. Un segundo antes habían alcanzado una unidad, una armonía suprema en la música, pero esto era algo diferente, infinitamente más completo.

—Curado —fue la palabra que acudió a Jonathan.

Sabía instintivamente que lo que ahora sentía era una nueva pauta, y que ésta era el nacimiento de la Humanidad.

—¡Buen Dios!

Verna y Pallas seguían juntas, como dos pájaros asustados, mirando y gorjeando.

—No sé lo que estoy haciendo aquí —dijo Pallas atontada, pero alerta—. He debido tener uno de mis bloqueos...

—Las dos —respondió Verna—. Así son las cosas.

Jonathan las miró, y al instante supo que estaban incompletas.

Alzó la mirada para ver al resto del público, que aún desgranaba la salva final de aplausos por el magnífico estallido de música que habían oído, y se dio cuenta que estaban enfermos. Su mente trabajó con nueva brillantez y nuevas directrices sobre las causas de su enfermedad.

Se volvió hacia Edie.

—Tenemos trabajo...

Ella le apretó la mano, y Priscilla alzó la mirada y sonrió.

Derek y Janie se miraron a los ojos, a profundidades que ninguno de los dos había imaginado antes. Sabían que ahí habría música.

Henry habló, con toda su consabida gentileza y nada de su asustada inseguridad, y dijo:

—Eh, tú, la pelirroja. Te quiero. ¿Cómo te llamas?

Y Priscilla se rió con un sonido que parecía alado y enterró la cabeza en el hombro de él.

En la Tierra había una clase nueva de asociación de tres. Y...

Las noticias hablan de la nueva agresión que amenaza con desencadenar las armas nucleares. El presidente hace una llamada para el desarme universal... El primer vuelo a la Luna, posibilitado por nuevos fondos... Jonathan Prince dice que el origen de la neurosis es un virus, y promete una posible cura para todas las enfermedades mentales...

Para más noticias, mantente atento al periódico de tu localidad.

LA EDUCACIÓN DE DRUSILLA STRANGE

Éste es uno de mis cuentos favoritos, por varias razones.

Los cuentos largos suelen «perdersen» durante bastante tiempo; una vez aparecidos en una revista, los editores de libros suelen ser reacios a publicarlos basándose en la convicción que el lector subnormal no puede mantener fija la atención en algo que supera las cinco mil palabras, y que se sentirá engañado si no encuentra doce o catorce entradas en el índice. Éste es el principal motivo por el que Drusilla ha tenido tan poca difusión.

Mi sueño acerca de Drusilla es ver convertida su educación en una película de cine, y que eso desembocase en una serie de televisión con la educada Drusilla Strange. No por la gloria (que mis lectores me proporcionan de forma notable) o por el dinero (he descubierto que la frontera entre tener dinero y estar en honesta bancarrota es la que separa el tener dinero de que el dinero te tenga a ti), sino por proporcionar a una mujer un buen papel dramático. Excluyo imitaciones de hombres biónicos e imitaciones de oficiales de policía masculinos, y, por supuesto, las comedias de tartazos, las de eternos incordios, las tipo papá-es-un-palurdo y demás al uso. Drusilla es una supermujer, con superempatía, supercompasión, superlibido (si se quiere), pero también con superresponsabilidad, de modo tal que, si ella es consciente que vivirá cien años, lo es con una responsabilidad ética, y tendrá que mudarse continuamente. La Drusilla Strange educada actúa con una motivación básica: un profundo, convencido y apasionado amor a la Humanidad, y un deseo de resolver problemas humanos con sus poderes.

Oh, bueno..., esperemos que Hollywood se canse de la ciencia ficción que se escribió entre 1927 y 1935, y esté dispuesto a plantearse el espacio interior en vez del espacio exterior; quizá entonces las cosas le vayan bien a nuestra Drusilla.

La nave prisión, con los escudos a plena potencia, bajó hacia la ensenada, y no produjo sombras en el agua iluminada por la luna, ni salpicó al deslizarse bajo la superficie. La sacaron al exterior y ella se alejó nadando, y la nave levantó la nariz y voló en silencio. Dos olas aplaudieron suavemente una sola vez y ésa fue la única marca que dejó la nave en la pared de la prisión.

La habían sentenciado a cadena perpetua por haber matado al Preceptor.

Con tortura.

Nadó hacia la playa hasta que la fluida y suave arena tocó su rodilla. Se levantó, se echó hacia atrás el largo pelo con un único y rápido movimiento, y subió por la piedra cubierta de guijarros, rozando con una mano el abultado lomo de las rocas que conformaban la ensenada.

Oyó delante un ligero respirar, luego una tos. Se detuvo, con toda su altura brillando a la luz de la luna. El hombre avanzó medio paso, luego giró la cabeza a un lado, apartando la mirada de ella, mirando a la luna.

—Yo..., disculpe..., lo siento —tartamudeó.

Ella sintió su agitación, sondeó su origen, buscó actos alternativos, y eligió aquel que él implicaba como el conflicto más curioso. Se encogió ocultándose en las sombras de las rocas.

No te vi.

—No te vi hasta que..., lo siento. Por qué seguiré aquí mientras que tú... Me apartaré hacia... Lo siento.

Tomó las impresiones de él y las extendió ante sí, las barajó, eligió una.

Mi ropa.

Él empezó a alejarse de las rocas, mirando a su alrededor como si hubiera podido apoyarse en algo que quemara, o en algo sagrado.

—¿Dónde está? ¿Estoy en medio? ¿Te la pongo cerca...? Seguiré apartándome.

No, no tengo ropa. ¿Dónde está?, captó directamente él.

—No la veo. Alguien debe... ¿Estás segura que la pusiste...? ¿Dónde la pusiste? Volvía a tartamudear.

¿Por qué? ¿Quién querría...? ¿Qué broma más asquerosa!, captó de él y usó la frase.

—¿Está tu..., tienes el coche cerca? —preguntó, mirando al herboso borde de la playa. E inmediatamente añadió—: Pero aunque llegaras al coche...

No tengo coche.

—¡Dios mío! —dijo indignado—. Todo el que... ¿Qué hago hablando aquí? Debes estar completamente helada.

Vestía un impermeable viejo. Se lo quitó y se acercó a ella, mirando hacia atrás, con el impermeable colgando del brazo extendido a ciegas como un foque de un bauprés. Ella lo tomó, lo sacudió, le dio vueltas mirándolo con curiosidad y se deslizó dentro de él, de manera que lo llevó puesto como lo había llevado antes él.

Gracias.

Ella salió de las sombras, y el enorme alivio que él sintió, junto a la mezcla de lamentación culpable que le acompañó, la hizo sonreír.

—Bueno —dijo, frotándose las manos con viveza—. Esto está mejor, ¿verdad? —Miró arriba y abajo de la solitaria playa—. ¿Vives por aquí cerca?

No.

—Oh —volvió a decir—. ¿Te trajeron unos amigos? —preguntó tímidamente.

Ella dudó.

Sí.

—¡Entonces volverán por ti!

Negó con la cabeza. Él se rascó la suya. Retrocedió bruscamente y preguntó:

—¿No pensarás que tengo algo que ver con que te robaran la ropa?

¡Oh, no!

—Bien, de acuerdo, porque yo no lo hice, nunca haría una cosa así, ni siquiera en broma. Lo que iba a decir es que, o sea, no quiero que pienses que... —Se atascó, tomó aliento y volvió a intentarlo—. Lo que quiero decir es que tengo una pequeña cabaña en esa loma de allí. Estarás completamente a salvo. No tengo teléfono, pero hay uno playa abajo, a medio kilómetro. Puedes ir a llamar a tus amigos. Yo no soy de esos que..., bueno, mira, haz lo que creas que es mejor.

Ella buscó. Sintió que surgía correctamente:

No querría molestarte. Eres muy amable.

—No soy amable. Harías lo mismo por mí. Ahora no...

Se interrumpió porque ella reía en silencio, sus ojos se ahondaron en las comisuras para poder seguir mirándole. Se reía porque sintió su sorprendida risa ante lo que decía incluso antes que ésta hubiera surgido.

—Yo..., no puedo decir lo que harías en mi caso —titubeó, y su risa afloró a la superficie.

Para cuando desapareció la risa, ella caminaba ágilmente a su lado.

Caminaron en silencio durante un rato hasta que él habló.

—Yo suelo hacer lo mismo, ir a nadar en, o sea, sin... por la noche. Pero no en esta época del año.

Ella encontró esto de poca importancia y no replicó nada.

—Eh —empezó él; dudó y volvió a callar.

Se preguntó por qué consideraría él tan necesario hablar. Sondeó, y descubrió que era porque se sentía excitado y asustado y culpable y feliz, todo al mismo tiempo, lleno de planes a medio terminar referentes a fríos restos de comida y el contenido de un armario

con ropa, el sorprendente destello de una imagen mental de ella emergiendo de las aguas con ciertos detalles curiosamente realizados, el rápido borrado de esa imagen y el fruncir de ceño que lo había provocado, la tímida esperanza que ella no sospechara sentimientos que él no podía controlar... Oh, sí, tenía que hablar.

—¿Tienes u...? ¿Te importa si digo algo personal?

Ella le miró con atención.

—Tienes una manera extraña de hablar. Quiero decir que —se acercó a ella— apenas mueves los labios cuando hablas.

Ella giró ligeramente la cabeza y flexionó los labios. Hizo un esfuerzo y habló en voz alta.

—¿Sí?

—Puede que sea la luz de la luna —se respondió. Dibujó su cara mentalmente y dijo extraño, extraño, extraño—. ¿Cómo te llamas?

—Dru. Drusilla —dijo con cuidado. No era su nombre, pero había sondeado y descubierto que a él le gustaba—. Drusilla Strange.

—Precioso —jadeó—. Es un nombre precioso, ¿sabes? Es..., es totalmente adecuado. —Miró al frío resplandor blanco de la playa, a la hierba negra bajo la luna—. ¡Oh! —dijo bruscamente—. Yo soy Chan. Chandler Behringer. Es un nombre basto, difícil de pronunciar, no es como...

—Chandler Behringer —dijo Drusilla—. Suena como un pequeño viento queriéndose morder la cola en la copa de una palmera.

—¡Ja! —gritó él.

Era una sílaba de una risa, y ésta era de puro deleite. A continuación encontró el resto de la risa.

Puso la mano en el brazo de ella, justo por encima del codo, y la guió fuera de la playa. Sentir su carne bajo la tela lisa y ceñida le produjo un escalofrío que recorrió todo su brazo y traspasó sus defensas.

—Ésta es mi casa —dijo con todo el aliento y ninguna vibración en las cuerdas vocales de las necesarias para formar una voz.

Avanzó alejándose de ella y subió por la ladera con el ceño fruncido, precediendo la marcha. Se agachó para salvar el porche de techo inclinado y tanteó torpemente en la aldaba.

—Será mejor que esperes un momento mientras enciendo la lámpara. Está algo desordenada.

Ella esperó. La entrada se lo tragó, y hubo un tanteo, y un chasquido, y de pronto la cabaña tuvo un interior. Avanzó hasta él.

—Puedes mirar lo que quieras —dijo en seguida, observándola.

Drusilla lo hizo inmediatamente. Había estado mirándole a él, siguiendo su inventario crítico de todo el lugar, y ahora lo conocía todo tan bien como él.

—Oh —dijo, en cambio—, es muy... —dudó— acogedor.

—Un hogar pequeño, pero poco hogareño. —Rió, y se explicó con tono de disculpa—. Oí esa frase en una película.

Ella aisló la observación, se preguntó con distancia por qué la habría hecho, sondeó desganadamente en busca de una razón, y luego abandonó, considerando que carecía de importancia.

—Una bonita y suave manta —dijo él, levantándola. Las manos de ella se alzaron reflexivamente hacia el botón superior del impermeable y volvieron a caer cuando oyó las siguientes palabras—: Abrígate y ponte cómoda cuando salga. No tardaré. Dame el número.

El código mental para «número» fue tan breve y desconcertante —un disco con agujeros sobreimpuesto a papel pautado— que no supo qué decir.

—¿Número?

—El de tus amigos. Les llamaré por teléfono. Pueden traerte algo de ropa. Llevarte a casa. —Rió consciente de sí mismo—. Intentaré decírselos sin que... O sea, procuraré que suene... ¿Sabes una cosa? No tengo ni la menor idea de lo que voy a decirles.

—Oh —dijo—. Mis amigos... no tienen teléfono.

—No... ¿No tienen teléfono? —Él la miró, luego a las paredes e, inevitablemente, a la cama. Era una cama muy pequeña. Gesticuló débilmente hacia la puerta—. Puede que un..., un telegrama, pero eso llevaría tiempo, y... Oh, ya sé. Tengo ropa, pantalones y cosas así. Una camisa. ¿Por qué no se me ocurriría antes? Las chicas llevan toda clase de..., pero no sé si los zapatos... ¡Y luego te conseguiré un taxi! —terminó triunfante, y el caos que había en su interior era, utilizando mal la palabra, ensordecedor.

Ella evaluó muy, muy cuidadosamente y luego dijo:

—Ningún taxi podría llevarme de vuelta. Está demasiado lejos para un taxi.

—No hay nadie a quien...

—No hay nadie —dijo ella, firme.

Tras una pausa larga y complicada, él preguntó con delicadeza:

—¿Qué es lo que pasó?

Ella escondió la cara.

—Fue algo triste —medio susurró él, y, pese a que continuó inmóvil, la mujer pudo sentir los zarcillos de su comprensión extendiéndose hasta ella—. Está bien, no te preocupes. Tranquila —dijo en voz alta como si fuera la primera palabra de un discurso muy importante, pero sin concretar—. Haré café —dijo al fin, con voz vacía.

Cruzó la habitación, alzando la mano para darle una palmada en el hombro al pasar junto a ella, conteniéndola, no tocándola en absoluto, con el eco del primer estremecimiento botando y rebotando en su interior. Se inclinó sobre el hornillo y, un instante después, el mal olor de la lámpara, que presionaba cada vez más sobre la conciencia de ella, se vio completamente eclipsado por lo que ella percibió como un tufo abrumador, clásico, catastrófico y sinfónico. Sus párpados se agitaron y cerraron mientras efectuaba un tremendo esfuerzo nervioso y finalmente conseguía realizar la realineación necesaria de su dinámica oxígeno-carbono. Y, un momento después, pudo ignorar los aromas y volver a abrir los ojos.

Chan estaba mirándola.

—Tendrás que quedarte.

—Sí —repuso, y le miró a los ojos—. No quieres que lo haga.

—Sí quiero —dijo apresuradamente—. Quiero...

«Se encuentra en un apuro y está asustada y teme que vaya a aprovecharme de ello», pensó.

—Estoy en un apuro, pero no temo que te aproveches de ello.

Él mostró una sonrisa asombrosamente blanca. Confía en mí. La sonrisa se desvaneció y el ceño interior volvió a apoderarse de él. No pudo esconder el pensamiento: «Espera..., espera... Puede que sea de esas que...».

—No soy de esas que... —dijo ella, poniéndose a su altura.

—¡Oh, lo sé lo sé lo sé! —le interrumpió rápidamente, al tiempo que pensaba: «¿Por qué está tan malditamente segura de sí misma?».

—¡Lo que pasa es que no sé qué voy a hacer!

Él volvió a sonreír.

—Déjalo todo en mis manos. Nos las arreglaremos. Quiero decir que ahora estás a salvo. Por la mañana todo tendrá mejor aspecto. Y ese impermeable, ese impermeable viejo y mojado... Esto —rebuscó—, y esto..., y esto...

De perchas de un guardarropa y de una caja envuelta en papel naranja surgieron pantalones azules, un holocausto espectral en forma de tejidos de lana y un par de

calcetines de un rojo que no combinaba ni a dos kilómetros de distancia con ningún color de la camisa. Ella miró a las ropas y a él. Él le dio la espalda.

—Seguiré con el café y lo demás —dijo con nerviosismo.

Drusilla se quitó el impermeable y, mientras sus manos resolvían el problema lógico llamado botones y el topológico que entraña el modo en que un pie entra en un calcetín, caviló sobre las extraordinarias sensibilidades de Chandler Behringer. O esta especie superpoblaba el planeta en nueve generaciones, pensó caprichosamente, o se extinguía por agotamiento nervioso en cuatro. Los pantalones rasparon y arañaron su piel hasta que amortiguó su sensibilidad, pero el tacto de la pesada y limpia lana de la camisa era delicioso.

Él sacó platos y al momento deslizó en ellos un atractivo comestible naranja y blanco. Lo miró con interés, y su mirada se desplazó de la pequeña mesa al hornillo, y vio las cascarras. ¡Por la Fuente Misma! —dijo en silencio—, ¡huevos! ¡Comen HUEVOS!

Encerró sus sentimientos en un compartimiento insensibilizado de su mente y lo taponó. Luego se sentó frente a Chandler y comió con ganas. El café era amargo y, para su paladar, áspero, pero bebió con tranquilidad una segunda taza. «Está tan complacido porque coma con él —pensó—. Probablemente deben hacerlo todo en forma gregaria, hasta cuando no es necesaria la cooperación.» Era consciente de la falta de repugnancia, pues ésta, también, estaba aislada..., y así debía seguir por el resto de su encarcelamiento, lo cual era como decir por el resto de su vida.

La comida parecía haber relajado al hombre; una distribución esfigomanética, dedujo. E involuntaria. Qué restrictivo. Él había dejado de charlar y ahora se complacía observándola en silencio. Cuando por fin se encontraron sus miradas, él se levantó nerviosamente y frotó y lavó enérgicamente los platos. «Me pregunto si le habrá gustado», pensó. Y también: «Sabe comportarse como un invitado, y no lanzarse a lavar los platos para ponerlos luego en un sitio equivocado y todo eso». Y también: «Me gusta hacer cosas por ella. Me gustaría poder hacer todo lo...». Y el ceño volvió.

De pronto, en un arranque de remordimientos y vergüenza, dio media vuelta y dijo:

—No te he preguntado, quiero decir dicho, si tú, quiero decir, bueno, esto sólo es un cobertizo y no tenemos todas las comodidades.

Ella le miró desconcertada, y a continuación sondeó.

Oh. Esto también le molesta. Pero no comer. Asombroso.

Ella se lo facilitó todo lo posible. Se levantó y le dirigió la sonrisa rápida y nerviosa que era la adecuada a la ocasión.

—Está fuera —dijo—. A la izquierda. Por el sendero pequeño.

Ella salió al exterior, caminó directamente hacia el borde del agua y vomitó los huevos y el café con menos esfuerzo y aún menos incomodidad de lo que podría haberle costado un educado carraspeo. Al fin y al cabo, había comido hacía sólo dos días.

Cuando volvió al interior, él ya había preparado la cama, con la almohada alisada y suaves y tensas sábanas plegadas diagonalmente en la cabecera.

—Apuesto a que estás tan cansada como yo —dijo—. Y eso es mucho.

—Oh —dijo ella, mirando hacia la cama.

¡Para dormir! ¿Por qué querría dormir? ¿Por qué esos salvajes no habían interrumpido una costumbre ancestral que se remontaba a tiempos en que se veían forzados a pasar las horas de oscuridad inmóviles en una caverna para poder salvarse de los carnívoros nocturnos? Pero en vez de eso, dijo:

—Oh, qué bien. Pero no puedo usar tu cama. Dormiré sentada.

—Nada de eso —dijo él con severidad, y los ojos de ella se abrieron mucho. Se agachó para tomar una manta enrollada y un saco de dormir, y los puso en el suelo lo más lejos que pudo de la cama, a cosa de un metro—. Me encanta este viejo saco. Es de nilón y plumas. Es la única cosa con algún valor que poseo. Excluyendo mi guitarra.

Ella visualizó «guitarra» e inmediatamente lo consideró algo que debía investigarse. El relámpago que obtuvo al codificarlo fue breve, pero suficiente para reconocer tamaño, forma y finalidad, y concluir que, de todas las cosas que había visto hasta entonces, era lo más aproximado a la ingeniería que conocía y comprendía, pese a los toscos volúmenes de resonancia y las aberturas inadecuadamente situadas.

—No me habías dicho que tocases la guitarra —dijo ella con educación.

—Me pagan por ello —repuso, bostezando, y ella supo que el bostezo era concerniente a la frase y no a las circunstancias de su somnolencia—. ¿Lista para echarme?

Ella se sometió pacientemente a sus costumbres.

—Eres muy amable.

Él se acercó a la lámpara y la apagó. La luna se derramó en el interior.

Titubeó un momento y se deslizó dentro del saco de dormir tras quitarse sólo los zapatos. Luego hubo una buena cantidad de movimientos, encogimientos y golpes en el suelo, hasta que por fin sacó los pantalones, todo lo plegados que le fue posible. Los colocó entre la pared y la esquina del saco de dormir como si fuera un secreto. Entonces se sentó y se quitó la camisa. La colgó en la esquina del antepecho de la ventana, se tumbó, se subió la cremallera del saco hasta el cuello, se volvió ostentosamente a un lado, y quedó de cara a la pared.

—Buenas noches.

—Buenas noches —dijo ella.

Se metió resignadamente entre las sábanas, tal y como indicaban los bordes plegados, se cubrió con la manta, se retorció para quitarse los pantalones, los plegó, los sacó fuera y los escondió, se quitó la camisa, estiró un largo brazo y los colgó de la otra esquina del antepecho de la ventana. ¿Tendría él aún puestos los calcetines? Los tenía. Ella movió los dedos e insensibilizó ligeramente los tobillos allí donde la lana los apretaba.

—Estás totalmente a salvo. No te preocupes por nada.

—Gracias, Chan. Me siento a salvo. No estoy preocupada. Buenas noches.

—Buenas noches, Dru —dijo de pronto, incorporándose sobre un codo.

—¿Qué pasa?

Él volvió a tumbarse.

—Buenas noches.

Ella observó con profundo interés la espiral descendiente de sus pensamientos que se sumergía en las crecientes mareas del sueño. Eso sucedió bruscamente, y el factor «ruido» que era su presencia consciente desapareció de la habitación.

Y empezó la tortura.

Había notado su presencia, pero Chandler Behringer era una buena protección ante ella. No la aliviaba en absoluto, pero creaba una distracción constante con la agitación y el ajetreo de su mente. Ahora ésta había disminuido hasta ser un susurro, algo nada efectivo, y la tortura se derramaba sobre ella. La agonía se derramaba sobre ella desde los satélites indetectables y protegidos que guardaban el planeta prisión y administraban el castigo.

Así sería esta noche, y la siguiente y las demás noches, y todas y cada una de las noches de toda mi eternidad. Lloverá sobre mí, suavemente por el día y dulce y hambrienta por la noche. Y yo puedo tumbarme y relajarme, y puedo atracar mi ira y anclar mi angustia, pero la marea acabará subiendo, las corrientes tirarán de mí hasta destrozarme, aunque eso lleve doscientos años. Y cuando me hayan vencido, la tortura seguirá y seguirá y seguirá.

La mayor parte de la tortura era música.

Parte de la tortura era canto.

Y una pequeña parte de la tortura era algo difícilmente descriptible en términos terrestres, algo que formaba imágenes. Y no como se forman en una pantalla, ni en la mente como si fueran recuerdos, por muy ásperos que sean, sino unas imágenes tan

claras y verdaderas como la del brusco ondear de una bandera que, un segundo después, trae un viento cansado a azotar los párpados; imágenes donde uno camina descalzo por la hierba y siente una mezcla de calor y frescura en el empuje junto a la humedad de la hierba provocada por la savia de sus tallos rotos. Había imágenes donde lanzar con honda era conocer el tirón de los pectorales y la mordedura del suelo en los hundidos dedos del pie, y donde un salto era franquear todo un planeta, teniendo ese cuarto de segundo de ingravidez, para caer en ese colchón que es la agilidad propia.

Era música de un planeta viejo poblado por una raza mucho más vieja. Se trataba de música con la suavidad y la sustancia del granito erosionado por los elementos, y la inagotable complicación de un helecho. Era música feroz, con un control tan estricto de su furia, que podía ser usada para la risa. Y a su vez era música que brotaba, subía y burbujeaba y se asemejaba a la Fuente Misma.

Era canto de aves perdidas en la belleza de las alturas, y de voces más pesadas y ascendentes, expresadas en el crecimiento de los árboles. Era la voz del tendón que revienta por ser menos fuerte que la voluntad, y del corazón del mar, y se basaba en el tono grave de los latidos del crecimiento (pues hasta un sólido tronco de árbol tiene una nota si lo escuchas durante suficientes años) y todas ellas eran las voces que formaban y eran formadas por la Fuente Misma.

Y eran imágenes de la Fuente Misma...

Y así eran las torturas de los que eran exiliados, encarcelados y condenados.

Ella yació allí y odió la luz de la luna; la luna le pareció fea y vulgar y nueva. Para ella era como un flagelo más, como lo eran todas las cosas similares y todas las cosas que contrastaban con el mundo que había perdido. Volvió unos ojos cada vez más fríos hacia el hombre que dormía y frunció el labio; la criatura era una astuta contrapartida, una caricatura sutil, de los peores hombres de su raza, de ningún modo perfecta, de ningún modo magnífica, pero de ningún modo tan tosca como lo sería una máquina para permitirle olvidar cuál debía ser el original.

Por comparación y por contraste, la Tierra, esta fangosa y basta bola de desperdicios, ataba su alma al hogar. En cierto sentido, la Tierra tenía todo lo que podía encontrarse en su mundo, pistas de carreras que comparativamente tenían la anchura de un movimiento del brazo, oscuras ratas de carreras montadas por salamandras vestidas con seda barata..., hombres cuyos ojos no brillaban al sol como lo harían los de un hermano racial al buscar y encontrar una fantasmal nebulosa, contando como ayuda con sólo la sombra de una mano.

Pertenecía a otro lugar con cada célula interconectada con otra célula, con cada ión y cada partícula osmótica. Y la Tierra, que era su mundo falsificado, y la interminable música, que era su mundo verdadero, nunca dejarían que lo olvidara.

Así que maldijo los rayos de la luna y la música que se deslizaba por ellos, y juró que nunca se rendiría. Se empaparía de este insignificante planeta, se metería en él hasta el cuello para esconder todo lo que era su auténtico yo hasta en los actos más nimios, adoptaría el comportamiento y hasta los pensamientos de las excesivamente perfectas y vacías marionetas de la Tierra, y, pese a todo, en su interior, seguiría siendo ella misma, una ciudadana de su mundo, parte de la Fuente Misma. Mientras siguiera siendo eso en cada fibra de su ser, no estaría completamente exiliada. Podría estar excomulgada, apartada corporalmente, despojada de alas y arrastrándose, temblando bajo el amado y constante aliento del hogar; pero hasta que se rindiera, sus carceleros habrían fallado pese a toda su virtuosidad y todo su poder.

Salió el sol y apagó un poco su amargura. La conciencia dormida de Chan asomó rugiendo a su alrededor, volviendo a caer en la oscuridad. Se levantó y fue a la puerta. El jadeante mar era de un rosa dorado y el sol estaba en lo alto; algo demasiado cerca, demasiado amarillo y demasiado pequeño. Ella lo maldijo de todo corazón con un rápido

pensamiento que brotó, se abrió y flotó en el aire como la neblina de un manantial, y fue a ponerse la ropa, a excepción de esos estúpidos calcetines.

Miró la cafetera, la comprendió y preparó café. Chan suspiró al primer susurro del vapor, y su conciencia apareció de golpe. Drusilla salió al exterior. Tenía una gran dosis de paciencia, pero consideró que no merecía la pena gastarla en las formalidades que, sabía, acaecerían de estar en la habitación durante la ruptura de la crisálida de nilón.

Se oyó un grito ronco en el interior, un violento agitarse y Chandler Behringer apareció afuera. Estaba alarmado y asustado. Ella notó que su pánico había bastado para que saliera sin camisa, pero no sin pantalones. Apretaba los párpados con tanta fuerza que los pómulos parecían más elevados, luego los abrió y la vio junto al borde de la playa. El resplandor que iluminó su cara rivalizó por un momento con la débil luz del temprano sol.

—Pensé que te habías ido.

Ella sonrió.

—No.

Se acercó hasta él. Sus ojos la devoraron. Chan alzó ambas manos y se las apoyó sobre la clavícula izquierda, una sobre la otra. La mujer comprendió que se tapaba las tetillas (ausentes en los machos de su raza). Examinó con curiosidad sus reflejos y archivó para futura meditación el que le había hecho llevar pantalones; el reflejo no habría aparecido de llevar traje de baño. Respiró tan profundamente que ella empalizó el dolor.

—Eres la mujer más bella que he visto nunca —dijo.

Ella no lo dudaba y no hizo comentario alguno.

—La mujer más bella que ha habido nunca —murmuró él.

Ella le dio bruscamente la espalda, y ahora eran sus ojos los que se cerraban con fuerza.

—¡No lo soy! —dijo en un tono tan saturado de violencia y odio que le hizo retroceder casi hasta la puerta.

Ella se alejó por la playa sin decir otra palabra, eligiendo esa dirección sólo por ser la que en ese momento tenía frente a ella. Un momento después era consciente de los pasos de Chan detrás.

—Dru, Dru, ¡no te vayas! —jadeó—. Lo siento. No quería... hacer nada que..., sólo...

Ella se detuvo y dio media vuelta, de forma tan repentina que habrían chocado de haber dado él dos pasos más. En vez de seguir avanzando, hizo todo lo posible por detenerse allí.

Ella le miró fijamente, sin moverse. No había ninguna expresión especial en su cara, pero había algo en la cabeza erguida, las entreabiertas fosas nasales, el espléndido equilibrio de su postura y de sus poderosas manos, que hacía imposible el acercarse más. Tenía los ojos redondeados y los labios parcialmente abiertos. Él alargó una mano, movió la boca en silencio, y dejó caer el brazo. Sus rodillas empezaron a temblarle ostensiblemente.

Ella volvió a dar media vuelta y se alejó. Él permaneció allí largo tiempo, viendo como se alejaba. Cuando no era más que una mota brillante en las relucientes dunas, la mano caída volvió a extenderse.

—¿Dru? —dijo, con voz reducida a un soprano inaudible por un temor reverencial.

Y ella había desaparecido, y él dio media vuelta con lentitud, como si llevara una enorme y alta carga sobre los redondeados hombros, y volvió pesadamente a la cabaña.

Drusilla descubrió una carretera que iba paralela a la playa y subió hasta ella. «Los imbéciles abundan en el Universo —pensó—, como las burbujas en el estanque de una fuente, cambiando y moviéndose al azar, sin sentido, función o finalidad.» Había dejado a un imbécil y ella era una imbécil semejante. Había más culpabilidad en su imbecilidad que en la del hombre. Él tenía poco control sobre lo que decía, y mucha menos comprensión, debido a su naturaleza y sus limitaciones. Ni sus facultades ni su acondicionamiento le permitían comprender por qué sentía ella una furia semejante.

A medida que caminaba, clavaba los talones en el lecho arenoso. Apretó los dientes. La mujer más bella que ha existido nunca...

¡Su belleza!

¿Adónde, exiliada, adónde, criminal, te ha llevado tu belleza?

Siguió caminando, con un ánimo tan negro que eclipsaba la torturante música.

Puede que quince minutos después fuese consciente de una estridencia ultrasónica, un latir rápido, urgente, creciente, que sería un silencio para todos menos para ella. Aminoró el paso, deteniéndose luego. El sonido se originaba detrás de ella, pero no desorientaría su análisis mirando atrás. Escuchó mientras el viento se llevaba las vibraciones y dejaba que volvieran más cercanas, más fuertes. Sensibilizó sus pies desnudos, elevó un brazo y recogió las vibraciones con el dorso de la mano. Fue consciente de sonidos sincrónicos.

Algo giraba aproximadamente a tres mil ochocientas cuarenta revoluciones por minuto. Algo era arrastrado por una cadena y la cadena no era metálica. Algo golpeaba..., no, andaba..., algo que hacía rodar sobre la tierra interminables y blandos listones. Oyó tensión de muelles, el trabajoso deslizarse de pesados resortes transversales, el crujir del menisco de pistones engrasados y en funcionamiento.

La simple estupidez de algo tan complejo como un automóvil le resultaba más maravilloso que un arco iris.

Por fin se volvió a mirar, y en seguida le vio subir una colina situada a un kilómetro de distancia. El penetrante ultrasonido era superior a lo soportable, así que ajustó la audición para que eliminara todo lo que estuviera entre los ochenta y seis y ochenta y ocho mil ciclos.

Esperó pacientemente, más cómoda ahora. El coche se deslizó hacia ella dando un giro suave, escupiendo luz del sol por sus dientes cromados, abofeteando el aire de la mañana y apartándolo con sus brillantes flancos mientras debajo suyo, donde no había aerodinámica, el aire golpeaba, se arremolinaba, sacudía y agitaba todo el polvo que podía encontrar en la arenosa carretera. Drusilla lo observó con ojos muy abiertos. Llegó a preguntarse qué conclusiones podrían sacarse de éstos, esos salvajes, si sólo conociéramos de ellos un vehículo como éste. ¿Qué clase de hombre hace un diseño aerodinámico sólo donde puede verlo?

Luego vino la encantadora conclusión: «Es un mundo de payasos».

Ella sonrió; el conductor la vio y apoyó el pie en el pedal del freno. El coche bajó la resplandeciente nariz barroca, resbaló la anchura de una mano y se hundió como sentándose en su propio baño caliente de muelles.

Los ojos del conductor eran largos y estrechos, su nariz y barbilla, cortantes. Drusilla observó lo que hacía, que era observarse a sí mismo mientras la observaba a ella.

—¿A qué distancia estamos de...? —dijo bruscamente, y antes que pronunciara la primera palabra, ella supo que conocía perfectamente la zona.

—La... —dijo ella, levantando la mano para señalar con precisión el capó, mientras le sondeaba buscando el término—. La válvula no recibe aceite. Es la tercera a partir del frente.

Incluso mientras el motor holgazaneaba, el chillido insonoro de esa fricción seca habría sido insoportable de haber permitido su audición.

—A mí me suena bien —dijo el hombre, encogiéndose de hombros. La miró (mejor dicho, la recorrió) de los ojos para abajo, bajando hasta que vio los pies desnudos. Dejó allí la mirada y dijo—: Deja que te lleve.

Se volvió, casi sin mirar alargó hacia atrás un brazo delgado y arácnido, y abrió la puerta trasera.

Drusilla dio un paso hacia adelante y sólo entonces se dio cuenta que el hombre no estaba solo en el coche. Se detuvo sorprendida, no tanto por la mujer que estaba sentada en el interior, como por el hecho que a unas percepciones como las suyas se les había escapado. Miró al hombre y se dio cuenta que eran sus sentimientos, o la falta de ellos, lo

que la habían ensordecido y cegado en todo lo referente a la mujer que se sentaba a su lado. Era una compañera reducida a la simple presencia, disminuida hasta ser un rasgo, reducida al simple limbo de la familiaridad. Drusilla la miró, y la mujer le devolvió la mirada.

Era una mujer pequeña, sólida, tan peinada y vestida que era sólo blandura. Lo que impedía una carencia de rasgos similar a la de un huevo eran un par de ojos dolorosamente azules lo bastante grandes como para una persona que la doblara en tamaño, y una boca perfecta pintada en un rojo tan chillón y deslumbrante que podría fundir fusibles. Los enormes ojos estaban vacíos.

Para horror de Drusilla, de entre los flamígeros labios surgió una excrecencia semejante a un hígado iridiscente, creció hasta adquirir el tamaño de un puño y se desinfló. Los labios se abrieron, una lengua rosa atrapó, limpió y arrastró diestramente la materia blanda entre un destello de dientes blancos como el papel. Y la cara volvió a ser un adorno, liso e inmóvil.

—Mi esposa —dijo el hombre—, así tendrás compañía. Por Dios, Lu, otra vez con el chicle. —La mujer apartó la mirada de Drusilla y la fijó en el conductor, pero no hubo ningún otro cambio—. Entra.

La mente de Drusilla reprodujo una fugaz sensación interna que recibió del hombre cuando éste dijo: «Mi esposa». Había sido... ¿Orgullo? No. ¿Admiración? ¡Difícilmente! Cumplido; eso había sido. Esta mujer era un cumplido con que se obsequiaba él mismo. El hombre no tenía ni la menor duda de ser admirado por el cuidadoso acabado de su mujer.

Los grandes ojos azules volvieron a mirarla y Drusilla sondeó.

Durante un horroroso microsegundo, tuvo la sensación de caminar por un nido de serpientes con cloroformo en su pañuelo. Retrocedió violentamente, alejándose hasta el borde de la carretera, y se estremeció.

—Vamos. ¿Eh? ¿Qué te pasa? —exclamó el conductor.

Ella negó dos veces con la cabeza, no tanto para rehusar como intentando huir de algo que ponía pegajosas bandas de seda en su pelo y su cara. Dio media vuelta sin decir palabra y se alejó por detrás del coche, carretera abajo.

—¡Eh!

Drusilla no miró atrás.

El hombre encendió el motor y arrancó lentamente. Un momento después, la mujer se inclinó hacia adelante y dio un tirón al volante. El coche volvió a la carretera, y él apartó finalmente los ojos del retrovisor.

—¿Qué es lo que le pasaba? —le preguntó al limpiaparabrisas.

Lu infló otro globo.

Cuando el coche desapareció, Drusilla volvió lentamente a donde había parado y continuó caminando hacia la ciudad. Juró con fuerza que nunca más se vería atrapada sondeando algo tan repugnante. El conductor no había sido así. Chan Behringer tampoco. Pero sabía con terrible certeza que aquí, en el planeta prisión, debían haber miles de criaturas así.

Entonces diseñó algo mientras seguía caminando, una estructura simpática muy sensible que podría detectar, incluso sin su conocimiento consciente, hasta los más débiles atisbos de una presencia semejante; activaría sus escudos, aislándola, protegiéndola, manteniéndola limpia.

Estaba destrozada. La presencia de esa mujer le había asustado, pero lo más devastador era saber que podía ser asustada. Algo que le resultaba muy difícil de asimilar; había pocos precedentes en su mundo.

Volvió a estremecerse mientras caminaba.

Drusilla llegó a la ciudad y vagó hasta encontrar un restaurante en el que se necesitaba una camarera. Tomó prestado del cansado cajero el importe de un par de sandalias y empezó a trabajar. Alquiló un pequeño cuarto y al final del segundo día se pudo comprar un vestido de algodón.

La segunda semana fue taquígrafa y, durante el segundo mes, secretaria en una compañía que fabricaba toldos y velas de barco. Invirtió algo, vendió unos poemas, una canción, dos artículos y un cuento. Lo estaba haciendo muy bien según la estimación del entorno, y muy rápidamente. Según su propia estimación, no hacía nada más que obligar a su atención a distraerse de la tortura.

Porque, naturalmente, la tortura continuaba. La soportaba con compostura, echándola a un lado tan casualmente como cambiaba de nombre, trabajo, peinado y acento. Pero la tortura se acumulaba como las lecciones que aprendía, como el conocimiento de la gente con que se encontraba y con la que trabajaba. Podía estimar su capacidad de resistencia. Era grande, pero no infinita. No podía librarse de la tortura, como no podía librarse del conocimiento aprendido. Podía apilarla y almacenarla. Seguiría sin ser derrotada mientras pudiera hacer eso con la tortura. Pero también podía calcular la diferencia que había entre la acumulación y la capacidad y no le quedaba mucho tiempo. Un año y medio, dos...

A veces se asomaba a la ventana, absorbiendo el castigo, mirando al cielo nocturno con sus ojos brillantes y sabios. No podía ver las naves guardianes, naturalmente, pero sabía que estaban ahí. Sabía de sus naves asesinas que bajarían en pocos segundos, de ser necesario, y acabarían con un posible fugitivo, o con quien fuera a violar las pocas y simples reglas de conducta de un prisionero.

Había veces en que se maravillaba, objetivamente, de la cruel habilidad implícita en la tortura. Tan sólo la música, con su inefable espectro de tristeza y añoranza y salvaje alegría nostálgica, habría bastado y sido mucho más de lo que podría soportar un prisionero; pero las imágenes sensoriales, el flujo de estimulación y reestimulación y el cambio de gusto y movimiento y todas las sutilezas de los sentidos cinéticos..., eso, mezclado y fundido con la música, atacando cuando la música se apaciguaba, marchando sobre las huellas del rítmico caminar de la música..., eso era lo que se reía de sus barreras, luchando con ella mediante risas, enfrentando sus puños con una brisa, su estocada con gas, sus avances con una desaparición.

No había manera de luchar contra ataques como éstos. La ignorancia podría haber sido una defensa, pero no servía para ella, tan sensible a todo el sentido y el simbolismo de la tortura. Lo único que podía hacer era absorber, almacenar y aspirar a encontrar una defensa antes de tener que rendirse.

Así que vivió y prosperó exteriormente. Conoció humanos que la divirtieron brevemente, y otros a los que evitaba tras uno o dos encuentros por recordarle dolorosamente a su propia gente; con una sonrisa, un caminar, una semejanza de colores. Nunca fue consciente de encontrar alguna vez a alguien con la terrorífica cualidad de la mujer del coche; al menos esa parte de su defensa era segura.

Pero la tortura seguía lloviendo sobre ella, y al cabo de medio año supo que debía hacer algo para contrarrestarla. Básicamente, la solución era simple. La tortura acabaría aplastándola si no hacía nada, y eso no significaría alivio alguno, pues una vez que se hubiese rendido a ella tendría que seguir sufriendola. Podría matarse, pero así acabaría cumpliendo los términos de la sentencia: «Prisión de por vida, con tortura». Sólo había una salida, que la mataran, y que la mataran los guardianes. No estaba bajo pena de muerte. Si podía forzar una, ellos habrían violado su propia sentencia y ella moriría sin haberse rendido, tal y como corresponde a un ciudadano de la Fuente Misma.

Estudiaba el cielo cada vez más y más, sabiendo de la presencia indetectable de los guardianes y de sus naves asesinas, sabiendo que tenía que haber algún modo de atraerlos para que uno bajara silenciosamente y acabara con ella. Envió señales de

muchas clases, hasta de la clase que utilizó para acabar con la fuerza vital del Preceptor, sin alterar en lo más mínimo, por ello, la calidad o el grado de la tortura.

Quizá los guardianes emitiesen, pero no recibiesen; quizá nada pudiera tocarlos. Estaban sintonizados con las pautas mentales y de acondicionamiento de un Ciudadano, y producían pacientemente lo que con el tiempo acabaría destruyéndola. La destrucción sobrevendría por la debilidad del atacado. Drusilla quería ser destruida mediante la fuerza del atacante. Para ella, la distinción era clara y vital.

Tenía que haber algún modo; si sólo pudiera encontrarlo.

Lo había, y lo encontró.

Él subió al escenario sonriendo como un niño, moviendo descuidadamente su guitarra. El decorado era el de una sala de estar. Se desplomó en una mecedora con un solo brazo y atrajo con el tacón un cojín marrón y blanco. Hubo un aplauso.

—Gracias, mamá —dijo Chan Behringer.

Pulsó con el plectro la primera y segunda cuerdas. «Tu re menor está un ciento veintiochoavo más agudo», pensó Dru.

Chan enchufó el cable con habilidad, sin que lo viera la audiencia. Dru miró con atención; nunca había visto una guitarra de doce cuerdas con anterioridad.

Empezó a tocar. Lo hacía competentemente, sin errores ni imaginación. La mecedora tenía incorporada un amplificador de cinco fases y en el cojín había un pedal regulador del tono y un vibrador electrónico. Un tosco corte a veintisiete mil ciclos, advirtió ella, y luego recordó que para la mayoría de los humanos la alta fidelidad es algo desafinado en ocho mil.

Estaba inmensamente complacida con las conexiones eléctricas: al principio no las había notado, lo cual era un cumplido para él. Una era magnética y se hundía en el mástil en el decimocuarto traste. La otra era un micrófono de contacto, obviamente dentro de la caja, justo debajo del puente. El interruptor de selección era audible cada vez que lo movía, y a ella le pareció vergonzoso.

Terminó el número, balbuceó un par de frases y tocó un par de peticiones y un bis, mientras Drusilla abandonaba la sala y hablaba con el encargado. Éste tomó el paquete envuelto en papel que le entregó y lo mandó al vestuario con el chico de los recados.

Segundos después, se oyó un alarido salvaje detrás del escenario y Chan Behringer bajó dando saltos por los escalones de hierro, aferrando una camisa de franela, unos pantalones azules y unos trozos de papel y cuerdas.

—¡Dru! ¡Dru! —jadeaba.

Corrió hacia ella con los brazos abiertos. Deteniéndose luego, titubeando, inclinando ligeramente la cabeza a un lado.

—Dru —volvió a decir, ahora en voz baja.

—Hola, Chan.

—Pensé que no volvería a verte.

—Tenía que devolverte tus cosas.

—Es demasiado bueno para ser verdad —murmuró—. Yo..., nosotros... —Se volvió bruscamente hacia el encargado y le entregó la ropa—. Aguántame esto, ¿quieres, George? —Luego se volvió a Drusilla—. Debería llevarlas a los camerinos, pero temo perderte de vista.

—No volveré a escaparme.

—Salgamos de aquí —dijo, tomándola del brazo, y sintió otra vez el viejo eco de ese estremecimiento que sintió al tocarla a través de la tela.

Fueron a un lugar donde todo era cuero y luz suave y hablaron de la playa y la ciudad y el negocio del espectáculo y la música de guitarra, pero no de la extraña furia que sintió ella hacia él aquella mañana en que se alejó de su vida.

—Has cambiado —dijo él finalmente.

—¿De verdad?

—Eras como..., como una reina. Ahora eres como una princesa.

—Eres muy amable.

—Más... humana.

Ella rió.

—No era muy humana cuando me conociste. Estaba pasando un mal momento. Pero ahora estoy bien, Chan. No..., no quería verte hasta que no estuviera bien.

Y hablaron hasta que fue la hora de su siguiente actuación, y después cenaron juntos.

Y ella le vio al día siguiente, y al otro.

El hombre rechoncho con cara de picapedrero y manos de cirujano hacía las guitarras más bellas del mundo. Se levantó cuando entró la chica alta. Era la primera vez en catorce años que hacía gala de una cortesía semejante.

—¿Puede usted cortar una ranura en F como ésta? —preguntó ella.

Él miró el dibujo que la chica había dejado en el mostrador, gruñó y habló a continuación.

—Naturalmente, señorita. Pero, ¿por qué?

Ella inició una discusión que él no escuchó al principio, pues era sobre su especialidad y sobre su lenguaje y estaba demasiado sorprendido para pensar. Pero una vez que intervino en ella, aprendió cosas sobre resonancias, refuerzos armónicos, maderas, barnices y diseños de puentes invertidos que no estaban en ningún libro del que tuviera noticia.

Cuando ella se marchó unos minutos después, él jadeaba agarrándose con fuerza al mostrador. Frente a él había un cheque por el trabajo encargado. En sus manos, un billete de veinte dólares para que guardara silencio. En su mente, un fuego y un gran asombro.

Drusilla derramó un frasco de quitaesmalte de uñas en la guitarra de Chan. Él se comportó con amabilidad y ella con un patético arrepentimiento. «No pasa nada», dijo él; conocía un sitio donde podrían arreglarla antes de la noche. Fueron juntos. El hombrecillo con cara de picapedrero le entregó el nuevo instrumento, una guitarra con sorprendentes ranuras, un puente de ultraprecisión y un mástil que se retorció en su mano como si estuviera vivo y le amara. Tocó un acorde, y al oír el tono la puso reverentemente sobre el mostrador y la miró fijamente. Sus ojos estaban húmedos.

—Es tuya —canturreó Drusilla—. Mira, tiene tu nombre grabado.

—Conozco sus guitarras —le dijo Chan al hombre rechoncho—, pero nunca oí hablar de nada como esto.

—Todos los oficios tienen sus secretos —dijo el hombre, y le guiñó el ojo.

Drusilla le pasó otros veinte cuando se marcharon.

El ingeniero electrónico miró el diagrama.

—No funcionará.

—Sí, lo hará —dijo Drusilla—. ¿Puede hacerlo?

—Bueno, infiernos, sí, pero, ¿dónde se ha visto un control de voltaje como éste? ¿De dónde se supone que sale la energía...? —Se inclinó más aún—. ¡Maldita sea mi estampa! ¿Quién ha diseñado esto?

—Constrúyalo —dijo ella.

Lo construyó. Funcionaba. Drusilla lo conectó a la mecedora y Chan nunca se dio cuenta del cambio. Todo se lo atribuyó al nuevo instrumento a medida que se familiarizaba con él y empezaba a explorar sus posibilidades. Pronto, dejó de haber días sin trabajo. Tampoco más viajes. Los clubs empezaron a tener en cuenta al joven tímido con la guitarra que le partía el corazón.

Ella le robó las vitaminas y las sustituyó por otra cosa. Le invitó a cenar a su apartamento y él se desmayó con el plato de pescado.

Siete horas más tarde despertó en el sofá, mucho después que ella escondiera el extraño horno de inducción y la ristra de hipodérmicas impulsoras. No recordaba absolutamente nada. Estaba tumbado sobre su brazo izquierdo y le dolía.

Dru le dijo que se había quedado dormido y que le había dejado dormir.

—Pobrecillo, trabajas demasiado.

Él replicó con cierta dureza que nunca debía dejarle dormir así, impidiendo la circulación del brazo con que tocaba.

El brazo estuvo peor al día siguiente y tuvo que cancelar una actuación. Al tercer día volvió a funcionar normalmente, al ciento por ciento, y continuó mejorando durante el cuarto, quinto y sexto días. Lo que podía hacer con la guitarra era indescriptible. Lo cual no era muy sorprendente; en la Tierra no había otro brazo igual, con esas gruesas fibras nerviosas, esa cuadruplicación de los nódulos transmisores de las vainas medulares, la baja resistencia de los neuroejes superreactivos y el potasio y sodio isotópicos en que se bañaban.

—Ya no toco esta maldita cosa —dijo—. Me limito a pensar y esta mano izquierda me lee la mente.

Grabó tres discos en tres meses, y las ganancias que produjeron se elevaban al cubo con cada uno de ellos. La compañía decidió ahorrarse dinero y le firmó un contrato por un porcentaje superior a todo lo pagado anteriormente.

Chan compró una casa en una zona muy exclusiva de las afueras de la ciudad sin consultar con Drusilla. Los vecinos de la izquierda eran los Kersler, cuyo abuelo había amasado su fortuna con aparatos sanitarios. Los vecinos de la derecha eran los Mullings, ya saben, Osprey Mullings, el escritor, dos libros anuales, año sí, año también, tres de cada cuatro rodándose en Hollywood.

Chan invitó a su casa a los Kersler y a los Mullings, y llevó a Drusilla para sorprenderla.

Desde luego se sorprendió. Kersler tenía un gran tren de juguete en el sótano y su mente contenía igualmente una gran cantidad de precisas menudencias, que sólo podían operar una a una. La mente de Grace Kersler era como un cobertizo vacío, sólidamente revestido por una capa rosada. La cabeza de Osprey Mullings contenía un conjunto de dados de bebé con un número ilimitado de bloques, con los que construía sus novelas por un proceso ritual de recombinación. Pero Luellen Mullings era la entidad de cara lisa que mascaba chicle a escondidas y que sobresaltó a Drusilla aquel día en la carretera de la playa.

Era una fiesta parlanchina y encantadora, y fue la primera vez que los humanos fueron capaces de irritar tanto a Drusilla que tuvo que absorber el fastidio en vez de ignorarlo. Resistía con gracia extrema este ataque a sus decrecientes capacidades, y los Kersler y los Mullings estrecharon con fuerza la mano de Chan al marcharse y le desearon suerte con esa bella Drusilla Strange, tipo afortunado.

Y esa noche, más tarde, rebosando éxito y seguridad con un buen aderezo de ambición, Chan la llevó con el coche de vuelta a la ciudad, y se lo propuso en su apartamento.

Ella le tomó ambas manos y lloró un poco, y prometió trabajar con él y ayudarle más aún en el futuro, pero...

—Por favor, por favor, Chan, no vuelvas a pedírmelo.

Él se sintió herido y desconcertado, pero mantuvo su promesa.

Chan estudió música en serio, cosa que nunca había hecho antes. Tuvo que hacerlo. Daba más conciertos que actuaciones y tocaba todas las piezas raras compuestas por virtuosos que querían enloquecer y frustrar a sus colegas. También tocaba con su guitarra todas las piezas famosas de violín. Hacía arreglos de los arreglos. Hacía todo esto con la ligera suficiencia de un Rubinstein examinando una lección de dos dólares para improvisar acordes. Así que al final no le quedó más remedio que componer. Había parte

de su trabajo que era bastante avanzado. Todo él te agarraba por la garganta y no te soltaba.

—Prueba con esto —dijo Drusilla una tarde de domingo.

Tarareó una o dos melodías y estalló en una cascada de notas que obligaron a Chan a ponerse en pie.

—¡Dios, Dru!

—Inténtalo.

Él tomó la guitarra. Su mano izquierda corrió por el mástil como un animalito perplejo y tocó una nota o dos.

—No —dijo ella—. Así.

Y cantó.

—Oh —murmuró él.

La observó mientras tocaba. Se detuvo cuando pareció no estar complacida.

—No. Yo sólo puedo cantar una nota cada vez, Chan. Tú tienes doce cuerdas. —Ella se detuvo, pensativa, escuchando—. Si te pidiera que tocaras esta melodía, y que..., que pintaras imágenes en ella con la guitarra..., ¿tendría sentido?

—Lo que dices suele tener sentido.

Ella le sonrió.

—Muy bien. Toca esta melodía, y toca con ella la forma en que crece un árbol. Toca la manera en que la semilla da forma a un brote y el brote se abre paso en el espacio y hace un agujero para la rama. No —dijo apresuradamente, cuando los ojos de él se iluminaron y el pulgar e índice derechos se tensaban sobre el plectro—. Todavía no. Aún hay más.

Él esperó.

Ella cerró los ojos, tarareó algo de forma casi inaudible y luego habló.

—E incluye al mismo tiempo todos los detalles de un árbol ya crecido. —Abrió los ojos y le miró fijamente—. Eso lo consolidará —afirmó—, porque un árbol sólo es la trayectoria gráfica de su semilla.

Chan la miró de forma extraña.

—Eres una chica muy especial.

—No te preocupes de eso —dijo ella rápidamente—. Y ahora junta las tres cosas con una fuente. Y nada más.

—¿Qué clase de fuente?

Palideció, pero la voz salió calmada.

—Tonto. La única clase de fuente que podría ser con el tema, el árbol creciendo y el árbol crecido.

Tocó un acorde.

—Lo intentaré.

Ella tarareó para él, luego bajó su largo dedo. Él captó la melodía de su voz. Cerró los ojos. La guitarra, el instrumento más íntimamente expresivo de todos, dotado de un mágico sostenido por el implante electrónico, empezó a hablar.

La melodía, el árbol creciendo, el árbol crecido.

De repente, también, la fuente.

Lo que pasó entonces dejó sin respiración a los dos. Música de esta naturaleza no debería ser oída en un volumen cúbico inferior a su tema.

Cuando desapareció la comprimida estridencia de la música, Chan miró al resquebrajado cristal de la ventana y luego se volvió para ver el hilillo de yeso que manaba del dintel de la ventana.

—¿De dónde —dijo, estremecido— sacaste esta discordancia?

—Del aire, querido —respondió Drusilla con alegría—. De cualquier momento, de cualquier lugar, siempre que quieras. Escucha.

Él ladeó la cabeza. Hubo un silencio intenso. Su mano izquierda trepó por los trastes y se extendió sobre ellos. Pese a no tocar aún las cuerdas con la mano derecha, en la

habitación pendía la estructura de un sonido, reforzándose a sí misma, sosteniéndose, sosteniéndose..., muriendo finalmente.

—¿Es eso? —preguntó, asustado.

Ella acercó mucho el pulgar al índice.

—Tanto así.

—¿Cómo es que no lo he oído antes?

—No estabas preparado.

Los ojos de él se llenaron de lágrimas.

—Maldita sea, Drusilla..., eres..., has... Oh, infiernos, no lo sé, te quiero tanto.

Ella le tocó la cara.

—Chist. Toca para mí, Chan.

Él respiró con fuerza, con dificultad.

—Aquí no.

Dejó la guitarra y fue por el amplificador portátil. Lo instalaron sobre el inclinado césped y conectaron la guitarra. Chan sostuvo el instrumento durante un silencioso momento, deslizando la mano por su pulido flanco. Levantó la mirada y encontró los ojos de Drusilla. La cara de Chan hizo una mueca, pues el éxtasis, la alegría y el triunfo que vio en ellos se parecían mucho a la desesperación, y no lo comprendía.

Habría arrojado entonces la guitarra, pues tenía el corazón rebosante de Drusilla, pero ella retrocedió, meneando ligeramente la cabeza e inclinándose sobre el amplificador para encenderlo. Sus dedos tiraron del interruptor rotatorio mientras lo hacía girar, y sólo ella conocía la naturaleza del pequeño y poderoso transmisor que empezaba a calentarse a la vez que el audio. Retrocedió más aún; no quería estar cerca de él cuando... sucediera.

Él la observó durante un momento, luego se concentró en la guitarra. Miró sus cuatro hechizados dedos que se aferraban y deslizaban sobre el mástil; los miró con un vasto asombro que se tornó lentamente en éxtasis. Comenzó a mecerse con suavidad.

Drusilla estaba erguida y tensa, mirando los árboles que había tras él, las huidizas nubes y más allá de ellas. Dejó caer sus escudos y dejó que la música se filtrara en ella. Y de la guitarra surgió una nota, y otra, dos juntas, un acorde extraño. «Tendrán que matarme por esto», pensó. Por exponer este moldeado salvaje que podía comulgar como un ciudadano al enorme desdén que su gente sentía hacia la Tierra y todo lo terrestre..., era la mayor afrenta que podía hacerles.

Cayó una espuma de música y flotó y se precipitó hacia la Fuente Misma, y todas y cada una de las voces de esa música fueron trituradas y arrojadas hacia arriba. Los seis pares de cuerdas de la guitarra volaron con ellas en un rugiente glissando que se rompió, y esparció sus brillantes trozos por todo el mástil de la guitarra, cayendo y cayendo, alejándose del salpicar agudo y crujiente, metálico y ansioso, de las primeras cuerdas dobles tañidas apenas por debajo del puente; y esas cuerdas tensas no habrían podido ser más íntimas de estar unidas a los dientes del oyente.

La singular caja de sonidos se encontró envuelta en una resonancia estridente y repentina y despertó a las cuerdas oscuras, profundas y poderosas. Y éstas tamborilearon y cantaron sin ser tocadas, y los dedos inhumanos de Chan encontraron una forma en el registro medio, la plegaron sobre sí misma, la rompieron en dos, y las piezas rotas bailaron..., y las cuerdas que seguían sin ser tocadas tararearon y zumbaron, primero una, en tono grave, y luego la otra a medida que las resonancias se alteraban y respondían a ellas.

Y el aire se llenó en seguida con el agudo y polvoriento olor del ozono.

A todo esto, la música, la de Chan y la de ella, empezó a aposentarse como si fuera un gigante oscuro, apoyándose, meciéndose y recogiendo en sus pliegues y colgaduras a medida que descendía para descansar, para reunir y juntar sus rugientes, murmurantes y gorjeantes pertenencias de tal modo que pudieran clasificarse y amontonarse y comprenderse; hasta que el monstruo se instaló y se puso cómodo, dejando una enorme

mole de silencio y un subtono de latente vida y franjas de quietud contemplativa a muchos niveles. El conjunto de la estructura respiró, lentamente y, más lentamente aún, contuvo el aliento, dejó que se desarrollara una tensión, que aumentara, dolorosa, agonizante, intolerable...

—¿Por qué no tocas «Red River Valley», Chan?

Drusilla jadeó, y el ozono le arañó la garganta. Los dedos de Chan dudaron, se detuvieron, y él se volvió, emitiendo un pequeño gemido inquisitivo.

Al otro lado del lejano seto, del lado de su casa, estaba Luellen Mullings, con su figura de muñeca envuelta en ropa de estar por casa como si fuera un diamante de cristal, sueltos los dorados cabellos y la perfecta mandíbula ocupada con su pegajoso rumiar.

En Drusilla nació una furia más feral, más concentrada, que cualquier otro poder muscular o mental que pudiera haber concebido. Luellen Mullings, esencia de toda la degradación por la que era conocida la Tierra, de toda su vulgaridad, bajeza, ignorancia y estupidez. Era el eructo en la catedral; podría mancillar hasta la Fuente Misma.

—Hola, Dru, querida. No te había visto. Hey, el otro día vi a un tipo en el Palace que podía tocar la guitarra teniéndola en la espalda. —Olfateó—. ¿Qué es ese olor tan raro? Parece el de un relámpago o algo así.

—Vuelve a tu casa, cerda asquerosa —siseó Drusilla.

—Eh, ¿a quién estás llamándole...?

Luellen se agachó y recogió una piedra blanca y lisa del doble de tamaño que su mano. La levantó. Ni siquiera los avanzados reflejos de Drusilla bastaron para anticiparse a lo que hizo. La piedra dejó su mano como si fuera una bala. Drusilla se preparó..., pero la piedra no llegó a ella. Golpeó a Chan detrás de la oreja. Éste pivotó sobre los talones las tres cuartas partes de una revolución y se derrumbó silenciosamente sobre la hierba, apretando la guitarra contra sí como si fuera un gato cariñoso.

—¡Mira lo que me has obligado a hacer! —chilló Luellen.

Drusilla lanzó un grito de arpía y echó a correr por el césped, con las largas manos extendidas como si fueran garras. Luellen la vio venir, con los ojos muy abiertos.

En la mirada tranquila y firme hay una fuerza que puede ahuyentar hasta a un tigre. Puede hacer que un hombre fuerte se vuelva y eche a correr. Hay un modo de reunir toda esa fuerza en un puñado mortal y lanzarla como si fuera una granada. Drusilla sabía cómo hacerlo, pues lo había hecho antes; había matado con ella. Pero la fuerza que lanzó contra Luellen Mullings era ahora diez veces la que lanzó contra el Preceptor.

El Universo se volvió negro durante un momento, y luego Drusilla fue consciente de una presión en su cara. También había otra sensación, sistemática, generalizada. Sus brazos y sus piernas sentían peso y cosquilleos, y parecía carecer de torso.

Comprendió gradualmente la sensación en su cara. Hierba y tierra húmeda. Estaba tumbada sobre su estómago, en el césped. Absorbió este conocimiento como si fuera una complicada matriz de ideas que, de comprenderla, podría llevarle a una información inaudita. Por fin se dio cuenta de lo que le pasaba a su cuerpo. Falta de oxígeno. Empezó a respirar otra vez, en ásperos y dolorosos jadeos, en inspiraciones que amenazaban con reventar los capilares pulmonares, en expiraciones que elevaban el diafragma hasta hacerlo aplastarse aterrorizado contra el palpitante corazón.

Se movió con debilidad, acercó una mano muerta hacia sí y descansó un momento con esa mano en la hierba cerca del hombro. Se obligó a levantarse, fracasó, descansó un momento, y volvió a intentarlo. Por fin consiguió incorporarse hasta una posición sentada.

Chan yacía allí donde había caído, inmóvil como un muerto, con la guitarra cerca.

¡Pop!

Drusilla levantó la mirada. La brillante cabeza de Luellen asentía sobre el seto como una flor artificial. La diestra y rápida lengua recogía los restos de un globo roto.

Drusilla gruñó y formó otra descarga, y, cuando la soltó, notó como algo semejante a un enorme mazo blando parecía descender entre sus omóplatos. Tal y como estaba,

sentada, la plegó hasta que su pecho tocó el suelo. Las articulaciones de las caderas crujieron ruidosamente. Se retorció, enderezó y quedó tumbada de costado, boqueando.

¡Pop!

Drusilla no levantó la mirada.

Pudo oír los ligeros pasos de Luellen retirándose por el sendero de grava. Cedió a una oleada de debilidad y se relajó completamente para dejar que volvieran sus fuerzas.

Shhh..., shhh..., pasos acercándose.

Drusilla rodó sobre sí misma y volvió a sentarse. Sentía la cabeza pesada y frágil a la vez, como si cualquier movimiento repentino pudiera hacerla estallar como una cafetera defectuosa. Volvió los ojos cegados por el dolor hacia las pisadas. Cuando cedió el punzante dolor, vio que Luellen se acercaba por este lado del seto, contoneando las caderas y tarareando en forma desafinada.

—¿Te sientes mejor, querida?

Drusilla la miró. La descarga asesina volvió a formarse. Luellen se sentó grácilmente en la hierba, cerca, pero no demasiado, y eligió una brizna de hierba para arrancarla.

—Yo que tú no lo haría, encanto —dijo placentemente—. Puedo seguir con esto todo el día. Sólo conseguirás desmayarte del todo.

Miró pensativamente el tallo de hierba con sus grandes ojos vacíos, sacó la membrana de goma de la boca, dudó un momento, y volvió a metérsela sin hacer ni una sola pompa. El chicle chasqueó con humedad un par de veces mientras ella lo masticaba.

—Maldita seas —dijo fervorosamente Drusilla.

Luellen se rió. Drusilla forcejeó para levantarse, se apoyó pesadamente en una mano y la miró.

—Con eso basta, dulzura —dijo Luellen sin mirarla.

—¿Quién eres? —susurró Drusilla.

—Un ama de casa —respondió Luellen con algo de acento del Bronx—. Un ama de casa tipo ociosa.

—Sabes a lo que me refiero —gruñó Drusilla.

—¿Por qué no miras y lo ves?

Drusilla frunció los labios.

—No quieres ensuciarte al sondear, ¿eh? ¿Sabes lo que eres? Una esnob.

—¿U-una qué?

—Una esnob —dijo Luellen, estirándose con encanto—. Demasiado buena para cualquiera. Demasiado buena para él. —Señaló a Chan con un gesto de la cabeza—. O para mí. —Se encogió de hombros—. Para cualquiera.

Drusilla miró a Chan y sondeó con ansiedad.

—Está bien —dijo Luellen—. Sólo desconectado.

Drusilla volvió su atención a la otra chica. Dejó caer sus escudos automáticos muy a pesar suyo y preguntó con la mente:

¿Quién eres?

Luellen extendió las manos, con las palmas hacia afuera.

—Así no. Yo ya no lo hago. Mira si te parece, pero si quieres hablarme tendrá que ser en voz alta.

Drusilla sondeó.

—¡Una criminal! —dijo finalmente, con profundo disgusto.

—Hermanas bajo esta piel —dijo Luellen. Hizo estallar un globo. Drusilla se estremeció—. Voy a contarte lo que hice —dijo Luellen.

—No me interesa.

—Te lo diré de todas formas. Escucha —dijo repentinamente—, ya sabes que si intentas hacerme algo, acabarás aplastada. Bueno, pues te pasará lo mismo si no me escuchas. ¿Entendido?

Drusilla bajó los ojos y cayó en un furioso silencio. Admitió de mala gana que esta criatura podía hacer exactamente lo que decía.

—No te pido que te guste —dijo Luellen con más amabilidad—. Limítate a escuchar. Basta con eso.

Esperó un momento, continuando cuando Drusilla no replicó nada.

—Lo que hice fue trepar por el muro de la escuela.

Drusilla boqueó.

—¿Saliste fuera?

Luellen rodó sobre su estómago y se apoyó sobre los codos. Arrancó otra brizna de hierba, la rompió.

—Me pasó algo curioso. ¿Conoces la imagen-sentimiento del salto?

Drusilla la reconoció al instante; esa sensación dulce y fuerte, que te deja sin respiración, una sensación de fuerza y de saltar desde la hierba blanda, de flotar y aterrizar con agilidad.

—La conoces —dijo Luellen, mirando a la cara de Drusilla—. Bueno, pues la estaba teniendo una espléndida mañana cuando... se atascó. O sea, como cuando uno de los tocadiscos de aquí se atasca. Estaba sintiendo un salto. Saltar del suelo y quedarme ahí congelada.

Ella se rió un momento.

—Estaba muy asustada. Poco después continuó. Fui a mi tutora y se lo dije. Se puso muy nerviosa y acudió al Preceptor. Éste me llamó y armó un escándalo interminable sobre el tema. —Volvió a reírse—. Lo habría olvidado todo si no hubiera armado tanto jaleo. Quería que lo olvidara de la peor manera posible. Intentó convencerme que pasó porque había algo malo en mí.

»Así que seguí pensando en ello. Cuando haces eso, empiezas a mirar con mucho cuidado todas las imágenes. Y, si te fijas, te das cuenta que están llenas de defectos y de marcas.

»Pero nos decían continuamente que ése era el mundo que había al otro lado del muro; un campo de perfecta hierba, hombres hermosos, la fuente y las cascadas y todo lo demás para lo que se suponía que acabaríamos graduándonos cuando llegara el momento. Estaba tan intrigada que no podía esperar más. Así que salté el muro. Me atraparon y me enviaron aquí.

—No me extraña —dijo Drusilla, rígida.

Luellen se llevó los rosados dedos a sus labios, estiró el chicle hasta casi la longitud de un brazo y lo recuperó mascando mientras hablaba.

—¡Y todo lo que hiciste tú fue cargarte al Preceptor!

Drusilla dio un respingo y no dijo nada.

—Ya llevas aquí dos años, ¿verdad? —dijo Luellen—. ¿A cuántos prisioneros has conocido?

—¡A ninguno! —dijo Drusilla con algo semejante a la indignación—. No quiero tener nada que ver con... —Apretó los labios y bufó por la nariz—. ¿Quieres dejar de reírte?

—No puedo evitarlo —dijo Luellen—. Está en la pauta de las amas de casa. Todas las amas de casa se ríen de esta manera.

—¡Y esa voz...!

—Eso también es parte de la pauta, encanto —dijo Luellen—. ¿Cómo quieres que acuda a una partida de canasta si no soy toda alborotos y gorjeos, toda caricias y suspiros y suave respiración? ¡Por Dios! Las chicas se llevarían un susto que se les pondría de punta la permanente.

Profirió una risotada violenta.

—¡Otra vez! —se quejó Drusilla con una mueca.

—Será mejor que te acostumbres, querida. Yo tuve que hacerlo. Pronto te comportarás tú también de una forma igualmente atroz. Es algo que viene con el camuflaje... Mira, me

dejaré de rodeos. Hay un par de verdades que tienes que asimilar. Sé lo que hiciste. Preparaste un reflejo para evitar a todo ex ciudadano con el que pudieras encontrarte. ¿Verdad?

—Hay que mantener la decencia —insistió Drusilla.

Luellen meneó la cabeza cavilando.

—Eres tonta, chica. No me gustas, pero me das pena.

—¡No necesito tu compasión!

—Sí, la necesitas. Llevas dormida un montón de años y tienes que despertar. —Luellen se arrodilló y se sentó en los talones—. Dime... ¿Adónde ibas cuando te mandaron aquí?

—Lo sabes perfectamente. Al Gran Salón. A mi jardín. A mi dormitorio. Sólo eso.

—Ummm. Eso es todo. Y durante todos los minutos desde que naciste te han condicionado a pensar que un ciudadano es la flor más perfecta de la creación. Sé una chica buena y obediente y podrás retozar en el verdor el resto de tu vida. Y hay criminales que son enviados a prisión, y la prisión es la cloaca más infecta del Universo, donde acabarán sus días recordando la gloria del mundo que han perdido.

—Claro, pero haces que suene...

—¿Alguna vez has visto uno de esos grandes y musculosos hombres de los que te hablan las imágenes? ¿Viste ese paisaje de granito viejo e hierba nueva? ¿Te calentaste bajo ese hermoso sol?

—No. Me enviaron aquí antes que...

Luellen demostró su conexión a la Tierra pronunciando una palabra de tres sílabas que, por encima de todo, era terrestre.

—Eres la cosa más ciega y estúpida que he visto. Dime, cuando te arrastraron a la nave, ¿pudiste echar algún vistazo?

—No era... digna —contestó Drusilla miserablemente—. Si un..., un criminal tuviera el privilegio de ver al otro lado del Muro...

—Sí, te vendaron los ojos. Y tampoco tuviste la oportunidad de mirar cuando despegó la nave. Mira, ciudadana —dijo con desdén—, si no hubieras tenido el buen sentido de hacer que te enviaran aquí, jamás habrías pasado al otro lado.

—Sólo me quedaban seis años para que...

—Para que te trasladaran a otro Lugar Amurallado con un grupo de tu edad. Y puede que te hicieran procrear y puede que no, y, para cuando te dieras cuenta que nunca saldrías, serías tan vieja que ya no te importaría. ¡Y a eso le llaman un mundo y a esto una prisión!

Drusilla se tapó los oídos con las manos.

—¡No quiero escucharte! ¡No quiero!

Luellen le agarró la muñeca con una mano pequeña pero notablemente fuerte.

—¡Por Dios, que lo harás! —dijo entre dientes perfectos—. Nuestra raza es vieja y está moribunda, podrida hasta las raíces. ¿Sabes por qué nunca viste hombres? Porque sólo quedan unos centenares. Viven en sus cubículos, engordando y procreando. Y la mayoría de sus hijos son como niñas, porque así se dispuso hace tanto tiempo que hemos olvidado cómo se hizo, o cómo cambiarlo. ¿Sabes lo que hay al otro lado del Muro? ¡Nada! Sólo un mundo de hielo, con un sol moribundo, un aire cada vez más pobre y un pequeño conglomerado de Lugares Amurallados donde procrean mujeres para que los hombres se aparezcan y unos pocos transmisores gastados y viejos, muy viejos, con los que emiten imágenes y música para condicionar a los gusanos ciegos que viven y mueren allí.

Drusilla empezó a llorar. Luellen se recostó y la observó con ojos que empezaban a ablandarse.

—Llora, dulzura, te sentará bien —dijo con tono ronco—. Pobre mocosa. Pudiste enterarte el mismo día de tu llegada. Pero no. Los criminales son la escoria de la escoria, y no ibas a relacionarte con ellos. La Tierra y los humanos no son más que insectos y

salvajes, porque eso es lo que te enseñaron. Ser un ciudadano es ser un dios entre dioses, y oír la música era tu tortura por lo que habías perdido.

—¿Y la tortura?

—Transmisores en las naves guardianes. Ya lo sabes.

—Pero los ciudadanos de a bordo...

—¿Qué? Por el amor del cielo, encanto. Son sólo máquinas.

—¡No lo son! Las naves asesinas son...

—No lo son. Las naves asesinas se centran en cualquier mente humana que empiece a operar cerca de las bandas musicales. Has estado cerca, guapa.

—Me gustaría que hubiera venido uno —dijo Drusilla con tono miserable. Eso es lo que quería.

—Vino una, tonta. No te entiendo. ¿Qué es lo que querías?

—Quería que me matara. Por eso enseñé a Chan a...

Luellen se llevó las manos a la cara.

—¡Eso me pareció, pero no podía creerlo! Tengo noticias para ti, encanto. La nave no te habría matado. Buscaba a tu amigo de ahí.

La cara de Drusilla se volvió tan blanca como sus dientes. Se llevó el puño a la boca y lo mordió, los ojos se le desorbitaron, horrorizados.

—Está bien —murmuró Luellen—. Ya se ha ido. Estaba centrada en él y se volvió en cuanto tu amigo dejó de emitir. Sólo es una máquina.

—La detuviste —respiró Drusilla.

Se incorporó lentamente, mirando a la pequeña rubia como si no la hubiera visto antes.

—Sería penoso si ninguna de nosotras pudiera superar a una máquina —dijo Luellen quitándole importancia—. ¿Qué pasa, Dru? ¿Qué sucede?

—Podrían haberle... matado.

—Acabas de darte cuenta. Lo piensas de verdad.

Drusilla asintió.

—Apuesto a que es la primera vez que piensas en otra persona. ¿Ves lo que puede hacer el esnobismo?

—Me siento horriblemente.

Luellen se rió.

—Te sientes bien. O te sentirás. Lo que tienes es un ataque de algo llamado humildad. Rellena el agujero que deja el esnobismo al desaparecer. Ahora estarás bien.

—¿Lo estaré?

Se humedeció los labios. Intentó hablar y no pudo. Señaló al hombre inconsciente con un tembloroso dedo.

—¿Él? —Luellen respondió a la pregunta no formulada—. Manténle dormido un tiempo. Proporcióname más música, pero manténle alejado de eso. —Señaló al cielo—. No conocerá la diferencia.

—Humildad —dijo Drusilla, pensativamente—. Eso es cuando te sientes..., no lo bastante buena. ¿Es eso?

—Algo parecido.

—Entonces no..., no creo comprenderlo. ¿Sabes por qué maté al Preceptor, Lu?

Luellen negó con la cabeza.

—Por lo que fuese, fue una buena idea.

Drusilla habló con dificultad.

—Mi grupo fue elegido para apareamiento. Existe la costumbre que... la chica más fea debe ser devuelta al jardín. É-él me señaló a mí. Yo era la más fea del grupo. Dijo que era la mujer más fea del mundo. Su-supongo que... me volví... loca. Le maté.

De pronto se encontró con los fuertes y menudos brazos de Luellen.

—Oh, por el amor de Dios —dijo Luellen con una aspereza que hizo llorar a Drusilla—. Eres la chiquilla más lamentable y confundida que he conocido. ¿No sabes que un collar

perfecto tiene que tener en alguna parte un diamante que sea más feo que los demás? —Palmeó con fuerza los agitados hombros de Drusilla—. Llevamos siendo procreadas por nuestra belleza desde hace más generaciones que años tiene la Tierra, Dru. En la Tierra eres una de las mujeres más bellas que existen.

—Él me lo dijo una vez, y estuve a punto de... matarle —gimió Drusilla. Tragó saliva con fuerza, y se echó atrás para mirar lastimosamente a la cara de Luellen—. ¿Es esto humildad? ¿Sentir que no eres lo bastante buena?

—Eso es humillación —dijo Luellen. Hizo una pausa pensativa—. La diferencia es la siguiente: humildad es saber que hay alguien que es más bueno y mejor de lo que tú podrías ser nunca, así que merece la pena poner todo lo que tienes para apoyar a ese alguien. ¡Todo! Como...

Rió.

—Como en mi caso con ese torpe novelista mío. Mejora poco a poco, año a año. Le doy exactamente lo que necesita y en el momento adecuado. Lo que necesita ahora es un bombón irresponsable que pueda tomar o dejar, y por lo que pueda envidiarle el vecindario. Tiene talento para hacer algún día un trabajo importante en realidad, y, cuando lo haga, necesitará otra cosa de mí, y yo estaré aquí para dársela. Y si, dentro de cincuenta años, se acerca chocheando hasta mí y me dice que he crecido con él durante todos esos años, entonces sabré que hice las cosas correctamente.

Drusilla se preocupó por la declaración, le dio vueltas, sacudiéndola. Separó los labios, volvió a cerrarlos.

—Adelante, pregunta —dijo Luellen.

Drusilla la miró tímidamente, y bajó los ojos.

—¿De verdad es más bueno y mejor?

—¡Esnob! —dijo Luellen, y esta vez era pura amabilidad—. ¡Naturalmente! Es un terrestre, Dru. La Tierra es joven, tosca e inmadura, pero es fuerte y es buena. ¿Llamarías estúpido a un bebé porque no puede hablar, o malo a un niño porque no ha aprendido a razonar sus actos? No podemos aportarle a la Tierra más que decadencia. Así que, en vez de eso, le ayudamos con lo mejor que tiene. Mantén los ojos abiertos a partir de ahora, Dru. Nueve mujeres de cada diez que ayudan de verdad a sus hombres a realizarse son lo que tú llamarías criminales.

»Las descubrirás por todas partes, en todos los niveles de la escala social, durante toda la historia de esta cultura. Vuelve a activar tus escudos, para divertirte, y observa a las mujeres que conozcas. Fíjate cómo hay algunas que parecen comprenderse la una a la otra con sólo mirarse, cómo intercambian miradas que parecen estar llenas de secretos. Son la esperanza del mundo, Dru querida, y este mundo es la esperanza de la galaxia. —Siguió la mirada de Drusilla y sonrió—. Ahora que lo piensas, le quieres, ¿verdad?

—Ahora que lo pienso...

Alzó la cabeza y miró al cielo. Una sonrisa nació poco a poco en sus temblorosos labios. Se estremeció y respiró profundamente el cálido aire del atardecer.

—Escucha —dijo, y se rió nerviosa—. Suena como desafinado, ¿verdad?

GRANNY NO QUISO COSER

Este cuento tiene, para mí, un origen bastante poco habitual. Lo normal es que mis cuentos surjan de las ocultas circunvoluciones de mis entrañas, de mis más íntimas y personales entrañas. En este caso, lo que pasó fue que Horace Gold me llamó porque me había guardado sitio en un futuro número, y preguntó, la máxima educación posible:

«¿Dónde infiernos está ese cuento?». Yo le respondí, con sinceridad, que pese a tener las entrañas en perfecto funcionamiento, aún no se habían desplazado en esa dirección. Me dijo que no colgara, llamó a otro escritor con quien había discutido una idea y luego decidió no utilizar, para preguntarle si le importaba pasársela a Sturgeon. El escritor dijo que adelante; no pensaba hacer nada con ella. La idea básica era eso de la transmisión de materia. Así que escribí «Granny» levantándome apenas de la máquina de escribir, mientras el otro escritor cambiaba de opinión y escribía Mi Destino, las Estrellas. Me gusta mucho «Granny», pero hubiera preferido escribir la soberbia novela de Alfred Bester.

I

Ruano sintió un aleteo de negrura, casi demasiado breve para percibirlo, y llegó a su destino. Bajó de la platrans y dio tres preocupados pasos antes de darse cuenta, sobresaltado, que no se había materializado en las oficinas de J. & D. Walsh, sino en un pequeño plat-atrio situado tras unos pesados y recargados cortinajes. En el aire demasiado cálido se respiraba un aroma fresco y turbador.

Miró preocupado a su alrededor, buscando el dial que le enviaría a la oficina de su padre. No estaba donde debería estar, en el centro del atrio. ¡Pétalos! Llegaba tarde, y la tardanza significaba problemas.

—¿Y bie-e-nnn? —desgranó entre susurrando y cantando.

Ruano giró, golpeándose con dolor un pie con la esquina de la platrans. Eso le hizo saltar. Nunca se había sentido tan irremediabilmente estúpido.

—Lo siento —balbuceó—. He debido equivocarme de número.

Localizó el origen de la voz; frente a él tenía una puerta abierta y en el pequeño espacio que era el entrepaño superior había una cara...

¡La cara!

Si sueñas con caras, sueñas con ellas después de haberlas visto, ¡no antes! El pensamiento restalló ante él, haciéndole pestañear, y volvió a pestañear ante la nube de pelo dorado y los sonrientes ojos verdes.

—... el número, sabe —terminó débilmente—, equivocado.

—Puede que lo fuera y puede que no —dijo ella, con tonos que podrían haberse orquestado en una partitura musical. Su mano apareció para echarse atrás un lado de la nube dorada.

Una mano desnuda.

Apartó rápidamente la mirada, temblando por la impresión que le causaba tan injustificable exhibición.

—Tengo que..., er..., ¿puedo usar su platrans?

—Es mejor que caminar —dijo ella, y sonrió—. Está ahí. —Apareció un largo brazo desnudo, portando un índice que señalaba. El brazo se retrajo y hubo un ligero forcejeo con el pomo de la puerta—. Se lo mostraré.

—¡No! —¿Cómo podía olvidar esta criatura que..., que no estaba decentemente tapada?—. La encontraré. —Se volvió para buscar en las cortinas, tanteando en ellas, y por fin apartó una de la base del dial—. No llevo fichas conmigo —dijo, dándole la espalda a la chica.

—¿Tiene que marcharse?

—¡Sí!

—Bueno, de todas formas, le invito —rió ella.

—Gracias —consiguió decir—. Le..., eh..., devolveré —empezó a marcar con mucho cuidado, para evitar equivocarse de número—, se lo devolveré en cuanto yo lo antes posible de sus tres cinco.

Se enderezó en la platrans, escondiendo la mirada. Gracias a los poderes, ella seguía en su cubículo. Entonces se dio cuenta que no tenía ni la más remota idea del número que había marcado por error; aunque lo había visto claramente en el dial, había estado demasiado distraído para leerlo.

—Oh, no tengo su número —dijo roncamente, pero el familiar aleteo de absoluta negrura llegó y desapareció, y estuvo en la platrans de las oficinas de J. & D. Walsh, agitando estúpidamente su mano a Corsonmayo, la vieja recepcionista de juvenil peinado.

—¿Mi número? —repitió Corsonmayo, lanzando una espantosa risita—. Vaya, vaya, Ruano Walsh, nunca lo habría imaginado.

Sus manos se movieron bajo la caperuza privada. Cuando Ruano pasó junto a su escritorio, ella le deslizó un trozo de papel.

—Es muy fácil de recordar —dijo sonriendo tontamente.

Ruano se deslizó en silencio hasta su puerta. Ésta se abrió, y la franqueó, arrojando con violencia el papel a la ranura de eliminación, mientras la puerta se cerraba.

—¡Pétalos! —maldijo, y se dejó caer en el sillón.

—Ruano, ven aquí un momento —ladró el altavoz sobre él.

—¡Sí, Privado! —boqueó Ruano.

Siguió sentado un momento, respirando profundamente como si el oxígeno extra pudiera proporcionarle las palabras adecuadas para la ocasión. Se levantó y se acercó a una pared, que se abrió para él. Su padre se hallaba sentado al otro lado, mirándole con detenimiento. Estaba vestido exactamente igual que él, igual que Hallmayo y Corsonmayo y Walshmam y que cualquier otra persona en el mundo, excepto... ¡Pase lo que pase, no pienses ahora en ella!

El Privado Walsh paseó la mirada por el despacho hasta llegar a Ruano, deslizó las enguantadas manos bajo la caperuza privada y se las contempló, pensativo. Pese a que Ruano no podía verlas, sabía que mantenían los dedos decentemente unidos, y todo lo inertes que era posible.

—No estoy contento —dijo el Privado Walsh.

«¿Qué pasa ahora?», se preguntó Ruano inútilmente.

—Esto no se basa sólo en la obtención de beneficios —dijo el hombre con barba—. Esta empresa no se basa sólo en el transporte de mercancías. No es una gran empresa, como la clave de un arco no tiene por qué ser una gran piedra. La plataforma de transporte... —haraganeó, utilizando el nombre oficial de la máquina como si el servicio llevara incluido una mitra—, es la piedra angular de toda nuestra cultura, y esta firma es la piedra angular de la industria del platrans. Tenemos una gran responsabilidad. Tienes una gran responsabilidad. Una posición como la tuya lleva implícitas ciertas cualidades intangibles que están mucho más allá de tu capacidad para manifestarlas. Integridad, muchacho; que seas de confianza..., que seas respetuoso con la intimidad. Y honor y decencia, por encima de todas las cosas.

Lo había oído muchas veces, y Ruano hizo que sus rasgos formaran una expresión de penitencia.

—Uno de los primeros indicios de un caballero —y para ser un buen hombre de negocios, se debe ser un buen hombre, y el mejor de los hombres es un caballero—, una de las maneras de detectar entre nosotros la presencia de un caballero, afirmo, es preguntándose lo siguiente: «¿Es puntual?». —El Privado Walsh se echó tan hacia adelante que su barba rozó audiblemente la caperuza privada. El sonido le puso la piel de gallina a Ruano—. ¡Esta mañana has llegado tarde!

Ruano tuvo el histérico impulso de balbucear: «Bueno, verá, cuando venía hacia aquí me detuve en casa de una chica y charlé con ella mientras agitaba un brazo desnudo...». Pero hasta la histeria se sometió a su acondicionamiento, y la mente volvió a funcionarle.

—Privado —dijo con tristeza—. Llegué tarde. Puedo explicarlo... —oyó cómo contenía el aliento y alzó ligeramente la voz—, pero no puedo excusarme y ni siquiera lo intentaré.

—Oyó como expulsaba el aire. Ruano retrocedió un paso—. Así que, con su permiso, adiós.

—De adiós nada. ¿Cuál es esa explicación?

Será mejor que sea buena, se dijo Ruano. Se llevó una mano a la espalda. Sabía que esto, junto a la cabeza baja, aumentaba su aspecto penitente.

—Esta mañana desperté con una gran idea en la mente —dijo—. Creo que he encontrado una economía.

—Si lo has hecho —retumbó la barba— es una que se me ha escapado.

—Cada cargamento que enviamos por platrans lleva un hombre consigo. Este hombre no hace más que llevar la orden en la mano y buscar al encargado del receptor en el punto de llegada. Mi plan consiste en eliminar a este hombre.

—¿Despertaste con eso en la mente?

—Sí, Privado —mintió Ruano, maravillándose aún por sus recursos mentales.

—¿Y el pensar en eso te retrasó?

—Sí, Privado.

—Dado que en cualquier caso parecías predestinado a llegar tarde —dijo el anciano con acidez— habrías hecho mejor quedándote dormido. Habrías malgastado menos tu tiempo..., y el mío.

Ruano sabía bastante bien que debía mantener la boca cerrada.

—A lo largo de la historia de la transmisión de materia —dijo su padre— sólo se han extraviado nueve envíos. Las consecuencias fueron impresionantes. Te recomiendo que leas el historial de esos nueve casos, y memorices las cifras. Uno de ellos, la llegada de ciento doce metros cúbicos de lingotes de hierro a una casa privada que medía ochenta y cuatro metros, tuvo unos resultados espectacularmente costosos.

—¡Pero eso no puede pasar ahora!

—No, no puede —admitió el Privado Walsh—. No desde que existe el seguro de capacidad, que impide el envío de un volumen determinado a otro que sea menor. Pero sigue habiendo lugar para desagradables posibilidades, como en el caso de los Padres de Leander, cuando se enviaron, por error, doscientos trabajadores femeninos a un monasterio de esta orden de clausura. Los daños (violación de la intimidad en primer grado, ya sabes) se cuadruplicaron por cada agravio personalizado y se multiplicaron por el número de padres y novicios. Ochocientos catorce, si recuerdo correctamente, y es así.

»Ahora bien, el empleo de un operario adecuadamente entrenado habría reducido la presencia de esas mujeres en el edificio a cuestión de décimas de segundo e igualmente los daños. El envío habría vuelto a su origen casi antes que hubiera llegado. Mientras puedan ocurrir esas cosas, el sueldo que se pague a esos operadores es un seguro barato. —Hizo una pausa irónica—. ¿Quieres sugerir alguna otra cosa?

—Si el Privado me lo permite —dijo Ruano con formalidad—. Estoy al corriente de esas cuestiones. Mi sugerencia es que se contacte telefónicamente con la parte receptora cuando esté listo el envío, que nuestro operario de platrans marque siete de los ocho dígitos necesarios, y que el impulso final sea activado desde el lugar receptor por audio o vídeo, o por una onda de radio paralela, cosa de la que podríamos proveer a nuestros clientes regulares o entregarlo por mensajero unos minutos antes del envío principal.

El despacho quedó muy silencioso.

—Así —dijo Ruano, aprovechando su ventaja—, si la última orden del envío proviene del propio receptor, resulta difícil imaginar cómo podría recibir el cargamento cualquier otra persona.

Este silencio fue más largo aún, y terminó con un sonido proveniente de la barba, como si el anciano hubiera mordido el hueso de una aceituna.

—Has mencionado un mensajero para el aparato de envío. ¿Dónde está tu economía?

—La mayor parte de nuestro comercio es con clientes habituales. Se les puede entregar a cada uno su propio emisor de señales.

Silencio.

—Un servicio exclusivo de J. & D. Walsh —dijo Ruano sin titubear.

—¡Bueno! —dijo el Privado Walsh. Fueron las sílabas más inescrutables que Ruano había oído en su vida—. Esto no es una sugerencia, ni la consecuencia de nada específico que pueda haber pasado o no; es un simple pedir una opinión privada. ¿Qué te parece mejor, en el aspecto eufónico: J. & D. Walsh & hijo, o J., D. & R. Walsh?

Cuando se tomó las manos por detrás, Ruano sintió cómo se le clavaba una uña, atravesando el guante. Esperó que la voz no le temblara para responder.

—No puedo tener la presunción de expresar lo que opino en semejante asunto cuando alguien tan familiarizado con... —y su voz no quiso continuar más allá.

Miró un instante a su padre, y se le ocurrió pensar que si el anciano sonreía alguna vez, la barba le impediría darse cuenta de ello. Era una ventaja más que añadirle al envidiable estatus de cabeza de familia.

Por un momento le pareció que su padre iba a decir algo placentero, pero la imposibilidad permaneció siendo imposible, y el anciano se limitó a asentir en dirección a la puerta.

—Esta tarde se te espera en casa de mi Mam —dijo cortésmente—. Al menos sé puntual allí.

Eso dio en el blanco, y el anciano continuó en esa onda.

—Estar inmerso en los problemas de la compañía, aunque sean de dudosa valía, habla en favor de la devoción que siente el empleado hacia su trabajo. La falta de puntualidad habla mal de él. Un Privado... —cuadró los hombros— tiene que ser puntual, y estar inspirado.

Ruano bajó la barbilla otro grado y arrastró los pies hacia atrás, en dirección a la puerta. Ésta se abrió. Pasó al otro lado. Cuando la puerta volvió a cerrarse, Ruano dio un salto en el aire, con todo su ser exultando un silencioso grito. «¡La sociedad! ¡Iba a compartir esta maravillosa, bonita y próspera sociedad!» Sus manos enguantadas se agarraron silenciosas y alegres. «Ah, Ruano, viejo bribón, ¿cómo lo haces? ¿Qué hace que esta peluda cabeza tuya se ponga en marcha cuando estás en un aprieto? Eres un...»

Se interrumpió, se le abrió la boca y se le desorbitaron los ojos. En su escritorio, y exactamente en la misma pose, estaba sentada la visión de cabellos dorados que había visto por la noche y cuyo número marcó por error esa mañana.

Vestía, si a eso se le puede llamar vestir, una larga túnica que caía desde su garganta formando una suave cascada de envolventes pliegues a su alrededor, totalmente distinta a los inarrugables conos dentro de conos de la ropa convencional. Tenía los brazos completamente desnudos e, increíble, también lo estaban los pies que asomaban debajo del caudal de dobleces. Se sentaba con las manos cruzadas sobre una pierna y le miraba con gravedad. Sonrió y durante un segundo fue transparente, y luego desapareció.

Ruano veía desaparecer diariamente personas y enormes cargamentos, ¡pero no a sesenta metros de la platrans más próxima! ¡Y menos a gente indecentemente cubierta con extraños tejidos que se ceñían al cuerpo en vez de mantenerse correctamente alejados de él!

Notaba el rostro acalorado, y fue consciente de no haber respirado desde hacía..., ¿cuánto? Notaba un lacerante dolor en él y se dio cuenta que, en el transcurso de esta extraordinaria experiencia, había dado con sus rodillas en la moqueta.

Se puso en pie con debilidad y se dejó llevar por el reflejo de arreglarse los pantalones. Estaban limpios y brillantes y perfectamente cilíndricos, a diferencia de la ahusada forma rosa de su..., de su pierna. También tenía dedos. ¿Se le había ocurrido alguna vez pensar si las mujeres tenían dedos? ¡Pues claro que no! Pero los tenían. Ella los tenía.

Entonces la reacción llegó hasta él y se tambaleó hasta el escritorio.

Su primer pensamiento lúcido fue preguntarse cuál sería el aspecto de esta visión de estar correctamente vestida y descubrir que no podía imaginárselo. Además, descubrió que no quería imaginárselo, y sintió una turbadora vergüenza ante el descubrimiento. Oh, gritó dentro de él cada onza de su educación, el Privado tenía razón en retrasar tanto tiempo la asociación; ¡qué error habría cometido confiándomela! ¿Qué es lo que soy, sollozó en silencio, qué horrible cosa soy?

II

Privado Whelan Quinn
Quinn y Cristal
Nivel 4
Matriz 124-10-9783

Honorable Privado:

Según la suya del instante decimoséptimo, lamentamos tener que comunicarle que su pedido de chicas de ventilador plateadas al cromo es, de momento, insuficiente para completar la masa mínima requerida para el envío por platrans, que debería totalizar dos dedos. No obstante, y considerando que ustedes utilizan paneles prefab en considerables cantidades, estamos dispuestos a completar el peso con planchas estándares si ello le parece casadero. Los tenemos en las variedades de blanco, oro, sueño y marfil. Le ruego que informe lo antes posible al que suscribe en caso que llegase a necesitar un doctor.

Suyo en la Intimidad

Ruano miró embotado las palabras que brillaban en la pantalla del dictáfono, su mano flotando sobre el botón de envío del telefax. Se preguntaba dentro de una nebulosa si estaba clara la frase sobre las rejillas de ventilador cuando el anunciador zumbó.

—¿Sí?

—Acaba de llamar Greenbaum Grofast —emergió la risueña voz de Corsonmayo—. Pregunta por la transmisión fax de la 1013 proveniente de su matriz. Quiere saber lo que significa la mercancía número once.

—¿Cuál es la mercancía número once?

—Aquí pone «sonrientes dedos de pies».

—Está mal, signifique lo que signifique. ¿Qué precio tiene?

—Está en blanco.

—Entonces no tiene importancia. Dígale que la cancele y que corrija la numeración de las otras mercancías. Podría haberlo pensado usted.

—Lo siennto —dijo en un tono tan irritante que de haberla tenido en esa misma habitación, le habría dado un golpe en el dormitorio; no, en el espinazo.

—Escúcheme, ahora —dijo él de repente—. Tome las copias de todos los fax enviados desde que llegué esta mañana y tráigamelas.

Ruano gruñó. La inyección de adrenalina que suponía su irritación le aclaró la mente y la visión, y miró consternado la carta de la pantalla. La borró con un escalofrío. Podía imaginarse al viejo Quinn intentando descifrar lo de «si le parece casadero». Y, más aún, podía ver el agitarse de las barbas de su padre, si, por alguna casualidad, a Quinn se le ocurría comprobar el mensaje con él.

Corsonmayo entró con un manajo de copias.

—Ésta dice...

—Démelas. Puede irse —dijo monótonamente.

—Bueno, adiós. —Se detuvo junto al panel y dijo en tono amable—. Tiene cara de... ¿Hay alguna cosa en la que...?

—¡Puede irse! —rugió.

Ella tragó saliva.

—¡No tiene por qué ponerse así!

Y sus ojos se desorbitaron al verle la cara. Esa parte de sí mismo, extraña e imparcial, que se cuestionaba inevitablemente todas las cosas, se preguntó cuál sería la expresión que estaba poniendo. Fuese la que fuera, echó a la mujer del despacho como si la habitación fuera un cañón y ella la bala.

Miró la primera copia: «... Su cuestión referente al soporte de un cargamento de una tonelada. La persona encargada de la comunicación puede informarle. ¿Cuál será su número?». Luego había otra referencia al oro, esta vez «visto al trasluz» y una frase fantástica referente al envío de un generador «completo con tobillos incluidos».

Repasó las hojas empezando por la más reciente, y sintió alivio al ver que su preocupación sólo se traslucía en los últimos cuatro mensajes. Enunció unas correcciones austeras y cuidadosas, repletas de disculpas pero sin explicación alguna, las comprobó cuidadosamente y las envió. A continuación destruyó las copias que había corregido.

Cuando se incorporó, tenía el rostro acalorado y la cabeza le daba vueltas. Ya era mediodía. Gracias a los poderes por eso.

Entonces vio la nota en el escritorio, en la esquina donde apareció la visión. Contenía un número de platrans escrito con caligrafía firme y hermosa. Nada más.

¡Pícaro!

Pero se la metió en el bolsillo.

—Hoy no volveré. Tengo que hacer unas visitas —le dijo a Corsonmayo al salir, sin mirarla.

—Pero si no tiene prevista ninguna...

Él dio media vuelta y la miró antes que pudiera terminar. La mujer tragó saliva con tanta fuerza que Ruano tuvo la enloquecida convicción que estuvo a punto de tragarse los labios. Dio una zancada hasta el dial, marcó un número y se fue de allí.

Permaneció un momento inmóvil bajo el cielo —bueno, bajo la bóveda de metal cristalizado— bebiendo del paisaje que era el Centro Grosvenor. Se veían tiendas, un restaurante y una biblioteca, y también un cine; una inmensa estructura colmenar de abajo arriba con celdillas individuales, con una pantalla en cada una. Se pasaba algo titulado La gloria del Estasis. Recordaba las críticas: era un poema en prosa de dos horas dedicado a la fantasía de tardes eternas, rosas permanentes y juventud imperecedera. Pensó que debía verla. ¿Acaso no era lo que necesitaba? ¿Una reafirmación de la permanencia de las cosas y de su lugar en esta sociedad eterna?

¡Qué reconfortante era el Centro! Personas que se movían de una tienda a otra, sin apresurarse, sin entretenerse, todas ellas seguras tanto de a dónde iban como de dónde venían. Todas ellas vestidas de la misma manera, caminando de la misma manera, con seguros pies rectangulares, con alternantes piernas tubulares, con ropas cónicas que no tenían vuelo, que no eran envolventes, que no se ceñían a los cuerpos...

Se obligó a reaccionar.

... con enguantadas y recogidas manos, ocultas bajo decentes capas, que no se usarían hasta que no fuese necesario —tal y como Dios hizo las alas de los pájaros— y escondidas mientras funcionaban, tal y como se ocultan todos los mecanismos en funcionamiento. Y hasta donde alcanzaba la vista, toda esa gente sana era identificable, correcta. Nunca había dudas, pues ese de rostro liso era un Soltero como él, y la de largos cabellos de más allá era una Mayo, y la de pelo recogido una Mam, y los de barba eran Privados.

Noble título el de Privado, constante recordatorio del gran principio de la Intimidad, que era la esencia de todo orden. Según le habían enseñado, nació de la misma gente cuando, en tiempos de barbarie, se juntó formando grandes ejércitos —millones y

millones de gente buena en una sola organización— y a la mayoría se les llamaba Privados. Magníficos entonces y magníficos hoy.

Vio la hilera de platrans y sintió una oleada de orgullo. Alguien había utilizado el término «piedra angular». Era adecuado. Pues el platrans cubría la Tierra como una gran capa aséptica, igualando lenguajes, ropas, costumbres y ambiciones. Cualquier punto de la Tierra estaba a sólo un paso y una décima de segundo de distancia de cualquier otro, y todos sus recursos al alcance del guante inquisitivo. Hubo un tiempo en que era lo bastante curioso como para intentar orientarse con las distancias geográficas. Pronto lo dejó por no considerarlo de provecho. ¿Qué importaba que las oficinas de la compañía estuvieran en Nuevo México y su casa cerca de lo que se llamó Filadelfia? ¿Acaso era importante que Corsonmayo llegara todas las mañanas de Alemania y que Hallmayo, la secretaria del Privado, durmiera por las noches en Karachi?

La población se había estabilizado por debajo de sus recursos. Había bastante cobre como para producir energía durante los próximos siete siglos —cobre que en tiempos, según se decía, se usó para transportar los débiles impulsos de la electricidad—. Y cuando se acabara el cobre, resultaría bastante sencillo sintetizar más. La comida —esa materia secreta, necesaria, sucia— ya no era un problema. Y había cohetes para las necesidades del corazón y de la mente, cohetes que se alejaban rugiendo hacia las estrellas para volver años después, trayendo fósiles extraños y piedras raras, tras haber recorrido trabajosamente cada metro de ida y cada metro de vuelta, envejeciendo a sus tripulaciones y enriqueciendo al mundo.

Estaba al tanto que, en ocasiones, se había especulado sobre una platrans interplanetaria, pero había quedado sólidamente establecido el hecho que sólo era viable dentro del campo gravitatorio de la «viscosidad» planetaria. Una vez que se llevaba a cabo la inmensa labor que era establecer el dial central, el sistema podía extenderse a cualquier parte de un planeta, pero nunca fuera de él. Y esto también era bueno, según le explicó su padre. Pues, ¿qué pasaría con esta estructura cultural hermosamente equilibrada si la Humanidad fuera libre de dispersarse por el Universo como ahora se había dispersado por la Tierra? ¿Y para qué abandonarla? ¿Qué podía haber de interés fuera de la Tierra para cualquiera que no fuese un astronauta loco?

También había leído lo siguiente: «Una especie capaz de alcanzar la perfección tan rápidamente como hemos hecho nosotros es una especie capaz de mantener la perfección eternamente». Llevó quince mil años poblar la Tierra para que luego estallara en una gran guerra. Llevó quinientos años concentrar a los pocos centenares de millares de supervivientes en África, el único continente que quedaba donde podían vivir los hombres. Llevó seiscientos años que la Colonia Africana adquiriera la tecnología del platrans. Pero eso fue hace sólo ciento cincuenta años. El platrans edificó ciudades en días, las hizo flotar sobre seguros cimientos y, cuando fue necesario, las protegió con cúpulas a prueba de radiación. La gente pudo establecerse en cualquier parte, y eso es lo que hizo. La gente pudo trabajar en cualquier parte de la Tierra para poder extraerle sus recursos, y eso es lo que hizo.

Ruano suspiró sintiéndose mucho mejor. Apartó la mirada del tranquilo pero ajetreado Centro y la dejó vagar ociosamente por lo que se veía en el horizonte: una montaña de cumbres nevadas, flotando como una nube, y más allá había agua azul extendiéndose hasta donde llegaba la vista. Se preguntó qué montaña podría ser, qué mar; y luego se rió. Era algo indiferente al hombre, algo indiferente a la Humanidad.

Caminó por el Centro, recorriéndolo de un extremo a otro, maravillado, orgulloso. Era joven, lleno de vida y casadero... Puede que todos los que fueran como él padecieran el equivalente a su aparición rubia cuando llegaban a esta época de sus vidas. Al fin y al cabo, el matrimonio no dejaba de tener misterios animales que no debían comentarse, al igual que los de la floristería, donde se limpiaban cuerpo y dientes y podía aprovisionarse

de alimentos concentrados. Esperaría y vería; los misterios le serían revelados cuando llegara el momento, igual que sucedió con los otros.

Abandonó el paseo amando a todo el mundo, y hasta, por un momento, a la Abuela.

¡La Abuela! Se detuvo y cerró los ojos, con rostro congestionado. Casi se había olvidado de ella. Bueno, pues que esperara sentada. Esa mañana había pasado un mal momento y el simple pensamiento de la Abuela le resultaba insoportable. ¿Quién querría reunirse con un auténtico monumento a la respetabilidad cuando se está en las garras de la autohumillación? ¿Y quién necesitaría el monolito, una vez recuperado el respeto en uno mismo? La visita resultaba insoportable de un modo u otro. Haría que fuera su hermana Valerie. No sabía por qué ni lo había preguntado nunca, pero alguien de la familia tenía que visitar a la Abuela una vez por semana. Que lo haga Valerie. ¿De qué sirve tener una hermana si no consigues que te solucione de vez en cuando el trabajo sucio?

Cruzó el paseo, fue hasta las hileras de teléfonos y marcó el número de Valerie después de mirar al reloj. Debía haber vuelto ya del descanso de mediodía y estaría en el trabajo.

Estaba. En cuanto vio su cara dijo:

—Ruano Walsh, si me llamas para colocarme esa visita a la Abuela, ya puedes ir pensando en otra cosa. Cumplo mis deberes con la familia y que me bendigan si sé por qué tengo que hacer más de lo que me exige el deber, o por qué tienes que hacer tú menos, así que no digas ni una sola palabra al respecto. —Ruano abrió la boca, pero ella prosiguió antes que pudiera decir algo—. Y procura no llegar tarde. Ni estar demasiado pronto.

Volvió a abrir la boca, pero la pantalla se quedó en blanco.

Una vez volvió a salir a la filtrada luz del sol, dejó que se desvaneciera el disgusto y que creciera su alegría. Creció desarrollándose en algo raro en Ruano, en una creciente oleada de impetuoso resentimiento y conscientes exigencias. ¿Cómo era posible que estos magníficos seres humanos hubieran llegado a ser tan magníficos? Pues, preguntándose si todo estaba bien o no, y, si no lo estaba, lo cambiaban hasta que lo estuviese. En este momento todo estaba bien en él, a excepción de ese asunto de la Abuela. Se hizo una pregunta: ¿por qué debía ir a ver a la Abuela? Porque siempre tenía que hacerlo alguien. Eso no era una respuesta. Planteémoslo, entonces, de otra forma: ¿qué pasaba si no iba?

Caminó alegremente por el paseo, mirando desafiador a todos los que pasaban junto a él, y el maravilloso pensamiento le derrotó en siete minutos y veinte segundos exactos. Porque la respuesta a «¿qué pasaba si no iba?» era:

De Mam, esa mirada herida y una avalancha de «comprensión».

De Val, una irritación silenciosa y más-virtuosa-que-la-tuya, día tras día.

Y del Privado, rayos y truenos. Y ninguna sociedad. ¡Al cogollo con la sociedad!

Dejó de caminar al llegar a este punto. ¿Qué es lo que haces al abandonar el negocio familiar?

Nunca conoció a nadie que lo hubiera hecho. ¿Adónde vas? ¿Qué es lo que haces?

Su otro yo, el interior, le dijo: «¡Anda, ya! ¿Estás dispuesto a vagabundear por el mundo sólo para ahorrarte sesenta minutos con la vieja?».

Ruano no respondió a eso. Así que la voz añadió: «Además, ¿qué tienes contra la Abuela?».

—Me molesta —dijo Ruano en voz alta.

Dio media vuelta y entró en un decorador.

«¿Para qué?», preguntó el Ruano interior.

—A comprar algo para la Abuela —replicó.

Y la voz interior, malditas sean sus apestosas entrañas, se rió y dijo: «¿Sabes una cosa, Ruano? No eres más que un asqueroso cobarde».

—¿Por qué no puedes ponerte a mi lado, aunque sólo sea por una vez? —preguntó, pero la única respuesta que obtuvo fue una risita tan hueca que habría sido la envidia de su hermana Valerie.

El decorador era un viejo soltero de fiero talante. Ruano compró rosas y junquillos híbridos, pagó por todo y salió fuera. De repente dio media vuelta, acuciado por su extraño ánimo inquisitivo.

—¿Cómo llamaban a los sitios donde se compraban rosas antes de ser llamados decoradores?

El hombre profirió un relincho de soprano que Ruano dedujo era una risa, se inclinó sobre el mostrador y miró por encima de uno y otro hombro.

—Floristerías —dijo con un susurro penetrante.

Se aferró al mostrador y alzó la cabeza hasta que asomaron las lágrimas.

Ruano esperó pacientemente a que el hombre se calmara.

—Bueno, entonces, ¿por qué llaman floristería a lo que usted ya sabe? —preguntó.

Eso pareció serenar al hombre. Se rascó la pálida y pelada cabeza.

—No lo sé. Supongo que porque la gente solía gastar bromas y chistes sobre cómo lo llamaban antes. Como ahora con lo de... tiendas de flores.

Ruano sintió un escalofrío. El porqué estaba más allá de lo que podía concretar, pero al escalofrío le acompañó la sensación de haber tomado un sendero absurdo que le llevaría a una gran verdad, y, de algún modo, supo que nunca volvería a bromear o jurar con las floristerías. O, lo que es lo mismo, sobre cualquier nombre nuevo que le dieran a la fontanería cuando terminaran de enfangar el nombre actual.

—Debería haber alguna otra cosa sobre la que jurar o hacer chistes —pudo decir en voz alta, por todo ello.

El rostro fiero del hombre dio paso al asombro por un momento, encogiéndose luego de hombros. A Ruano le pareció un gesto molesto y alarmante, similar al que hizo su padre años antes, cuando la lengua de Ruano estaba más unida a su curiosidad que como lo estaba últimamente. Todo era platrans por aquí y platrans por acá, hasta que le preguntó a su padre cómo funcionaba. El Privado se detuvo en seco, dudó, y luego se encogió de hombros de esa manera. Era un gesto que significaba: «Las cosas son así, y basta».

Cuando iba hacia las platrans, Ruano se detuvo en un lugar donde se amontonaba la gente. Había una tienda donde, según rezaba un letrero, vendían Estilo y Moda. Se detuvo a ver lo que compraba la gente, ya que había pasado en su vida por varias y fascinantes modas; peonzas y mimbre cincelado y, una vez, un pequeño telar manual donde tejió una tira de tela completamente inútil con dos dedos de ancho y que le doblaba en longitud.

Se exhibía una película de unas enguantadas manos blancas que manipulaban dos agujas gruesas y una especie de hilo grueso y suave. Nadie osaría hacer algo semejante al descubierto, pero la película era aceptable, aunque provocaba risitas.

En un mostrador a la altura del pecho se veían muchos ejemplos de la tela que parecía el producto resultante del ejercicio. Avanzó hacia adelante hasta que su capa cubrió el cajón lo bastante como para tomar un trozo de tela.

Estaba tejida de manera muy suelta, con una textura paradójica, muy burda, pero muy suave. Caía en y alrededor de su mano, y la envolvía como..., como..

—¿Qué es esto? ¿Cómo se llama? —balbuceó.

—Le llaman hacer tejido —dijo una mujer a su lado.

III

Saltó hasta los campos de LaFarge y a Kimberley, Danbury Marble y Krasniak, comprobando inventarios y consultando contables. Lo hizo todo sin notas, pues se las había dejado en la oficina cuando se fue al mediodía. Con eficiencia y con el mejor estilo

del saltavías, sin saber al principio ni por qué ni cómo, y sí, ahorrando tiempo, a la oficina le costaría demasiado trabajo, tanto que no valía la pena descubrir que había utilizado en sí mismo las dos primeras horas de la tarde.

Esta pequeña falta de honradez le molestaba bastante. El honor era parte del conjunto decencia-intimidación-perfección, pero hasta cierto punto, le parecía que el operar sin él estaba del lado de los buenos negocios y la máxima eficiencia. ¿Querría decir esto que no era ni podía ser lo que su padre llamaba un caballero? ¿Cuánto importaba si no lo era?

Decidió que no importaba, maldijo silenciosa y jovialmente a la voz interior que se burlaba de él, y fue a ver a su Abuela.

Había poca diferencia entre un atrio de platrans y otro. Una empresa tendrá una recepcionista y las casas tendrán mayores o menores medios, pero nunca había notado especial diferencia entre los atrios, con la notable excepción del apartamento de la rubia de su sueño —porque es obvio que era un sueño—, donde encontró paredes cubiertas con cortinajes.

De todas formas, el de la Abuela siempre le produjo un especial sentimiento de reverencia. De todos los lugares de la Tierra, aquí, en este atrio, se concretaba la cumbre y el símbolo de toda su cultura: era limpio, decente, correcto.

Salió de la platrans y fue hasta el dial para comprobar la hora, y se sintió complacido. Difícilmente habría podido ser más puntual.

Se oyó un sonido suave y la pared se abrió. Era la misma de siempre y, como había hecho muchas veces, se preguntó por las otras habitaciones de la casa. No le habría sorprendido descubrir que estaban vacías. ¿Qué otra cosa podía necesitar la Abuela, además de su rectitud, su soledad y una sola habitación?

Entró y se detuvo con aire reverente. La Abuela, todo marfil y cera blanca, hizo un ligero movimiento con los ojos y él se sentó frente a ella. Entre los dos había una mesa baja y desnuda.

—Gran Mam —dijo con formalidad—, te deseo un buen Estasis.

—Hola —dijo ella con extravagancia—. ¿Cómo te va, chico? —Pese a toda su paciente irritación con la Abuela, siempre sintió el encanto de su habla precisa y arcaica. Su voz siempre era bastante potente, bastante clara, pero siempre retuvo la cualidad de un viento lejano—. Parece que vienes de cavar una buena zanja.

Ruano la comprendió, pero sólo por llevar mucho tiempo acostumbrado a su extraña forma de hablar.

—No tan malo. Negocios.

—Háblame de ello.

La anciana vivía en un mundo silencioso y oscuro, incalculablemente separado en tiempo y espacio del aquí y el ahora, pero nunca dejaba de hacer esta misma pregunta.

—Es lo de siempre —dijo él—. Te he traído algo.

Sacó del bolsillo interior de la capa las decoraciones que había comprado, dobló el tubo que las contenía y le entregó la explosión de rosas y narcisos. El otro envoltorio resonó contra la mesa.

Hubo un recatado relámpago de un guante nevado y ella tomó los tallos. Puso el rostro en la fragante masa y él oyó el susurro de su respiración.

—Has sido muy amable —dijo ella—. ¿Y esto qué es? —Abrió los cierres y miró entre el extremo de la mesa y el borde de su capa—. ¡Tejido! No sabía que hubiera alguien que se acordase de esto. Solía ser algo que hacían los viejos cuando yo era un retoño como tú. Se sentaban al sol y hacían tejido, esperando su fin.

—Pensé que te gustaría.

Captó el ligero movimiento de sus hombros y oyó el chasquido de los cierres cuando cerró el envoltorio y lo deslizó hasta el cajón de la mesa.

—¿No estarás trabajando demasiado? —preguntó ella tras mirarse mutuamente—. Pareces..., bueno, ibas a hablarme del negocio.

—Es lo de siempre —dijo—. Oh, esta mañana tuve una idea y se la conté al Privado. Creo que va a utilizarla. Estaba complacido. Habló de asociarme.

—Eso está muy bien, chico. ¿Qué idea era ésa?

No conseguiría comprenderla, pero de todos modos habló de su plan para eliminar a los operadores de la platrans, eligiendo cuidadosamente las palabras. Ella asentía con gravedad a medida que él hablaba, y Ruano sintió el loco impulso de utilizar terminología técnica inventada sobre la marcha, sólo para ver si seguía asintiendo. Lo haría; para ella todo era lo mismo. Sólo estaba siendo educada.

Se contuvo y concluyó:

—De este modo, si funciona, será toda una economía. No habría posibilidades que se extravíe algún cargamento como... —estuvo a punto de contar la historia del cargamento de pasajeras al monasterio, pero se dio cuenta a tiempo; la anciana se habría escandalizado hasta morir—, como ha pasado alguna vez.

—Seguro que no —concedió, asintiendo como si comprendiera.

—¿Y en qué estás ocupada ahora, Gran Mam? —dijo, pensando que debía devolverle la cortesía.

—Preferiría que siguieras llamándome Abuela —repuso ella, con una sombra de petulancia arrastrándose por el cansado susurro de su voz—. ¿Que qué he estado haciendo? ¿Qué podría estar haciendo a mi edad? ¿Sabes cuántos años tengo, Ruano?

Él asintió.

—Ciento ochenta y tres la próxima primavera —dijo, ignorándole—. Vi mucho en mis tiempos. Las cosas que podría contarte... ¿Sabías que nací en la Colonia de África?

Él volvió a asentir, y ella volvió a ignorarle.

—Sí, yo tenía tu edad cuando empezó todo esto, cuando la platrans rompió la burbuja en la que vivíamos y nos dispersó por todo el mundo.

«¡Sí, tú viste cómo sucedió! —pensó Ruano, dándose cuenta por primera vez de algo que antes sólo conocía estadísticamente—. Viste a gente bailando pecho con pecho y comiendo juntos y sin que nadie se molestara por ello. Conocías la cultura que hubo antes que existiera cualquier clase de intimidación o decencia... Tú, que eres la persona más reservada y decente que existe. ¿Las cosas que podrías contar...? Oh, sí, sí que podrías. ¿Cómo las llamaban antes de llamarlas “floristerías”?»

No resultaba concebible que adivinara sus motivaciones.

—¿Qué hacía entonces la gente, Abuela? Quiero decir que..., si mencionas un solo trabajo que cualquiera tenga que hacer en la actualidad, ése sería el de mantener la perfección que tenemos. ¿Podrías decirme si había alguna cosa semejante?

Sus ojos se iluminaron. La Abuela tenía los ojos más brillantes y los dientes más sólidos y blancos que había visto nunca.

—Claro que sí lo había. —Cerró los ojos—. No puedo decir que nos preocupara mucho la perfección, al menos no al principio. Creo que el trabajo de todos era el de ascender al siguiente peldaño evolutivo. El siguiente peldaño evolutivo —repitió, saboreando la frase—. Sabes que lo que tenemos hoy..., bueno, somos las primeras personas en la historia del hombre que, de una forma u otra, no están ocupadas en eso. Deberían enseñar historia. Sí, deberían hacerlo. Pero supongo que a mucha gente no le gustaría. En aquellos tiempos la gente siempre quería ser un poco mejor.

»Hubo veces en que se detuvieron en seco durante un par de centenares de años e intentaron mejorar sus almas, y hubo veces en que olvidaron todo lo referente a sus almas y se lanzaron hacia adelante, haciéndose más grandes y rápidos y fuertes y ruidosos. Hubo veces en que se equivocaron del todo y hubo veces en que acertaron por accidente; pero siempre se esforzaban y se esforzaban para subir al siguiente peldaño. Ahora no —terminó abruptamente.

—Claro que no. ¿Qué ganaríamos con subirlo? ¿Hacia dónde subiríamos?

—Eso solía pasar cuando decían que no podías detener el progreso. Una brizna de hierba puede partir un bloque de granito por la mitad. También puede hacerlo un vaso de agua si lo congelas en el sitio adecuado.

—Nosotros somos diferentes —dijo él, triste—. Puede que sea la diferencia que hay entre nosotros y otras clases de vida. No podemos detenernos.

—Ya puedes decirlo. —Ruano no comprendió la inflexión en su voz—. ¿Qué sabes de lo psíquico, Ruano? —añadió, antes que pudiera reflexionar sobre ello.

—¿Psíquico? —Tuvo que hacer memoria—. Oh, ya lo recuerdo. Estilo y Moda lo comercializó hace un par de años. Me pareció algo bastante tonto.

—¡Eso! —dijo, con todo el desdén que podía cargar su frágil voz de viento lejano—. Eso era un tablero ouija. Esa cosa es más vieja de lo que podría pensar cualquiera. No se merece el apelativo de psíquico. Ahora, presta atención... Hace diez mil años ya había gente que creía que la mente contenía toda clase de poderes: telepatía, telequinesis, teleportación, clarividencia..., y muchos más. No te preocupes, no voy a darte una conferencia —dijo, con ojos repentinamente centelleantes.

Él se dio cuenta que se le había escapado un bostezo —sólo uno pequeño—, y que ella se había percatado. Se sonrojó, pero ella continuó hablando.

—Sólo te diré una cosa: hay muchas pruebas indicando que existen si uno sabe dónde mirar. Una mente le habla a otra, una persona se mueve de un lugar a otro con sólo parpadear y sin platrans, una mente que mueve cosas materiales, alguien sabe por adelantado lo que va a pasar..., todo ello por poder mental. Existe desde hace miles de años. Durante todo este tiempo nadie lo ha comprendido, y ahora nadie necesita hacerlo. Pero sigue existiendo.

Ruano se preguntó qué tenía que ver todo esto con el tema que les ocupaba.

—Y tú quieres saber cuál podría ser el siguiente peldaño, por si acaso le interesa a alguien —dijo, como si le hubiera oído preguntárselo—. Bueno, pues es éste.

—No veo cómo puede ser un peldaño hacia adelante —dijo respetuoso, pero tajantemente—. Ya hacemos que se muevan cosas a distancia, y todo eso que has mencionado. Hasta sabemos lo que pasará a continuación. Todo está dispuesto de esta manera. ¿Para qué serviría eso?

—¿Para qué sirve eliminar a los operarios de la platrans?

—Oh, eso es una economía.

—¿Cómo lo llamarías si la telequinesis y la teleportación movieran gentes y mercancías sin la platrans?

—¿Sin la platrans? —estuvo a punto de gritar—. Pero tú..., nosotros...

—Todos estamos en el mismo barco que esos operarios que estás sustituyendo.

—Los op... ¡Nunca se me ocurrió pensar en ellos!

Ella asintió.

—Me preguntó por qué no se le ocurrió al Privado cuando se lo sugerí esta mañana —murmuró, impresionado.

De lo más hondo del anciano pecho surgió un sonido encantado y seco.

—No puede. Nunca ha comprendido cómo funciona nada. Se limita a manejarlo.

Ruano se controló. No se debe prestar atención cuando se critica a tus padres. Pero esto venía de la mismísima Gran Mam. El esfuerzo por controlarse ayudó a situar toda esta extraña conversación en la perspectiva adecuada y se rió débilmente.

—Bueno, dudo que vayamos a hacer una economía semejante.

La mujer alzó las cejas.

—Estamos hablando de progreso. Hasta en mis tiempos había gente que consideraba que el progreso humano estaba determinado por los hombres. Pero si te pones a pensarlo, el primer ser humano que caminó erecto no lo hizo porque quisiera hacerlo. Lo hizo porque ya podía. —Continuó hablando al no ver reacción en su rostro—. Lo que quiero decir es que si los antiguos tenían razón y el progreso no puede bloquearse,

entonces acabará desparramándose libremente. Y si se desparrama, lo hará tanto si eres el dueño de la J. & D. Walsh como si eres un mendigo harapiento, tanto si te gusta como si no.

—Bueno, no creo que eso suceda.

—¿Es que no me has estado escuchando? Ha sucedido siempre.

—Entonces, ¿por qué..., por qué tiene que pasar ahora en vez de dentro de mil años?

—Nunca antes habíamos dejado de progresar..., al menos no así —dijo, paseando la mirada por las paredes y el techo, refiriéndose claramente al planeta entero.

—¿Tú quieres que pase esto, Abuela? ¿Tú?

—Lo que yo quiera carece de importancia. Siempre ha habido gente con... poderes. Lo que estoy diciendo es que, de todas las épocas, ésta es la más adecuada para que los desarrollen; ahora que no nos desarrollamos de ninguna otra forma.

—Entonces, ¿te parece que es algo bueno? —insistió.

Ella dudó un momento.

—Fíjate en mí, en lo vieja que soy. ¿Es eso algo bueno? Carece de importancia si lo es o no. Ha sucedido. Tenía que suceder.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —inquirió él.

—Porque me has preguntado en qué ocupaba mi tiempo —respondió—, y para variar decidí contártelo. ¿Te he asustado?

Él asintió, dócilmente.

Ella también lo hizo, y se rió.

—Te hará bien. En mis tiempos estuvimos muy asustados. Nos llevó lejos.

Él asintió con la cabeza. «¿Te hará bien?» No conseguía ver cuál era el bien que podía sobrevenir de cualquier cosa llamada «progreso» y que amenazase a la platrans. ¿Qué es lo que pasaría con todo? ¿Qué le pasaría a su forma de vida, a la misma intimidad, si alguien podía —cómo lo llamó, ¿teleportarse?—, teleportarse hasta el despacho o el cubículo de un hombre...?

—Mira, chico, no tienes por qué esperar a que te toque el turno de venir a hablar con tu Abuelita. Puedes venir siempre que quieras hablar sobre algo. Bastará con que llames antes.

En su vida no había ninguna otra cosa que quisiera menos que otra sesión como ésta, pero se acordó de agradecersele.

—Adiosmam.

—Adioschico.

Se apresuró para llegar hasta el dial y marcó febrilmente el número de casa. Subió a la plataforma y lo último que vio de la cara de la Abuela a través del entrepaño abierto fue una expresión de... ¿piedad?

Quizá compasión fuese la palabra más adecuada.

IV

Fue directamente a su cubículo, y pasó junto a su hermana, que estaba en pie junto al atrio. Le pareció que ella iba a hablar, pero le dio la espalda deliberadamente y apresuró el paso. Esa presunción suya, esos interminables y plácidos recitales sobre en qué había ocupado el día eran la primera cosa de la que podía prescindir en ese momento. Necesitaba intimidad, montones de ella, y la necesitaba en ese preciso instante.

Se apoyó contra el entrepaño cuando éste se cerró. La cabeza le daba vueltas. Era una cabeza con la capacidad de almacenar ideas indigeribles en compartimientos separados, donde las guardaba hasta tener tiempo de examinarlas. Así era como podía manejar tantos asuntos de negocios concurrentes. Por eso había podido soportar hasta entonces este extraordinario día. Pero los compartimientos ya estaban llenos; no podía pasar nada más.

Había despertado antes de la luz diurna para ver, en el suave brillo de las paredes, a una chica que le miraba con gesto grave, envuelta en flotantes ropas. Su pelo había sido dorado y sus manos estaban cruzadas sobre una rodilla. No había podido verle los pies, no entonces.

Había subido a la platrans para llegar a la oficina y, en vez de eso, llegó hasta un lugar inmencionable con cortinajes y esa misma chica. Ella le habló.

La había vuelto a ver, sentada en su escritorio.

Había perdido dos horas en un inusitado examen de sí mismo que le había dejado perplejo e inseguro, y había acudido muy respetablemente a ver a su muy respetable Abuela, que le había expuesto a las conjeturas más escalofrantes que había experimentado nunca, incluyendo una que cerraba en círculo toda esta locura. Pues le había sugerido la existencia de gente que, merced a una fuerza llamada tele-lo-que-sea, podía aparecer en cualquier parte, con platrans o sin platrans.

Lanzó un bufido. ¡No necesitas una platrans para poder soñar! Había soñado que la chica estaba aquí y en el atrio con cortinajes. Había soñado que estuvo en su despacho.

—¡Ahí lo tienes! —se dijo—. ¿Ya te sientes mejor?

No.

Todo el que tuviera sueños como éstos tenía que estar fuera de sí.

De acuerdo: no eran sueños.

En cuyo caso la Abuela tenía razón; había alguien con algo tan superior a la platrans que podría terminar con el mundo, su mundo. Si tan sólo fuera un adelanto tecnológico, podríamos detenerlo, destruirlo, mantener el Estasis. Pero no lo era; era una especie de misterio extraño, ilógico e incontrolable conocido sólo por unas personas determinadas y él, Ruano, no era una de ellas.

Era impensable, insoportable. ¡Indecente!

Entró en su floristería y alargó la mano para tomar su ración de comida. Gruñó de sorpresa, pues en vez de las cuatro tabletas y el tentetieso de vitacaldo, su mano encontró algo caliente, ligeramente grasiento y fibroso. Lo levantó, le dio la vuelta. Nunca había visto antes un comestible semejante. Claro que, por otra parte, el Servicio de Nutrientes efectuaba innovaciones de cuando en cuando, ajustándose a este o aquel cambio del medio ambiente, o al aislamiento de la bacterias mutágenas y sus antibióticos, como resultado del inventario continuo de los elementos básicos.

Pero esto era demasiado grande como para poder tragarlo. Quizá sea una mezcla de forraje y nutrientes, se le ocurrió pensar.

Clavó los dientes en él. Un jugo rojizo y caliente le resbaló por la barbilla y un sabor insufriblemente delicioso le llenó boca y garganta, llegándole a la nariz y, le pareció, hasta los ojos. Estaba tan bueno que le dolieron las mandíbulas.

Demolió la porción entera antes que tuviera oportunidad de enfriarse, y emitió luego un suspiro maravillado. Buscó en el cajón de la comida con la vana esperanza de encontrar más, pero no había más, y halló sólo el acostumbrado caldo. Levantó el tazón, dándose luego media vuelta, y lo vació cuidadosamente por el inodoro. Nada iba a limpiarle ese increíble sabor de la boca, mientras pudiera evitarlo.

Se deslizó hasta el biombo y se cambió rápidamente. Cuando cambiaba de lugar la cartera, hizo una pausa para ver si tenía que tomar más dinero.

Gruñó al recordar. Acababa de dejar la oficina del Privado cuando se topó cara a cara con su..., con este..., bueno, sueño o no, allí estaba ella. Y había desaparecido. Y en la esquina del escritorio, justo donde había estado sentada, estaba el número de platrans. Este número que ahora tenía en la mano.

Como el sueño que había sido —¿o no lo había sido?—, la chica no le habló ni aquí, en su cubículo, ni en la oficina. Pero sí lo había hecho en el tapizado atrio. Por muy improbable que pareciera, ese momento difícilmente habría podido ser un sueño. Tuvo que marcar un número de platrans para llegar hasta allí. Podía haberse equivocado, pero

estaba totalmente despierto cuando lo hizo. Decidió que esa mujer debía ser uno de esos..., de esos monstruos del-siguiente-escalón a los que se refería la Abuela. Naturalmente, ni su pelo ni los desvergonzados ropajes tenían nada que ver en ello. Lo hacía por la platrans, por el Estasis que mantenía a la sociedad unida y que tanto trabajo había costado alcanzar. Era un deber básico que todo ciudadano se debía a sus rosados dedos. No, a sí mismo.

Se ajustó un par de guantes nuevos y se dirigió al atrio. Valerie seguía allí, con aire ansioso.

—¡Ruano!

—Luego —ladró, marcando ya el número.

—¡Por favor! ¡Sólo será un momento!

—No tengo ni un momento —dijo bruscamente, y subió a la plataforma. El aleteo de negrura interrumpió la súplica de su hermana.

Bajó de la plataforma de llegada y se detuvo en seco.

¡No había cortinas! ¡No había perfume! No..., oh, Santa Intimidad que estás en los cielos.

—¡Ruano Walsh! —chirrió Corsonmayo.

Los globos oculares de la secretaria hicieron cualquier cosa menos quedarse quietos en las secas mejillas. Sus manos —gracias a los poderes, estaban decentemente enguantadas— presionaban bajo los pómulos, y un peine colgaba obscenamente de su pelo, por lo que dedujo que la había interrumpido a medio peinarse. Se dio cuenta al instante de lo que había pasado, y un remolino de furia y vergüenza giró vertiginosamente en su interior.

La secretaria debió ver como tiraba el número que ella le había escrito, y le debió pasar otro. Y a él se le ocurrió pensar que..., oh, esperar los cortinajes, los brazos, los..., todo eso, ¡y venir a toparse con esto!

—¡Privado! —chilló ella—. ¡Mam! ¡Mam!

Llamaba a sus padres. Bueno pues, claro. Es lo que haría cualquier chica decente.

Corrió hasta el dial. Ella también lo hizo, pero él llegó antes.

—No se vaya, Ruano Walsh —jadeó ella—. Corsonmam y mi padre no están aquí. Lo habrían estado de haberlo sabido, pero volverán pronto, así que no se vaya, por favor.

—Encontré el número en mi escritorio y pensé que lo había dejado Grig Labine. Tengo cita con él y ya llego tarde. Lamento haber invadido su intimidad, pero ha sido por error. Lo siento. Sólo ha sido un error.

La ansiedad se desvaneció del rostro semiarrugado y de los soñolientos ojos. Pareció encogerse diez centímetros en una décima de segundo, hizo húmedos y patéticos pucheros con la boca y aparecieron titubeantes hoyuelos a los lados. «Oh, cerdo apestoso, ¿qué te ha hecho ella?», se dijo.

—Serénese —balbuceó.

Marcó el número de su casa.

—Oh-h-h-h...

La platrans interrumpió su gemido.

Se quedó inmóvil donde estaba, cerrando los ojos con fuerza por la vergüenza, y respirando en forma agitada.

Y entonces oyó un lloriqueante «Por favor...» y, por un terrible momento, pensó que la platrans de Corsonmayo no había funcionado. Abrió los ojos con cuidado, suspiró y bajó los escalones. Estaba en casa. La que lloraba era Valerie.

—Bueno, ¿qué es lo que te pasa? —preguntó.

—Ruano —gimió—, no te enfades conmigo, por favor. Ya sé que soy un animal. Es que era..., oh, quería decir eso, pero no tenía por qué ser tan...

—¿De qué estás hablando?

—De cuando me llamaste para que yo viera a la Abuela.

Parecía hacer tanto tiempo de eso y ser tan trivial.

—Olvídalo, Val. Tenías toda la razón. Fui yo, así que olvídale.

—¿No estás enfadado?

—Pues claro que no.

—Estupendo, me alegro, porque quería hablar contigo. ¿Puedo? —suplicó.

Eso resultaba inusual.

—¿Sobre qué?

—¿Podemos salir fuera?

—¿Dónde están los padres?

—En la Sala Familiar. Volveremos en seguida. Por favor, Ruano —suplicó.

Cedió. Dentro de su mundo personal, Val no era más que una irritación perenne e inofensiva; probablemente ésta era la primera vez que fue consciente que también podía ser una persona, con problemas personales.

—¿El Centro Grosvenor? —preguntó él.

Ella asintió. Marcó el número, subió a la plataforma y apareció en Grosvenor. Seguía siendo de día y se preguntó en qué parte de la Tierra podía estar. El mar era de un azul crepuscular, y la cima de la montaña, una gloria.

Val apareció en la platrans y bajó. Caminaron en silencio dejando atrás el decorador y el Moda y Estilo y el restaurante hasta llegar al parque. Se sentaron el uno junto al otro, en un banco con separaciones a la altura del hombro en cada asiento, y miraron a la fuente.

Su hermana estaba muy pálida y sus hombros se movían bajo la capa, un movimiento complejo que era parte sollozos contenidos y parte frotar de manos.

—¿Qué pasa? —dijo, todo lo suavemente que pudo.

—No te caigo bien.

—Pues claro que sí. Me caes bien.

—No, por favor, no te gusto. No quiero gustarte. Acudí a ti porque no te gusto.

Era algo completamente incomprensible para Ruano. Decidió que el escuchar le proporcionaría más datos que el hablar.

—Tengo que decirte algo que hará que me odies si es que no lo haces ya. Oh, Ruano, no soy buena.

Abrió la boca para negarlo, pero la cerró en silencio. También fue lo bastante listo como para no estar de acuerdo con ella.

—Hay alguien que... he visto. Tengo que volver a verle, hablar con él. Es..., quiero..., ¡Oh! —gritó, y rompió a llorar.

Ruano buscó un pañuelo limpio y se lo entregó sorteando hábilmente la separación de los bancos, por debajo. Notó como se lo retiraban de los dedos.

—Se supone que una Mayo tiene que esperar —dijo con voz rota— y que un día la buscará un Privado, y él será su Privado, y ella le ayudará y servirá hasta el fin. Pero no quiero ayudar y servir al Privado que venga. Puede aparecer uno en cualquier momento. ¡Quiero que venga éste!

—Puede que lo haga —la reconfortó Ruano—. ¿Quién es?

—¡No lo sé! —dijo agónicamente—. Sólo lo he visto. Tienes que encontrármelo, Ruano.

—Bueno, ¿dónde...?

—Es alto, tan alto como tú —dijo apresuradamente—. Sus ojos son verdes. Tiene... —tragó saliva y la voz se le ahogó—, el pelo largo, pero no como una Mayo. Y justo bajo la barbilla tiene una herida y a un lado..., sí, en el izquierdo..., hay restos de una cicatriz.

—¿Pelo? ¡Los nombres no tienen el pelo largo!

—Éste sí.

—Ahora escucha —dijo, conteniendo la risa por un concepto tan inconcebible—. Todo el mundo sabría quién es, de existir un hombre así, con pelo largo y todo eso.

—Sí —dijo miserablemente.

—Así que está claro. No existe un hombre semejante.

—¡Pero sí existe! ¡Lo he visto!

—¿Dónde? —Ella guardó silencio—. ¿Cómo voy a encontrarlo si no me dices dónde?
—dijo impaciente.

—No puedo decírtelo —dijo por fin, dolorosamente—. No importa. Nunca le encontrarías... ahí. —Se sonrojó—. Debe estar en cualquier otra parte. Encuéntralo, por favor. Cómo se llama. Dónde está. Aunque nunca..., me gustaría saber cómo se llama —terminó, anhelante. Se levantó—. El Privado nos echará de menos.

»Debes pensar que soy horrible, ¿verdad? —le dijo al aire que tenía ante sí, cuando caminaban de vuelta a la platrans.

—¡No! —dijo él con amabilidad—. A veces pienso que todos somos algo diferentes a lo que el Estasis espera de nosotros. No es «horrible» ser algo diferente.

Y su subconsciente, en vez de objetar algo, se quedó con la boca abierta por la sorpresa.

V

La Sala Familiar era el corazón de la casa, como lo era en todas las casas de la Tierra. Una silla, en la práctica un trono, dominaba una pared. Contenía los controles de vídeo y los emisores sonoros que sólo podían oírse en los lugares adecuados del lugar. En la pared de la derecha había un trono en miniatura, que era el sitio reservado al hijo de la casa. A la izquierda había un banco de madera, para la hija. Y a los pies del trono había un pequeño taburete donde se sentaba la madre.

La habitación era silenciosa, debido a las vigas y el suelo enmoquetado y a las paredes y techo acústicamente aislados, y era costumbre que cada familia se congregara ahí durante dos horas diarias. Se recitaban oraciones, se leía lo que eligiera el Privado, se conversaba de lo que él decidiera y, cuando estaba especialmente conmovido, obsequiaba a todo el clan con un entretenimiento de su elección.

Cuando entraron Valerie y Ruano, el silencio original estaba compuesto de creciente desaprobación. La mano del Privado descansaba en los controles del vídeo, que acababa de apagar. La cabeza de la Mam estaba caída a un lado, debido a lo enfrascada que estaba en el programa; parecía como si le hubieran quitado una prótesis.

Hijo e hija se separaron y fueron a sus respectivos lugares. Cuando el Privado paseó la mirada por sus arrugadas ropas como si le picara con una espuela, Ruano sintió una punzada del terror de siempre. Se sentó y miró a su hermana. Ésta se encogió mucho en su banco, interiorizando tanto lo que pasaba que ni siquiera su ropa sin arrugas ni pliegues pudo ocultar su aire desamparado. Ruano tragó saliva con aprensión, con manos correctamente recogidas.

—Tarde —dijo el Privado—. Los dos. Es el tipo de cosas que difícilmente incluiría en una recomendación, Valerie, criatura indeseable. —Era una forma de hablar que se utilizaba para castigar a todas las Mayos y no afectó a Valerie. Luego se dirigió a Ruano—. Uno habría supuesto que mi generosidad —esto podría ser un toque de atención sobre la posible sociedad— y mi perdón habrían provocado un mínimo esfuerzo en no repetir la ofensa. Ya tienes treinta años, bastantes como para reconocer la diferencia entre Estasis y Caos. Te confinarás en tu cubículo durante las próximas cuarenta y ocho horas, donde podrás reflexionar sobre las consecuencias inherentes a la desorganización. ¡Valerie!

Ella se sobresaltó y reaccionó del modo adecuado, que era mirándole a los ojos. Ruano no dijo nada. En un momento como éste no había apelación posible.

—Valerie, ¿estabas con tu hermano en alguna escapada que ha llevado la organización de esta casa al naufragio?

—Sí, Privado, pero todo fue mi...

—Entonces deberás sufrir el mismo castigo, pero no primariamente por haber llegado tarde, cosa que no está entre tus defectos habituales, sino por no haber sabido influir en tu irresponsable hermano. Asumo que fracasaste en tu intento, ya que me resultaría demasiado doloroso concluir que toda mi progenie carece de la más elemental decencia.

A esto le siguió otro impresionante silencio. La madre, sentada a sus pies, alzaba los ojos hacia los cojines donde debía descansar su enguantada mano. Con un movimiento inconsciente, su oreja buscó el punto focal de la inexistente, en ese momento, emisión sonora. La barba del Privado se movió al centrar la atención en la mujer.

—Y dado que debo adherirme al más mínimo retazo de satisfacción —dijo— que ésta sea mi fe en que tú sí sepas cuál habría sido la conducta correcta, Mam. Así que, asumiendo que exista ese conocimiento, las circunstancias indican claramente que tú tampoco has sabido aplicarlo. Por tanto, esta noche no tendrás vídeo. —Les dedicó una mirada semicircular en que la barba acarició sus presencias como el dorso de una mano—. Déjenme.

Se levantaron y salieron fuera. El entrepaño se deslizó cerrándose tras ellos.

—Lo siento.

Val apenas susurró su disculpa.

—¡Silencio! —rugió la rejilla que había sobre la puerta.

Inclinaron las cabezas y esperaron. Walshmam se alejó de puntillas y volvió un momento después con dos cubos pequeños. Condujo a Valerie hasta su cubículo y esperó a un lado. Valerie miró un momento a Ruano, que consiguió dedicarle una sonrisa melancólica. A continuación, el entrepaño se cerró tras ella y Walshmam colocó uno de los cubos en un alvéolo, dejando cerrada la puerta hasta que no se quitara el cubo. Ruano permaneció fiel a la costumbre y esperó a que la Mam pasara junto a él para seguirla luego hasta su propio cubículo.

—Y lo que es más —enunció la rejilla de la puerta—, a partir de este momento rehusó considerar los méritos inherentes a tu sugerencia de esta mañana. Porque, en caso de ser buena, proviene de una fuente indigna y, por tanto, está contaminada; y de ser mala, no merecería consideración alguna.

Walshmam parecía muy triste, pero había pocas Mam que no lo estuvieran. Sus vidas transcurrían entre la paciencia silenciosa y la lamentación silenciosa, con sólo ocasionales momentos de acción preventiva. Ruano sonrió intentando mostrar cierta camaradería, pero ella no le comprendió y miró a otra parte, y su hijo supo que había sido mal interpretado y que ella lo había tomado como una expresión rebelde o carente de arrepentimiento.

Cuando el biombo cayó sobre su cabeza, se preguntó qué pasaría si se levantaba y tiraba de la barba del Privado.

«Apuesto a que no encontraría nada en su libro de normas que cubriera eso. Y nunca fue muy bueno en las cosas nuevas», pensó, poniéndose el camisón, los pantalones cortos y las pantuflas.

Eso le recordó lo que había dicho la Abuela: el Privado «nunca ha comprendido cómo funciona nada. Se limita a manejarlo». «Al menos maneja a su familia», pensó.

Algún día él también sería un Privado, tendría una familia y entonces le daría su merecido, pensó soñoliento, y se hundió más y más en la inconsciencia hasta un lugar donde estaba sentado en un monstruoso trono, con una barba que le llegaba a las rodillas, y miraba fijamente a su padre, que estaba sentado en la silla del niño, y lloraba. Y a sus pies estaba..., vaya, por el amor del cielo, ¡estaba la Abuela!

En algún momento debió convertirse en una pesadilla..., una parte horrorosa de ella estaba relacionada con perderse en ese aleteo de negrura definitiva que se experimenta en la platrans. En ese momento se vio inmerso en ella, con un espacio inconmensurable detrás de su congelada espalda y la invicta superficie «interior» de la realidad

presionándole en el rostro. Gritó y forcejeó..., y se golpeó la mejilla con roca sólida. Se sobresaltó, y se alejó de la roca y se sentó.

El dintel rectangular de una rielante roca se encontraba a menos de un centímetro por encima de su cabeza. Más allá de ella se abría un cielo extraño, verde pálido, que se iluminaba por momentos.

Miró detrás suyo y no vio nada que no fuera una explanada púrpura, resquebrajada y seca, donde florecían grotescas plantas alargadas semejantes a cactus.

Se dirigió hacia la entrada y, unos metros más allá, la desolación desaparecía de forma abrupta. Ante él se extendía un parque circular y un perfil de árboles que bordeaban un arroyo. Al otro lado del arroyo había campos —uno marrón, otro tostado y otro de un verde suave— y, a esta distancia, parecían tan delicados como la superficie de una taza de leche. A la derecha había montañas, y una con una cumbre tan brillante que hizo que le dolieran los ojos. Lo reconoció como un amanecer reflejándose en la nieve. A la izquierda se extendía un ancho valle. El aire era cálido pero refrescante.

Se detuvo y respiró profundamente, buscando comprensión, viendo luego, a su derecha, un peñón tan grande como la silla de un Privado. Una chica de dorados cabellos y extraños ojos estaba sentada en el peñón. Vestía una camiseta y un cinturón que descubrían más de una chica de lo que Ruano había visto nunca. Se sujetaba con las manos una rodilla desnuda, delicadamente bronceada. Sus pies desnudos recibían el rosado amanecer nevado y estaban húmedos por el rocío.

Le saludó con una sonrisa, y se levantó y se acercó a él.

—Vamos —dijo.

Él se encogió y ocultó sus manos desnudas. Ella las tomó con las suyas con un movimiento rápido y seguro.

—Vamos arriba —cantó ella y, antes de lo que él pudiera pensar, ya estaba arrastrándole.

Las mejillas de Ruano tocaron su hombro desnudo. Olió su perfume y su suave aliento y los ojos se le pusieron en blanco y le temblaron las rodillas. Su brazo le rodeó los hombros y volvió a sonreír.

—No pasa nada, sólo es un sueño —le dijo ella.

—¿Un sue... —tosió— ño?

—¿Tienes sed? —Alargó la mano, y él volvió a toser cuando apareció una copa en ella—. Aquí tienes.

Él la tomó, dudó un momento y la alzó. Ella seguía mirándole, sonriéndole. Él le dio la espalda con modestia y bebió. Era de un naranja brillante, frío, agrídulce y delicioso. Se secó cuidadosamente los labios y se volvió, agitando la copa sin saber qué hacer con ella.

—Tírala —dijo ella.

—Ti..., ¿qué?

Ella gesticuló. Obediente, tiró la copa hacia arriba. Desapareció.

—¿Te sientes mejor? Vamos ya. Están esperándote.

—Quiero irme a casa —dijo Ruano, mirando hacia donde había desaparecido la copa.

—No puedes. No hasta que no termine el sueño.

Dejó caer los brazos y agitó las manos hasta que las mangas las ocultaron.

—Quiero irme a casa —dijo con tozudez.

—¿Por qué?

—Sólo...

Miró ansiosamente por encima del hombro hasta la puerta. Cuando volvió la cabeza, ella no estaba. Y de pronto, la necesitó a su lado con urgencia. Dio un paso adelante.

—¡Buuu! —gritó ella, y sus labios le rozaron la nuca.

Ruano giró, y allí estaba ella.

—¿Dónde estabas?

—Aquí, allí, en cualquier parte —dijo, desapareciendo y reapareciendo a su derecha al instante.

—No lo hagas más, por favor —dijo él—. Y deja que me quede aquí un momento.

—De acuerdo.

Se alejó, tomó una campanilla invernal y una extraña flor verde púrpura, le añadió un helecho y volvió junto a él moviendo con destreza los dedos. Mostró las flores, entrelazadas en un pequeño círculo formado alrededor de un dedo. Luego las colocó en sus dorados cabellos.

—¿Bonito?

—Sí. —Apartó los ojos pero tuvo que volver a fijarlos en ella—. ¿Por qué no te cubres los brazos? —balbuceó.

—Aquí nos vestimos como queremos.

—¿Dónde es aquí?

—Algo parecido a otro mundo. —Ruano miró hacia la puerta—. No te serviría de nada —explicó ella—. Ahora no hay más que nebrura. El camino de salida es un tiempo, no un lugar. No te asustes. Volverás cuando sea el momento.

—¿Cuándo?

—¿Cuánto tiempo tienes que dormir?

—Cuarenta y ocho horas, aunque nunca...

—Quizá puedas quedarte todo ese tiempo. ¿Quién va a saberlo?

—¿Estás... segura que volveré a tiempo?

—Pues claro. ¿Está todo bien ahora?

Sonrió con timidez.

—Estupendo. Todo va estupendamente.

Ella le tomó la mano y avanzó dos pasos, por lo que él tuvo que seguirla. Ruano intentó soltarse educadamente, pero ella le sujetaba con fuerza y no parecía notar nada. Una risa, un sonrojo, la señal más mínima de falta de naturalidad en ella, y habría encontrado insoportable el contacto con la mujer.

Pero ella se comportaba tan espontáneamente que la revulsión no llegó, y le hablaba de forma tan alegre, obligándole a responder, manteniéndole tan ocupado, que en ningún momento tuvo opción para decir que le dejara, de haber querido decirlo, ni de pronunciar las palabras implícitas en ese deseo.

—Estuviste en mi cubículo —dijo él sin aliento, mientras ella le arrastraba ladera abajo.

—Oh, sí. Más de lo que piensas. Te veía dormir. Duermes muy tranquilo. Ahí hay una tanagra. —Se detuvo un momento, balanceándose, algo fluía de su brillante rostro hasta el resplandeciente pájaro y volvía a ella—. También fui a verte a tu oficina. Allí todo es rígido y severo, y algo solitario. Pero todos ustedes se sienten solos.

—¡No es cierto!

—Espera a que se termine el sueño y no dirás eso. ¿Quieres que te haga un truco?

Se agachó sin dejar de caminar y rozó con sus largos dedos una mata de afiladas hojas. Todas se cerraron como minúsculos puños verdes.

—¿Por qué viniste? —preguntó.

—Porque estabas listo para hacerte preguntas.

—¿Preguntarme qué?

No debió considerar esto como digno de respuesta, pero le soltó la mano y saltó como un ciervo una vez, dos veces, y atravesó un arroyuelo. Él lo vadeó mojándose las pantuflas.

Cuando la alcanzó, ella le tocó el pecho.

—¡Shhh!

En el viento vibraba una nota, luego otra y, fuerte y dulce, otra, convirtiéndose así en un acorde. Luego cambió una nota, y otra, y otra, y el coro de voces entonaba con suavidad,

como la aurora, que siempre es la misma mientras la miras, pero cambia si uno aparta la vista y vuelve a mirarla.

—¿Cómo te llamas? —preguntó de pronto él.

—¿Cómo quieres que me llame?

—¡Flor! —gritó, haciendo que encajaran las extrañas presiones de un sueño; y con ello sintió que se liberaba de toda la suciedad con que las costumbres habían vestido al mundo.

—Y tú eres Ruano, y un ruano es un caballo con viento en la crin y trueno en los pies, de dulce boca y fieros ojos, todo valor y velocidad.

Le pareció la estrofa de una canción, pero podía haber sido una forma de hablar, su forma de hablar. Escurrió el agua de sus embarradas pantuflas y casi gimió de placer pensando en el trueno de sus pies. Ella volvió a tomarle la mano y saltaron juntos hasta la cresta del pie de una colina. Delante de ellos, la canción concluyó con un estruendo de carcajadas.

—¿Quiénes son? —quiso saber él.

—Ahora lo verás. Ahí... ¡Ahí!

Donde la colina lindaba con el bosque había una laguna limpia y profunda. En el bosque y las laderas de la colina anidaban edificios. Sus paredes eran de leños y sus techos de paja. Eran bajos y anchos, y formaban parte de la colina y del bosque. En el claro que había entre árboles y ladera, estaba la gente que había cantado. Podías adivinarlo por el sonido de sus risas.

—No puedo... ¡No puedo! —gruñó Ruano miserablemente.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó Flor.

—¡No tienen decencia!

—Sólo hay dos cosas indecentes, el miedo y el exceso, y aquí no verás ninguna de ellas. Vuelve a mirar.

—Demasiados miembros —respiró—. Y esos colores..., un hombre rojo y verde, una mujer azul...

—Un vestido azul y un traje de arlequín. Es estupendo vestir de colores.

—Hay cosas en las que uno no debería soñar.

—¡Oh, no! No hay nada que no puedas soñar. Ven a verlo por ti mismo.

Y fueron a ver. Y fueron muy bien recibidos.

VI

Al anochecer del segundo día, Ruano y Flor caminaban por un sendero del bosque que estaba a cubierto del sol. La ropa de dormir de Ruano estaba desgarrada y descosida por las junturas, porque no se había desprendido de ellas pese a no estar diseñadas para las brutalidades a que habían sido sometidas. Pero no le importaron jirones y agujeros pues a nadie le importaban. Hacía bastante que se había deshecho de las pantuflas y sentía que se moriría si alguien le decía que nunca volvería a sentir el frescor de la hierba bajo sus pies desnudos. Ahora conocía a la Tierra como algo más que un sitio donde hacer flotar herméticas ciudades. Había trabajado hasta hacerse daño, reído hasta llorar, dormido hasta sanar. Había ayudado con un serrucho, con una piedra, con una canción. Fue de maravilla en maravilla, hasta encontrar la mayor de todas las maravillas: los niños.

Nunca antes había visto uno. No sabía de dónde venían los niños a excepción que iban a las familias directamente del jardín de infancia, cuando cumplían doce años. No sabía cómo nacían. No sabía que cada niño era educado para ocupar un lugar específico en la Familia y el Estasis, y que la mayor parte de su educación consistía en restregarlos, empaparlos y frotarlos con la presencia del padre; con su voz, rasgos, formas de vida, habla y trabajo. Cuando el niño aparecía, lo hacía teniendo un lugar en el hogar, muy poco diferente a esas alturas al que tenía en el jardín de infancia, y siendo adecuado para

ese lugar, no por la accidental autoridad del parentesco, sino mediante la labor constante de un grupo de especialistas.

Cada familia tenía un chico y una chica; un trabajador, un pasivo. Así era como podía equilibrarse la economía y así continuaba equilibrada. Así era como la comunidad podía educar a sus jóvenes y así seguía manteniendo la unidad familiar.

Pero aquí, en este sueño...

Los niños parloteaban y cantaban y se quemaban los dedos. Corrían descalzos gritando y nadaban como focas en la piscina. Se peleaban y, luego, se querían. Se cansaban y sudaban, tenían su música y sus errores. Todo era caótico y desconcertante y sabían cuándo reír y cuándo aprovechar una discusión. Era bárbaro y muy hermoso.

Y tenía fuerza, pues esa gente hacía casualmente lo que Ruano le había visto hacer a Flor. Parecían tener una platrans interna que podía enviar y recibir de cualquier parte a cualquier parte. Podían alargar un brazo a la nada y tomar pan, o un hacha, o un libro. Podían permanecer inmóviles y en silencio durante un tiempo y luego saber lo que una esposa iba a servir de nutriente —y comían todos juntos, mientras que recurrían a la intimidad para efectuar otras funciones no más desagradables—, o la melodía de una nueva canción, o la noticia de un hallazgo de moras.

Parecían lo bastante abiertos como para decirle cómo hacían todo esto, pero sus preguntas no le conducían a ninguna parte. Era como si necesitara un nuevo idioma, o puede que una nueva manera de pensar, antes de poder asimilar los principios básicos. Pero, pese a todo su poder, tenían callos en las manos. Quemaban madera como carburante y comían el producto de los campos que les rodeaban. Para dejarlo más claro, hacían que sus cuerpos funcionaran al máximo de sus posibilidades porque eso les divertía. Nunca dejaron que el aspecto psíquico pasase de conveniencia a lujo, como si fuera un cáncer.

Así que, al anochecer, Ruano caminaba en silencio con Flor a su lado, pensando en esas cosas e intentando que se ajustaran a algún patrón determinado.

—Pues claro, pero si esto no es real —dijo de pronto.

—Es sólo un sueño —asintió Flor.

—Despertaré.

—Muy pronto. —Ella rió y le tomó las manos—. No te pongas triste. ¡Nunca estaremos muy lejos!

No podía reír con ella.

—Lo sé, pero siento como si esto fuera... No puedo decirlo, Flor. ¡No sé cómo!

—Entonces no lo intentes, de momento.

Antes de darse cuenta, estaba rodeándola con los brazos.

—Flor, deja que me quede, por favor.

Ella tembló en sus brazos.

—No me pongas triste —susurró.

—¿Por qué no puedo? ¿Por qué?

—Porque es tu sueño, no el mío.

—No dejaré que te vayas. Seguiré agarrado a ti y no me despertaré.

Se tambaleó y cayó pesadamente al suelo. Flor siguió con tranquilidad en pie a unos tres metros de distancia.

—No me pongas triste —volvió a decir—. Me duele tener que empujarte así.

Se puso lentamente en pie y alargó la mano.

—No volveré a estropear nada —dijo con tristeza.

Caminaron silenciosos en la penumbra, hacia el rayo de luz con que el sol bañaba el valle y el poblado todas las tardes de esta época del año.

—¿Cuándo será? —preguntó, sin poder evitarlo.

—Cuando sea el momento —dijo.

Ella le soltó la mano, puso el brazo de él alrededor del suyo y volvió a tomarle la mano. Salieron a la luz.

Ruano miró lentamente de un extremo al otro del claro, intentando verlo como si fuera por primera vez, y luego con la familiaridad que le daban estos dos días. Allí estaba la marmita que decían usar para extraer azúcar del arce, y pretendió haber visto cómo hervía, haber visto cómo los perros recogían el jugo acaramelado de la nieve y corrían en frenéticos círculos hasta que se derretía y podían volver a abrir sus estúpidas bocas. Allí estaba el campo de trigo sarraceno que un cálido día cubriría con un manto esmeralda la nieve primaveral. Allí estaba el estanque, y los patos con telas de mármol viejo y madreperlas en sus cuellos. Vio...

—¡Allí! —gritó y apartó a Flor para salir corriendo por el claro—. ¡Tú! ¡Alto! ¡El del estanque!

Pero el hombre no reaccionó. Era alto, tan alto como Ruano; su pelo era muy largo, sus ojos eran verdes y a un lado de la barbilla tenía una cicatriz. En el agua había risas, un fognazo de blanco.

—El de la cicatriz —jadeó Ruano—. Tu nombre... Tengo que saber tu...

Cuando el hombre se volvió, Ruano pudo ver más allá de su hombro, al agua, a los sorprendidos ojos de su hermana Valerie.

Y ése fue el final del sueño.

Sólo había pasado una cosa buena desde que su madre quitó el bloqueo de la puerta de su cubículo. El propio cubículo había resultado ser el lugar más deprimente que se podía concebir para despertar; las paredes le aplastaban, el aire filtrado le hizo toser. No tenía espacio, no tenía ventanas. El biombo le provocó un latir en la frente y lo arrojó al suelo, alejándose violentamente de él, tanto física como mentalmente. Sintió que si pormenorizaba todo el simbolismo de este horror tubular acabaría enloqueciendo y destrozando esta cultura ataúd, cadáver por cadáver. El desayuno fue algo aborrecible. Las ropas..., bueno, se las puso, teniendo miedo a enfurecerse por ellas, o nunca habría podido llegar a la oficina.

Corsonmayo le miró sólo lo necesario para identificarle, metiendo luego su estúpida y flácida cara en un archivador hasta que estuvo a salvo en su despacho. Miró el escritorio, su eficiente equipo, a los cepos que llamaba paredes y al talón que llamaba techo, y se estremeció de furia. Pero fue débil cuando la pesada voz surgió de la rejilla.

—Ven aquí, Ruano Walsh.

Otra vez problemas. Saltaba de la prisión a la sala de audiencias.

Respiró profundamente cuatro veces; tres para recuperar la compostura, una para suspirar. Fue hasta la pared y ésta le admitió. Su padre estaba sentado, su cabeza y barba eran textura contra textura. Ante él había un montón de informes dispersos, y parecía como si hubiera levantado la esquina de uno encontrándolo inesperadamente bueno.

—Feliz Estasis, Privado.

El anciano asintió cortésmente.

—Tu ausencia hizo necesario que tomara las riendas tanto de tu trabajo como del mío. Los subsiguientes informes te pondrán al tanto de lo que he hecho. —Apiló cuidadosamente los informes y volvió a dispersarlos—. Al revisar estos de aquí, he descubierto para mi sorpresa —mi placentera sorpresa, debo añadir para ser ecuánime— que has realizado una asombrosa cantidad de trabajo. Kimberley, Krasniak, ese conflicto de almacenaje en Polska. Y un buen trabajo, a pesar de la rapidez. Lo he investigado detalladamente.

«Esto suena realmente mal», pensó Ruano. Puso las manos detrás, bajó la barbilla adquiriendo La Pose y apretó los dientes.

—La investigación ha sacado a la luz —continuó pesada e inexorablemente el monstruo vocal— que el trabajo se llevó a cabo en cuatro horas con tres minutos y medio,

hablando en términos aproximados. Muy bien. Pero, parece ser que el tiempo transcurrido fue de cinco horas con cuarenta y ocho minutos y unos segundos. Aproximadamente, claro está. —Golpeó la mesa con el borde del mazo de informes, miró fugazmente a Ruano, se inclinó bruscamente hacia delante y rugió—: ¡Aquí parece haber desaparecido una hora con cuarenta y cinco minutos!

—¿Has contado el tiempo de descanso, Privado? —graznó Ruano, tras humedecerse los labios.

El Privado volvió a echarse hacia atrás y se estiró jovialmente.

—Espléndido, mi eficiente y joven bergante. ¡Soberbio! ¿Y cuál es el tiempo de descanso con que nos autorizamos en el presente escalafón de la organización?

—Cuarenta minutos, Privado.

—Bien. Eso nos deja una hora y cinco minutos. Sesenta y cinco preciosos e irremplazables minutos, que no podrán recuperar ni todos los recursos del mismísimo Estasis. Más de una hora en blanco, lo que significa que no se han incluido todas tus gestiones. O puede que sí se hayan incluido, y se me hayan pasado en mi apresuramiento.

—No, Privado...

—Entonces, o esa tarde se llevaron a cabo una o más transacciones de la compañía y no se informaron, lo cual es de flagrante deficiencia, o el tiempo se usó en holganza e indulgencia personales, y con la intención de aceptar por parte de la compañía un pago por ese tiempo, lo cual sería un robo.

Ruano no dijo nada, excepto a sí mismo, y, más o menos, fue lo siguiente: «Creo que podré aguantar, aproximadamente, unos cuatro minutos treinta y dos segundos con tres décimas más de esto».

—El resultado es difícilmente satisfactorio —dijo el Privado como si conversara, y sonrió—. Los informes me proporcionan tres caminos a seguir. Primero, que se compense el tiempo debido. Segundo, devolver el importe de esas horas. Tercero, puedo entregarte a la Corte Central con una acusación completa, y lavarme las manos sobre tu persona. Puede que te den un arco y flechas y te abandonen en la espesura para que sobrevivas como puedas entre segmentos de Estasis. Con tus conocimientos podrías sobrevivir bastante tiempo. Días. Puede que hasta semanas.

«Dieciocho, diecisiete, dieciséis...», contaba Ruano en silencio.

—No obstante, voy a darte la oportunidad para que purgues este..., este espantoso crimen. Llévate estos informes a tu despacho. Tienes hasta las 16.00 —las 16.00 en punto, claro está— para revisar todos los errores que hayas podido cometer y para refrescar la memoria por si se da el eventual caso que hicieses algo útil para la firma en cualquiera de esos minutos perdidos. Naturalmente, cualquier alteración que incluyas será comprobada a la décima de segundo. Puedes estar tranquilo hasta las 16.00.

Ruano, bastante entumecido, se acercó, tomó los informes, murmuró «Adiosfavor», y se retiró con torpeza.

«¿Por qué lo había aguantado?», se preguntó.

Porque no había ningún sitio adonde ir, claro.

Había...

No, no lo había. Había sido un sueño.

Se hundió en una negra parálisis de rabia.

VIII

El teléfono le sacó del ensimismamiento. Lo atendió, dispuesto a arrancarle la cabeza a quien llamara, a cualquiera que fuese. Pero era Valerie.

—Ya casi es la hora del descanso —dijo. Evitaba mirarle a los ojos—. ¿Podrías..., te importaría...?

—¿Ahora, en el mismo sitio?

—¡Oh, gracias, Ruano!

Emitió un gruñido afectuoso y cortó la comunicación.

Valerie no estaba en las platrans de Grosvenor cuando llegó, así que se dirigió hacia el parque. Estaba esperándole allí. Se dejó caer junto a ella y apoyó la cabeza en las manos, y al infierno con los que pasaran. ¿Es que nunca le han visto las manos a un hombre?

De todos modos, al rato se irguió; el silencio de Valerie era casi físico. Se preguntó si debía contarle lo del hombre en su sueño, y casi se rió, pero no podía reírse de Valerie. Ahora no. En el sueño hubo amor. Valerie se había enamorado a su modesta y tímida manera. De acuerdo, dile que todavía no has encontrado al tipo y comparte con ella su aflicción y acaba con el asunto. Ahora tienes otras cosas en las que pensar.

—No he podido... —le dijo, volviéndose hacia ella.

—Se llama Prester. —Se pegó más a la separación y habló en susurros—. Oh, Ruano, me viste así, en el estanque. No se suponía que fueras a verme. ¡Oh, lo que debes estar pensando!

—No me he permitido creerlo —dijo, con el mismo tono.

—Lo sé —dijo ella desesperada—. Me ha sorprendido que vinieras.

—¿A qué te refieres...? Ah, el estanque. Sabes que hasta ahora no me había dado cuenta que estabas..., que estuvieses..., oh, olvídale, Val. Me alegro que lo encontraras. Prester, ¿eh? Un tipo apuesto.

Su cara se iluminó como si fuera un segundo sol.

—¿De verdad? ¿No te parezco una... desvergonzada?

—Eres alguien grande y la única persona que conozco en todo este estéril y almidonado mundo que se las ha sabido arreglar para vivir algo. ¡Me alegro, Val! No sabes, no puedes saber por lo que he pasado. Lo bastante como para una docena de sueños. Y todo empezó como un sueño..., me refiero a partes y retazos de cosas reales..., cosas de las que me habló Abuela, cosas que he visto, una chica que conocí al equivocarme de número de platrans..., ¡un accidente, puritano estúpido! Creí que era un sueño, supongo que tenía que creer que lo era. Tenía que creer lo que decía Flor y ella me dijo que lo era.

Dios, había dicho esa palabra en voz alta y ante su hermana.

Pero ella no mostraba contrariedad alguna, con las mejillas sonrojadas por la excitación, con sus ojos brillantes y distantes.

—Es encantadora, Ruano, preciosa. Y te quiere. Lo sé.

—¿De verdad lo crees? —Sonrió tanto que le dolió—. Oh, Val, Val..., la marmita para el azúcar de arce.

—Mmmm..., el campo de avena.

—La mesa y los cantos.

—Sí, y los niños..., ¡todos esos niños!

—¿Qué ha pasado? —gritó él—. ¿Cómo pudo pasar algo semejante?

—Podemos estar los dos locos —susurró ella fervientemente—. O se está desmoronando el mundo entero y nos hemos colado por una grieta, o quizá fuese un sueño, y lo tuvimos juntos. No me importa, fue algo hermoso y..., y si hubieras dicho que soy una..., porque..., lo habrías arruinado todo y también me habrías matado. Entonces, ¿te parece bien, Ruano? ¿De verdad te parece bien? ¿De verdad?

—Tú también eres hermosa. Para ser una hermana, claro.

—¡Ooooooh! —gimió, sonrojada y enormemente complacida. Añadiendo luego—: Me alegro de no ser tú.

—Uhh... ¿Por qué?

—¿Cómo funciona, por qué pasa, es un sueño, y, si no lo es, qué puede ser? Sé como yo, Ruano. Pasó..., para el resto de mi vida, habrá pasado. Pero..., tengo la esperanza que haya más.

—Si descubro cómo funciona, cómo funciona y todo el resto, habrá más. Así que, en ese aspecto, alébrate que sea como soy.

—Si lo descubres..., ¿no me dejarás fuera?

—Si no puedo llevarte conmigo —dijo cariñosamente—, no podría ir. ¿Te sientes mejor ahora?

—¡Voy a darte un beso!

Ruano rugió de risa ante la idea que lo hiciera en un sitio como éste, ante las miradas que atraería.

—Tranquilo, trueno en los pies —exclamó ella.

Su corazón dio un vuelco al oír esa frase de la cancioncilla de Flor.

—Lo siento, Ruano —dijo, tras mirarle a la cara.

—No lo sientas —dijo roncamente—. Por un instante la tuve aquí, conmigo. —Sacó las manos, convertidas en puños, se las miró, volvió a ocultarlas a la vista. Flor..., bueno, tendría tiempo de sobra para buscarla después de las 16.00—. Val...

—¡No sabía que se pudiera ser tan feliz! —dijo ella—. ¿Qué?

—Nada. Sólo que voy con retraso —dijo, cambiando de idea bruscamente.

No tenía por qué contarle sus problemas ahora; el servicio de noticias se encargaría de ello a eso de las 16.12. Que sea feliz, mientras.

Caminaron de vuelta a la platrans.

—Vengamos todos los días a hablar de ello. No sé nada de lo que hiciste y tú no sabes lo que hice yo. Como cuando...

—Sí, claro, claro —dijo—. Se necesita algo muy grande para detenerme.

Ella se contuvo de golpe.

—Pasa alguna cosa.

—Sube a la plataforma. Todo va bien. Apresúrate.

Ella marcó, y subió y se fue. Ruano se quedó mirando al vacío, adonde había estado su ansiosa cara, hasta que lo llenó otro pasajero. Esperaba no haberle preocupado.

Caminó lentamente de vuelta hasta el banco y se sentó, y fue entonces cuando tuvo una gran idea.

—¿Quién está ahí? —la anciana voz estaba indignada.

—Yo, Ruano —dijo desde el atrio.

El antepaño de una puerta se movió y la voz flotó hasta él, esta vez amable y firme.

—Ya sabes que eres bienvenido, hijo, pero también sabes que debes llamar antes. Vuelve a marcar y desaparece durante una hora. Entonces podrás volver y quedarte todo el tiempo que quieras.

—Y un pétalo. No tengo una hora. O sales aquí o entro yo.

—No uses ese lenguaje conmigo, cabeza de chorlito, o te arrancaré el cuero cabelludo con una lima de uñas.

En el instante que ella empezó a gritar, él empezó a rugir.

—Sal aquí, estés decente o no. ¡Y si cierras esa boca monofónica durante doce malditos segundos, no perderás nada de tiempo!

Los dos dejaron de chillar al unísono y el silencio fue ensordecedor. De pronto, la Abuela se echó a reír.

—Muchacho, ¿quién te ha enseñado ese lenguaje?

—Llevo años oyéndote hablar, Gran Mam —dijo tímidamente—. Pero sólo ahora se me ha ocurrido pensar que nunca te escuché de verdad. Y en cuanto a lo de estar decente, ven como estás, si te sientes a gusto así.

—¡Ditaseasino!

Entró en la habitación y cerró la puerta con un golpe de tacón. Vestía un inmenso envoltorio de un azul agonizante y parecía ir descalza. Su pelo, en vez de estar dividido a partir del centro en dos partes controladas, estaba libre como el de una Mayo. Ruano se quedó inmóvil un momento y, luego, ella se echó atrás el cabello con un furioso gesto de cabeza.

—¿Y bien? —estalló ella.

No parecía quedar nada de ese tono suave que solía haber en su voz.

Poco a poco, Ruano sonrió.

—Ditaseasino, te prefiero más así.

Ella bufó, pero estaba complacida.

—Lo único que tienes que hacer es apartar los ojos de la moqueta. En fin, has descubierto mi secreto. ¿Acaso no soy lo bastante vieja como para permitirme una excentricidad? —preguntó desafiadora.

—Has vivido lo bastante como para ganarte ese privilegio.

—Ven por aquí —dijo, apartándose del atrio—. La mayoría de la gente no se da cuenta que he pasado poco tiempo de mi vida llevando ese traje a conos. Prácticamente todo el mundo ha nacido en él. A mí, sencillamente, no me gusta. Acolchar el pecho de los hombres para que no se diferencien de las mujeres —bufó—. A mí no me educaron así. —Abrió la puerta manual que había en el rincón—. Ya hemos llegado.

Era una habitación de forma extraña, como un triángulo isósceles. No la había visto nunca antes.

—¿Qué le ha pasado a tu voz, Abuela? ¿Te encuentras bien?

—¿Quieres decir que echas de menos esta vocecita? —dijo, con el familiar tono que se perdía en la distancia, añadiendo luego, con estridencia—. Es algo que utilizo para tener compañía. No tuve más remedio. Nadie me tomaba en serio cuando hablaba de forma natural. Me clasificaron como un frágil pilar de respetabilidad y, por Dios, que tuve que aguantarme. Hace calor aquí.

Ruano no captó la indirecta, esperó a que ella se sentara, y luego la imitó.

—¿Sabes por qué estoy aquí?

Ella le miró con atención.

—¿Duermes bien?

—Eso no fue un sueño.

—¿No? ¿Qué, entonces?

—Vine a descubrir lo que era. Dónde está.

Ella agitó el borde de su envoltorio.

—Me has sacado esta parte de mi vida secreta, pero eso no te garantiza todo lo demás. ¿Qué te hace estar tan seguro que no fue un sueño?

—¡Uno no se va a la cama perfectamente saludable y duerme durante dos días! Además, también está Valerie. La vi allí, justo en el último segundo.

—Me lo temía —gruñó—. Nadie estaba seguro. —Se rió—. Debí ser toda una juerga cuando se lo contaron. ¿Has venido a matarme?

—¿Qué?

—Hermano ultrajado y todo eso.

—Valerie es más feliz de lo que ha sido en toda su vida y tan enamorada que no se da cuenta de nada. Estoy tan feliz por ella como ella lo está por sí misma.

—¡Bien! —sonrió—. Esto lo cambia todo. Así que quieres recoger a tu hermana y pasar el resto de sus vidas en un país de ensueño.

—Es algo más que eso —dijo—. Necesito uno de tus operadores de telequinesis. Y lo necesito ahora.

—Lo mejor que puedo conseguirte es una niña que puede tumbarte una regla puesta en pie a menos de ocho metros.

Ruano no se esforzó en disimular su desdén.

Ella frunció los labios, pensativa.

—Por cierto, ¿cómo me relacionaste con todo esto?

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo él—. Pero si quieres saberlo, fueron tus comentarios de la última vez que estuve aquí, eso que la platrans era obsoleta, gente que aparece en cualquier parte de una habitación, comunicación sin teléfono. Cuando me contaste todo eso, ya había visto actuar por dos veces la telequinesis. Y desde entonces... —Se encogió de hombros—. Tenías que ver en ello. Quizá te gustaría decirme por qué estoy yo relacionado con ello.

—No tenía pensado hacerlo durante un tiempo. Quizá adelantamos el asunto. ¿A qué vienen ahora estas prisas?

—Tengo una reunión en... —lo comprobó— menos de dos horas que acabará conmigo bajo tierra a menos que consiga ayuda.

Le contó, rápidamente, todo lo relativo al tiempo perdido y a la amenaza de su padre.

—Tienes toda la razón —dijo, al cabo de un momento—. Te tiene miedo. No sé por qué tiene que estar así de asustado. Es como su padre, el viejo gordinflón...

Se interrumpió, sorprendida, cuando una mano se cerró en su muñeca.

—No debo escuchar eso.

—De acuerdo —dijo con sorprendente rapidez—. Lo siento. Supongamos que consigues un TQ, ¿qué harías entonces?

Él se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en las rodillas, y dejó a la vista las enguantadas manos.

—¿Qué haría? Voy a tomar esta civilización sin arrugas y la voy a devolver a la selva. Voy a abarrotar las Habitaciones de la Familia con los mismos niños de la familia. Voy a poner cabeza abajo al mismísimo Estasis y a sacudirle hasta que la sangre le llegue a la cabeza y redescubra cómo sudar.

Los ojos de la Abuela se animaron.

—¿Por qué?

—Podría decirte que es por el bien de todo el mundo, porque eres la Gran Mam y lo has vivido y has tenido la oportunidad de pensar en cosas así. Pero no pienso decirte nada de eso. No. Lo haré porque yo quiero vivir así, siendo cabeza de familia de una gente con manos encallecidas, descalza y que se alegra de levantarse por la mañana.

»He pensado en buscar a la gente de mi sueño. Hasta pensé en recorrer la espesura que separa las ciudades y vivir así por mi cuenta. Pero si lo hago, siempre tendría miedo a que me encontrase algún equipo de búsqueda de recursos, me localizase y me trajese de vuelta. El Estasis nunca permitirá que haya gente viviendo así, por lo tanto hagamos que el Estasis viva a nuestra manera.

Respiró profundamente.

—El Estasis se ha desarrollado alrededor de la platrans. No puede haber una máquina mejor. Pero si hoy voy y digo que llevo años construyendo una..., si hago que alguien de tu gente empiece a transmitir cosas por toda la oficina y digo que tengo una nueva máquina con la que hacerlo..., el Privado no tendrá más remedio que escucharme. Eso salvará mi puesto de trabajo y haremos que tu gente aparezca una y otra vez hasta que toda esta cultura se derrumbe. Y puede que un día me convierta en el Privado de Walsh & Co..., y, entonces, que el Estasis se ande con cuidado.

—Sabes una cosa —dijo ella—. Me gustas.

—Ayúdame —dijo bruscamente—. Tú también me gustas.

Ella se levantó y pinchó el brazo de Ruano con agudos nudillos.

—Tengo que pensar. Si consigues salir de esto desorientándole con tu charla, sólo conseguirás retrasar un poco las cosas. El viejo, tu padre, no se tragará ningún juego de manos. Querrá ver la máquina.

—Retrasémoslo entonces. ¿Puedes conseguirme un telequi..., telequinecista? ¿Es así como los llamas?

—TQ —dijo con aire ausente—. Tengo algo mucho mejor que cualquier TQ. ¿Qué me dirías de un platrans móvil, un transmisor de materia que puede transportar lo que sea desde donde sea sin necesidad de centrales o depósitos?

—No existe tal cosa, Abuela.

—¿Por qué dices eso?

—Porque he pasado toda mi vida entre platrans. Hay un factor límite en la transmisión de materia. Debe haber un campo planetario, debe tener una central controladora; debe tener plataformas construidas de material no transmisible y...

—No me cuentes a mí cómo funciona una platrans —replicó—. Supón que se trata de una máquina construida según principios totalmente diferentes. Una bomba de inducción en vez de una bomba de succión. O una hélice arquimediana.

—No hay ningún otro principio. ¿No te parece que lo conocería?

—¡Te mostraré la maldita máquina!

Se dirigió hacia el vértice de la pequeña habitación y golpeó una baldosa. La pared entera se deslizó rápida y silenciosamente hacia el techo. Se encendieron unas luces.

Era todo un laboratorio. Siempre pensó que la mayoría de ese equipo sólo existía en las factorías. Casi todo le resultaba incomprensible.

La Abuela caminó vivamente hasta la pared más lejana y se detuvo allí. Ante ella había una fila de apretada y resplandeciente maquinaria bajo un panel de controles semejante a un escritorio. La superficie del escritorio parecía ser la de una pantalla de televisión, a pesar que tenía bisagras en la parte superior. En un lateral se veía lo que parecían ser controles de manipulación de los que se utilizan en laboratorios de radiación.

—Hay un servorrobot de este tamaño en una colina situada a veinte kilómetros de aquí —dijo la Abuela.

Conectó un interruptor, se sentó frente a la pantalla e hizo girar dos controles.

—Te diré cómo lo hace —dijo abstraída mientras trabajaba—, aunque no es la manera exacta en que lo hace. Traza una línea recta desde esta máquina y otra desde la otra. Tu punto de transmisión está allí donde se cruzan éstas. Ahora dibuja dos líneas más desde la maquinaria y desde donde se cruzan. Ése es el punto de llegada. Cuando todo está dispuesto, le das a este interruptor y lo que estaba aquí ahora está allí. Las cosas no van más allá de donde irían con una platrans. Dejan de existir en un punto y la conservación de la materia hace que aparezcan en el otro.

»Pero eres tú quien ha creado esa tensión espacial que hace que aparezca allí donde quieres.

—Hazme una demostración.

—De acuerdo. Dime.

—Mi cartera. Está en el cajón superior de mi despacho. Los cajones están cerrados, por cierto —dijo.

—¿Cuál es la matriz?

Desgranó las coordenadas de la dirección. Ella las pasó al teclado y se inclinó sobre la pantalla. Mostraba una unidad del Estasis. Giró un dial y los edificios se acercaron más. Su mano bajó hasta un botón y la imagen se aplacó, pareciendo atravesar el tejado y detenerse sobre un escritorio.

—¿Y bien?

—Adelante —dijo él—. Tienes un bonito rayo espía.

—¡No lo conoces bien!

Movió una mano y en el altavoz se oyó la tranquila agitación de la oficina. Volvió a los controles y la imagen se hundió en el escritorio. De repente, se vio el contenido del cajón. Enganchó diestramente la cartera con los manipuladores y lo levantó una fracción. Entonces la escena desapareció mientras ella se concentraba en otro grupo de controles.

—Localización del receptor —murmuró.

La apagada imagen se aclaró, convirtiéndose en una masa de parásitos y luego en una vista de pájaro de la habitación en que estaban, tan clara que Ruano miró hacia arriba sobresaltado. No podía ver nada.

—Mantén quietas las malditas manos —dijo la Abuela.

Obedeció y ella redujo la escena hasta que su imagen estuvo en el centro de la pantalla. Ruano movió los dedos. La Abuela volvió a la otra imagen, la comprobó, y accionó el interruptor que le indicó antes.

La cartera cayó en su mano.

Ella apagó la máquina, dio media vuelta y le miró.

—¿Y bien?

—¿A qué viene todo este teatro? —dijo.

—¿A qué te refieres?

—Esta cosa no hace lo que tú dices. Me has traído la cartera, desde luego, pero no con eso.

—Lo que tú digas. Muy bien, ¿cómo es que tienes la cartera?

Él contempló atentamente el instrumental.

—Es una especie de amplificador, sí, y también un localizador. Sirve para darle una localización a tu TQ, ¿verdad?

—¿De verdad piensas que tengo a un vidente superpoderoso aquí escondido y que funciona una vez que le he localizado el objetivo?

—¡Tú eres el TQ!

Ella se derrumbó pesadamente junto a los controles.

—Si no puedes convencerles, únete a ellos. Viejo refrán romano. Si eso es lo que tú dices, entonces es lo que es.

—¿Por qué no me lo dijiste desde un principio? —gruñó, mirando el reloj—. ¿Qué hacemos ahora?

—Espera un momento, tengo que asimilar algo—. Se apoyó en los controles y luego le miró con brillo en los ojos—. Te prepararé el modelo piloto. No puedes cargar con todo esto bajo el brazo.

La Abuela fue hasta una pared de almacenaje y sacó un baúl. En él había una caja alargada. Ruano le ayudó a abrirla y a sacar la variada colección de cables y barras, colocando el conjunto sobre un banco.

—Te enseñaré a manejar esto. —Se despojó de la ropa que la envolvía y avanzó hacia la máquina—. Ponlo de este lado, por favor —dijo—. ¿Qué estás mirando? ¡Ah! —Se miró los pantalones cortos y el sostén y se rió—. Ya te dije que hacía demasiado calor aquí dentro.

No es que la edad no hubiera dejado señales en el macizo cuerpo, pero desde luego no las equivalentes a doscientos años. Mientras sostenía un soplete junto a una mejilla, se dio una palmada en el desnudo vientre.

—Una cosa que deberás tener en cuenta sobre las mujeres, a medida que vayas conociéndolas, Ruano, es que las partes que la gente decente deja a la vista son precisamente las primeras que envejecen. Esta cara mía se fue a paseo a los setenta y cinco, pero el resto aún puede aguantar otros cien años. —Se inclinó sobre el aparato—. Quizá sea mejor así, o no, ¿quién puede saberlo? Pásame el milivoltímetro.

Poco después, el trabajo con la máquina tomó prioridad sobre cualquier otra cosa del mundo personal de Ruano.

—Seguro que aún te queda mucho con nosotros —dijo él, tímidamente, mientras le sostenía la luz.

—¿De verdad lo crees? —gruñó ella, y siguió trabajando, incansable.

Ruano Walsh llegó al Edificio Walsh a las 14.51. La cabeza le daba vueltas por el peso de los consejos, los datos técnicos y las estrategias. Llegó al almacén, no a las oficinas, pues llevaba una larga caja de madera en una carretilla. Él mismo la empujó por el largo pasillo que conducía al ala de oficinas.

—¿Puedo ayudarle, Ruano Walsh?

—No, Corsonmayo. Bueno, sí, venga aquí. —Puso las manos en un extremo de la caja y le hizo a la vacilante secretaria una seña con la cabeza—. Tome por ahí.

Ella se acercó, titubeó, y dejó que las puntas de sus guantes se vieran un momento antes de deslizarlos torpemente bajo el borde de la caja.

Ese extremo no, atontado.

Ruano se sobresaltó y soltó la caja. Corsonmayo, que ahora soportaba la mayor parte de un peso nada despreciable, empezó a gemir. Ruano, sentado en el suelo, jadeó:

—¿Quién ha dicho eso?

—¡Eeeep! —graznó Corsonmayo—. ¡Espesado!

—Déjelo en el suelo. Por Dios, Corsonmayo, es usted tan fuerte como un caballo.

—Es la cosa más bonita que me ha dicho usted nunca —repuso la mujer sin sarcasmo.

Ruano se volvió hacia ella, encontrándose cara a cara con su arrugada vehemencia.

—¿Qué dijo acerca que lo levantaba por el lado equivocado?

—Yo no dije nada.

Fui yo.

—Adiosmayo —dijo y, anticipándose a ella, añadió—: En serio... Eso es todo, Adiosmayo.

Ella se marchó y él giró sobre sus talones, buscando inútilmente en el aire de la habitación.

—¡Abuela! ¿Dónde estás?

El atareado extremo de un proyector de audio del tamaño de una aguja apareció por un momento a la altura de sus ojos. Ruano le dio unas palmaditas de contento y éste desapareció. Bendita sea, estaría controlándolo todo mediante su máquina, con el audio continuamente dirigido a su oído medio.

A las 15.59,5, el techo dijo:

—Puede entrar ya, Ruano Walsh.

—Voy, Privado.

Al oír su propia voz reaccionó de cualquier forma menos sobresaltándose. ¿Cómo era que, pese a que cada vez parecía más capaz de enfrentarse con cualquier cosa o persona, la voz de su padre seguía haciéndole puré?

Pero eso podía esperar. Avanzó hasta entrar en la habitación.

—Entra, entra. Acércate más. Pretendo hacer varias cosas contigo, pero morderte no está entre ellas.

Ruano se quedó donde estaba.

—¿Puedo solicitar el permiso del Privado para traer una máquina?

—Tienes mi permiso para traer los informes pedidos, revisados o no. Nada más.

—El Privado me impide utilizar la evidencia que me pidió que trajera —dijo Ruano débilmente.

—¿Lo hago? —La barba, el extremo inferior invisible bajo la caperuza de intimidación, fue mesada pensativamente—. Muy bien. Pero te advierto que no tienes escapatoria, jovencito. ¡Ninguna!

Ruano empujó la caja a través de la puerta. Temblaba por la aprensión, pero la voz de la Abuela le consolaba inaudible.

Confía en mí.

Casi sonrió, incluso frente a su padre. Puso el tope de las ruedas y, con un gran esfuerzo, levantó la caja. Esta vez, por el lado correcto.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó la barba.

—Mi evidencia, Privado.

Aparentando una gran calma, pero temblando en su interior, levantó la sección superior de la caja con sus dos pomos y sus dos juegos de trompetillas. Estaban huecos y tenían una bombilla en su interior. Ruano las encendió.

—Te he hecho una pregunta —retumbó el Privado.

—Tenga paciencia —respondió Ruano.

¿Qué paciencia?

La chanza de la Abuela le hizo mejor a Ruano que una semana de retraso.

—Ya está listo, Privado. ¿Puedo utilizar algún objeto pequeño..., como su pluma o una cajita?

—Me has quitado dinero y ahora me quitas mi tiempo. ¿Tienes intención de quitarme mis propiedades?

¿Por qué no le escupes en un ojo?

Ruano dirigió hacia arriba una mirada tan molesta que la voz inaudible se disculpó.

Perdona. Es que estoy de tu parte, querido.

¡Querido! Su primer querido lo saboreó en su «sueño». Era una bonita manera de llamar a alguien. Se preguntó si alguien lo habría pensado alguna vez.

—Si utilizo mis propiedades, podría haber sospecha de algún preparativo anterior —le dijo al Privado.

—Sospecho de los preparativos anteriores con los que ya has llenado mi despacho —gruñó el viejo—. Aquí tienes este pisapapeles. Es de la época en que los edificios tenían partes que se abrían al aire del exterior. Si le pasa alguna cosa...

—Servirá —dijo Ruano, tomándolo sin dar las gracias. Las cejas del Privado se movieron un momento—. ¿Sería tan amable de señalarme también un punto en el suelo?

El Privado sacó su pluma y la arrojó al suelo con una expresión de santa paciencia. Cayó cerca de la pared. Ruano colocó el pisapapeles en la moqueta, cerca de la punta de la pluma.

—Una cosa más. Un punto en su escritorio, uno donde pueda ponerse el pisapapeles.

—¡No, maldición! Trae esos informes y resolveremos este asunto. No veo que...

No le dejes hablar. Busca tú mismo el punto y pregúntale si le gusta.

Ruano avanzó por entre las aullantes y sibilantes sílabas como un hombre en medio de un tornado, y señaló:

—¿Le parece bien éste? —gritó, lo bastante fuerte como para ser oído por encima de la tormenta.

El Privado calló en ese momento, y la voz de Ruano fue como la de un reactor rompiendo la barrera del sonido. Los dos hombres retrocedieron violentamente; Ruano descubrió, para su sorpresa, que fue él quien se recobró primero. El viejo seguía hundido en su sillón, con la punta de la barba temblándole aún. Granny lanzó una carcajada en el oído de Ruano.

Ruano tomó las dos trompetillas que sobresalían de una de las dos esferas de la máquina y las movió hasta que la luz que salía de cada una descansó en el centro del pisapapeles.

—El modelo definitivo puede tener otro modo de apuntar —explicó mientras trabajaba—. Esto es sólo para la demostración. —Apuntó los otros dos rayos de luz al punto del escritorio—. Prepárese, Privado.

—¿Para qué? —ladró el Privado, atragantándose luego como si se hubiera tragado una ración triple de forraje, pues cuando Ruano tocó los controles se oyó un suave chasquido y el pisapapeles apareció sobre la mesa, exactamente en el pequeño estanque de luz formado por los dos rayos. El viejo alargó una mano, titubeó y la dejó caer en su silla—. Repítelo.

Ruano accionó el interruptor en la otra dirección. El pisapapeles descansó en la moqueta.

—Llevo dos años usando cada minuto de tiempo libre en diseñar y construir este aparato. Si el Privado cree que la máquina no tiene ninguna utilidad para esta firma o para la industria, entonces el tiempo empleado en ella se ha desperdiciado o se ha robado, así que estaré conforme con lo que sugirió previamente...

—Cállate ya, hijo —dijo la barba. Se levantó y se acercó a Ruano, pero mantuvo los ojos fijos en la máquina—. Ya sabes que el viejo sólo intentaba meterte miedo.

¡Le tenemos!

—¿Puede construirse un modelo mayor?

—Mayor que una platrans —dijo Ruano.

—¿Has construido alguno más grande que éste?

¡Díle que sí!

—Sí, Privado.

Los ojos del Privado abandonaron lentamente la máquina y viajaron hasta enfocar la cara de Ruano. A Ruano le habría gustado batirse en retirada, pero tenía la espalda contra la caja de madera.

¡Cuidado!

—¿Piensas que esto puede ser mejor que la platrans?

¡Sí! ¡Díle que sí..., díselo, aunque duela!

Ruano descubrió que no podía hablar. Asintió temblorosamente con la cabeza.

—Mmmm —El Privado dio vueltas alrededor de la máquina, pero ésta no tenía nada especial—. Y dime —dijo con suavidad—, ¿se basa en el mismo principio que la platrans?

El sudor empezó a deslizarse por la frente de Ruano. Le hubiera gustado poder secárselo, pero alzar el guante habría sido una grosería. Dejó que resbalara por su rostro.

—No —murmuró.

—¡Estás diciéndome que es una máquina totalmente nueva y mejor que la platrans! — Cuando Ruano no se movió ni habló, el Privado gritó repentinamente—: ¡Mentiroso!

Ruano, pálido, con la boca seca, alzó la mirada con gran esfuerzo para poder enfrentarla a la del lívido Privado.

—Una platrans no puede hacer eso —dijo, señalando el pisapapeles con la cabeza.

—¡Tienes que estar mintiendo! Si existiera una máquina así, tú no podrías haberla construido. ¡Ni tan siquiera concebirla! ¿Dónde la conseguiste?

Díle que la construiste tú. ¡Rápido!

—La construí yo —afirmó Ruano.

—No lo entiendo —murmuró el Privado.

Ruano nunca le había visto tan nervioso y la curiosidad se llevó la mayor parte de su tensión.

—¿Qué quiere que le diga, Privado?

El Privado dio media vuelta, poniéndose cara a cara con su hijo.

—Estás ocultándome algo. ¿Qué es?

¡Eso es! Mantente firme ahora, querido. Díle que funciona con PQ.

Ruano meneó la cabeza y se humedeció los labios, y el Privado le rugió:

—¿Rehusas contestarme?

Cuéntaselo. Cuéntale lo del PQ. ¡Cuéntaselo!

Ruano nunca se había sentido tan destrozado. En todo esto debía haber algo que no conocía. ¿Qué era lo que le contenía? ¿Qué era lo que le ataba la lengua, le anudaba el estómago y ahogaba su garganta?

Confía en mí, Ruano. Confía en mí, pase lo que pase.

Eso le liberó.

—Sólo es un buscador —balbuceó—. Funciona con energía psicoquinética.

—¿Mediante qué? ¿Qué? —El Privado casi dio botes por el ansia.

—Lo llamo PQ. Poder mental.

—¡Entonces no se trata de ninguna máquina!

—Bueno..., sí, podría decirse eso. Al menos, ésa es mi teoría.

¿Dónde estaba la lengua atada, la garganta dolorida? ¡Habían desaparecido!

—¿Y tú crees en eso?

Ruano se descubrió sonriendo.

—Funciona.

—¿Por qué lo mantenías oculto?

—¿Habría creído en algo así, Privado?

—Confieso que no lo habría hecho.

—Bueno, pues eso..., quería tenerlo terminado y probado, eso es todo.

—¿Y entonces?

Dáselo. Lo digo en serio..., ¡dáselo!

—Bueno, es suyo. Nuestro. De la compañía. ¿Para qué, si no?

El sonido seco que se oyó fue el lento frotar de dos manos enguantadas. El otro, que sólo oyó Ruano, fue la ácida risa de la Abuela.

Y ni siquiera preguntó dónde estaba el operador psíquico. ¿Te fijaste? Y nunca lo hará.

—¿Te gustaría trabajar en esto con el Departamento de Investigación?

Claro, querido. Nunca te dejaré en la estacada.

—Desde luego —dijo Ruano.

—No sabes... No tienes ni idea de lo que esto significa —dijo el Privado. Por un momento, Ruano estuvo seguro que iba a darle una palmada en la espalda o algo igualmente impensable—. Todo ha sido culpa mía. Debiste dedicarte desde el principio a las tuercas y los tornillos. Y en vez de eso te tenía metido en pedidos e inventarios. Bueno, le has demostrado al viejo lo que vales. A partir de ahora, tu tiempo es tuyo. Podrás trabajar en lo que quieras que te divierta.

—No puedo hacer eso.

¡Por Dios, sí que puedes!, interrumpió la voz en su oído. Vuelve a pegarle ahora que tiene la guardia baja. Consíguete una casa propia.

¡Su propia casa! Con una de estas máquinas PQ, podía ir a cualquier parte, en cualquier momento. Podía llevarse a Val..., ¡y volver a ver a Flor!

IX

Hacía calor y viento y estaba muy oscuro. La aldea dormía y sólo un puñado de personas se sentaba a la gran mesa dispuesta sobre caballetes. Las estrellas les observaban y las aves nocturnas cantaban.

—Para ponernos serios —dijo la anciana con un tono que era cualquier cosa menos serio—, hay que decir que acabar con toda una cultura no es algo que se haga en una tarde. Tienes que saber lo que ha sido y lo que es, antes de saber a dónde va. Eso lleva una buena cantidad de tiempo. Luego tienes que decidir cuánto necesitas cambiar y, después de eso, si tienes razón o no en hacerlo. Y entonces tienes que estar seguro, pero seguro del todo, de no presionar demasiado, para que no se convierta en otra igual de mala.

—Pero yo siempre tuve razón, ¿verdad? —insistió Ruano.

—Sí, bendito seas. No sabes cuánto.

—Dímelo tú entonces.

—Hay partes que pueden dolerte.

—No le hagas daño —dijo Flor, medio en serio.

Ruano la tomó de la mano en la oscuridad, sintiendo, como siempre, esa oleada indescriptible de su interior que era desatada con el simple contacto de la carne viviente.

—Tengo que hacerlo, querida —dijo la Abuela—. También le dolerán las ampollas, y sus articulaciones cuando maneje el arado, pero a la larga se sentirá mucho mejor. ¿Quién está ahí? —preguntó.

Una voz profunda y feliz respondió desde la oscuridad.

—Soy yo, Abuela. Prester.

—Hola, Abuela —dijo Val.

Entraron en la suave y cálida luz de la lámpara que brillaba sobre la mesa. Val vestía una túnica muy corta sin mangas, que parecía haber sido tejida por una araña. Prester y ella se movieron brazo con brazo como si fueran una sola persona. Ruano se sintió deslumbrado cuando la miró a la cara. Apretó la mano de Flor y descubrió que le sonreía...

—Siéntense, chicos. Quiero que también lo oigan ustedes. ¿Puedes hacer algo por mí, Ruano? ¿Algo difícil?

—¿Qué?

—¿Prometes mantener la boca cerrada hasta que termine, pase lo que pase?

—Eso no es muy difícil.

—No, ¿eh? Muy bien, Flor, dinos qué poderes psi tienes.

Ruano cerró los ojos con placer, recordando la aparición de Flor en su cubículo, su fugaz aparición en la puerta durante su sueño, la copa que hizo aparecer en el aire para él.

—Ninguno que yo sepa, Abuela —dijo.

—¿Qué? —explotó él.

—¡Me prometiste que te callarías! —interrumpió la Abuela, y continuó hablando con Flor—: ¿Y quién, que sepamos, tiene el mayor índice psi de este sitio?

—Annie —dijo Flor.

—La niña de quince años de la que te hablé —le aclaró la Abuela a Ruano—. La que puede mover un objeto en línea recta. ¡Cállate! ¡Déjame terminar!

Se rindió haciendo un esfuerzo.

—En cierto modo, te mentimos —dijo la Abuela—, y, en cierto modo, no lo hicimos. En una ocasión te conté lo que habíamos pensado: que, si la dejábamos, algún día aparecería una nueva clase de hombre, el siguiente eslabón. Creo en ella, Ruano; si lo prefieres, puedes considerarlo un sueño. Y cuando tuviste tu sueño durante esos dos días, hicimos que el sueño fuera real durante un poco de tiempo. Lo montamos todo como si fuera una obra de teatro. Te tuve todo el rato en la mira de esta nueva máquina mía.

»Es una nueva máquina, Ruano, basada en un principio nuevo que nunca se les ocurrió a los chicos de la platrans. Es justamente lo que te dije que era, un transmisor móvil de materia, sin central, sin depósitos, sin plataformas. La utilicé en todos y cada uno de los incidentes psi que observaste en esos dos días. ¿Me crees?

—¡No!

—¿Val?

—Me gustaría —dijo insegura—. Pero siempre creí...

—No tenemos por qué mostrar tacto con esto —dijo la Abuela—. Les incomodará durante el resto de vuestra vida, a ti, Ruano, a Val y, luego, a toda la gente que vayamos atrayendo aquí. Podrán racionalizarlo o no, pero nunca creerás que tengo un nuevo tipo de máquina. ¡Cállate, Ruano!

»Ustedes dos y el resto de vuestra generación forman el primer grupo que ha recibido un acondicionamiento realmente eficiente desde la cuna. No lo recuerdan, pero les han imbuido de un par de convicciones básicas desde que eran niños de pecho. Quizá encontremos el modo de quitárselas. Una de esas convicciones es la que la platrans es el tope absoluto de la tecnología humana, que sólo hay una manera de hacerla y que sólo puede hacer una serie de cosas determinadas.

»Tu acondicionamiento fue mayor que el de Val, Ruano, porque son los varones de las familias de la platrans los destinados a construirlas. Por eso cuando se fabrique esta nueva máquina, serán mujeres las que lo hagan. ¡No luches contra ello, hijo! La tenemos, lo creas o no. A partir de ahora siempre la tendremos. Lo siento. Te duele hasta oír hablar

de ello y sé por lo que pasaste cuando tuviste que vendérsela a tu padre. ¡Estuviste a punto de morir asfixiado!

Ruano jadeó ruidosamente, pero no habló. Flor le rodeó con los brazos.

—Tuvimos que hacerte eso, hijo, debíamos hacértelo. Ya te darás cuenta del porqué —dijo la Abuela, con el rostro invadido por la preocupación y la ternura—. Ahora llego a esa parte. Ya dije que no acabas con una cultura así, de golpe, ¡boom! Yo quería cambiarla, no destruirla. El Estasis es el resultado final de un montón de historia. El ser humano se había golpeado a sí mismo demasiado tiempo, había desarrollado lo que podrías llamar una fobia hacia la inseguridad. Cuando tuvo la oportunidad, y la platrans, se encerró dentro de sí mismo. Originariamente, la platrans no se pensó para eso. Iba a volver a dispersar a la Humanidad por todo el planeta tras pasar muchos siglos escondiéndose. ¡Ja!

»Para la época en que empezaron los acondicionamientos en la cuna, prohibiendo nuevos pensamientos, nuevos lugares y nuevas formas de vida a cada nueva generación indefensa, ya había unos cuantos de nosotros que temían por la Humanidad. El Estasis fue la primera cultura humana que intentó hacer que las ideas nuevas fueran algo imposible. Creo que pudo haberse convertido en la primera cultura eterna de la Humanidad. Lo creo de verdad. Pero también creo que habría sido la peor de toda su historia.

»Y entonces apareció Ruano, el primero de los ejecutivos de la platrans que estaba totalmente condicionado, incapaz de pensar que podía mejorarse el servicio. Había, hay, muchos más en otras industrias y ahora iremos a por ellos, pero la platrans era la piedra angular. Puedes creerlo o no, Ruano, pero eras una amenaza. Había que pararte. No podíamos permitir que dirigieras la empresa sin haber introducido la nueva máquina, ya que de no hacerlo en tu generación, jamás podríamos introducirla.

»Tu padre es el último eslabón débil, el último con un acondicionamiento imperfecto que le permitiera plantearse alguna innovación. ¿Recuerdas tu sugerencia para eliminar a los operadores de envíos? Sólo él estaría lo bastante no condicionado como para desarrollar nuestra nueva máquina antes de darse cuenta que, una vez en uso, todos los cubículos de esta estructura humana se verían repentinamente expuestos al exterior. Y eso está bien. Podemos fiarnos de él, porque su “decencia” no le permitirá inmiscuirse en la intimidad de los demás. Nos encargaremos también de eso.

—Me gustaría que no hablaras así de él —dijo Ruano, con aire triste.

—Lo siento, hijo. ¿Te sirve de algo si te digo que tu servilismo y ciego respeto al padre también están condicionados? Me gustaría poder ayudarte. Tendrás que llevar esa carga toda tu vida. Como iba diciendo, aparece Ruano, y justo cuando hemos perfeccionado la nueva máquina. No habríamos tenido ningún problema de haber podido romper tu acondicionamiento, pero las únicas alternativas que parecíamos tener eran dos: o veías funcionar la máquina y pensabas que te habías vuelto loco, o utilizarías tu posición en la firma para erradicar todo rastro de ella.

—Pero te equivocaste en las dos —objetó Ruano.

—Porque descubrimos que el acondicionamiento contra una nueva platrans era contra cualquier máquina nueva, contra cualquier aparato nuevo —replicó la Abuela—. Nunca se les ocurrió pensar en la transmisión de materia por un método que ¡de ningún modo era una máquina!

»¿Ves ahora por qué tu padre se mostró tan alterado cuando se enfrentó a tu modelo experimental? Uno de los elementos básicos de su decente microuniverso se basa en que el acondicionamiento es seguro. Tú serías la última persona de todas las del planeta que pensaría en una máquina nueva, y mucho menos la construiría. Y, cuando por fin soltaste toda esa jerigonza sobre poderes psíquicos, reconoció la racionalización que había en ella y volvió a sentirse a salvo. El Estasis estaba a salvo.

»No me importa confesar que nos hiciste apretar el gatillo con algo de antelación. Nuestro plan inicial era reclutarte cuidadosamente, tal y como hicimos. Con sueños inesperados, y que apelaban con fuerza a todo lo que tuvo la Humanidad y que el Estasis estaba aplastando. Quizá para cuando tuviéramos bastante gente viviendo con nosotros, aquí, en el campo, se abrirían las puertas. De un modo u otro, al final ganaríamos. Teníamos de nuestro lado a la naturaleza y a Dios.

»Pero entonces apareciste tú. ¡Menudo candidato! Respondiste al milímetro, tanto que, de haberte dejado, habrías dinamitado el Estasis y probablemente acabado contigo y, de paso, con nosotros. Y te aferraste a esa idea sobre los psi del mismo modo que lo hiciste al filete que pusimos en tu nutriente para ver cuál era tu preferencia alimenticia tras la secuencia del sueño. ¡De pronto, querías plantar nuestra máquina en medio del Estasis! Era arriesgado pero..., bueno, ya has visto lo que ha pasado.

—¿Puedo hablar ya? —dijo Ruano incómodo.

—Claro, hijo.

—No pienso discutir contigo sobre la nueva máquina. O sea, sobre cómo funciona. Lo único que has hecho fue proporcionar una nueva máquina al Estasis. Puedes interferir en la nueva red, pero eso es algo que ya puedes hacer con la actual. ¿Dónde está la ventaja?

La Abuela se rió. Sacó un objeto blanco de un bolsillo y lo arrojó sobre la mesa. Dejó un rastro de polvo a medida que rodaba.

—¿Sabes lo que es?

—¿Tiza? —preguntó Val.

—No —dijo Ruano—. Es piedra pómez lunar. He visto bastantes.

—Bueno, tendrás que aceptar mi palabra —dijo la Abuela—, pese a que puedo demostrártelo cuando quieras, pero la he conseguido hoy mismo, a las 14.30, de la Luna, utilizando solamente la máquina que viste en el laboratorio.

—¡De la Luna!

—Sí. Ésa es la ventaja de la nueva máquina. La platrans opera dentro de un campo gravitatorio esférico, cancelando materia en determinados puntos y recreándola en otros, dentro de un sistema cerrado. Pero la nueva máquina opera en líneas paragravitacionales, líneas rectas de fuerza subespacial que se extienden desde cualquier otra. La nueva máquina, como la platrans, no emplea tiempo alguno en cubrir cualquier distancia, porque en realidad no recorre esa distancia.

»El alcance parece infinito, aunque hay una limitación a la hora de localizar el destino. Sólo es cuestión de la distancia que hay entre las dos partes de la misma máquina. Llego fácilmente a la Luna con una línea básica de veinte millas. Ponme un robot en la Luna y podré llegar a Marte. Establece una base en Marte y podré escupir en Alpha Centauri. En otras palabras, es un sistema abierto.

Guardaron silencio mientras Ruano alzaba los ojos e imaginaba, durante un estremecedor momento, a las estrellas como un brillante entramado de líneas extendiéndose desde cada planeta, cada estrella, hasta todas las demás; una red que latía con la presencia de una Humanidad impensablemente vasta.

—¿Alguien quiere comprar una buena nave espacial? —inquirió Prester.

—¿Por qué lo has hecho? —susurró Val, muy en voz baja, como si estuviera en una catedral.

—¿Te refieres a por qué no me dediqué a mis asuntos y dejé que el mundo se consumiera felizmente y se fuera al infierno? —rió la Abuela—. Supongo que porque siempre estuve demasiado atareada como para pararme a descansar. No, lo retiro. Digamos que lo hago por mi conciencia.

—¿Conciencia?

—La Abuela fue quien hizo la primera platrans —explicó Flor.

—Y tú estás diciéndole lo que puede y no puede hacerse, Ruano —jadeó Val.

—Sigo diciendo... —objetó él, irritado, y entonces rompió a reír—. Una vez le hice un regalo de cortesía a la Abuela. Tejido. Algo en lo que se entretienen los viejos mientras miran cómo se pone el sol.

Todos se rieron y Flor dijo:

—La Abuela no hace tejido.

—No, de momento no —dijo la Abuela, y sonrió mirando al cielo.

CUANDO SONRÍES

A estas alturas debe resultar evidente que tiendo a escribir sobre buena gente. Pero también creo en el yin y el yang (como descubrirás más adelante), y que uno debe darle la vuelta a la moneda de cuando en cuando e investigar lo que vive bajo la piedra calcinada por el sol.

También creo que pese a que siempre acabará haciéndose justicia (aunque sólo sea estadísticamente, aunque sea más tarde que temprano), ésta se hará, tan a menudo como no se hará, por motivaciones egoístas, y que el Universo se verá beneficiado por accidente.

Nunca contarle la verdad a los humanos.

No recuerdo haber formulado este precepto; sé que lo he seguido toda mi vida.

Pero, ¿a Henry?

Con Henry no importaría.

Podría decirse que Henry no contaba.

¿Y quién podría culparme? Descubrí que ser yo resultaba un trabajo solitario. Hacer mejores cosas que el resto de la gente —y para colmo hacerlas mejor— lleva implícita su propia recompensa, hasta cierto punto. Pero descubrir lo de esos asesinatos, esas decenas y decenas de hermosos asesinatos impunes, y no poder contárselo a nadie..., bueno, me comporto como un ser humano de tantas otras formas...

Y además, sólo era Henry.

Cuando yo era niño, tenía que recorrer cuatro kilómetros para ir a la escuela y, menos cuando nevaba, usaba patines. A veces hacía mucho frío, en ocasiones demasiado calor, y muy a menudo llovía, pero diluviara o chispeará, Henry siempre estaba allí cuando yo llegaba. Esto fue hace veinte años, pero sólo tengo que cerrar los ojos para recuperarlo todo, a él y su cara perruna y hogareña, su boca rara y flexible contorsionada por la risa y la bienvenida. Me tomaría los libros y los pondría junto a la pared, y de hacer frío frotaría una de mis manos entre las dos suyas, o de llover, o hacer mucho calor me tiraría una toalla del vestuario.

Nunca pude imaginar por qué lo hacía. Era mucho más que una simple adoración al héroe, y bien sabe el Señor que sacaba más bien poco de mí.

Eso se prolongó durante muchos años, hasta que se graduó. Yo no lo hice tan bien y me llevó más tiempo aprobar. No creo que tuviera muchas ganas de graduarme después que Henry lo hizo; la escuela me parecía repentinamente desierta, así que trabajé algo y conseguí librarme de ella.

Después de eso, pasé un buen montón de tiempo intentando alcanzar unos ingresos regulares sin especializarme en nada, y lo conseguí escribiendo artículos para el suplemento dominical de uno de esos periódicos cuya política editorial resulta aborrecible para la gente decente, pero no importa; no los lee nadie decente.

Escribo sobre inundaciones, describiendo convincentemente la segura tumba acuática que será Norteamérica, y escribo sobre sequías y la evaporación del agua potable, visualizando cómo expirarán nuestros nietos sobre desoladas llanuras tan secas como una patata frita. También tenemos la perenne colisión con un planeta errante, y reportajes sobre chiflados que predicen el fin del mundo, y biografías de grandes patriotas cuya grandeza no entra en conflicto con la página editorial. Hay que vivir, y nada de todo esto acaba molestándote, cuando lo encierras en un compartimiento lejos de lo que piensas.

Así que pasaron un montón de cosas, y con ellas se fueron veinte años, y un día me encontré con Henry.

La primera cosa de él que tenía gracia fue que no había cambiado. No creo que hubiera crecido mucho. Seguía teniendo ese pelo ordinario y esa boca grande y fea y esos ojos ardientes y felices. La segunda cosa con gracia era la manera en que iba vestido; con ropas de segunda mano, como siempre: el cuello de la camisa cuatro tallas demasiado grande, un traje que le hacía bolsas por todas partes y un jersey raído que habría contrastado amargamente con sus viejos pantalones de cheviot de no estar ambos tan gastados.

Se acercó hasta mí, jadeando con la lengua fuera de ese temprano día otoñal, y en el que, a excepción de Henry, toda la gente que había a la vista llevaba abrigo. Le reconocí en seguida y no pude evitarlo: me paré y me reí de él. Él también se rió, alegre hasta el punto de casi arrodillarse, sin importarle de lo que estuviera riéndome, dando la bienvenida a la risa por sí misma. Dijo mi nombre confusamente, una y otra vez; Henry siempre habla de forma confusa por esa sonrisa que le recorre media cabeza.

—¡Vamos! —bramé, empujándole luego. Eso siempre le hacía guiñar un ojo, y lo hizo ahora—. Te invito a una copa. ¡A nueve copas!

—No —dijo, sonriente, retrocediendo un poco, y meneó la cabeza de forma muy graciosa, como si fuera a agacharse—. Ahora no puedo.

Me dio la impresión que miraba mi traje a medida, o puede que la perla de mi pasador de corbata. O puede que se sorprendiera de la forma en que yo miraba sus harapos. Agitó las manos desatinadamente delante de él, como una vieja a la que pillan desnuda y no sabe con qué taparse.

—No bebo.

—Beberás —dije.

Le agarré por la muñeca y le arrastré hasta doblar la esquina, para meterle luego en el local de Molson, donde tironeó inútilmente de mí y murmuró cosas entre sus encajados y sólidos dientes. Yo quería una copa y necesitaba unas risas, y las necesitaba ahora, y no pensaba arrastrarle hasta Skid Row para que Henry no se sintiera fuera de lugar.

Había alguien sentado en el reservado, alguien a quien precisamente no quería ver. Ser visto por. Pero, no creo que mi paso vacilara ni un ápice al verla. Qué diablos, todavía tiene que llegar el día en que no pueda manejar a las tipas como ella...

—Siéntate —dije, y Henry tuvo que hacerlo; le empujé y el borde de la silla chocó con la parte de atrás de sus rodillas.

Me senté yo también, empujándole con la cadera lo bastante como para que los bordes de sus viejas y gastadas ropas se colaran por el hueco entre silla y pared y quedaran lo bastante pillados como para que no pudiera levantarse si yo no me movía antes.

—¡Steve! —grité, como si no me importara que los que estaban en el local supieran que estaba allí.

Steve ya venía a atendernos, pero siempre le grito así; le molesta. Steve también es un tipo gracioso.

—Yavá, yavá —se quejó—. ¿Qué van a tomar?

—¿Qué bebes, Henry?

—Oh, nada..., yo, nada.

Le bufé y miré a Steve.

—Dos whiskies con un toque de soda.

Steve gruñó y se alejó.

—De verdad —dijo Henry, con su gesto de quizá-será-mejor-que-me-agache—. No quiero. No bebo.

—Sí bebes —le dije—. ¿Qué ha sido de ti? Vamos, cuéntamelo todo desde el principio. Desde que dejaste la escuela. Quiero la historia de tu vida, conflictos y triunfos, faenas y tragedias.

—¿Mi vida? —preguntó, y creo que estaba sorprendido de verdad—. Oh, no he hecho nada. Trabajo en una tienda —añadió.

Cuando me quedé quieto negando con la cabeza, se miró las manos y las escondió en el regazo como si se avergonzara de las uñas.

—Lo sé, lo sé, no es gran cosa. —Me miró con esa peculiar mirada enrojecida que tenía—. No como tú, con un artículo a la semana en el periódico y todo eso.

Steve apareció con las bebidas. Me callé hasta que se fue. Me gusta aparentar ante Steve que tengo negocios importantes y que no confío en él lo bastante como para que los escuche. Les juro que hay veces en que se puede oír como le rechinan los dientes. Pero nunca ha dicho nada al respecto. Un buen cliente tiene más derechos que cualquier otra persona, así que no puede hacer nada por evitarlo. Sólo trabaja ahí.

—Brindo por el giro que no existe —dije, cuando se marchó—, y la partida que dijo que no podía jugarse. Y brindo por las mentiras que...

—De verdad que no quiero —dijo Henry.

—Si yo voy a ser hospitalario, tú tendrás que ser paciente —le dije, y tomé su vaso y lo planté ante su cara.

Puso los labios en él justo a tiempo de evitar que se le colara por el cuello tamaño gigante del jersey. No hizo más que tomar un sorbo, y esa enorme bocaza suya se encogió hasta adquirir el tamaño de un lunar, como si estuviera chupando por una pajita. Se le desorbitaron los ojos y se le llenaron de lágrimas; intentó contener el licor con la lengua, pero estornudó por la nariz y tragó y empezó a toser.

¿Reírme? Recuperé el aliento cuando estaba a punto de herniarme. Algún día tomaré una cámara y lo repetiré y haré inmortal al viejo Henry.

—¡Dios! —jadeó cuando pudo.

Se secó los ojos con las raídas mangas. Supongo que no tenía pañuelo.

—Eso ha dolido. —Pero volvía a sonreír con su vieja sonrisa de siempre—. ¿Bebes siempre esto? —medio tartamudeó.

—Constantemente, así —dije, y me bebí el resto de su copa—, y así —y me bebí la mía—. ¡Steve! —Steve ya tenía preparada la siguiente ronda y yo lo sabía, que era por lo que le gritaba—. Volvamos a lo que estabas contándome... —y volví a interrumpirme mientras Steve llegaba a nuestra mesa, ponía la nueva ronda, recogía los vasos vacíos y se marchaba—, a la historia de tu vida. Estabas aquí sentado y me decías: «Oh, nada», y dijiste que trabajabas en una tienda, punto. Ahora, yo te contaré a ti la historia de tu vida. Lo primero será decirte quién eres. Eres Henry, nadie más de este universo gris verdoso de Dios ha sido nunca este Henry en particular. Empezaremos por ahí. Ningún...

—Pero, yo... —dijo Henry.

—Ninguna montaña —continué—, ninguna supernova, ningún núcleo atómico, en pleno estado de fisión es más notable que el simple hecho que tú, Henry, seas simplemente Henry. Nómbrame un terremoto, un roble, un caballo de carreras o una tesis de medicina y, por Dios, que yo te nombraré uno semejante que se haya dado con anterioridad. Tú —dije, inclinándome hacia adelante y clavando mi dedo índice en su esternón—, Henry, eres único y sin precedentes en este planeta y galaxia.

—No, no lo soy —rió, apartándose del dedo, lo cual no le sirvió de mucho cuando le tuve clavado contra la pared de detrás de él.

—Ninguna supernova —repetí, al descubrir que la frase era un modo maravilloso de hacer subir por la nariz el aroma del licor—. Nos limitaremos a empezar por ahí —continué—. Eres un milagro por el simple hecho de existir, aparte de todo lo que hayas podido decir, hacer o soñar.

Aparté el dedo y volví a sentarme para mirarle fijamente.

—Ah —dijo; te juro que se sonrojó—. Ah, hay muchos más que son como yo.

—Ni uno solo. —Sopesé el vaso, descubrí que estaba vacío y bebí del suyo porque tenía la boca preparada para beber algo—. ¡Steve! —Esperé en silencio, observando como Henry se frotaba el esternón mientras llegaban los vasos llenos y se iban los vacíos—. Así que hemos empezado con un milagro. ¿Por dónde seguimos a partir de ahí? ¿Cómo capear eso?

El soltó una especie de risita. Significaba «no sé».

—Nunca oíste a nadie hablar de este modo de ti, ¿verdad?

—No.

—Muy bien.

Volví a mostrar el índice, pero no le toqué con él porque esperaba que lo hiciera.

Podía ver por encima de su hombro, en el espejo de la pared, a la mujer que estaba sola en el reservado, llorando. Siempre fue una buena llorona, sí.

—Te diré por qué hablo así, Henry —dije—. Lo hago por tu propio bien, porque no sabes lo que eres. Vas por ahí diciéndole a la gente «oh, nada» cuando te piden la historia de tu vida, y para empezar eres un milagro ambulante. ¿Por dónde continuamos ahora?

Se encogió de hombros.

—¿Te sientes mejor, ahora que sabes lo que eres?

—Yo no..., nunca se me ocurrió. —Me miró de pronto, como si hubiera descubierto lo que yo quería que dijera—. Supongo que sí.

—Muy bien, entonces. Eso facilita las cosas. Te las facilita, porque ahora voy a decirte lo que eres, Henry. ¿Qué eres, Henry?

—Bueno, tú dijiste que... —tragó saliva— un milagro.

Bajé el puño dando un golpe que sobresaltó a todo el mundo, incluso a la del espejo, pero especialmente a Henry.

—¡No! Yo te diré lo que eres. Eres un don nadie, ¡una nulidad tipo nada! —Me incliné hacia adelante. Él se encogió ante el dedo como un caracol ante la sal—. Y ahora me dirás que eso es una paradoja. Vas a decir que me contradigo.

—No, yo no.

Su voz temblaba y ahora volvía a sonreír.

—Bueno, de acuerdo, pero es lo que estás pensando, niño. —Alcé mi vaso—. Brindo por los ojos, azul castaño y leonados, y por los fuegos que esos ojos han caldeado; no me refiero a los fuegos que queman chozas, sino a los que...

—No, gracias —dijo.

Apuré mi bebida.

—Y quiero decir —inquirí en voz alta para mí— una nada de verdad. —Tomé su vaso y lo alcé; le miré—. ¿Quieres hacer el favor de no pisarme las frases?

—Lo siento. No me había dado cuenta. —Señaló vagamente—. No sabía que alguien pudiese aguantar tanto de este..., este whisky.

—Tengo noticias para ti, niño —dije, y le guiñé un ojo—. Ya va siendo hora de irse a casa y este whisky es lo único que he tomado para comer, y es lo que he tenido de merienda, té de alto octanaje, ¿captas?, y es lo que voy a tener de cena, y bien puedes envidiar esta capacidad mía. Entre otras cosas. Y ahora te diré por qué no he proferido paradoja alguna al describirte como un milagro y una simultánea, coexistente y concurrente nada.

Olí su bebida y la bajé.

—Empezaste siendo todo lo que describí, único y sin precedentes. Si piensas en ello, cosa que dudo, creerás que naciste desnudo e indefenso, y que no has hecho otra cosa que ganar, desde entonces, la capacidad del habla, la habilidad de leer, cierta educación (el que la llame así te indica el buen humor en que me encuentro) y, últimamente, alguna clase de trabajo en alguna clase de tienda, el derecho al voto y este..., bueno, traje inusual que llevas. Por muy modesto que seas acerca de esas realizaciones, y lo eres, lo eres de verdad, te parece que sólo son ganancias añadidas a lo que tenías al empezar. Bueno, pues no lo son. Has perdido desde el mismo día en que naciste. ¿Qué diablos estás mirando?

—A esa chica. Está llorando. Pero estoy escuchando lo que estás diciéndome.

—Es lo mejor que puedes hacer. Esto lo hago por ti, por tu propio bien. Deja que lllore. Si llora lo bastante, acabará descubriendo que llorar no sirve para nada. Entonces lo dejará.

—¿Sabes por qué está llorando?

¡Claro que lo sabía!

—Sí, y es un sistema bastante inútil. ¿Dónde estaba?

—Estoy perdiendo desde que nací —me recordó Henry, obediente.

—Sí, sí. Lo que has perdido es potencial, Henry. Empezaste con capacidad para hacerlo casi todo, y has llegado a un punto donde apenas eres capaz de hacer nada. Y, por otra parte, yo empecé siendo incapaz de hacer prácticamente nada y ahora puedo hacerlo casi todo.

—¡Eso es maravilloso! —dijo cálidamente.

—No tienes ni idea —le dije—. Ahora, recuerda que estamos hablando de ti. Ya verás la relación. Sólo quiero ponerte un ejemplo... En estos días, la gente se especializa en algo o no consigue llegar a nada; es lo uno o lo otro. Si eres lo bastante afortunado como para tener un talento determinado y encontrar un trabajo donde utilizarlo, llegarás lejos. Si tu trabajo no tiene nada que ver con tu talento, todavía podrás hacer algo. Si careces de talento, tienes un buen sustituto en trabajar con dureza en una sola cosa. Pero en cada caso, lo bueno que eres depende de cuánto te especialices y de cuánto trabajes dentro de tu especialidad. Yo, en cambio, soy diferente. ¡Steve!

—Nada para mí —insistió Henry, suplicante.

—Otra ronda, Steve. Henry, deja de interrumpirme cuando estoy haciéndote un favor. Lo que yo soy es lo que podrías llamar un especialista no especializado. Somos pocos y dispersos, Henry. Los que son como yo, quiero decir. En cuanto a lo concerniente al trabajo, tengo una brillante luz roja aquí... —me toqué la frente— que se enciende si permanezco demasiado tiempo en un mismo tipo de trabajo. Cada vez que sucede, dejo rápidamente lo que estoy haciendo y me pongo a hacer otra cosa. En cuanto al talento, lo tengo, supongo. Pero no lo uso. Lo evito. Es la única cosa que puede atraparme en la especialización y no pienso verme atrapado, ni por nadie ni por nada. ¡Yo no!

—Tienes mucho talento para escribir —dijo Henry, inseguro.

—Muchas gracias, Henry, pero te equivocas. Escribir no es un talento. Es una habilidad. Hay formas de pensamiento, tipos de pensamiento, que podríamos considerar basados en el talento; pero escribir sólo es una verbalización, una forma de poner en un código aceptado lo que ya tienes en la cabeza. Aprender a escribir es como aprender a mecanografiar, la transformación de una clase de energía en un símbolo. Lo que cuenta es lo que se escribe, no cómo lo haces. ¿Qué pasa? ¿Voy demasiado de prisa?

Estaba mirando al interior del local por encima de mi hombro mientras sonreía.

—Todavía sigue llorando.

—Olvídalo. Todos los días hay mujeres que pierden maridos. Acaban superándolo.

—Perder... ¿Ha muerto su marido?

—Ambas cosas.

Volvió a mirar y observé su boca abierta, la exhibición de dientes fuertes y desiguales. No le culpaba. Era una chica desacostumbradamente atractiva y no había moros en la costa. Me pregunté qué podría decirsele a Henry para que no sonriera.

Entonces volvió a mirarme.

—Estabas hablando de lo que escribes —dijo.

—Ah. Ahora, Henry, supón que te encargan escribir un artículo todas las semanas y que escribes todas y cada una de las frases para que se las crea el hombre que las lee. Y supón que un artículo dice: «El mundo se acaba». Y otro dice: «El mundo no se acaba». Uno dice: «Ningún hombre es bueno. Sólo se limita a luchar contra su maldad innata». Y otro dice: «Ningún grado de maldad puede alterar la bondad intrínseca de los seres humanos». ¿Ves a lo que me refiero? Cada una de las palabras de este artículo surge como si fuera una revelación. Todos los artículos rezuman sinceridad. ¿Dirías que el escritor de toda esa basura cree, o no, en lo que escribe?

—Bueno, supongo... No lo sé. Yo... —Miró fugazmente a mis ojos, intentando otra vez descubrir lo que quería que dijera—. Bueno —dijo torpemente, cuando me limité a guardar silencio sin ayudarlo—. Si tú, o sea, yo, escribiera así, si yo digo que el blanco es blanco y luego que es azul..., bueno, supongo, ¿no puedo creer las dos cosas?

Su voz puso tímidamente el signo de interrogación al final y pretendió encogerse.

—Quieres decir que esa clase de escritor no cree en nada de lo que escribe. Bueno, sabía que ibas a decir eso, y has errado en un ciento tres por ciento.

Y me incliné hacia adelante y le miré.

Él se miró el regazo.

—Lo siento. —Y luego—: ¿Lo cree en parte?

—¡No!

—Oh —dijo Henry.

Desplazó su vaso un centímetro a la izquierda con gesto miserable. Se lo quitó.

—Un escritor así —dije— aprende a creer en todo lo que escribe. Claro que el blanco es blanco. Pero fíjate, mira hasta donde llega un microscopio, y más lejos aún, ¿qué es lo que tienes? Medidas que sólo pueden ser aproximativas; partículas que no son ni partículas, sino lugares con probabilidades de contener cargas eléctricas...; en otras palabras, un área donde nada es un hecho, donde nada sigue las reglas que hemos establecido para el adecuado comportamiento de los hechos.

»Ahora vayamos en dirección contraria, hacia el espacio, más lejos de donde alcanzan los telescopios más grandes, ¿y qué encuentras? ¡Lo mismo! Lo inconmensurable, el área de posibilidad y probabilidad, donde la computación teórica (o jerga científica para especulación a ciegas) se convierte en matemáticas aceptables. Por lo tanto, hemos vivido todos estos años pensando que el blanco es blanco y que un sencillo a más b equivale a un respetable c.

»Puede que tuviéramos excusa para pensar así cuando no sabíamos que todos los micrómetros del microcosmos y el macrocosmos estaban hechos de caucho y que las cintas métricas estaban impresas en macarrones mojados. Pero ahora lo sabemos; así que, ¿con qué derecho asumimos que todo lo de arriba es nebuloso y lo de abajo embarrado, pero que todo lo de aquí es reluciente como un alfiler y se le quita el polvo todos los días? Yo sostengo que ninguna cosa es al mismo tiempo cualquier cosa; que ninguna cosa prueba cualquier cosa, y que ninguna cosa sigue a cualquier cosa; ninguna cosa es realmente real, y que la idea que vivimos en el confortable relleno de un confuso sandwich no es más que una ilusión.

»Pero no puedes ir por ahí sin creer en la realidad mientras haces tu trabajo y te pagan por ello. Así que la única alternativa que te queda es la de creer en todo con lo que te tropiezas, en todo lo que oigas y, especialmente, en todo lo que piensas.

—Pero yo... —dijo Henry.

—Cállate. Ahora bien, la creencia (la fe, si lo prefieres) es algo peculiar. El conocimiento también ayuda, pero al mismo tiempo sólo puede existir en presencia de la ignorancia. Mantengo como axioma que toda información completa, realmente completa, sobre cualquier tema acabará destruyendo toda creencia en él. Las distancias que separan las piedras de la lógica son las únicas que dan pie a esa especie de ignorancia llamada intuición, sin la cual no puede moverse la mente. Así que volvemos a donde empezamos; al no especializarme en nada, me limito a salvaguardar mi ignorancia, y mientras mantenga esta ignorancia a un determinado nivel crítico, podré decir cualquier cosa u oír cualquier cosa y creérmelas. Así, vivir resulta toda una diversión y yo me divierto más que nadie.

Henry sonrió ampliamente y afirmó con la cabeza en señal de profunda admiración.

—Me alegro si es así, o sea, si eres feliz.

—¿Qué quieres decir con ese si? Obtengo todo lo que quiero, Henry; siempre consigo lo que quiero. Si esto no es ser feliz, ¿qué lo es?

—No lo sé —Henry cerró un momento los ojos y luego añadió—: No lo sé... Déjame salir, ¿quieres?

—¿Vas a alguna parte? Todavía no he acabado contigo, Henry, chico. Ni siquiera he empezado a acabar contigo.

Miró ansioso a la puerta y, sin moverse, pareció suspirar. Luego volvió a sonreír.

—Sólo quiero ir al, eh..., ya sabes.

—Ah, eso. El departamento de la cerveza usada está bajando esa escalera de allí.

Me levanté y le dejé pasar. No había modo de salir de Molson como no fuera pasando delante de mí; no podría largarse.

¿Por qué no debía largarse?

Porque hacía que me sintiera bien, por eso. Había algo en Henry, una especie de delicado efecto encandilador, que me era de lo más atrayente. Recítale el abecedario y te juro que parecerá encandilado. Y no es que lo que estaba largándole no pudiera encandilar a cualquiera.

Fue entonces cuando decidí contarle lo del asesino.

La habitación se tambaleó de pronto y me agarré al borde de la mesa y la detuve. Reconocí el síntoma. Sería mejor que consiguiera algo de comer antes de seguir empapándome en bebida. No quería ponerme ofensivo.

Fue entonces cuando sentí, más que oí, una especie de conmoción. Levanté la mirada. Ese maldito imbécil de Henry estaba inclinado, apoyando las manos en la mesa donde estaba sentada esa como-se-llame, la que lloraba todo el rato. Vi como ella alzaba la mirada y luego se le retorció toda la cara. Se levantó de golpe y le plantó una en la mejilla que le hizo dar media vuelta. De lo siguiente que te dabas cuenta era que estaba saliendo por la puerta, con Henry mirándola y sonriendo y frotándose lentamente la cara.

—¡Henry!

Henry se dio la vuelta, volvió a mirar la puerta, y se tambaleó hacia mí.

—Henry, viejo lobo; qué callado te lo tenías —dije—. ¿Desde cuándo recoges tomates? Se limitó a sentarse pesadamente y a frotarse la mejilla.

—¡Dios!

—¿Por qué no me dijiste que querías intentar algo con ella? Te habría evitado la molestia. No será buena para nada hasta dentro de varias semanas. No puede pensar en nada que no sea...

—No era nada de eso. Sólo le pregunté si podía hacer algo por ella. No pareció oírme, así que repetí la pregunta. Entonces se levantó y me pegó. Eso es todo.

Me reí de él.

—Bueno, probablemente le hiciste un favor. Está mejor enfadada con alguien que ahí sentada deshaciéndose en lágrimas. Por cierto, ¿qué es lo que te hizo pensar que podrías llegar con ella a la primera base?

Sonrió y negó con la cabeza.

—Te lo digo en serio, de verdad que no quería nada, sólo ver si podía ayudarla. —Se encogió de hombros—. Estaba llorando —dijo, como si eso explicara algo.

—¿Y a ti qué te importaba?

Él negó con la cabeza.

—¡Ya me parecía! —le palmeé en la espalda—. Por ahí es por donde empezaremos, Henry. Vamos a rehacerte del todo, eso es lo que vamos a hacer. Vamos a liberarte de tus camisas gigantes de segunda mano y de tus ideas enanas de niño explorador. Vamos a descubrir qué es lo que quieres de verdad y luego veremos cómo aprendes a conseguirlo.

—Pero yo estoy..., o sea, la verdad no...

—¡Cállate! Y la primera piedra angular y cosa importante que tienes que meterte en la cabeza hasta que se te ponga la cara azul es: nunca hagas nada por nada. En otras palabras, pregúntate: «¿Qué gano yo con esto?», y no hagas nada sobre nada hasta que no recibas un «¡Mucho!» por respuesta. ¡Steve! ¡La cuenta! Así siempre tendrás una cartera nueva acompañando a tu nuevo traje, y nadie, mucho menos las chicas, te abofeteará en un mugriento tugurio como éste.

La verdad es que no era un mugriento tugurio, pero Steve llegaba en ese momento y quería que me oyera decirlo. Le di lo que indicaba la cuenta, al centavo, y le dije que se guardara el cambio. Suelo darle propina a Steve de vez en cuando —no muy a menudo—, y entonces lo hago con uno de veinte o más. Lo que no sabe es que si totalizara todas las cuentas y todas las propinas, éstas acabarían sumando exactamente un nueve por ciento. O lo descubre algún día por su cuenta o yo mismo se lo contaré; de una forma u otra, la cosa será divertida. El secreto para divertirse a gusto es prestarle atención a los detalles.

Ya en la calle, Henry se detuvo e hizo dar vueltas a sus pies.

—Bueno, adiós.

—Bueno para nada. Te vienes a casa conmigo.

—Oh —dijo—. No puedo. Tengo que...

—¿Tienes que qué? Vamos, Henry, necesitas ayuda, lo sepas o no; y vas a recibirla, te guste o no. ¿Es que no te he dicho que iba a desmontarte y rehacerte del todo?

Dio un paso a la derecha y luego otro a la izquierda.

—No puedo malgastar tu tiempo. Será mejor que me vaya a casa.

De repente me di cuenta que si no podía convencerle que cambiara de opinión, la única manera para que se viniera conmigo sería arrastrándolo. Podía hacerlo, pero no tenía ganas. Siempre hay alguna alternativa al trabajo duro.

—Henry —dije, e hice una pausa.

Él esperó, sin moverse de modo nervioso, erguido y aparentemente tranquilo. Los tipos como Henry no pueden ni luchar ni correr; puedes hacer lo que quieras con ellos. Así que..., piensa. Piensa qué es lo que debes decir en ese momento. Yo lo hice.

—Henry —dije, muy de pronto, muy suavemente, con sinceridad, y el cambio debió sorprenderle más que un grito—. Tengo un problema terrible y eres la única persona del mundo en la que puedo confiar.

—Dios. —Se me acercó un poco más y me miró en el creciente crepúsculo—. ¿Por qué no lo dijiste antes?

Todo hombre tiene una hembrilla sobresaliendo en lo más hondo de su alma. Todo lo que tienes que hacer es encontrarla y colocar ahí tu gancho. Éste era el de Henry. Estuve a punto de reírme, pero no lo hice. Aparté la cara y suspiré—. Es una larga historia..., pero no debería molestarte con ella. Quizá sea mejor que te...

—No. Oh, no. Iré contigo.

—Eres un amigo, Henry —murmuré, y tragué saliva tan ruidosamente como pude.

Caminamos hasta el parque y empezamos a cruzarlo. Yo caminaba lentamente y mantenía la mirada fija en el vacío, como una plañidera alquilada, mientras Henry trotaba junto a mí, mirándome ansiosamente a la cara de cuando en cuando.

—¿Es por esa chica? —me preguntó al rato.

—No —dije—. Ésa no es ningún problema.

—Su marido. ¿Qué le pasó?

—Lo mismo que al carnero que no se fijó en las curvas de la oveja. —Le di un codazo—. Las curvas, ¿lo atrapas? Es igual, siguió de largo y se tiró por un barranco. —Pasábamos bajo una farola y vi el rostro de Henry—. Algún día se te va a partir la cabeza en dos de tanto sonreír. ¿Por qué vas todo el rato exhibiendo de esa manera los dientes?

—Lo siento —dijo, y cuando casi habíamos atravesado el parque—: ¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —pregunté, distraído.

—El marido... por el barranco.

—Ah. Bueno, ella se revolcó en un pajar con alguien y, cuando se lo dijo, él fue y se largó al otro mundo. Hay gente que se toma a sí mismo muy en serio. Hemos llegado.

Le llevé por el camino y a través de las puertas de herculita. En el ascensor, tragó saliva ante la visión de las paredes forradas de madera.

—Esto es muy bonito.

—Resguarda de la lluvia —dije modestamente. Las puertas se abrieron, le guié hasta el descansillo y abrí—. Vamos, entra.

Y entramos y allí, naturalmente, estaba Loretta con La Mirada en su cara, la maldita rabia siempre manifestándose como dolor. Así que empujé a Henry para que pasara adelante y observé cómo La Mirada era reemplazada por Los Modales Hospitalarios.

—Mi mujer —le dije a Henry.

Él retrocedió y volví a empujarle hacia adelante. Sonrió y agitó la cabeza y meneó su figurada cola.

—Oh-oho-ho... —dijo, tragó, y volvió a intentarlo—. Ho-hola, ¿cómo está?

—Es Henry, el viejo compañero de la escuela del que no te he hablado nunca, Loretta.

—Nunca le decía nada—. Tiene hambre. Tengo hambre. ¿Qué hay de comida? —Antes que pudiera responder, pregunté—: Unos platos de papel en el estudio ocasionarán menos problema que poner la mesa, ¿eh? —Y debió asentir a esto, así que empujé a Henry hacia el estudio, mientras decía un—: Estupendo, y gracias, oh, mujer entre las mujeres —que la hizo asentir con una promesa.

Entramos y cerré las puertas dobles y me apoyé contra ellas, riéndome.

—¡Dios! —dijo Henry, con ojos cada vez más ardientes—. Nunca me dijiste que..., eh, estabas casado.

La sonrisa titubeó, y luego resplandeció.

—Supongo que no. Es una de esas cosas, Henry. Como el aire que respiras, un moqueo de la nariz, el camino que recorres para ir a la oficina..., todo es lo mismo. Parte de tu entorno. ¿Para qué hablar de ello?

—Sí, pero puede que..., puede que le estemos molestando. ¿Por qué te ríes?

Me reía por el cambio en la cara de Loretta al ver que veníamos. Llegaba tarde y la cena se había echado a perder, y para colmo bebido; y esperaba poder desahogarse montándome una cabalgata de sentimientos heridos por todo el apartamento, y no esperaba que llevara a nadie a casa. Ah, Loretta, tan afectada, tan educada. Se habría muerto antes que mostrar sus sentimientos ante un extraño, y ver cómo pasaba de la hostilidad a la hospitalidad en tres segundos y cinco décimas resultaba, para mí, muy divertido. Siempre hay una manera de resolver las cosas. Todo lo que tienes que hacer es pensar en ella. A tiempo.

—Me río —le dije a Henry— ante la idea que Loretta tenga molestias.

—¿Quieres decir que no molesto?

—Quiero decir que has hecho que todo vaya bien. Siéntate.

Lo hizo.

—Es guapa.

—¿Q...? Ah, Loretta. Sí, sólo tengo de lo mejor. Henry, soy un hombre diferente a los demás hombres.

Tanteó con algunas expresiones faciales y se decidió por una de lerdá confusión sonriente.

—¿No lo es todo el mundo? —preguntó tímidamente.

—Sí, idiota. Pero con diferente, me refiero a realmente diferente. No necesariamente mejor —añadí con modestia—. Sólo diferente.

—¿Qué quieres decir con diferente?

El bueno de Henry. ¡Qué hombre más constante!

Como respuesta, tomé mi llavero, saqué la llave plana que abría el archivador y la balanceé.

—Te lo mostraré, en cuanto tengamos algo en el estómago y ninguna interrupción.

—¿Es ése el..., el problema en que me dijiste que estabas, para el que querías mi ayuda?

—Lo es, pero es tan privado y confidencial que no quiero que pienses en él hasta que no cierre la puerta y entre en detalles.

—Oh —dijo—. Muy bien. —Buscó visiblemente alguna cosa de lo que hablar—. ¿Puedo preguntarte algo sobre esa chica que estaba..., la que su marido...?

—Dispara —dije—. No tiene importancia. Henry, tienes un don de lo más condenado para mezclar lo horrendo con lo trivial.

—Lo siento. Parecía tan..., bueno, triste. ¿Qué fue lo que dijiste? No creo haberlo comprendido. —Su voz colocó el signo de interrogación a su extraña sintaxis—. Que ella y alguien... —Sus palabras se salieron del carril y se volvió rosa—. Y su marido descubrió...

—Vaya, si ella y alguien. Y él no lo descubrió, exactamente; ella se lo dijo. La tipa estaba metida en algo de investigaciones, sabes. Probandó una droga nueva, de esas que llaman hipnóticas. Y allí estaba ella, despierta y consciente y totalmente receptiva a cualquier clase de sugerencias. Y ya pudiste darte cuenta que no es fea, no está nada mal. Así que la naturaleza siguió su curso. Carpe diem, como decían los romanos, que significa que si no haces un agujero no encontrarás petróleo.

Me miró, nebuloso, pero también sonriendo ampliamente.

—El investigador fue quien le dio la droga. Pero no fue culpa suya. Quiero decir que su marido no tenía por qué...

—Su marido tenía que hacerlo —imité—, al ser como era. Uno de esos idealistas, tipo el-amor-es-sagrado, que, además de todo esto, era muy sensible acerca de la parte de su cara que dejó en Corea. El amor —dije, volviendo a arponear las clavículas de Henry con mi índice— no es más que una ración de copos de avena.

Me eché hacia atrás.

—Además, no tenía ningún modo de saber cómo había pasado todo. Esa droga es algo así como el amytal sódico, aunque sin la menor relación química. Ya sabes, «¡el suero de la verdad!». La diferencia básica es que no te deja atontado o colocado. La tipa se fue directamente a casa, caminando y hablando como siempre, incapaz de ocultar lo que había pasado. Ni siquiera sabía que la habían, eh..., medicado. Lo tomó con el café. Todo lo que podía decir era que había pasado esto-y-aquello y que todo había sido tan sencillo que, a partir de ahora, nunca sabría cuándo podría volver a ocurrirle. El marido lo meditó casi toda la noche y luego se levantó, se metió en su coche y se tiró por el barranco.

Henry sonrió dos veces, superponiendo una sonrisa a la otra.

—¿Y ahora se pasa el tiempo emborrachándose en los bares?

—No se emborracha. ¿Has leído un libro de William Irish titulado Mujer fantasma, Henry? Trata de una chica que acaba con el protagonista rondándole todo el tiempo, que

está siempre donde está él, día y noche, durante semanas. A su fracasada manera, esa chica del bar intenta hacer lo mismo conmigo. Se sienta donde puedo verla y me odia. Y llora.

—¿Tú?

Le guiñé un ojo y le dediqué unos chasquidos que hice con la lengua como si le diera el arre a un caballo.

—Investigación, Henry. Un proyecto científico acoge multitudes. Y cubrir multitudes es un buen hobby, especialmente si lo haces de una en una. Pues claro que sé química. No te dije que era un no especialista especializado. Ahora borra esa sonrisa de la cara o no serás capaz de masticar: aquí viene la comida.

Loretta entró con una bandeja. Camarones fritos en mantequilla con salsa picante de naranja, una ensalada verde con cebollitas y nueces gratinadas, y un pastel árabe de miel.

—¡Oh! —jadeó Henry, dando un salto para ponerse en pie—. Oh, esto es espléndido, seño...

—No nos has traído nada para tomar antes una copa, pero supongo que podemos tomarla con la comida —dije.

—Yo no quiero nada, de verdad —dijo Henry.

—Está siendo educado. No dejemos que nuestros huéspedes se muestren educados, ¿eh, Lorrie?

Por un momento, Lorrie sólo tuvo un labio por haberse aspirado el inferior para mordérselo.

—Lo siento. Prepararé... —dijo.

—No prepares nada —le dije—. Trae la botella. No queremos molestarte más, ¿verdad, Henry?

—De verdad que no quiero...

—Vamos, querida. —Dos de cada cinco veces que digo querida, lo hago con un rugido. Puso la bandeja en la mesita de café y se deslizó afuera. Me reí—. Maravilloso, maravilloso. No es que me niegue la bebida, pero desde luego sí que me la esconde. Y ahora, por Dios, que me la va a traer.

Pude oír el sonido viscoso que hicieron las comisuras de la boca de Henry cuando su sonrisa la estiró.

Loretta volvió y le quité la botella.

—Sin sifón; aquí sólo hay hombres. Muy bien, querida, no hace falta que vengas a recoger los platos.

No podía volverse para ir hacia la puerta y no podía apartar los ojos de mí —puede que estuviera asustada—, así que salió de lado, sin olvidarse de dedicarle a Henry el derruido fragmento de una sonrisa de azafata.

—Muchas gracias, seño... —estaba diciendo Henry, pero para cuando consiguió balbucearlo todo, yo había cerrado ya la puerta.

Fui hasta el sofá frotándome las manos.

—Trae la botella, Henry.

La traje, y se sentó a mi lado, y comimos. Todo estaba muy bueno, que es lo mínimo que puede esperar un hombre. Jugueteé con la idea de gritar pidiendo tabasco, pero de momento ya había disfrutado bastante a costa de Loretta. Mi estómago se sintió a gusto consigo mismo, una vez que envolvió esta comida. Henry absorbía lo que tenía en el plato, en silencio, sin sonreír y enfrascado en ello.

Le eché un trago a Henry, sabiendo que podía permitirme el ser generoso, y me eché otro. Me recosté y disfruté de un buen eructo, lo que sobresaltó a Henry, vacié el bourbon, volví a llenar el vaso y fui hasta el escritorio.

En mi escritorio hay una máquina de escribir, y bajo la máquina de escribir una esterilla para absorber el ruido, y en la esterilla guardo una aguja de máquina de coser, el mejor

mondadientes que ha fabricado el hombre. Es fuerte y afilado y tiene un soporte por el que poder agarrarlo sin que se rompa. Me senté en la silla giratoria, apoyé los codos en la máquina de escribir y me hurgué los dientes y contemplé a Henry rebañando con un pedazo de pan la miel del plato de postre...

—Esto estaba..., desde luego, tu mujer sabe...

—Ya te lo dije, Henry, sólo de lo mejor. Siéntate aquí. Tráete el vaso.

Dudó un momento, y luego lo trajo y lo dejó sobre el escritorio y a mi alcance. Se sentó en el borde de la poltrona. Parecía un gatito preocupado en su primer intento de sentarse en una valla. Me reí en sus narices y me sonrió.

—Lo que voy a hacer, Henry —le dije, le dije al vulgar, estúpido, pusilánime, cara de perro de Henry—, es ponerte al corriente de algunas cosas que no conoce ningún ser humano de la Tierra. Y al mismo tiempo voy a decirte que esas cosas son conocidas por cierta cantidad de gente. No es una cantidad muy grande, pero es una cantidad. ¿Pueden ser ciertas ambas afirmaciones?

—Bueno, yo... —dijo, y se sonrojó.

—Eres algo lerdo, así que te pondré las cosas fáciles y sencillas. Acabo de formular una paradoja. Pero no es una paradoja. No te quedes ahí sentado sonriendo y meneando la cabeza. Límitate a escuchar. Acabarás cazándolo. Dime, tú y yo..., ¿somos diferentes el uno del otro?

—Oh, sí —respiró.

—Bien. Y al mismo tiempo todos los seres humanos son semejantes. ¿Y sabes algo? Aquí tampoco hay paradoja.

—¿No?

—No. Este es el porqué. Tú eres como mi mujer y el cantinero y mi editor y todos los millones de reptiles y animales de la Tierra que se hacen llamar seres humanos. Y, como tú mismo has puntualizado tan perceptiblemente, yo no soy como tú. Y, para tu información, no soy como Loretta o Steve o mi editor. ¿Ves ahora por qué no hay paradoja?

Henry se agitó incómodo. Me dejaba totalmente asombrado. ¿Cómo era posible que un tipo como Henry, sin farolear, sin habilidad, sin siquiera, hasta donde yo podía ver, la habilidad para mentir un poquito..., cómo podía vivir tres días consecutivos en un mundo como éste? Fíjense en él, concentrándose en mi pregunta, deseando tanto encontrar la respuesta acertada.

Lo que encontró fue una abyecta disculpa.

—No, no lo veo. No lo sé. —Sus ojos parpadearon, el avergonzado sonrojo crepitó y se desvaneció—. A no ser que quieras decir que no eres un ser humano.

Soltó una débil risita y volvió a hacer ese gesto suyo, medio protección, medio encogerse.

Me eché hacia atrás y le miré fijo.

—¿Verdad que es un alivio saber que, después de todo, no eres tan tonto?

—¿Es eso lo que quieres decir? Que no eres..., ¡pero yo creía que todo el mundo era un ser humano! —gritó patéticamente.

—No dejes que se te revuelvan las ideas —le dije con amabilidad.

Me eché bruscamente hacia adelante para sobresaltarle, sobresaltándome a mi vez. Metí el dedo en mi bourbon, alcé el vaso con la otra mano, y dibujé un húmedo círculo en la superficie del escritorio, de unos diez centímetros de diámetro.

—Supongamos que en cualquier parte dentro de este círculo —moví el vaso dentro de sus límites—, este vaso es lo que tú llamarías humano. Cuando está aquí o un poco más hacia allá, sigue siendo humano; pero no es el mismo humano, la misma clase de humano. Tú eres diferente de Steve el cantinero porque todo lo que es él está aquí, y todo lo que eres tú está al otro lado, aquí. Eres diferente porque estás colocado en un lugar

diferente del círculo, pero son lo mismo porque ambos están dentro de él. ¡Abracadabra!, no hay paradoja.

Moví el vaso lo bastante lejos como para vaciarlo, lo dejé aparte y puse la mano en el círculo. La madera húmeda estaba empapándose lentamente, lo cual estaba bien; ya lo limpiaría Loretta al día siguiente.

—Dentro del círculo —dije— un hombre puede ser listo o estúpido, melómano, agresivo, alto, afeminado, dotado para la mecánica, yugoslavo, genio matemático o pastelero, pero siempre será humano. Ahora bien, ¿qué es lo que nos obliga a pensar que un hombre tiene que vivir forzosamente dentro del círculo? ¿Y si hubiera alguien que naciese aquí, en el exterior del círculo? ¿Y por qué no aquí, justo en la línea delimitatoria? ¿Quién dice que no puede vivir aquí fuera?

Y golpeé la mesa a veinte centímetros del círculo.

—Yo... —dijo Henry.

—Cállate. Respuesta: hay gente al otro lado de esta frontera. No muchos, pero sí algunos. Y si a los de dentro los consideras «humanos», los de afuera tienen que ser... otra cosa.

—¿Es eso lo que eres tú? —susurró Henry.

—Eso soy yo.

—Eres lo que llaman una mot..., mut...

—¿Mutación? ¡No! Bueno, maldita sea, sí; es un hombre tan bueno como cualquier otro. Pero no tiene nada que ver con nada de lo que has podido pensar. Nada de polvo atómico, rayos cósmicos, o algo así. Sólo es una variación vulgar y corriente. Fíjate en que hay más distancia entre un extremo y otro del círculo que en salir de dentro a fuera de él. O sea que la distancia está dentro de la variación permisible; de las diferencias entre seres humanos que hace que los seres humanos sigan siendo seres humanos. Pero una pequeña variación hacia aquí —moví mi dedo fuera el círculo— y tendrás algo muy nuevo.

—¿Cómo..., de nuevo?

Me encogí de hombros.

—De cualquier modo y de infinitas maneras. Elige una especie. Pongamos gatos de la misma camada. Descubres que uno tiene garras más afiladas, otro, ojos más penetrantes. ¿Cuál es el mejor?

—Bueno, supongo que el...

—No, balbuceante Neanderthal. —Eso le hizo sonreír—. Ninguno es mejor. Sólo son diferentes, cada uno a su manera para ser un poco mejor cazador. Ahora supongamos que otro de la camada tiene plaquetas superpuestas como un armadillo, ahí tendrías tu...

—¿Supergato? —aventuró.

—Llamémosle «ingato».

—Eres..., eres, eh, in...

—Inhumano —asentí.

—Pero pareces...

—Sí, un gato con glándulas sudoríparas en la piel también parecería un gato..., la mayor parte del tiempo. Yo soy diferente, Henry. Siempre he sabido que era diferente. —Proyecté mi índice hacia adelante y él se encogió ante mi imaginario toque—. Tú, por ejemplo, tienes, más que nadie a quien haya conocido, esa cosa llamada «empatía».

—¿La tengo?

—Siempre sientes con el tacto de los demás, ves con los ojos de los demás. Ríes con ellos, lloras con ellos. Empatía.

—Oh. Sí, supongo...

—En cuanto a mí, tengo tanto de eso como pelo tiene mi gato-armadillo. Simplemente no tengo. En vez de eso tengo otras cosas. ¿Sabías que no me he enfadado en la vida? Por eso es por lo que me lo paso tan bien. Por eso puedo manejar a los que me rodean.

Puedo hacer que cualquiera haga lo que sea, porque siempre me mantengo sereno y controlado. Puedo rugir como un león y golpear la pared con los puños y dar un espectáculo, pero siempre sé exactamente lo que estoy haciendo. Me conociste en tiempos, Henry. Has leído mi trabajo. Me has visto funcionar. ¿Llamarías humano a un hombre así?

Se humedeció los labios, juntó las manos, hizo restallar los nudillos con aire ausente. ¡Pobre Henry! Le proporcionas una idea totalmente nueva y ésta le parte el cráneo por las junturas.

—¿No podrías tener —aventuró por fin— algo como una especie de talento, y no ser en absoluto diferente?

—Ah, ahora llegamos a donde yo quería. Ahora presentaremos la prueba definitiva. Hablando de prueba, ¿dónde está la botella? Ah, aquí. —Llené el vaso—. Verás, Henry, yo soy un chico de lo más modesto. Cuando descubrí todo esto, no hice lo que sería humano y llegar a la conclusión que era el único super..., eh, inhumano en cautividad. Nace demasiada gente, hay demasiada variación de este y aquel modo. Es la ley del porcentaje. Tenía que haber más como yo.

—Quieres decir como...

—¡No! Hablo de inhumanos..., de todas clases, de cualquier clase. Así que, como pienso igual que un inhumano, pensé en la manera de localizar a los de mi clase.

Intenté levantarme de la silla, renuncié y me dejé caer de vuelta a ella.

—Maldita sea. Sabes que tengo tanta hambre como un..., figúrate, con una cena como ésta. ¿Por qué no podrá cocinar algo que llene las costillas de un hombre? Te juro que estoy tan vacío como una bolsa de papel. Henry, comprueba esa puerta por mí, fijate si está cerrada.

Fue hasta la puerta y tiró de ella. Estaba cerrada. Cuando volvió, tomó la llave plana.

—Esto te abrirá los ojos, Henry, viejo amigo, viejo amigo —dije.

Saqué el expediente «Justicia» y lo posé con un golpe junto a la máquina de escribir.

—Así que me encontré otro inhumano. Se necesita a uno para encontrar otro. Ahora escucha y dime a qué ser humano se le habría ocurrido plantearse esta línea de pensamiento, por no hablar de seguirla.

Abrí el expediente.

—Todo esto empezó —dije— cuando iba a escribir un artículo sobre asesinatos sin resolver. Ya sabes que ninguna ciudad publica su cantidad de asesinatos sin resolver; bueno, al menos, no fácilmente. Tendrías que ver los porcentajes: sesenta y nueve por ciento en una ciudad, setenta y tres en otra. Hay algunas que consiguen reducirlos hasta un cuarenta; nuestra ciudad llegó a un treinta y ocho en un año. Pero esto nos deja un montón de asesinatos impunes, ¿ajá? Por todo el país. ¡Imagínate!

»Así pues, lo que hice para escribir el artículo fue desenterrar todo lo que pude encontrar de esos casos en un archivador entero. Lo que buscaba era un enfoque. ¿Cuál era el más obvio? Quién lo hizo, claro. Así que eliminé ése. ¿Y luego? Quién podría haberlo hecho, pero no lo hizo. También eliminado.

»Entonces se me ocurrió mirar a ver si había en ellos algún mínimo común denominador. Aquí había un publicista de segunda fila sin enemigos, ahí un matón adolescente con un cuchillo clavado, más allá un niño rico al que encontraron flotando junto a su yate..., matan a toda clase de gente, sabes.

»Te recuerdo que seguía buscando un enfoque.

»Luego eliminé todos los casos donde la gente tenía un montón de enemigos, y todos los casos donde había un montón de gente con oportunidad además de motivo. Esto me dejaba un grupo bastante extraño. Todos ellos eran asesinatos, aparentemente sin motivo, sin finalidad alguna, todos efectuados de diferentes maneras en diferentes lugares.

»Bueno, pues telefoneé y caminé y me senté y pensé, y entrevisté a Dios sabe cuánta gente. Hasta hubo un par de veces en que estuve a punto de descubrir algo, pero, ¿a quién le importa quién lo hizo? A mí no. No buscaba crímenes que tuvieran una racionalización detrás. Buscaba asesinatos carentes de motivación. Cada vez que las pistas se caldeaban, lo abandonaba. A estas alturas ya había un artículo tomando forma. Lo llamaría “Asesinar por..., ¿qué?”. Serviría para un par de artículos a doble página, puede que hasta para una serie.

Le di unos golpecitos al expediente.

—Supongo que tenía la respuesta varias semanas antes de ser consciente de ella. Una noche, me senté aquí y lo releí todo de una vez. Y, ¿sabes algo?, en todos y cada uno de estos casos había alguien que era feliz por el asesinato. O, al menos, más feliz. Y no me refiero a gente que heredaría el botín de la víctima, o de pobres viudas y niños maltratados que ya no tendrían que soportar las borracheras del padre el día de la paga. Alcánzame la botella, Henry.

»Ni uno solo de los que quedaban en este grupo mostraban motivación u oportunidad para los..., llamémosles “beneficiarios”, de esos asesinatos. Como éste, donde una anciana, con la constitución de un búfalo, se tiró ocho meses en cama simulando estar enferma para que su hija no se casara. La chica estaba a cuatro kilómetros de distancia cuando alguien le cortó la garganta a la vieja.

»Y este otro de aquí, un estudiante de ingeniería, de los buenos, que trabajaba para pagarse los estudios y que tuvo que volver a casa porque su viejo había ampliado la ancestral empresa familiar por ningún motivo que no fuera el de ser lo bastante pequeña para poder controlarla él solo. Así que un cálido domingo, el chico, sin chistar, está en la iglesia frente a ochenta testigos mientras, al otro lado de la calle, alguien le parte la cabeza al viejo con una barra de hierro. Nunca descubrieron quién lo hizo.

»Y este otro, éste casi es el mejor: un tipo que lleva siglos manejando un circo de pulgas, pegándoles vestiditos y haciendo que monten en tióvivos y todas esas cosas. Solía darles de comer de su propio brazo. Un buen día alguien le quita uno de sus bichitos y lo sustituye con Pulez cheopis —para ti, pulga de rata— cargada hasta los ojos, o el cefalotórax, sea cual sea el caso, con peste bubónica. Primer y único caso de peste negra que se daba en la región desde hacía ciento ochenta años

—¿Hubo alguien más feliz? —preguntó Henry intrigado.

—Bueno, lo fueron las otras pulgas. Y, además, el tipo solía buscar los aplausos a base de aplastarlas con las pinzas ante las narices de las mujeres más delicadas del público. Ya sabes lo que hacen..., ¡blep!

Henry sonrió.

—Blep —medió susurró.

—Hace calor aquí —dije incómodo—. Bueno, a esta parte es adonde quería llegar. Me refiero a lo de pensar de manera inhumana. Me dije a mí mismo: supongamos ahora que existe este tipo, o sea, una especie de mutante, una ligera variante de fuera del círculo, y que piensa así, de esta manera en particular; va por ahí matando gente que se interpone en el camino de otra gente. Nunca mata de la misma manera o a la misma clase de persona o en el mismo lugar. Así que, ¿cómo poder localizarle?

»Entonces, empecé a mirar en otras muertes, las que eran “por causas naturales”. ¿Por qué? Bueno, quienquiera que fuese, podría cometer asesinatos que parecieran asesinatos, pero también cometería otros que parecieran causas naturales; tenía que haberlos cometido; hay tantas maneras de matar a la gente, y este ocupado, ocupadísimo, nene debía haberlas probado todas. Así que empecé a olfatear buscando, no un asesino, sino gente feliz, gente inocente, que hubiera podido beneficiarse de esas muertes.

»Cada vez que encontraba una situación así, comprobaba la muerte. A veces era una muerte totalmente genuina, pero una y otra vez encontraba lo que podrías encontrar de

saber lo que estabas buscando..., como, por ejemplo, la fiebre escarlata. La gente no muere de fiebre escarlata, pero, ¿sabes una cosa? Dale bastante belladona a alguien y un médico te redactará, todo lo amablemente que quieras, un certificado de defunción por fiebre escarlata para el triste finado, siempre y cuando no tenga motivos para sospechar algo. Y en esas muertes, quiero decir, en el trabajo de mi ocupado nene, nunca hay motivos para sospechar algo. ¿Dónde está...? Lléname tú el vaso por una vez, Henry.

»Vaya, Henry, creo que empiezo a embriagarme un poco.

»Claro que a esas alturas, lo del artículo se había ido al garete: había pensado cosas mejores para la situación que un apesadumado artículo o una serie de ellos. Sí. Llevo semanas siguiendo a los funerarios y dando paseos por la morgue. Me limito a anotar todo lo que me parece raro. Me lo guardo para mí; todo lo tengo aquí, en estos archivos, todos y cada uno de ellos. Oh, muchacho, ¡menudo jaleo se montaría si los periódicos o el forense o cualquiera le echara un vistazo a estas notas! ¡Desenterrarían los huertos de mármol como si fueran cultivos de patatas! ¡Descubrirían mucho más que vulgares embolias y postsíncopes!

»¿Sabías que el *Acontium Napellus*, o sea la luparia, o sea el acónito, tiene una raíz con la que, una vez pulverizada, puede prepararse una salsa picante para los que les gusta muy fuerte durante unos instantes? Al final de la calle hay una mujer que estiró la pata el martes pasado y dijeron que fue un ataque cardíaco; su hija ya está camino de Hollywood, donde no conseguirá llegar a ser más que una camarera de segunda, pero al fin y al cabo es lo que desea.

»Tomando las notas que tomo y en la manera que las tomo en cada una de las muertes que investigo, tarde o temprano, este nene, este ocupado, ocupadísimo amigo que está proveyendo tanta luz a tantas vidas inocentes brutalizadas, este nene vendrá hasta mí y dirá: “¿Qué hay, hombre, ¿buscabas a alguien?”.

—Y qué es lo que harás —jadeó Henry sin el signo de interrogación.

—¿Tú qué crees? —le pinché.

—¿Una recompensa, quizá? O una gran panorámica de su vida. ¿Es así como lo llaman en los periódicos?

—Y en el cine. Atrápala, Hen. Eh, gracias. Es la primera vez que tiro una botella en los últimos nueve años, así que échame una mano. Se me ha mojado el expediente «Justicia»..., le llamo «Justicia»; ¿te gusta, muchacho? Ooh..., ooh. Voy a la deriva, chico, ¿y sabes algo? Me encanta. Ponme otro trago. Lo haría yo mismo, pero ya ves que no estoy muy en mí..., mmm. Dios.

»¿Por dónde andaba? Ah, sí, decías que atraparía al nene ocupado y conseguiría una recompensa. Ves, ahí estás pensando como un ser humano. Yo, Henry, no haría nada semejante. No sé exactamente por qué este nene hace lo que hace y no me importa, mientras pueda hacerlo por mí. Si sólo quiere derribar obstáculos del camino de pobres almas aprisionadas, tengo algo para él. Sólo un poco de justicia.

»¿Te fijaste en ese conejo asustado que entró hace un rato con una bandeja, la Loretta? Bueno, pues las cosas con Loretta fueron estupendas mientras duraron, y duraron hasta hace cuatro meses. Está continuamente en plan “oh, por favor, no bebas tanto, dónde has estado, estaba preocupada...”, ya conoces la rutina, Henry. Podría encargarme yo mismo de esto, pero ni siquiera yo puedo pensar en un modo que no sea caro o complicado.

»Cuando a uno le entran ganas es justo cuando la tienes cerca.

»Loretta no trae muchos problemas. Me deja solo bastante tiempo y suele aparecer por aquí cuando estoy embriagado por las noches y me mete en la cama, hablando tan alegre y animada como si nada, como si no estuviera enganchado a este escritorio, tan verde como un pepinillo y tañido...

»La razón, la auténtica razón por la que quiero presentar a mi encantadora mujer a este otro inhumano es porque será todo un punto, más de lo que te puedes figurar, el hacer

que se encargue él. Puedo manejar a los humanos; este nene será todo un desafío. Puedes convencer a cualquiera para que haga lo que sea, y librarle a ti mismo de lo que sea, si consigues decir lo adecuado..., y yo soy el chico que puede hacerlo. ¿Le tenía tu madre miedo a los teclados?

—¿Qué? —preguntó, sorprendido.

—Esa sonrisa. Lo que me gustaría saber; me gustaría saber cómo es posible que ese nene ocupado pueda cubrir tanto territorio. Primero tiene que encontrarlos, luego planear cómo cargárselos, luego esperar su oportunidad... ¡Demasiados, Henry! Ya lleva cinco esta semana y estamos a jueves.

—Puede que haya más de uno —sugirió Henry, tentativo.

—¡Jamás se me ocurrió eso! —exclamé—. Supongo que es porque sólo hay uno como yo. Dios, qué idea más estupenda..., escuadrones de inhumanos pensando de modo inhumano, haciendo todo lo que les pida su inhumanidad. Pero, ¿por qué querrían los de su clase arriesgarse para hacer felices a los humanos?

—No les importa si son felices o no —dijo Henry—. ¿Por qué susurras?

—Deben acercarse demasiado, supongo; no parece que les vayan mejor las cosas. ¡Guauuuuu! ¡Qué gente más estupenda! ¿Qué? ¿Qué es lo que has dicho sobre los inhumanos? ¿Quién es el experto aquí? Te digo que cada vez que se cargan a alguien, hay alguien cercano que deja de ser maltratado. Estos expedientes de aquí...

—Expedientes acertados, conclusiones erróneas. Te preocupas constantemente sobre lo que eres; nosotros no. Sólo somos.

—¿Nosotros? ¿Estás poniéndote a la misma altura que yo?

—No lo estoy —dijo Henry, sin sonreír—. Humano o no, no sé lo que eres y no me importa. Pero eres un fanfarrón.

Lancé un rugido y me lancé hacia adelante. Pero no se consigue mucho con un rugido susurrado, y puedes lanzarte todo lo que quieras y no ir a ninguna parte cuando tus brazos parecen de madera y tus piernas responden tanto como las tuberías que tu vecino tiene desperdigadas por el patio.

—¿Qué es lo que me pasa? —chirrié.

—Sólo que estás nueve décimas partes muerto.

—Nueve... ¿Qué quieres decir, Henry? ¿De qué estás hablando? Sólo estoy borracho, no...

—Dicoumarin —dijo—. ¿Sabes lo que es?

—Claro que lo sé. Es un veneno capilar. Revienta todos los vasos sanguíneos pequeños y te desangras internamente hasta morir antes de darte cuenta que estás enfermo. Henry, ¡me has envenenado!

—Bueno, sí.

Forcejeé por levantarme, pero no pude.

—¡No se suponía que tenías que matarme a mí! ¡Era a Loretta! Por eso te traje a casa... Supuse que el asesino sería todo lo opuesto posible a los de mi clase y tú eres más opuesto de lo que podría serlo cualquiera. Y ya sabes que no puedo soportarla y que matarla me hará feliz. ¡Es a ella a quien se supone que tienes que matar, Henry!

—No —respondió testarudo—. No podía ser ella. Ya te dije que no nos importa si alguien acaba siendo más feliz. Tienes que ser tú.

—¿Por qué? ¡Por qué!

—Para que se acabe el ruido.

Le miré, fruncí nebulosamente el ceño, negué con la cabeza.

—Defensa propia —se explicó con paciencia—. Soy un..., supongo que tú me llamarías un telépata, pese a que no se trata de ninguna clase de telepatía sobre la que hayas podido leer. No hay palabras, no hay imágenes. Sólo un ruido. Creo que es la palabra más adecuada. Hay cierta clase de mente, ¿qué importa que sea humana, o no?, que no puede enfurecerse, y que disfruta degradando a otra gente y humillándola, y cuando

disfruta de esas cosas, emite ese... ruido. No podemos soportar el ruido. Tú..., tú eres especial. Se te oye a kilómetros de distancia. Claro que hacemos feliz a un humano cuando nos deshacemos de alguien como tú; a quien se estuviera humillando. —Luego volvió a repetirlo—: No podemos soportar el ruido.

—Ayúdame, Henry —susurré—. Lo pararé, sea lo que sea. Te prometo que lo pararé.

—No puedes pararlo —dijo—. No mientras sigas vivo... Oh, maldito, maldito seas, ¡disfrutas hasta muriéndote!

Se puso los antebrazos en la cabeza —no en los oídos— y se balanceó adelante y atrás, y sonrió y sonrió.

—Sonríes constantemente —siseé—. Hasta ahora. Disfrutas matando.

—No es una sonrisa y sólo mato para detener el ruido. —Jadeaba con fuerza—. ¿Cómo podría explicárselo a alguien como tú? Ese ruido..., es como..., hay gente que no puede soportar el arañar de una uña en una pizarra; otros, el golpear de una pala en un camino de cemento; la mayoría no soporta el raspar de una lima sobre el metal.

—A mí no me molestan nada —dije.

—¡Mira esto, maldita sea, mira esto! —Tomó mi aguja de máquina de coser y se la clavó bajo la uña del pulgar. Sus labios se abrieron más—. Es dolor..., ¡dolor! Pero, contigo, ¡es una agonía! ¡No puedo soportar tu ruido! ¡Me irrita los dientes! ¡Me duele la cabeza! ¡Me ensordece!

Recordé todas las veces que había sonreído desde que le traje a casa. Y cada vez era como la uña en la pizarra, como la pala, como el raspar de la lima, como la aguja en la uña...

Solté algo que parecía una risa.

—Tú vendrás conmigo. Descubrirán el veneno.

—¿Dicoumarin? Sabes más que eso. Y por si lo estás pensando no te lo he puesto en el vaso de bourbon. Te lo di hace tres horas, en Molson, en la copa que no quise y que tú te tomaste.

—Se lo diré a Lorrie.

—Dímelo a mí —se burló, inclinándose hacia mí, con su sonrisa que era tan enorme como la boca de una boa a punto de morder.

Tenía la lengua pastosa, atontada y bamboleante.

—¡No! —jadeé—. No me... ataques... ahora, Henry.

Volvió a encoger la cabeza.

—¡Enfúrcete! Si te enfadas, harás desaparecer el ruido. Argh, son unos reptiles, unos monstruos... ¡Todos los que disfrutan odiando! ¿Recuerdas a la chica del bar? Ella también estaba haciendo este ruido hasta que la enfurecí..., estará mejor ahora que estás muerto.

Iba a decir no estoy muerto, aún no, pero mi boca no funcionaba.

—Me llevaré esto —dijo Henry. Vi como tomaba los expedientes ante mis narices—. Todo ha quedado limpio y pulcro —me dijo—. De todos modos ibas a morir por la bebida, y estás aquí, como todas las noches. La diferencia está en que esta vez no despertarás... Me hubiera gustado que estuvieras sobrio.

Contemplé cómo abría la puerta, vi cómo salía, oí cómo hablaba un poco con Lorrie. Luego la puerta de la calle dio un portazo.

Loretta entró en la habitación y se detuvo. Lanzó un suspiro.

—Oh, querido, esta noche estamos especialmente destrozados, ¿eh? —dijo con animación.

Intenté..., cuánto intenté chillar, gritarle, pero no podía, y estaba oscureciendo.

Loretta se inclinó y se puso mi brazo alrededor del cuello.

—Tendrás que ayudarme un poco ahora. ¡Aa-upa! —Unos hombros fuertes y una acostumbrada cadera me alzaron hacia arriba, recostándome—. ¿Sabes?, me gusta tu

amigo Henry. La manera en que sonreía al marcharse..., bueno, me hizo sentir que todas las cosas van a ir bien.

EL CLAUSTRÓFOBO

Vivimos en una cultura hambrienta de héroes, y siempre ha existido la convención de representar a esos héroes, especialmente en los albores de la ciencia ficción, con deltoides abultados, dientes perfectos y temperamento irritable. El que este héroe acabara ante los controles de una nave espacial es comprensible pero arduamente racional. El porqué un hombre perfectamente cualificado para luchar con las manos desnudas con un tigre siberiano es el astronauta ideal es algo que desafía toda lógica.

«Muéstrame a un hombre que no se baste a sí mismo —decía mi querida y anciana madre—, y te mostraré un hombre que no es buena compañía.» Fue este pensamiento lo que me llevó a preguntarme por qué hay tanta ciencia ficción donde el astronauta tiene que ser el heredero intelectual de Conan el Conquistador.

O, lo que viene a ser lo mismo, ¿por qué tiene que ser un hombre? Pese a las evidentes preferencias de la NASA, las mujeres son tan inteligentes como cualquier ser humano y, encima, son más pequeñas y ligeras.

Ésta es la línea de pensamiento que acabó produciendo «El Claustrofobo».

—Pásale los cereales al señor Magruder, Chris —le llegó al fin la suave y cansada voz de su madre—. Por el amor de Dios, hijo, ¿cuántas veces debo...?

Pero Tess Milburn acudió en su ayuda, alargando un delgado brazo, una mano cetrina, hasta el plato de cereales, y pasándoselo al huésped. El señor Magruder no dijo nada. Nunca decía nada. Tampoco comía nunca cereales, pero ésa no era la cuestión. Cuando la señora Binns ponía la mesa, todo tenía que pasársele a todo el mundo, sin importar lo que fuese.

Chris suspiró y farfulló una disculpa. Dejó que su mente vagara y volviera a concentrarse en el problema de tres fases. Sabía que no podía resolver el problema de tres fases, pero no se conformaba con decirse que era imposible. Chris Binns era mecánico de computadoras, uno de los buenos, y lo que en realidad buscaba era: a) la pregunta adecuada para hacérsela a b) la clase adecuada de máquina.

Frunció el entrecejo ante el problema como si pudiera sacar una respuesta del ceño, y estuvo a punto de conseguir lo que quería cuando se dio cuenta que había empalado a Tess Milburn con su mirada perdida y parecía estar reprendiéndola. Ella sonrió, con esa breve y tímida exhibición de dientes que solía mostrar en vez de un sonrojo. Fue Chris quien se sonrojó, un poco, pues ya estaba volviendo a enfrascarse en sus pensamientos, dejando atrás toda vergüenza, disculpa, e incluso la mesa de la cena.

La solución, pensaba, estriba en esto: en que lo correcto es considerar las tres órbitas como si fueran elipses, y la solución final como una predecible relación entre las longitudes de los ejes focales de cada una. Vio, claramente, una leva circular que dejaba un rastro parabólico, y la conexión entre esos tres rastros semejantes y sus levas tembló en las alas de su intelecto, preparándose para la luz final, la entrada...

¡Bam!

La puerta mosquitera dio un golpe contra la jamba al tiempo que una pesada maleta golpeaba el suelo junto a la mesa.

—¡Preparen el fortín! —rugió una voz de barítono—. ¡Cuidado con mis cohetes de cola!
¡Estoy aterrizando!

—¡Billy! ¡Oh, Billy! —gritó la señora Binns.

Se había puesto en pie y abierto los brazos, pero no pudo usarlos antes de verse tomada y ser levantada en vilo por el sonriente gigante que había pisado el suelo al mismo tiempo que la maleta.

Tess Milburn se había quedado boquiabierta, quieta, como una máquina de esas móviles cuando se desconecta su interruptor principal; el masticar, respirar, parpadear, probablemente el latir, y desde luego la celebración, todo ello se interrumpió a la vez frente a algo para lo que carecía de reflejos.

El señor Magruder profirió un sonido que pudo ser un gruñido de haber sido vocalizado, y se inclinó para recoger el tenedor que se le había caído. Lo limpió con la servilleta, sin cambiar de expresión, y continuó comiendo.

Chris Binns tenía los ojos cerrados y, aparentemente, estaba tan inmóvil como la chica, pero en su interior bullía una agónica actividad mientras buscaba su pensamiento perdido, suplicando humildemente que sólo se le concediera su forma y su textura, no toda su sustancia, sólo algo de lo que poder partir y volver a empezar. Pero no era posible; las luces y las puertas de su interior se habían apagado y cerrado. Resopló suavemente por la nariz, preparándose mentalmente para intentarlo en otro momento, y abrió los ojos.

—Hola, Bill.

El cadete bajó a su madre.

—¡Contacto, camarada! —dijo en forma atronadora.

Tenía el pelo rizado y del color del sol; sus hombros resaltaban bajo la capa corta de la trinchera azul celeste. Sus cuatro botones, dorado, blanco, verde y rojo, por los planetas interiores, brillaron en la medianoche que les rodeaba mientras él se precipitaba a recoger a su hermano. Chris, aguantando el preciso y doloroso golpe de saludo del cadete, lanzó, de pronto, una risita tonta, echó atrás la silla, y se inclinó a un lado.

—Hola, hola.

—Y, que me aspen si no es la pequeña Tessie Heartburn —rugió Billy, otorgando a la mejilla de Tess Milburn un beso explosivo—. Y el Viejo Fidelidad en persona, extraordinario pensionario estelar, conversador por ex... —Su pesada mano detuvo bruscamente su descenso hacia el hombro del anciano, aparentemente por culpa de la mirada del señor Magruder. La mano volvió a levantarse, para formar un sutil y casi insultante saludo—. Señor Magruder.

El señor Magruder asintió, cortésmente, y volvió a dedicarse a la comida.

La señora Binns se agitó y cloqueó y gritó.

—Mi niño, oh, me alegro tanto, por qué no nos dijiste, siéntate en tu... Vamos, Tess, muévete un poco hacia aquí y, Chris..., si sólo, iré a por otro...

—Dijiste que llegarías por la mañana —intervino Chris.

—El sol siempre se pone cuando aparece Billy —sonrió el cadete—. Pero no es eso, camarada, conseguí que me trajera un camión de suministros, pedí que me ahorraran la inspección final, y salí a toda mecha. —Miró rápidamente alrededor de la mesa—. ¿Dónde está Horrocks la Horrible?

—¡Billy! —gritó su madre.

—La señorita Horrocks fue trasladada a otra escuela —dijo Chris—. Creí habértelo dicho en una carta.

—Ah, sí. Lo olvidé. Suelo leer muy por encima todo el chismorreo de la casa —dijo Billy, despreocupado.

—El señor Magruder nos encontró un nuevo inquilino para su habitación —dijo la señora Binns—. Una tal Gerda Stein. Pensamos que estaría instalada para cuando llegases. Pero no llegarás mañana, ¿verdad?

Billy rió y la besó.

—Seguro que no llegué mañana. Llegaré hace diez minutos.

—Ohhh, sabes lo que quería..., tonto. Ven a ayudarme, Chris.

Chris la miró nebulosamente por un momento, luego se levantó y empezó a recoger la mesa. Billy lanzó una carcajada.

—Te conozco, mamá —dijo—. No necesitas ninguna ayuda. Tienes tus secretillos. —Volvió la cabeza para sonreírle a Tess Milburn—. Y ahora se pondrán a chismorrear sobre ti.

—Oh, Billy, eres terrible, terrible —dijo encantada su madre. El señor Magruder se limitó a estabilizar su vaso de agua cuando Chris tropezó con la mesa. Tess Milburn le dedicó su sonrojado agitar de labios, y la señora Binns dijo—: No le hagas caso a este pillín, Tess —y agitó un orgulloso dedo en dirección a Billy.

Se movió bruscamente hacia atrás y desapareció en la cocina.

Chris la siguió. Ella se quedó junto a la puerta y, cuando él estuvo dentro de la habitación, alargó una acostumbrada mano e impidió que la puerta oscilara. A continuación empezó a hablarle excitadamente con un susurro que le resultaba totalmente inaudible, con esa ignorancia de la acústica que sólo le resulta posible a las madres, señalando y gesticulando hacia el comedor, moviendo demasiado los labios y nada la mandíbula.

—¿Qué? —preguntó, no en excesiva voz baja.

Estaba bastante irritado.

Ella miró al cielo y le chistó con violencia. Le tomó del brazo y le arrastró por toda la cocina, mirando continuamente por encima del hombro como si esperara que todos los del comedor estuvieran con la oreja pegada a la puerta.

—He dicho que, ¿cómo se te ocurrió traerla a cenar precisamente esta noche en que venía Billy?

—Teníamos una cita. Además, no sabía que Billy estaría...

—Es muy poco considerado por tu parte —se quejó ella.

—Bueno, ¿y qué quieres que haga?

—Esto debía ser algo familiar. Tu hermano, que viene de la universidad...

La irritación aumentó hasta llegar al tope de Chris; no mucho.

—Deshagámonos entonces del señor Magruder.

—No es lo mismo y lo sabes.

Lo sabía. El señor Magruder vivía dentro de su propia burbuja de vida dentro de las vidas de los que le rodeaban y nunca salía de ella. Vivía consigo mismo, con su periódico y sus costumbres, que eran tan regulares que, una vez establecidas, no requerían imaginación o conjetura alguna de los que le rodeaban. Podía hablar, pero no le hacía falta. Apenas le veían, lo cual les llevaba a pensar que él tampoco les veía mucho.

—Muy bien. De acuerdo —dijo Chris—. Se lo explicaré y la acompañaré a casa.

—No puedes hacer eso, no puedes —se agitó ella.

Era lo que quería que hiciera, pero eso le descalificaba; no quería tenerlo sobre su conciencia.

Él se encogió de hombros.

—¿Para qué me llamaste aparte, entonces?

La pregunta no era malintencionada, sino una petición real de información.

—Es que es una pena —respondió ella.

Se restregó las manos y se las miró con aire infeliz.

Él no tenía nada más que decir y, desde luego, no podía hacer nada. Dio media vuelta para volver al comedor, pero su madre le detuvo.

—¿Por qué viene tanto, Chris?

—No lo sé, mamá. Es...

Hizo un gesto vago. La verdad es que no lo sabía. Tess solía venir de cuando en cuando... ¿No venía al principio a visitar a la señora Binns? Y como solía estar tanto por la casa, le habló.

¿Hablar de qué? No lo recordaba con claridad. De cualquier cosa. De todo lo que pasaba por su mente y de lo que podía hablar. De su trabajo, o de parte de él; la mayor parte no podía expresarse con palabras: era conceptual, o técnico, o matemático, o las tres cosas a la vez. De sus sentimientos, o de parte de ellos. La mayoría tampoco podía expresarse en palabras: eran demasiado conceptuales, o no identificables, o nebulosos, o las tres cosas a la vez.

—A veces vamos al cine —dijo por fin. Y añadió—: Es agradable tener alguien a quien hablar.

Dijo eso, no «con quien hablar». Se habría preguntado por qué, pero su madre interrumpió sus reflexiones al igual que lo hacía todo el mundo.

—Ya sé que no es momento para hablar de ello —dijo en un susurro lleno de urgencias—, pero, ¿qué es lo que busca? O sea, quiero decir si tú, si vas a, si planeas, ya sabes.

Terminó la frase como si fuera una afirmación, no una pregunta.

—Nu-nunca se me ocurrió pensar en ello.

—Será mejor que lo hagas. La forma en que se comporta.

—Muy bien, mamá, pero como tú dices, no es momento para hablar de ello.

La irritación limitada estaba de nuevo. Se volvió hacia la puerta, que explotó hacia el interior y le propinó un golpe en la cadera derecha.

—¿Qué es lo que pasa en este agujero negro? —rugió Bill—. ¿Están preparándome ya los giroscopios, ingenieros?

—Dile a mamá lo que quieres para comer —dijo Chris con dolor.

Caminó envarado hasta la mesa y se sentó. Se frotó a escondidas la cadera. No miró a Tess Milburn. No podía.

Se dedicó a la comida. Ella se dedicó a la comida. El señor Magruder, que tomaba té con la comida, tomó té. Y todo el tiempo se oyeron voces en la cocina. Chris estaba profundamente avergonzado, pero al mismo tiempo se planteaba el efecto filtrante que tenía la puerta oscilante, porque dejaba pasar la alta frecuencia de la señora Binns, los silbidos y siseos de sus susurros, y la baja frecuencia de Billy, los ladridos y tonos guturales, y todo ello sin transmitir una sola sílaba inteligible. Pero cuando oyó la risa de Billy, la comprendió. Había oído antes esa risa.

Billy empujó la puerta y la atravesó sin volver a tocarla mientras oscilaba adelante y atrás. Su madre la agarró y la mantuvo abierta por su lado mientras gemía:

—¡No, Billy, no!

Pero Billy volvió a reírse.

—No dejes que esa preciosa cabecita tuya se preocupe, mamá. Billy lo arreglará todo —dijo.

La señora Binns se quedó inmóvil retorciéndose las manos, luego suspiró y volvió dentro a preparar la comida de Billy.

Billy se dejó caer pesadamente junto a la mesa y le guiñó el ojo a Chris.

—Vaya, Tess —dijo abiertamente—. Hacía tiempo que no te veía. Has crecido algo, engordado algo. Y apuesto a que también das algo de guerra. —Ignoró la silenciosa caída de su mandíbula y la fugaz pero asustada mirada que le siguió—. Llevas demasiado tiempo encerrada en este pajar, guapa. Un poco de juerga y jaleo te hará mucho bien. ¿Qué te parece si salimos tú y yo cuando termine de tragar esto y le damos un meneo a este poblacho?

Ella miró azorada a Chris.

—Mira, Billy, íbamos... —dijo Chris.

En ese momento entró la señora Binns con una abultada y humeante bandeja. «Los platos no son lo bastante buenos para el pequeño Billy», pensó amargamente Chris, ya calmado.

—¡Sabes una cosa, mamá! ¡Tess y yo tenemos una cita para ahora mismo! —anunció Billy.

—¡Oh, vamos, Billy! —dijo la señora Binns con ese tono malhumorado pero dulce—. Es tu primera noche y no hemos tenido ocasión de hablar, y tienes tan poco tiempo, y...

—Mamá —dijo alegremente el cadete—, tú y yo tendremos dos hermosas semanas a la luz del día para reventar tubos de escape y sabotear tanques hasta hartarnos, y a la luz del día cuando todos los esclavos buenos están ocupados extrayendo oro. Lamento privarte de esta noche, pero, por Dios, mamá, no seas posesiva. Repárteme por ahí. Te parece bien, ¿verdad, Chris?

«Te parece bien, ¿verdad, Chris?» Toda la vida había oído esa risa peculiar y luego esta pregunta. Hubo un tiempo, cuando él tenía nueve años y Billy siete, en que se ponía a llorar cada vez que oía esta pregunta. Hubo un tiempo anterior y posterior a éste, en que respondía con un resuelto «¡No!». Y otro, un poco más tarde, en que razonaba, argumentaba, o negaba en silencio con la cabeza. Nunca supuso ninguna diferencia. Billy siempre se le quedaba mirando y sonriendo, caminando fácilmente a través de sus réplicas, pasara lo que pasase, y cuando terminaba iba directamente a tomar, o hacer, o no hacer, todo aquello que él quería y Chris no. Siempre había superado a Chris desde que tenía cuatro años, siempre le había ganado.

Pero esta vez, esta maldita vez, no iba a salirse con la suya.

Chris miró la ansiosa cara de su madre, a Tess que tenía un toque rosa en cada una de sus cetrinas mejillas, un brillo en los ojos que él nunca fue capaz de provocar. «No, por Dios, no.»

Llenó los pulmones de aire para poder gritarlo en voz alta cuando sucedió lo imposible. Bajo la mesa, una mano se cerró con fuerza en torno a su muñeca izquierda.

—¡Déjale! —dijo una voz en su oreja izquierda, con tono suave pero enérgico.

Miró la mano, pero ya le había dejado. Miró la cara que tenía a su izquierda, y el señor Magruder se sirvió más té con gesto impasible. Nadie parecía haberlo visto u oído.

Desde luego había sido el señor Magruder, utilizando algún extraño don de habla unidireccional, perfectamente controlado, quien conformó y dirigió a Chris, y sólo a Chris, tres sílabas desde un lado de los secos labios. Era inusual que el viejo dijera algo más allá de un: «Páseme la sal». Era algo sin precedentes que participara en una conversación, que aconsejara.

Chris miró el rostro turbado, casi suplicante, de Tess, el toque rosa, el brillo en los ojos.

—¿Quieres ir?

Ella miró a Billy, luego a él, y luego bajó la mirada. Chris sintió más que vio el ligero movimiento que hizo contra el suelo el pie del señor Magruder. No tocó a Chris, pero el movimiento era otra sílaba de mando; Chris no tenía ninguna duda de eso.

—Adelante si quieres ir.

El señor Magruder asintió, o se limitó a bajar la barbilla para observar cómo sus manos doblaban la servilleta.

—Sigo pensando que eres terrible, Billy —dijo la señora Binns, y añadió—: querido.

Tess Milburn soltó una risita.

Billy empezó a comer con ganas, y lo que podía haber sido un silencio muy tenso resultó cancelado antes que se convirtiera en un problema.

Llamaron a la puerta.

—Iré yo —dijo Chris aliviado.

Se levantó y se volvió hacia la puerta abierta y la mosquitera cerrada.

Debe ser una ilusión óptica fue el pensamiento que cruzó su mente, pero no había tiempo para seguirlo.

—¿Sí?

—Soy Gerda Stein, señor Magruder.

—Oh, es la señorita Stein —dijo su madre—. Entre, entre.

No había sido ninguna ilusión óptica. Chris abrió la puerta de la mosquitera y retrocedió, sin habla. Era consciente que había seres humanos así. La tele y las películas están llenas de ellos. Te sonríen desde revistas y cubiertas de libros, te canturrean y hablan y venden café, pasteles y cosméticos desde la radio del coche. Esos son los sitios correctos y adecuados para que aparezcan semejantes criaturas; no, no pueden aparecer deslumbrantes a la luz del porche en una cálida tarde de verano y luego entrar directamente en la casa de tu familia.

Alguien le sacudió sacándole de su ensimismamiento: la señora Binns.

—Hemos terminado de cenar, puedo calentar algo, tiene la habitación preparada, mi hijo acaba de llegar de la Academia Espacial, no, éste es Chris, Billy es...

—¿Cómo estás, Chris? —dijo Gerda Stein.

—¿Uh? —dijo Chris.

Siguió luego a la chica y a su madre hasta el comedor.

—Ya conoce al señor Magruder y éste, éste es Billy.

Billy saltó de la silla como si fuera uno de los cohetes de la Base, y el señor Magruder volvió a concentrarse en su vaso de agua.

—Vaa-a-ya —respiró Billy, con un sonido semejante a las notas finales de una potente sirena de alarma.

Gerda Stein le sonrió y Chris le vio parpadear.

—No —dijo ella, respondiendo a algo que estaba diciéndole la señora Binns—. Ya he cenado.

Chris se acercó a la mesa y clavó los ojos en la cara de Tess Milburn. Tenía un aire de nostalgia.

—Y ésta es Tess Milburn —balbuceó.

Casi gritó en ese momento de empatía por la chica ignorada, tan ensombrecida por la luz que proyectaba la recién llegada. Estaba comportándose como un imbécil y lo sabía.

Gerda Stein sonrió, cálida, y estrechó la mano de Tess. Sorprendentemente, Tess también sonrió, y continuó sonriendo después que se la soltara; con una sonrisa sincera, sustituta de nada.

Chris se sintió avergonzado, con una extraña turbación, que empezó con la conciencia de lo calientes que tenía las orejas, pasando luego por una cadena de razonamiento intuitivo que le llevó a darse cuenta que se avergonzaba cuando hacía feliz a alguien, y que esto bien valía el esfuerzo de pensarse por ser algo tan raro, y llegando a la conclusión que cualquiera que puede hacer feliz a la gente de un modo tan raro, difícilmente podría ser de gran valía. Lo que le llevó, como es natural, a mirar a su hermano mayor.

Billy había dejado de masticar cuando Gerda Stein entró, y aún no había tragado. Durante esos largos segundos pareció tan preocupado como lo estaba Chris la mayoría del tiempo, y el ligero movimiento que hicieron sus ojos azules yendo de la cara de Tess a la de Gerda Stein denotó la fuente de su perplejidad. Y Chris se dio cuenta de ello bruscamente, como si lo hubieran impreso con luces de neón en la dorada y suave frente morena del cadete.

Si Billy seguía adelante con su idea de salir con Tess, esta visión se quedaría en casa con mamá y con el señor Magruder y con Chris, y dentro de poco, mamá y el señor Magruder se retirarían y...

Por otra parte, Billy compartía con su madre una intensa desgana para enfrentarse con cualquiera que llevara implícito un: «Lárgate, no te necesito alrededor mío», o cualquier variante parecida.

Chris se sentó despacio ante su fría cena y esperó. Sintió algunas cosas que le enseñaron mucho. Una de ellas era lo bueno que resultaba estar con Billy en una situación donde Billy no podía ganar. Si Billy se echaba atrás en la cita, Chris saldría con ella; y si no, no; y, por eso, Chris descubrió que, en realidad, la cita no le importaba. Eso

le produjo un gran alivio. Las preguntas de su madre le habían inquietado más de lo que creyó hasta que notó el alivio.

Billy suspiró por la nariz y por fin se tragó lo que tenía en la boca.

—Ya están retirándose los enganches, chica —le dijo a Tess—, así que empieza la cuenta regresiva.

Chris captó una fugaz expresión de perplejidad en el rostro de Gerda Stein.

—Siempre habla así —dijo la señora Binns—. Quiere decir que él y Tess van a salir. Jerga del espacio. —Chris pensó que ella echaría a correr para abrazarle, pero, con evidente esfuerzo, controló sus sentimientos y continuó hablando con la señorita Stein—. Vamos, venga conmigo al salón hasta que pueda acompañarla a su cuarto.

—Diviértanse, chicos —dijo Chris, y se levantó, siguiéndoles hasta el salón.

Al llegar al vestíbulo, dio media vuelta y miró hacia atrás. Se encontró con la penetrante mirada del señor Magruder, experiencia emocionante para alguien acostumbrado a ver sólo la mejilla o el párpado del hombre. Le hubiera gustado recibir algún mensaje, algún comunicado de él, pero esta vez no lo tuvo. Se sentía muy extraño, como si le hubieran dado a elegir entre alternativas absolutas: caos, u obediencia a un metódico desconocido. Sabía que había elegido la obediencia y estaba excitado más allá de toda palabra.

—Siempre quisimos un astronauta en la familia —le decía orgullosa la señora Binns a Gerda Stein—, y Billy siempre quiso ser uno. Y fíjese ahora.

—Parece que le va muy bien —dijo educadamente Gerda Stein, en el sofá.

—¿Bien? Si está entre los veinte mejores de su curso. Sólo sé de una persona que llegara tan lejos, y era un hijo de piloto. Billy nació para ello, vaya que sí, nació para ello.

—A los dos años ya jugaba por ahí llevando un casco espacial —dijo Chris.

Al oír su voz, Gerda Stein volvió la cabeza y le sonrió.

—Oh, hola.

—No sé cómo he podido tener dos hijos tan distintos —dijo la señora Binns—. Tardé años en descubrir a qué se dedicaría Chris. Se ha establecido y arregla calculadoras.

—Computadoras —dijo Chris algo molesto.

—¡De verdad! Debe ser muy interesante. Yo trabajo en una computadora.

—¿De qué clase?

—Es una KCI. Una muy pequeña y simple.

—La conozco. Binaria mecánica. Una maquina muy inteligente —dijo Chris y, para incomodidad suya, descubrió que volvía a sonrojarse.

—Oh, bueno, ya tienen algo en común —dijo la señora Binns—. Subiré arriba para ver si la habitación está lista. Entretén a la señorita Stein hasta que la llame, Chris.

—No tiene que... —empezó la chica, pero la señora Binns se había marchado ya.

«Tenemos algo en común, ¿verdad?», pensó Chris. Se había quedado totalmente mudo. Entretén a la señorita Stein, ¡ja! Arriesgó una ojeada y descubrió, con algo semejante al horror, que ella le miraba. Bajó los ojos, se humedeció los labios y se sentó envaradamente; deseaba que alguien dijera algo.

Billy dijo algo. Dejó a Tess esperando en el vestíbulo, entró en el salón, le guiñó un ojo a Gerda Stein y le dijo a Chris:

—Ya oí cómo disparabas, camarada. ¡Diviértanse! ¡Diviértete! —Miró a Gerda Stein con admiración nada disimulada—. Pero recuerda una cosa, hermano peón, el que primero mueve no tiene por qué ganar la partida; sólo dispone de esa ventaja. Tú mismo me lo dijiste.

—¡Mierda! —exclamó Chris sin darse cuenta.

—Te veré pronto —dijo Billy, señalándola a ella con el índice.

—Buenas noches —dijo con cortesía Gerda Stein.

—Vamos, ave venusina, hundámonos en la depravación —aulló Billy mientras salía.

Tess Milburn lanzó un gritito, luego, una risita, y salieron fuera. La señora Binns bajó justo entonces y se detuvo ante la puerta de enfrente.

—Tess Milburn —dijo, con lo que esperaba pareciera una burlona severidad—, ¡espero que no mantengas a este chico despierto hasta muy tarde!

La alegre risa de Billy surcó la cálida oscuridad.

—Ese chico —dijo la señora Binns, entrando en el salón— es de cuidado, se lo digo yo. Suba ya conmigo si quiere ver su habitación, señorita Stein. ¿Tiene las maletas afuera, en el porche? Chris, ¿por qué no te portas como un buen chico y sales fuera a recoger las maletas de la señorita Stein?

—Sí, mamá.

Le alegraba tener algo que hacer. Salió fuera y encontró los bultos: dos, una maleta grande y lo que parecía ser un maletín. La maleta no entrañaba ninguna dificultad, pero la pequeña pesaba unos veinticinco kilos y gruñó ruidosamente al levantarla.

—Espera —dijo la señora Binns—, te...

—¡No! —ladró—. Puedo arreglármelas.

Mamá nunca aprendería, no podía aprender que un hombre puede sentirse humillado ante extraños.

Levantó de golpe los dos bultos, sabiendo que Bill, que otra persona, podría caminar, cantar, llevarlas hasta el descansillo, para volver a levantarlas y subirlas hasta arriba, respirando con naturalidad. Dio un paso, giró y se enganchó con la puerta mosquitera, que golpeó ruidosamente contra la jamba; sus brazos y espalda no podrían hacer el movimiento grácil y armonioso que su mente sabía ejecutar con ellos. Así que no levantó ni balanceó, ni respiró con naturalidad, sino que arrastró y tiró, y llegó a la habitación norte bufando como una orca. Lo único que deseaba era no encontrar a Gerda Stein sonriendo.

Encontró a Gerda Stein sonriendo.

Puso los bultos junto a la cama y bajó, ciego, la escalera. El señor Magruder se encaminaba a su ritmo hacia el salón, con su periódico bajo el brazo, y Chris fue dolorosamente consciente de lo mucho que aún jadeaba y del aspecto que debía tener. Lo controló y huyó al comedor.

Se detuvo junto a la mesa un largo instante, recuperándose, y luego, con la mirada fija en el frío plato de cereales, se hundió agradecido en el familiar aislamiento de sus conjeturas.

El cereal es maíz; está seco antes de ser cocido, cuando absorbe humedad se reblandece, pero cuando se enfría, pierde esa humedad y se vuelve tan pegajoso que si se le deja mucho tiempo así termina comportándose como el cemento, siempre y cuando no vuelva a absorber humedad. Fue más lejos aún, llegando a imaginar los hidróscopos, las sedientas estructuras moleculares, ansiando y consiguiendo, siendo saciadas, aguantando y volviendo a sentir ese ansia sedienta. Se sumergió más aún y fue consciente de las calladas fuerzas de los capilares, de la lógica irracional de la osmosis, del delicado equilibrio llamado meniscus.

Agua, agua por todas partes..., la había en las patas de la mesa, en la tela, pensó en el agua que hay en los bordes de un charco de grasa, en la de los poros de una gaseosa, en todo un mundo seco y empapado, engastado, embarrado, escurridizo y sólido debido al agua.

En este nivel no había brazos cansados ni lenguas atadas ni tanteos en complejos códigos de conducta conocidos por todo el mundo menos por Christopher Binns, y se encontró a gusto en él.

—¡En qué estás soñando esta vez, chico!

Salió del sueño y se encontró cara a cara con ella. Se sentía mucho mejor.

—Te ayudo con los platos, mamá.

—No tienes por qué hacer nada semejante, Chris. Ve al salón a charlar con el señor Magruder.

Se rió ante ese pensamiento y empezó a apilar los platos sucios. Su madre meneó la cabeza y entró en la cocina para preparar la pila. Chris sabía que su expresión pesarosa

sólo era superficial, era un hábito, una actitud; podía sentir la excitación y la alegría con que la llenaba siempre Billy.

Billy no comete errores; empezó el silogismo...

Billy lo hace todo bien: POR TANTO:

Billy no comete bien errores.

Llevó los platos a la cocina.

—Voy a meterme en la cama, querido.

—Buenas noches, mamá.

—Gracias por ayudarme, Chris...

—¿...?

—No estarás enfadado con Billy, ¿verdad? Por lo de Tess.

—¿Por qué debería estarlo? —preguntó.

—Bueno. Me alegro, entonces —dijo, y pensó que le había contestado—. No lo hace con mala intención, ya lo sabes.

—Claro, mamá.

Se preguntó desapasionadamente cómo aplicar su comentario a la actual situación, y lo dejó por imposible. También se preguntó, esta vez con un interés considerable, cómo y por qué sabía que Gerda Stein había bajado y vuelto al salón mientras estaban dentro de la cocina, y que el señor Magruder se había ido a la cama. También se preguntó de qué le serviría esa información a él, que tenía el toque de Sadim. El toque de Sadim era una manía recurrente suya; era Midas al revés y significaba que todo lo que tocaba, especialmente el oro, se volvía en...

—¡Mierda!

—¿Qué, querido?

—Nada. Buenas noches, mamá.

Ella le besó sin ganas y subió, cansina, la escalera. Él se quedó inmóvil junto a la mesa del comedor, mirando la azucarera de cristal tallado, convertida ahora, en su vejez, en apacentadero y sujetando dos docenas de cucharillas, con los mangos hacia abajo, adquiriendo el aspecto de algo que una novia robot de dibujos animados podría llevar por ramo. Examinó el orden que reinaba en la mesa, las limpias copas invertidas que se daban de boca con sus platillos, los cubiertos situados a unos sesenta grados exactos del borde más próximo de la mesa, los platos para el pan con el reborde de oro macizo de 14 quilates ausente en todas las partes convexas y lánguidamente presente en las partes cóncavas.

Pero no podía perderse en esas cosas. Más allá de esas cosas, no había nada hacia lo que evadirse. Algo había bloqueado su vía de escape a otro sitio y sintió un extraño pánico. No estaba acostumbrado a verse atado al aquí y el ahora, excepto cuando estaba con alguien.

De acuerdo, entonces, admitió.

Atravesó con lentitud el recibidor y entró en el salón. Gerda Stein estaba sentada en el sofá. No estaba tejiendo, o leyendo, o haciendo algo. Sólo estaba tranquilamente sentada, como si estuviera esperando. ¿Qué diablos podría estar esperando?

Buscó el sitio idóneo para sentarse, una silla que no estaba demasiado cerca (no porque tuviera miedo de «ir más lejos» sino porque carecería de cualquier recurso si ella pensaba eso) ni demasiado distante (porque era tarde y todo el mundo estaba en la cama y tendrían que hablar en voz baja. Si hablaban).

—Siéntate aquí —dijo ella, y puso la mano en el cojín que tenía a su lado.

—Gracias, muchas gracias —repuso él, en su propia casa, y se sentó.

Cuando el silencio le resultó excesivo, la miró. Ella le devolvió la mirada con seriedad y él se volvió y miró el grabado del centinela de Pompeya que colgaba de esa pared desde antes que él naciera.

—¿En qué piensas?

«En que eres lo más bonito que he visto nunca», pero dijo:

—¿Estás cómoda? —Pensó un momento en su comentario mientras aún flotaba en el aire de la habitación, y añadió con algo semejante a la histeria—: Me refiero al cuarto.

Ella se encogió de hombros. Dijo mucho con ello. Dijo: «Es lo que esperaba», y «No hay nada de lo que quejarse», y «¿Qué importa eso?», y, más que ninguna otra cosa, «No me quedará lo bastante como para sentir algo en un aspecto u otro».

Cualquiera de esas cosas, dichas en voz alta por cualquier otro, le habrían puesto a la defensiva, por todo lo que él no habría sido capaz de expresar. Quizá si lo hubiera dicho ella habría sido diferente. No podía saberlo. Pero no tuvo nada que decir al ser transmitidas silenciosamente... Juntó las manos entre las rodillas y las retorció, sintiéndose miserable y excitado a la vez.

—¿Por qué fue tu hermano a la Academia del Espacio? —preguntó ella.

—El congresista Shellfield le consiguió un nombramiento.

—No me refería a eso.

—Oh —dijo—, te refieres al porqué. —La miró y tuvo que apartar de nuevo la mirada—. Quería ir, supongo. Siempre quiso.

—No puedes querer algo siempre —dijo ella con amabilidad—. ¿Cuándo empezó?

—Dios... No lo sé. Hace años. Cuando éramos niños.

—¿Y tú?

—¿Yo? —lanzó una risa corta e insegura—. No recuerdo haber querido nunca nada en especial. Mamá dice...

—Me pregunto de dónde sacó esa idea —murmuró.

Chris supuso que había pensado en Billy cuando estuvo en su habitación y que había bajado para saber más de él, se había sentado ahí y esperado a que apareciera y pudiera contarle más cosas. Hizo con las manos un gesto inconsciente de tristeza. Luego recordó que le había hecho una pregunta. Si no contestaba a sus preguntas, ¿por qué ella se limitaba a esperar así?

—Jugábamos a los pilotos espaciales antes que Billy supiera hablar —recordó. La miró y rió sorprendentemente—. Había olvidado todo eso. Del todo.

—¿Qué clase de juegos?

—Ya sabes, juegos. Viajar a la Luna y todo eso. Yo era el capitán y él la tripulación. Bueno, al principio yo era el... No me acuerdo. O yo era el extraterrestre y él hacía de explorador. Juegos. —Se encogió de hombros—. Me acuerdo de los despegues. Nos tumbábamos en el sofá y gritábamos cuando la aceleración nos dejaba sin aire en los pulmones. A mamá no le gustaba nada tanto grito.

Ella se rió.

—Puedo imaginármelo. Dime, ¿todos los astronautas hablan como él?

—¿Quieres decir con palabras como «camarada» y «cuenta regresiva» y «despegue»? Esta vez hizo una pausa tan larga que ella tuvo que preguntarle:

—¿No quieres decírmelo?

—Oh, no, no. Estaba pensando. El año pasado. Durante Pascua. Trajo a un compañero cadete con él, llamado Davies. Un tipo simpático, tranquilo, de pelo muy negro y algo cargado de espaldas. Yo había oído hablar así a Billy y pensé que era la manera adecuada de hablarle. Pero cuando la usé con Davies, me miró... —sin darse cuenta, Chris imitó al asombrado Davies— como si yo estuviera loco. Inofensivo, pero loco. —Soltó su risa suave y avergonzada—. Supongo que no lo hice bien. Debe haber una manera determinada de decir esas cosas. Tienes que ser un cadete para hacerlo bien.

—Ah. ¿Todos los cadetes hablan así?

—Davies no. Al menos no a nosotros. Nunca conocí a ningún otro.

—Puede que Billy sea el único que habla así.

A Chris nunca se le había ocurrido esa posibilidad.

—Sonaría muy raro en la Academia.

—No, si nunca lo hace allí.

Chris hizo un extraño movimiento con la cabeza, intentando apartar la idea. No se dejaba apartar. Después de todo, era la primera hipótesis que su lógica aceptaba para explicar la extraña reacción del cadete Davies. Eso era bienvenido en sí mismo, pero abría un campo de especulaciones sobre su hermano en el que no quería entrar.

—No quiero pensar así de Billy —se limitó a decir—, hablando como cuando teníamos siete u ocho años.

—¿Por qué no? ¿Cómo prefieres pensar en Billy?

—En..., consiguiendo lo que quiere. Yendo a donde quiere ir. Siempre lo ha hecho.

—En tu lugar.

—No sé a lo que te refieres. «Ni —añadió en silencio— por qué me lo preguntas, ni por qué quieres saber algo de todo esto.» —Movi6 los pies y volvi6 la cabeza para enfrentarse a esa desconcertante sonrisa, franca y nada burlona—. ¿Qué es lo que quieres que diga? —exigi6, con algo de irritaci6n.

Ella se ech6 hacia atr6s un poco. 6l sabía por qu6; iba a esperar de nuevo. Sabía que no sería capaz de enfrentarse a eso, así que dijo:

—A Billy le beneficia ser así. Puede hacer cosas que... otra gente no puede hacer. No sé por qu6 debe enfadarme eso, ni estar enfadado con 6l. No hay de qu6 enfadarse. Sería como... enfadarse con un pájaro porque tiene alas. Sólo es diferente.

Se dio cuenta que se había alejado del tema de su pregunta, así que se detuvo, pens6 un momento y la localizó. Billy consigue lo que quiere..., en tu lugar.

Volvi6 a empezar.

—Está bien que Billy consiga lo que quiere, aunque sea algo que yo también quiero, y no puedo... ¿C6mo podría explicártelo?

Se levant6 bruscamente y empez6 a dar vueltas, alejándose siempre de ella, pasando junto a ella con la mirada baja. Era como si el verla le encadenara, y escondiendo la mirada podía recuperar el hilo de sus pensamientos.

—Es como si Billy no fuera algo separado de mí, sino otra parte de mí. Una parte de mí quiere ir a la Academia, así que va Billy. Una parte de mí quiere salir con Tess, y no sólo al cine, sino salir con ella, hacer que se sienta..., ya sabes. Bueno, pues Billy es quien lo hace. O hablar como Billy, o tener su aspecto, con esos músculos y esa facilidad de palabra. —Se ri6, casi con orgullo. En ese momento se parecía a su madre—. Hay veces en que es una molestia, pero la mayor parte de las veces no me importa. Hay otras cosas, montones, que yo puedo hacer y que Billy no puede. Hay otra parte de mí que hace esas cosas.

Se concedió a sí mismo otro vistazo rápido a Gerda Stein. Se había vuelto para seguir su deambular. 6l estaba en un extremo de la habitaci6n y ella, sentada, apoyando la mejilla en el desnudo antebrazo, con la cabeza inclinada como en una almohada y su pelo caía sobre el brazo del sofá, abundante y brillante.

—¿Qué cosas? —pregunt6.

6l volvi6 al sofá y se sent6 junto a ella.

—Resulta difícil decirlo. Muy difícil.

Permaneci6 sentado durante mucho tiempo llevando a cabo la labor sin precedentes de verbalizar aquello a lo que nunca había proporcionado palabras, pensamientos y sensaciones, ideas e intuiciones tan íntimas, tan silenciosamente suyas; todas esas cosas que dejaba a un lado cuando hablaba con Tess, todas las cosas que le ocupaban y preocupaban durante ese noventa por ciento de su vida en que debía hablar y no podía comunicarse. Permaneci6 inm6vil luchando con todo eso mientras ella esperaba. Su espera ya no le resultaba agobiante. Se daba cuenta, pero no quería pensar en ello. Aún.

—Lo más aproximado a que puedo llegar es a lo siguiente —dijo cuando estuvo listo—: He descubierto algo que es la base de todo lo que puede imaginar cualquiera, algo a lo que tarde o temprano llega todo pensamiento, y a partir del cual, también, surge. Es una

simple frase... Espera. —Situó ante sí esa simple frase y la examinó durante un largo instante. Luego la recitó—: Nada es siempre de la misma manera.

La miró. Ella asintió enérgicamente pero no dijo nada.

—Es una... ayuda. Una gran ayuda —dijo—. No sé cuándo lo descubrí. Supongo que hace mucho. Ayuda cuando tratas con la gente. Quiero decir, que el mundo está hecho según unas ideas que la gente dice que son de una determinada manera, y todos los problemas que tiene la gente son provocados al descubrir que una cosa u otra no es exactamente de esa manera. O que ya no lo es. O que casi lo es, pero no del todo.

Al recibir ánimos de otro gesto de asentimiento de Gerda Stein, continuó hablando.

—Nada es siempre de la misma manera —repitió—. Una vez que sabes eso, que lo sabes de verdad, puedes hacer cosas, e ir a sitios adonde nunca imaginaste que irías. Todo te proporciona algún sitio al que ir, algo en lo que pensar. Todo. Imagina un remache de latón. Es latón; empiezas por ahí. ¿Y qué es el latón? Una aleación. ¿Cuánto cambio de qué metal haría que esto no fuera latón? ¿Y si con el tiempo, uno de los metales se transmuta lo bastante para que deje de ser latón?

»O el tamaño. ¿Cómo es algo grande? ¿Acaso no depende? Después de haber sido usado es más pequeño que cuando está nuevo. ¿De qué color es? Eso también depende. En otras palabras, si vas a describirme con exactitud lo que es un remache, tendrás que hacer una serie de cualificaciones y mediciones y tener preparada una serie de medidas, la mitad de extensa que una carta de mareas y la mitad de ancha que Bowditch. Y entonces lo único que tendré que hacer es que caiga una gota de sudor en ese remache y esperar veinticuatro horas y entonces tendrás que repetir todas tus mediciones.

»O vayamos más lejos aún y hagamos que una corriente recorra el remache. El latón tiene una resistencia y el zinc tiene otra y un residuo de hierro mucho más. ¿Cuál es la velocidad de la fuerza electromagnética que recorre todo esto, y qué clase de argumentos esgrimen los átomos al respecto? O utiliza un campo magnético. A ver, dime, ¿por qué, por qué de verdad, al margen del “Eso es lo que pasa”, el cobre es tan tímido magnéticamente en su variante latón y tan enormemente ferroso en su variante de alnico?

Hizo una pausa para respirar. Jadeaba. Recordó como ella le había sonreído cuando entró en su cuarto resoplando y con las maletas a cuestas.

De pronto, se dio cuenta de su error al calibrar esa sonrisa. La había temido, por estar predispuesto a temer cualquier sonrisa. Ahora sabía que no fue una sonrisa cualquiera, sino una como la de ahora, cálida, de ánimo, muy semejante a la sonrisa con que se había encontrado Tess Milburn.

—A lo que quiero llegar con esta idea es a que nada es siempre igual en términos absolutos. No tienes por qué necesitar a la gente o cualquier cosa acerca de ella, ni películas, ni tele, ni conversación, y no hablo de algunas horas, sino de días. No tienes por qué odiar a nadie; es algo sin significado. Las preocupaciones de la gente carecen de importancia. Puedes responder a todos los problemas de la gente diciendo «Nada es siempre exactamente lo mismo», y a continuación dedicarte a otra cosa.

»Pero cuando veo que la mitad húmeda de una toalla es más oscura que la mitad seca, u oyes el sonido descendente de una bomba cayendo hacia ti, cuando la razón te dice que debe aumentar de tono, y sabes que vas a empezar a gritar: “Por qué”, y que acabarás respondiéndote: “Nada es siempre lo mismo”, entonces es cuando te desafías a ti mismo a encontrar la lógica que separa el principio del final... Con eso tienes las manos ocupadas y algo a lo que dedicarte.

—¿Y eso no es una forma de huir? —preguntó suavemente la chica.

—Depende de dónde estés en ese momento. Puede que inmiscuirte en problemas humanos también sea un escape a esas otras cosas. De todos modos, también éstos son problemas humanos.

—¿Lo son?

—E=MC2 resultó serlo. Primero hubo que pensarlo, con ese pensarlo como toda recompensa evidente, y después tuvo que aplicarse a algo, así que no me digas que no es un problema humano. Alguien tuvo que poner por primera vez laurel en un jamón antes de cocinarlo. O comer una ostra cruda. Para mí, eso se asemeja mucho a la forma de pensar de la que hablo. —Para dar énfasis a lo que decía, apoyó las manos en el brazo del sillón; tocaron las de ella—. Billy está en la Academia por eso, porque alguien, y luego más gente, y luego la Humanidad, quiso el espacio.

Ella curvó los dedos alrededor de la mano de él, sin tomarla, y la miró contemplativamente.

—Una mano bonita —dijo con tono impersonal, y se la devolvió.

—¿Eh? Está muy estropeada, quemaduras del soldador, polvo... La mantuvo en el aire como si no le perteneciera del todo. «Y así es», pensó de pronto.

—Dime una cosa —preguntó ella con pereza—. ¿La mejor manera de salir al espacio es mediante la Academia?

—La única manera —dijo con seguridad, y entonces, porque su razonamiento topó con su honestidad, enmendó— que se ha intentado.

Ella se enderezó de pronto en el sofá, inclinándose hacia delante. Se echó el pelo hacia atrás mientras se volvía hacia él, con un gesto que Chris supo que no olvidaría jamás.

—Eso me hace pensar —dijo ella—. Me hace pensar en hombres desarrollados físicamente hasta ser todo músculo y tendón, sólo para encerrarlos dentro de una cabina durante meses interminables. Me hace pensar en el aprendizaje de astrogación que hasta la más primitiva de las computadoras puede superar, y en la falta de entrenamiento para la conversación, para la cual aún no disponen de máquinas. Me hace pensar en los que han pensado en colocar a bordo de esas naves una tripulación ciento por ciento masculina. Me hace pensar en las pruebas de estrés a 10 G en hombres que tienen que desarrollar un movimiento sin inercia incluso antes de pensar en un viaje espacial real. Pero, más que nada me temo, me hace pensar en el acierto de poner extravertidos dentro de una nave espacial.

Ella volvió a recostarse, mirándole interrogativamente.

—De acuerdo —dijo—. Puedo participar en ese juego. Supongamos que tomo una de esas conjeturas tuyas y le doy la vuelta para mirarla por otro lado. ¿Qué haces entonces? ¿Equipar tus naves con gusanos de bibliotecas sin reflejos? ¿Adiestrarlos en filosofía y alterne en un salón del siglo dieciocho? ¿Enseñarles a confiar en sus computadoras y que nunca sepan lo que hacen éstas? ¿Poner mujeres en las naves para que los demás tengan celos y luchen por ellas? ¿Meter un grupo de introvertidos, neuróticos y demás?

—Neuróticos —repitió ella—. Me alegro que lo hayas mencionado. Supongo que estás bastante seguro que la Humanidad es, con mucho, una especie bastante neurótica.

—Bueno, si tu definición...

—No te detengas en pormenores —dijo ella, interrumpiéndole.

En su voz había un tono nuevo y conciso que le afectó tanto como su primera visión de ella, cuando esperaba bajo la luz del porche. Guardó silencio, sin aliento.

—Sí, los humanos somos neuróticos —respondió a su propia pregunta—. Somos inseguros, desorientados, insatisfechos, temerosos, llenos de agresividad hacia la propia especie, esperando constantemente ser atacados, siempre luchando entre el deseo de volar como los pájaros y el deseo de enterrarse como un topo. ¿Por qué es así?

Él se limitó a asentir con la cabeza, anonadado.

—Tienes una mente muy especial, Chris, con tus hipótesis y tus niveles inferiores y tus átomos en conflicto. ¿Puedes aceptar una hipótesis realmente importante?

—Puedo intentarlo.

—Hipótesis —dijo ella, haciendo que sonara como el título de un cuento—. Hay una especie que consiguió viajar por el espacio por el simple hecho que, entre todas las especies, era la más apta para ello. Estableció líneas comerciales dentro de todo un sistema, en sistemas de sistemas, en una galaxia, en otra. Poseía un impulsor espacial más rápido que la luz y carente de inercia, una técnica de animación suspendida, comunicación subetérica... ¿Para qué enumerar todos sus logros? Digamos que era tecnológicamente apta y que su aptitud no era más que una faceta del simple hecho que había nacido y se había desarrollado para viajar por el espacio.

»Ahora bien, como tenía que expandirse, se expandió tanto que eso mismo la volvió frágil y delicada. Lo compensaba lo mejor que podía aprendiendo a desarrollarse más y más, reduciendo al mínimo los componentes de sus tripulaciones e incrementando la eficacia de sus naves. Pero esas cosas sólo incrementaron la dispersión; había una enorme cantidad de trabajo en este universo para la única especie cualificada.

»La única manera de evitarlo era localizando planetas similares al propio y sembrarlos con gente. De este modo, las tripulaciones podían formarse en un extremo u otro del universo explorado. La mejor manera de hacer esto habría sido situando grandes naves colonizadoras en los planetas adecuados, con todo lo necesario para el sustento de seis o siete generaciones mientras se aclimataban al planeta. Después de esto, las colonias tendrían que ser autosuficientes. Ésta vendría a ser la imagen ge... eh, hipótesis. ¿Todavía me sigues?

—N-no —dijo Chris desorientado—, pero continúa.

Ella se rió.

—Supongamos ahora que una de esas enormes naves colonizadoras tuvo algún problema, una serie de improbables casualidades que acabaron dejándola sin control, mientras el personal seguía en animación suspendida viajando a mayor velocidad que la luz y que se estropeó toda clase de orientación automática. Pasarían siglos. Si llegaban a alguna galaxia, todavía tendrían que encontrar el planeta adecuado pero, si no encontraban nada hasta que...

Su voz se calló de golpe. Chris la miró, se acercó más a ella. Tenía los ojos cerrados y respiraba con mucha lentitud, profundamente. Ella abrió los ojos, como si hubiera notado su proximidad, y le obsequió con una inesperada y tímida sonrisa.

—Perdona —murmuró, y le tomó la mano para que no se alejara—. Ésta es la parte que..., en la que no me gusta pensar, ni siquiera en hipótesis.

Durante un momento, todos los sentidos del cuerpo de Chris parecieron concentrarse y fluir al unísono, yacer en éxtasis en el hueco de su mano. Entonces, volvió a hablar.

—La nave era vieja, vieja en ese momento, y la maquinaria se caía a pedazos. Ciertamente descubrió a tiempo una galaxia, y un planeta. Salió al espacio normal; puso en marcha los gestadores...

—¿Gestadores? —repitió ausente.

—Placentas artificiales. Es más fácil llevar óvulos fertilizados y nutrientes que niños o padres. Pero los revitalizadores para los hibernados fracasaron en un noventa por ciento.

Ella suspiró. Fue un sonido de duelo.

—Nadie sabía lo que había pasado, al menos no todo. Nadie... debía saberlo. La nave no estaba diseñada para planetizar; era una nave espacial, destinada a quedarse en órbita. De algún modo, los pocos que quedaban consiguieron que aterrizara. El aterrizaje se llevó más vidas. Quizá la mayoría. Las naves de exploración, las de tierra, cuidadosamente almacenadas en su interior, se destruyeron todas. Los almacenes, los libros, llámalos libros, es más sencillo..., todo perdido. Y todo lo que quedó, todo lo que vivía..., no era más que unos centenares de bebés, indefensos, hambrientos, muchos de ellos heridos, y un puñado de adolescentes para cuidar de ellos.

»La nave en sí no duró mucho; no estaba construida para aguantar lo que podía hacerle una corrosiva atmósfera de oxígeno. Los botes tampoco estaban protegidos y también desaparecieron a las pocas semanas.

»Pero eran de una especie resistente. Murieron muchos, pero no todos. Puede que a alguien esto le parezca un fascinante estudio del viejo conflicto entre la herencia y el entorno, pero, personalmente, no tengo estómago para ello. Perdieron su lenguaje, su cultura, su tradición y sus habilidades de siempre. Pero conservaron sus genes. Y con el tiempo, dos características básicas de su herencia superaron su estado salvaje y salieron a la luz: se procreaban con gran facilidad y llegaron a las estrellas.

»A diferencia de otras especies civilizadas, se procreaban más allá de la capacidad que tenía su entorno para mantenerles, se procreaban hasta que tenían que matarse los unos a los otros para poder sobrevivir..., una habilidad desarrollada a través de eones de ilimitados lebensraum, y una cualidad mortal para una raza atada a un planeta. Les diezaba continuamente y ellos seguían procreando, superando su propia mortalidad, de modo que, en poco tiempo, veinte o veintidós mil años, pasaron de ser docenas a ser miles de millones, amenazando con alfombrar el planeta con sus cuerpos. Mientras tanto, el ansia suicida de procreación llenaba sus vidas y su literatura de tal modo que ésta fue única entre las culturas galácticas.

»Pero habían llegado a las estrellas. Justificaron de mil maneras su hambre de estrellas, y cuando se volvieron demasiado racionales para buscar excusas, dejaron de hacerlo y aún así siguieron adelante.

»Y ahora, hoy, están al borde de ello, solos, luchando a su aterrorizado y terrible modo, ignorantes de sus orígenes, poseídos por el ímpetu que llevan en la sangre..., sí, Chris, un pueblo muy neurótico.

—Y cómo..., eh..., dónde oíste..., eh..., leíste esto... —dijo Chris, tras largo rato.

Ella rió y volvió a mirarle la mano. Le dio unas palmadas y después se la tomó un momento entre las suyas.

—Es una hipótesis, ¿recuerdas?

Él se estremeció por el tardío y enorme impacto de su alegre voz y las imágenes que evocaba. Había sido una sensación encantadora.

—¿En..., encontrarán alguna vez a su gente?

—Los encontraron. El contacto se estableció hace... unos cuatrocientos años.

Chris soltó aire explosivamente.

—Entonces, no es... —la miró a la cara de cerca. Incluso ahora temía cómo podía ser su risa— ¿la Tierra? —concluyó con una vocecita.

—¿No?

—Cuatrocientos años..., lo sabría todo el mundo.

Ella negó con la cabeza.

—Piensa un momento en dos mil años de deriva genética, mutación, acondicionamiento. Las viejas ansias pueden seguir ahí, estadísticamente hablando, y en una mayoría. Pero razónalo tú solo. ¿Cuáles son las posibilidades para que aparezca un astronauta prototípico después de todo este tiempo? Encontrarás la mayoría de las cualidades deseables en algunos, algunas en muchos. Las encontrarías en un simple muestreo numérico, estadístico. Pero, ¿cómo encontrarías al hombre que buscas si fueses un capitán buscando tripulación?

—Ya has descrito al neurótico espacial.

—No puede ser cualquier neurótico, sólo porque sea neurótico. Tiene que ser muy especial, un neurótico muy especializado. Son escasos.

»Así que tienes que anunciarte, publicitar lo que buscas, hacer exámenes, iniciar un programa de entrenamientos...

»¿No imaginas lo que pasaría si todo el mundo supiera lo de los hombres del espacio?

—Una revuelta, supongo. Todo el mundo querría ir.

—Cierto. Habría una revuelta —dijo con tristeza—, pero no de esa clase. La Humanidad sólo le teme a una cosa. Es un miedo nacido de su lento progreso en un planeta extraño y hostil, teniendo sólo su cerebro como arma y escudo.

—Sólo un miedo...

—A lo extraño. La xenofobia es prácticamente una enfermedad racial. La encontrarás a lo largo de toda la historia, y siempre estará al acecho, esperando el momento de salir a la luz y extenderse como el fuego. Hasta los hombres del espacio se verían atacados, creándose una caza de brujas como ni siquiera este planeta habría visto nunca. Primero caerían los cualificados como hombres del espacio, pese a haber nacido aquí; luego seguirían aquellos con algunas características inherentes al astronauta..., ¡y todo el mundo tiene alguna!

—¡No puedo creerlo! —protestó Chris fogosamente—. ¡No puedo creer que los seres humanos puedan llegar tan lejos, ser tan estúpidos!

—La Humanidad apenas sobrevive tal como está —dijo con pena Gerda Stein—. No, la respuesta no está en la publicidad.

—¿Qué ha pasado entonces en esos cuatrocientos años?

—Ha habido sondeos. Los hombres del espacio siguen necesitando reclutas con desesperación, en especial en esta galaxia, que es nueva, prácticamente inexplorada. Así que vienen aquí, viven entre ustedes y, de cuando en cuando, localizan un candidato. Se le mantiene en observación durante..., bueno, lo bastante para determinar si es de la clase apropiada.

—¿Cuál es la clase apropiada?

—Hace un rato diste una descripción bastante buena.

—¿El neurótico introspectivo?

—Con un talento especial para la mecánica y la computación, y una fuente interior de recursos que no necesita libros o teleobras o diversiones o depravaciones para no aburrirse.

—¿Y qué pasa cuando aparece alguien así?

—El... agente informa, y después aparece el capitán. Si el candidato quiere, se va con él. Desaparece de la Tierra y se va.

—Tiene que desearlo.

—¡Naturalmente! ¿De qué serviría si se le llevara a la fuerza?

—Bueno —dijo Chris con severidad—. Algo es algo.

Por fin ella se rió de él. No le dolió. Mientras ella reía, él se quedó tan desorientado que le hizo una pregunta. No quería haberla hecho; se le escapó.

—¿Por qué querías saber todas esas cosas sobre Billy?

—¿No te lo imaginas?

Él se miró las manos.

—Creías que Billy nunca empezó nada por su cuenta —dijo con voz malhumorada—. No parecías creer que pudiera. Tú..., bueno, me ha parecido ver que creías que era empujado a hacer cosas. —La miró un momento—. ¡Por el amor del cielo! ¡Por mí!

—¿Y no lo crees así?

Lanzó un resoplido, avergonzado, de negación.

—Si pudiera creer eso, yo..., yo..., podría creer todo lo demás que me has contado.

Ella esbozó una sonrisa muy especial.

—¿Por qué no lo piensas, entonces, y descubres quién tiene razón?

Lo pensó, durante un largo momento, en silencio.

—Lo haré —susurró finalmente—. Lo haré. —Se enderezó y la miró—. Gerda, ¿de dónde eres?

Ella se levantó, y se estiró en forma espectacular.

—De un pueblo llamado Port Elizabeth —dijo—. No muy lejos de aquí. En Nueva Jersey.

—Oh.

Volvió a reírse de él y le tomó la mano.

—Buenas noches, Chris. ¿Volveremos a hablar de esto?

Él meneó la cabeza.

—No hasta que no piense en ello. Que piense de verdad.

—Lo harás.

Observó como ella cruzaba el recibidor para llegar a la escalera. Puso una mano en la barandilla y le dijo adiós con la otra mano, agitando las pestañas de un modo tan inolvidable como ese girar y agitar y descubrir de cuando ella se echó atrás el pelo para poder mirarle cara a cara. Descubrió que era incapaz de devolver el saludo o de hacer cualquier otra cosa.

Siguió inmóvil en el salón, mirando a la escalera mucho tiempo después que oyera cerrarse la puerta. Por fin salió de su ensimismamiento, apagó las luces del salón y todas las demás, a excepción de la lámpara que había en el recibidor. Encendió la luz del porche para Billy y subió a la habitación que compartía con él.

Se desvistió con lentitud y sin darse cuenta, mirando por toda su habitación como si fuera la primera vez que la veía.

El planetario que empezó a construir cuando tenía diez años, y que Billy le quitó para terminarlo del todo, menos la pintura, de la que tuvo que encargarse él porque Billy se había cansado del asunto.

Los mapas del Sistema Solar visto desde el norte celestial (sobre la cama de Billy) y desde el sur (sobre la suya). El mapa fotográfico de la Luna del museo Smithsonian, cuidadosamente pegado al techo, y que Billy cambió de sitio por no haber sido consultado, así que Chris tuvo que enyesar el primer sitio. Las naves y el casco espacial de juguete de Billy. (¿No se lo habían regalado a Chris en su duodécimo cumpleaños?) De algún modo «tu» casco se había convertido en «nuestro» casco y luego en «mío». Todo, todo lo que estaba a la vista eran cosas relacionadas con el espacio, y espacio significaba Billy, así que, de algún modo, todo era Billy. Y Billy no se había quedado lo bastante como para deshacer el equipaje.

Chris captó de pronto la pauta, pero muy tarde. Años tarde. Estaba tumbado en la cama y sonrió, entonces se levantó y encendió la luz del escritorio. Entró al lavabo y tomó una pastilla de jabón blanco. Luego extendió periódicos viejos sobre el escritorio y empezó a trabajar en el jabón con un cortaplumas, tallando una cabeza de gato.

Billy llegó cerca de las dos, pisando con fuerza, y bostezó con estrépito en la escalera. Llamó a la puerta y la abrió de una patada.

—No tenías por qué esperarme sentado, camarada —dijo jocosamente.

—No lo hacía.

Chris se levantó del escritorio, dejó el cortaplumas y fue hasta su cama.

Billy se quitó la capa y la arrojó a la mecedora.

—He puesto a esa chica en órbita, camarada. Ya puedes bajar los escudos antimeteoros. No creo que ahora piense en levantar polvo a tu alrededor.

—¿Por qué me haces un favor así? —preguntó Chris cansino.

—Querrás decir a mamá y a ti —dijo Billy, quitándose las botas espaciales—. No tenías que preocupar así a mamá.

—¿Cómo?

—Les había computado a ti y a la pequeña Heartburn en órbita de colisión. Bueno, pues Billy lo ha arreglado. A partir de ahora no tendrá en los visores nada que no sea el azul de la Academia del Espacio. —Fue hasta su capa y la dobló con cuidado sobre el respaldo de la silla—. No es cosa mía, compréndelo, camarada, no es nada personal. Lo que pasa es que nadie puede competir contra los Cuerpos Espaciales. Al menos no en lo relacionado con una Venus —dijo con elaborada modestia. Chris podía ver cómo su mente vagaba lejos del tema incluso antes que terminara la frase—. ¿Cómo te ha ido a ti?

—¿Ido? Oh, la señorita Stein.

—Oh, la señorita Stein. Te aviso como amigo, camarada. Ése es el siguiente objetivo. Chris se recostó y cerró los ojos.

—¿Nunca estás satisfecho?

—Mira, camarada —dijo Billy por encima del hombro—. «Satisfecho» es una palabra que no existe a bordo. Yo planteo las cosas bien claras y evidentes, los giróscopos tienen que estar situados en el eje de la nave y mirando a la tobera principal. Así que infórmate: la misión de esta noche iba por mamá y por ti. La de mañana va por mí. Corto. —Abrió su bolsa y sacó su pijama con cremallera. Fue entonces cuando el jabón tallado atrajo su atención—. ¿Qué hacías con eso, camarada?

—Nada —dijo Chris, tan desganado como antes, pero atento como un lince.

—Tallas jabón. He oído hablar de eso. Me lo he planteado alguna vez. —Se inclinó a examinar el trabajo y, de pronto, se echó a reír. Con esa risa—. Hey, ya va siendo hora para que tenga un nuevo hobby. Esto no está mal para un principiante. —Movié la pantalla de la lámpara adelante y atrás para provocar sombras—. Creo que voy a arreglártelo un poco. ¿Te parece bien, Chris?

—Estaba a punto de ter...

—De acuerdo. No te preocupes. Ni te darás cuenta que lo he tocado.

Había dejado de escuchar a Chris mientras Chris hablaba, dejado de escucharse a sí mismo antes que él mismo terminara. Se inclinó y tanteó el jabón con la punta del cortaplumas, repitió el movimiento. Se acercó más aún, pensativo. Se sentó con gesto brusco, plantó sólidamente los codos en el escritorio, acercó la luz y se puso a trabajar.

Detrás suyo, Chris asintió una vez, sonriendo luego a sus pensamientos, bajando de un nivel a otro, hasta llegar al básico, donde estaba el conocimiento de quién empezaba (y habitualmente terminaba) cosas... hasta que se durmió.

El señor Magruder tenía el hábito de no desayunar en casa; subía a su solemne y despampanante Buick y se dirigía con él a la ciudad, donde ordenaba que le subieran un té al despacho. Esas cosas solía hacerlas a una hora tan insoportablemente temprana que su tácita oferta de transporte a todo el que quisiera acompañarle era siempre rechazada.

Pero esta vez fue una excepción. La señora Binns encajó el cambio con educadas protestas e interna satisfacción; Billy se había acostado tarde, por haberse quedado hasta tan tarde haciendo algo en su cuarto, y ahora podría tomarse su tiempo para preparar un desayuno realmente espléndido. Y Chris, con un aspecto desacomodadamente animado y alegre, sostenía el codo de Gerda Stein mientras ésta se las arreglaba con los escalones del frente y le abría la vieja puerta cromada del Buick.

Una vez que pasaron la curva, Chris respiró profundamente y dijo:

—Estoy seguro que hoy no necesitaré a la señorita Stein, señor Magruder.

El anciano no dijo nada y se limitó a conducir con su ritmo inmutable y al límite de lo legal.

Gerda Stein clavó sus atentos e inexpresivos ojos en la cara de Chris. Nadie dijo nada durante las próximas dos manzanas.

—Del mismo modo —dijo Chris con firmeza— le agradecería que llamara a mi trabajo a eso de las 9.15 para informarles que hoy no iré. Podría hacerlo yo, pero quiero quitármelo de la cabeza cuanto antes.

El señor Magruder apartó el pie del acelerador y dejó que el coche llegara hasta una señal de «Pare» antes de pisar el freno. Empleó en ello un largo y silencioso momento. Chris abrió la puerta y ayudó a salir a Gerda Stein. Luego cerró la puerta.

—Gracias, señor Magruder.

En cuanto el coche desapareció de la vista, Chris Binns rompió a reír como un loco. Gerda Stein se apoyaba en él, o le ayudaba a incorporarse, y al poco también se echó a reír.

—¿A qué viene esto? —preguntó cuando pudo.

Chris se secó las lágrimas.

—Maldita sea si lo sé. Demasiado de..., demasiadas cosas al mismo tiempo, supongo.

Siguiendo un impulso, Chris deslizó suavemente la mano desde su frente hasta el borde de su mandíbula, sin llegar a tomarle la barbilla.

Ella permaneció inmóvil mientras él hacía esto, y cuando dejó caer la mano, le dijo:

—Bueno, hola.

Él deseó tener algo que decir pero, tras dos intentos, lo único que pudo articular fue:

—¿De-desayunamos? —Así que los dos se echaron a reír y empezaron a caminar, con Chris tomándola del brazo. Ella caminaba sin problemas a su lado, con pasos largos y mensurados—. ¿Se puede bailar en una nave espacial?

—Sólo lentos —dijo, guiñando un ojo.

Tomaron tortitas con almíbar de fresa y el mejor café del mundo. Tuvo cuidado con lo que pensaba y sonrió. Ella le miró a la cara.

—Y ahora, unas preguntas —dijo él cuando terminaron y pidieron otro café.

—Adelante.

—Dijiste que la nave colonizadora se estrelló aquí hace unos veinticinco mil años. ¿Qué me dices del Hombre de Pekín y el australopiteco y los demás?

—Eran indígenas.

Ella le tocó para añadir énfasis.

—Chris, te quedarás tranquilo si piensas en términos galácticos, u otros mayores. Cuando uno de esos mecanismos buscadores está programado con un planeta de este tipo, no se conforma con un casi. Y en términos multigalácticos hay mucho donde elegir. El Homo Sapiens, o algo muy semejante, se da en muchos de esos planetas, por no decir en la mayoría. En el caso de la Tierra, debieron llegar a mezclarse. No podemos estar seguros, pero existen precedentes. El caso es que, pasara o no, la presencia aquí de los hombres del espacio no era ninguna jugera para las demás razas. En su elemento resulta un buen tipo, pero se encamina muy rápidamente a la masa crítica cuando permites que se amontone.

»Ahora bien. Volvamos a esa cuestión de las neurosis. ¿Por qué el hombre del espacio se siente tan fuera de lugar en un planeta? Siempre se le ha considerado muy adaptable.

»¡Y desde luego lo es! ¿Acaso no ha sobrevivido aquí durante veinticinco mil años? Pero qué me dices de las neurosis. Son bastantes como para tenerlas en cuenta, una vez asimilados los impulsos básicos. Míralo así:

»Hay algo característico que ha sido tema de más preocupaciones, burlas y chistes malos que cualquier otra cosa, exceptuando el sexo. Hablo del culto a la vuelta al útero. Introspección e introversión y agorafobia y Dios sabe qué más, yendo del ridículo, como el hombre que no puede trabajar en una oficina donde no tiene una pared detrás de sí, a lo sublime, como el concepto del Nirvana; todo se reduce a un deseo de retornar al útero, a un útero cerrado, sustentador y virtualmente ingravido. En cuanto descubres que ese útero no es más que un símbolo de esa otra herencia, ¿qué otra explicación necesitas?

—Que me condenen —susurró Chris.

—La otra tensión interna casi universal tiene que ver con la gente, aunque algunos de nosotros lo compensamos admirablemente. ¿Cuál es el estado ideal para la mayoría de la gente? La familia. La unidad familiar cerrada, autocontenida y mutuamente responsable. Sólo los extraños acaban con la comunicación; sólo los forasteros son impredecibles. De ahí nuestras locuras culturales, las que te mencioné antes, la xenofobia, el miedo al forastero. Los hombres del espacio viajan en pequeñas unidades familiares sexualmente equilibradas, los jóvenes van adquiriendo naves y compañeros propios a medida que sus naves se encuentran y recorren todo el Universo.

—Que me condenen otra vez —dijo Chris.

—Planteémonos ahora el hombre del espacio ideal: tiene que ser un neurótico en la Tierra, como lo estaría sobre terreno firme una persona educada desde la cuna para caminar sobre cables y cuerdas, si es que puedes concebir algo así. Se agotaría rápidamente por los reflejos compensatorios que ahora le son innecesarios. Tu auténtico hombre del espacio querría conocimientos, no pasatiempos. Su reacción ante las tensiones externas sería la de retraerse a sus propios recursos; primero a su nave (como tú, a tu trabajo), y luego a sus propios pensamientos y a donde puedan llevarle éstos (como haces tú en tu tiempo libre). Y querría una...

Chris la miró a los ojos.

—Adelante —dijo con suavidad.

—Querría, no mujeres, sino una compañera —dijo.

—Sí.

Le llevó un tiempo, pero al final pudo sonreír.

—¿Alguna pregunta más? —dijo.

—Sí... ¿Qué pasará con Billy?

—Oh, estará bien —dijo con seguridad—. Él y los que son como él. Se graduará, y recibirá algo más de entrenamiento, y se graduará otra vez. Quizá se quede donde está, y entrene a otros. O consiga un buen trabajo. Puede que de capitán en un transbordador lunar, o de segundo oficial en la primera nave a Marte. El espacio hará que se ponga enfermo, que esté tenso, aprensivo, siempre a disgusto, pero lo resistirá y aguantará hasta el final. Al cabo del tiempo, se retirará con honores y una pensión.

—¿Y no lo sabrá nunca?

—Eso sería demasiado cruel... ¿Alguna pregunta más?

—Sólo una que no he sido capaz de contestar. Uno de los miedos más constantes de la Humanidad, algunos dicen que es el único con el que nacemos y que no tenemos que descubrirlo, es el miedo a caer. ¿Cómo lo encajas con lo del hombre del espacio?

Ella se rió.

—¿No has podido adivinarlo?

Negó con la cabeza.

Ella se inclinó hacia adelante, capturándole con su mirada y su urgencia.

—Tú estás en casa, a la que perteneces, en el espacio, con toda esa acogedora inmensidad a tu alrededor, y así es como vives, y trabajas, y duermes..., y de pronto, justamente ahí, tienes un planeta debajo.

Eso le golpeó tan bruscamente que boqueó y se tensó, retrayéndose para alejarse del suelo, de la enorme y opresiva masa de la Tierra.

—No estás cayendo —le susurró ella al corazón de su terror—. ¡Va a caerte encima!

Él cerró los ojos y se agarró a la mesa y se obligó a reorientarse. Entonces, con lentitud, la miró y consiguió sonreír.

—Has conseguido a tu hombre —dijo—. Salgamos de aquí, capitán.

Queridos Chris y Gerda: Les aseguro que mi vida jamás estuvo tan agitada. El que se casaran así de rápido y que luego el señor Magruder te encontrara ese maravilloso trabajo, aunque no sé qué es lo que tiene de maravilloso eso de Nueva Zelanda. Sin embargo, si eres feliz...

Y encima Billy fue corriendo a casarse con Tess Milburn así de esa manera porque lo hicieran ustedes y no lo entiendo, siempre pensé que Billy tenía sus propias ideas y que no podía ser dirigido por nadie, es como si alguien hubiera apretado un botón y bang, lo hubiera hecho, ahora que lo pienso es así como decidió ir a eso de la Academia y dice que fuiste tú quien le inició en lo de tallar jabón. Te aseguro que ya no sé ni dónde estoy con esto de mantener en secreto la boda hasta que se gradúe e intentando encontrar en la casa una nueva pastilla de jabón.

Hablando del señor Magruder, ya no está conmigo, se limitó a pagarme este mes y a dejarme sin decir más. Me han dicho que está en casa de la señora Burnett en Cecil Street, la que sólo tiene esa casita y ese hijo suyo sin remedio que se dedica a hacer cámaras y qué sé yo y que se encierra en su habitación todo el tiempo, lo cual resulta de lo más insultante después de lo que he hecho por él durante estos ocho años.

Bueno, queridos, cuidense mucho y envíenme fotos de ustedes con las ovejas o cabras o lo que sea que tengan sus hijos por mascota.

Les quiere,
mamá.

Envío por Radio Etérica
Operatorio Grout X 3115
CAPITÁN GERDA STEIN
SEGUNDO CHRISTOPHER STEIN

LA TERCERA CARTA PREPARADA HA SIDO ENVIADA A LA SEÑORA BINNS SEGÚN LAS INSTRUCCIONES INCLUYENDO FOTOS DE LA GRANJA DE OVEJAS. MAGRUDER ENVÍA SALUDOS Y DICE QUE TIENE UN CANDIDATO SEGURO EN EL CHICO BURNETT. PASE EL DATO. NOS VEMOS EN DIEZ AÑOS O ALGO ASÍ.

GROUT
AUCKLAND NUEVA ZELANDA
TERRA (SOL 3)
TERC 345
CUAD 196887
OCT384
(Intraducible)
13996462597

EL OTRO HOMBRE

Hay una gran cantidad de científicos y técnicos que se han relacionado con la ciencia ficción. El mayor bloque de suscripciones que tenía Astounding Science Fiction durante la Segunda Guerra Mundial estaba en Oak Ridge, Tennessee, y el siguiente, en Hanford, Washington; hechos, me decía John Campbell, que el servicio de inteligencia alemán no descubrió ni percibió. Cada vez que salgo en radio o televisión, el entrevistador puede dominar o no el tema, pero puedes apostar lo que quieras a que no es el caso de los chicos que hay al otro lado del cristal. Hay científicos famosos que han escrito ciencia ficción, como el astrónomo Fred Hoyle, el antropólogo Chad Oliver, el diseñador de cohetes G. Harry Stine, y el difunto Willy Ley, y hay algunos, como Carl Sagan y el brillante Marvin Minsky, del Instituto Tecnológico de Massachusetts, que se dedicaron a la ciencia por su temprana afición al género. Y tuve una embriagadora experiencia en la que un científico con talla de Nobel me confesó haberse dedicado a la microbiología por una historia que yo escribí.

Así que, ¿por qué no hay algún psiquiatra o psicoterapeuta que retome la técnica implícita en este relato? Intuitivamente, sé que funcionaría, o al menos alguna parecida. Como es natural, soy consciente que la intuición no sustituye a la experiencia. En otras palabras, si supiera lo bastante, yo mismo la llevaría a cabo, en vez de escribir sobre ella. Pero no por ello deja de ser una noción válida.

Sólo pudo gritar cuando volvió a verla, con un gemido doloroso y sin palabras, con una sílaba concentrada conteniendo cinco años de soledad, furia, insultos a sí mismo y esa agonía característica de las víctimas del «otro hombre». Pero consiguió controlarlo, desviándolo con entrenados reflejos a un tensar el abdomen y un transitorio nudo de músculos de la pierna oculta tras el escritorio, dejando que el impacto tuviera un debido efecto, sin ser visto.

Mantenia el control, exteriormente. Su trabajo le exigía dominar el lenguaje de párpados, músculos de la mandíbula y labios, y tenía un talento especial para enmudecer los suyos. Se levantó con lentitud cuando su enfermera la hizo pasar y mientras daba los tres cortos pasos que la separaban de él. La estudió con ferocidad impasible.

Podía haberla imaginado vestida con ropa vieja, o con ropa barata. Aquí la tenía con ropas que eran ambas cosas. Cuando pensaba en ella, dejaba que su imagen cambiara, pero nunca se le ocurrió que podía habersele roto la nariz, ni que pudiera estar tan increíblemente flaca. Había pensado que siempre caminaría como algo salvaje..., más bien libre..., pero también con dignidad, equilibrada y hermosa. Y así seguía siendo; lo cual le dolía más de lo que podía hacerlo cualquier otra cosa.

Se detuvo ante el escritorio. Él desplazó las manos a la espalda; ella estaba mirándolas y quería que levantara la mirada. Esperó hasta que la señorita Jarrell cerró discretamente la puerta.

—Osa —dijo al fin.

—Bueno, Fred.

El silencio se volvió doloroso. ¿Cuánto tiempo duró...? ¿Dos segundos, tres? Él emitió un sonido sin sentido, parte de una risa, y rodeó el escritorio para mover la silla que había a un lado.

—Por el amor del cielo, siéntate.

Ella se sentó y, de repente, por primera vez desde que entró en el despacho, le miró directamente a los ojos.

—Tienes..., tienes buen aspecto, Fred.

—Gracias —dijo, sentándose.

Quería decir algo, pero lo único que acudiría rápidamente a sus labios sería un «Tú también tienes buen aspecto», una mentira tan evidente que no podía decirla. Y por fin encontró otra cosa que decir.

—Ha pasado mucho.

Ella asintió y su mirada encontró el cuaderno de notas forrado en cuero que había en la mesa. Lo estudió en silencio.

—Cinco años —dijo.

Cinco años durante los cuales ella debió saberlo todo sobre él, al principio porque una separación así nunca es limpia, sino rasgada, deshilachada, agrietada por diferentes roturas de diferentes hebras en diferentes momentos; y después, porque todo el mundo sabía lo que era, lo que había hecho. Lo que defendía.

Cinco años, para él, que al principio estuvieron llenos de sin-Osa, como una hoja de papel de la que se ha recortado una silueta; y después de eso, con la presencia disminuida de Osa como chismorreo (o sea, escasa, porque todo el que está directamente relacionado con un chismorreo suele desplazarse en una burbuja de silencio); Osa como rumor, Osa como conjetura. Había oído que Richard Newell perdió —dejó— su trabajo en la época que ganó a Osa, y nunca oyó que volviera a trabajar.

Ahora, mirando la ropa barata de Osa, y las pequeñas y nuevas arrugas de su cara, concluyó que fuese lo que fuera lo que Newell hubiese podido encontrar, no podía ser mucho. «Newell —pensó amargamente— es un hombre al que Dios hizo con un solo triunfo en su persona y lo ha usado ya.»

—¿Me ayudarás? —preguntó Osa con voz estridente.

Él pensó: «¿Estaba esperando esto? ¿Es alguna clase de recompensa el que venga a pedirme ayuda?». Hubo un tiempo en que podía haberlo pensado. En este momento no se sentía recompensado.

¿Me ayudarás? ¿Dinero? Difícilmente. Osa puede haber perdido mucho, pero su enorme orgullo seguía en ella. Además, el dinero no arregla nada. Un poco nunca es bastante y sólo sirve hasta que se agota. Un poco más sólo pospone al futuro las auténticas soluciones. Un montón sólo entierra el auténtico problema, haciendo que viva como un cáncer o un agente cancerígeno.

Entonces no es dinero. ¿Quizá un trabajo? ¿Para ella? No, la conocía bien. Podía conseguir sus propios trabajos. No tenía uno, por tanto no quería uno. Eso sólo significa que vive como vive a instancias de Newell. Ah, sí, él tiene que ser quien provea, aunque la ilusión la mate de hambre.

¿Un trabajo para Newell, entonces? ¿No sabía que no se le podía confiar ningún trabajo con responsabilidades y que nunca aceptaría algo menos que eso? Claro que lo sabía.

Lo cual sólo nos deja una cosa. También debe estar segura que Newell aceptará la idea o no estaría aquí preguntando.

—¿Cuándo puede empezar la terapia? —preguntó él.

Ella tembló de arriba abajo como si él la hubiera tocado con un electrodo de alto voltaje; primera y única muestra que evidenció de las terribles tensiones que albergaba. Luego alzó la cabeza, con el rostro brillante por algo que estaba más allá de las palabras, algo lo bastante grande, lo bastante luminoso para iluminar y calentar el mundo. El mundo de él. Intentó hablar.

—No —susurró él. Alargó la mano pero luego la retiró—. Ya lo has dicho.

Ella apartó la cabeza e intentó decir otra cosa, pero él también hizo caso omiso.

—Seré recompensado —dijo bruscamente—. Después de la terapia ganará más que suficiente —«¿Para nosotros dos? ¿Para mi cuenta en el banco? ¿Para que te compense por todo lo que te ha hecho?»— para todo.

—Debí haberlo sabido —respiró ella.

Él comprendió. Había temido que no quisiera a Newell como paciente. Había temido que, si lo quería, insistiera en hacerlo gratis, lo cual se habría llamado caridad. No tenía por qué haberse preocupado. «Debí haberlo sabido.» Cualquier respuesta a esto, desde un encogerse de hombros a una renuncia, destruiría la delicadeza, así que no dijo nada.

—Puede venir cuando digas —le dijo ella. Lo que significaba: estos días no hace nada.

Él abrió una agenda y la hojeó. No la miró.

—Me gustaría hacer un trabajo intensivo con él. Seis, ocho semanas.

—¿Quieres decir que se quedará aquí?

Él asintió.

—Y me temo que..., preferiría que no le visitaras. ¿Te importa mucho?

Ella dudó.

—Estás seguro que...

Su voz se perdió.

—Estoy seguro de querer hacerlo —dijo, con repentina brusquedad—. Estoy seguro que haré todo lo que pueda por enderezarle, sin exceptuar nada. No querrás que diga que estoy seguro de cualquier otra cosa.

Ella se levantó.

—Te llamaré, Fred.

Le miró un momento a la cara. Él no sabía si ella querría estrecharle la mano o..., o no. Ella respiró profundamente, luego dio media vuelta, fue hasta la puerta y la abrió.

—Gracias...

Él se sentó y miró hacia la puerta cerrada. No llevaba ningún perfume, pero de todos modos fue consciente de su aura en la habitación. De pronto se dio cuenta que ella no había dicho gracias.

Lo dijo él.

Osa no llamó. Pasaron tres días, cuatro, el teléfono sonaba y sonaba, y nunca era su voz. Luego no importó, o, más bien, ella no tuvo razón inmediata para llamar, porque el intercomunicador zumbó y, cuando lo pulsó, dijo con la clara voz de la señorita Jarrel:

—Un tal señor Newell desea verle, doctor.

—¿Richard A. Newell? —dijo estúpidamente.

Bzz, Pss, Bzz.

—Así es, doctor.

—Hágale entrar.

—¿Perdón?

—Hágale entrar —dijo el doctor.

«Pensaba haber dicho eso. ¿A qué podía haber sonado?» No podía recordarlo. Se aclaró dolorosamente la garganta. Newell entró.

—Va-aya, Freddy, chico. —Dos tranquilos pasos; cabeza erguida, media sonrisa—. Qué pequeño es el mundo.

Se sentó en la silla del otro lado del escritorio sin esperar a que se lo pidieran.

Al primer vistazo, no parecía haber cambiado; y luego el doctor se dio cuenta que era la —¿cómo llamarlo?—, la cualidad sinfónica del hombre, ese aire de perfecta armonía, eso era lo que no había cambiado.

La dicción de Newell siempre era adecuada a la ropa que vestía, y sus movimientos eran tan controlados como su habla. Seguía vistiendo ropa cara, pero vieja de varios años, aunque tan buena que apenas lo evidenciaba. El doctor fue inmediatamente consciente que bajo los indestructibles pliegues y dobleces había un forro casi totalmente raído; que el elegante rostro era como una edición barata impresa con planchas viejas y que la mente que había bajo ella era una interdependencia de partes frágiles tan exactamente iguales que no había ninguna parte más endeble que otra dentro del endeble conjunto. Una máquina en ese estado podría funcionar de manera indefinida, sin estar en activo.

El doctor cerró los ojos con cierta impaciencia y consignó esas ideas al limbo de las analogías supersimplificadas.

—¿Qué quiere?

Newell alzó las cejas una fracción.

—Pensé que ya lo sabías. Ah, ya veo —añadió, entrecerrando con astucia los ojos—. Es una de esas preguntas inesperadas que se supone le sacan la verdad a un hombre. Veamos, ¿qué me vino a la cabeza cuando me preguntaste eso? —Estudió con atención la parte superior de la ventana, luego se inclinó hacia adelante y extendió un dedo—. Más.

—¿Más?

—Más, ésta es la respuesta a esa pregunta. Quiero más dinero, más tiempo para mí. Más diversión. —Abrió mucho los ojos y miró con desconcierto a los del doctor—. Más mujeres —dijo—, y mejores. Sólo..., más. Ya sabes. ¿Es posible?

—Quien mucho abarca, poco aprieta —dijo llanamente el doctor. Le dolían las piernas—. Lo que haga con lo que yo le proporcione dependerá de usted... ¿Qué sabe de mis métodos?

—Todo —dijo Newell espontáneamente.

—Espléndido. Cuéntemelo todo acerca de mis métodos —dijo el doctor sin rastro de sarcasmo.

—Bueno, prescindiendo de detalles —dijo Newell—, hipnotizas a un paciente, y hurgas por ahí hasta encontrar las partes que te gustan. Sacas ésas por sugestión hasta que son

dominantes. Minimizas de la misma manera las partes que no te encajan y las entierras bien hondo. Tiras y empujas y golpeas y aprietas hasta que estás satisfecho, y luego lo cueces en tu horno, estoy utilizando un símil, claro, hasta que sale con el tamaño adecuado. ¿Bien?

—Ha... —dudó el doctor—. Se ha saltado algunos detalles.

—Dije que lo haría.

—Le oí. —Sostuvo, sereno, la mirada de Newell durante un momento—. No es un horno ni un cocer.

—También dije eso.

—Me pregunto por qué.

Newell resopló, divertido, condescendiente, algo así. Sin irritación o impaciencia. Newell había hecho una profesión del hecho de no parecer molesto.

—Me fijo en cómo trabajas. Me fijo constantemente en ello; sé lo que estás haciendo —dijo él.

—¿Y por qué no?

Newell se rió.

—Estaría mucho más impresionado en un ambiente de misterio. Deberías poner un poco de incienso y unas alfombras en este sitio. Llevar un turbante. Pero volvamos a tu horno, o-como-lo-llames...

—Psicostato.

—Sí, psicostato. Una vez que has diseccionado a un hombre y lo has reconstruido, tu psicostato lo estabiliza en la nueva pauta como el agua hirviendo estabiliza un huevo. O acabaría volviendo gradualmente a sus viejos y perniciosos hábitos.

Parpadeó amistosamente.

El doctor asintió, sin sonreír.

—Algo así. Pero no ha mencionado la parte más importante.

—¿Para qué molestarme? Todo el mundo sabe eso. —Sus ojos se desviaron a las paredes y medio se giró para mirar detrás—. O no tienes vanidad o tienes más que nadie, Fred. ¿Qué haces con todas las cartas y menciones que cualquier ser humano enmarcaría y colgaría? ¿Dónde están los diplomas que se hacen tan monótonos en los telediaros? —Negó con la cabeza—. No puede ser falta de vanidad, así que debes tener más que nadie. Debes pensar que toda esta planta, tú mismo, son tu mejor mención. —Se rió, con la risa profesional y amistosa del vendedor de coches usados—. Muy pomposo, Freddy.

El doctor se encogió de hombros.

—Sé para lo que sirvió la publicidad —dijo Newell—. Todo fue un insidioso plan para convertirse en un chico famoso por primera vez en tu vida. —Otra vez la sonrisa cautivante—. No es muy difícil desviarte del tema, Freddy, chico.

—Sí, lo es —dijo el doctor sin acalorarse—. Sólo iba a puntualizar que lo que hago aquí está acorde con un principio ético que dice que cualquier técnica que conlleve la destrucción de la personalidad individual, ya sea quirúrgicamente o de cualquier otro modo, es un asesinato. Su comentario sobre su aceptación pública y legal es ahora apropiado. Si quiere utilizar esa analogía sobre diseccionar a un paciente y reconstruirle de una manera diferente y mejor, tendría que añadir que ninguna de las partes son reemplazadas por otras nuevas y ninguna se queda fuera. Después de la terapia seguirá teniendo todo lo que tiene ahora.

—Y todo ello —dijo Newell, con centelleantes ojos—, respaldado por el mayor conjunto de normas éticas que ha habido desde Mohandas K. Gandhi.

El centelleo desapareció tras una pantalla vítrea. La voz seguía siendo suave.

—¿Crees que sería lo bastante loco para ponerme en tus manos, tus manos, si no me hubiera tragado a ti y a tu legendaria ética hasta aquí? —Se golpeó a la altura del

pecho—. Estás tan atiborrado de comportamiento ético que no tienes sitio para un honrado insulto. Tienes ética donde la mayor parte de la gente lleva las agallas.

—¿Por qué ha venido aquí —preguntó con calma el doctor—, si siente tanta animosidad?

—Te diré por qué —sonrió Newell—. Primero, lo estoy disfrutando. Tengo una escala de valores que me dice que soy mejor hombre que tú, leyes, fama y todo lo demás incluido, y tengo setenta y tantas maneras de probarlo, con una de las cuales estuviste casado. ¿Por qué nadie iba a disfrutar esto?

—Eso era «primero». ¿Hay un «segundo»?

—Y precioso. Éste también es por la diversión: creo que soy la nuez más difícil que has tenido que cascar. Soy muy feliz con mi manera de ser, y todo lo que quiero es más, no algo diferente. Si no eliminas mi encantador carácter o cualquier parte de él, y no lo harás porque te has atado las manos, acabarás justo con lo que tienes delante, amplificado y en alta fidelidad. Y para poner un poco de sal en la herida, también te diré que sé que sólo puedes operar bajo hipnosis, y yo no puedo ser hipnotizado.

—¿No puede?

—Exacto. Lo leí en un libro. Hay gente que no puede ser hipnotizada porque no quiere, y yo no quiero.

—¿Por qué no?

Newell se encogió de hombros y sonrió.

—Ya veo —dijo el doctor. Se levantó y fue hasta la pared, donde un panel se descorrió. Tomó una brillante hipodérmica, apartó el capuchón esterilizado y hundió la aguja en una ampolla. Volvió al escritorio manteniendo hacia arriba la punta de la hipodérmica—. Arremánguese, por favor.

—También resulta que sé —dijo Newell, obedeciendo con prontitud— que vas a pasar un rato infernal entresacando los efectos de la droga de las auténticas reacciones, aunque utilices neoscopolamina.

—No espero que mi trabajo sea fácil. Cierre el puño, por favor.

Newell lo hizo, riendo cuando la aguja mordió. La risa le duró cuatro sílabas y luego cayó en un silencio.

El doctor tomó un expediente en blanco e incluyó cuidadosamente el nombre de Newell, la fecha y unas cuantas notas preliminares. En la columna de «Medicación» escribió: 10 cc solución salina neutra.

Hizo una pausa y miró al hombre «mejor».

—Así que puede ir más rápido que Einstein —murmuró.

—Todo listo, doctor.

—Ya voy.

Fue hasta el perchero de la esquina y tomó una bata blanca. La enseña del oficio, pensó, la capa de Hipócrates, evolucionada hasta llegar a un paño exterior utilizado para mantener los humores corporales aislados de nuestras ropas de calle..., y usado hoy en día porque, para los pacientes, la generalización «doctor» es un punto de partida terapéutico más sencillo que la confusa especificidad de «hombre». Siguiente paso: la máscara juju, y el círculo estará completo.

Se dirigió al pasillo oeste y chocó con la señorita Thomas, que esperaba al otro lado de la cerrada puerta de Newell.

—¡Lo siento! —dijeron al unísono.

—En realidad es culpa mía —dijo la señorita Thomas—. Creí que debía hablar antes con usted, doctor. No..., no está desmantelado del todo.

—No suelen estarlo con bastante frecuencia.

—Lo sé. Sí, lo sé.

La señorita Thomas agitó las manos sin sentido en un gesto totalmente no habitual en ella y luego las unió con rabia a sus almidonados flancos.

El doctor sintió un atisbo de diversión y dejó que se evidenciara. Durante las horas de trabajo, la señorita Thomas, su técnico en jefe, no era ni humano ni mujer, y el toque de color, de viveza en su incomodidad, le complacía de algún modo.

—Estoy familiarizada con lo..., eh..., inesperado, doctor —dijo ella—. Pero después de ochenta horas de catálisis con la máquina, espero que un paciente sólo parezca una hilera de partes dispuestas en una mesa de laboratorio.

—¿Y a qué se parece este paciente?

Al otro lado de la puerta cerrada se oyó una nota repentina de maravillada risa femenina. Miraron a la vez su lisa superficie y luego se cruzaron sus miradas.

—Doscientos ciclos —dijo la señorita Thomas—. Escúchela.

Escucharon: la voz de la señorita Jarrell, una señorita Jarrell inarticulada, arrulladora, estaba diciendo:

—Oh..., eres..., eres... —y volvía a reírse.

—Sé lo que está pensando de Hildy Jarrell, así que no lo haga —dijo con severidad la señorita Thomas—. Está haciendo exactamente lo mismo que hice yo. —Volvió a hacer ese gesto no habitual en ella—. ¡Oh-h! —respiró, impaciente.

Dado que todos sus impulsos eran bondadosos, el doctor ignoró la mayor parte de esto y sólo tomó una cosa.

—Doscientos ciclos. ¿Qué se consigue con las otras frecuencias?

—Oh, todas están bien. Las reacciones normales. Una personalidad preterapéutica responde mejor a los ochenta ciclos. El resto se porta con amabilidad y resulta accesible. De todas formas —dijo alzando la voz, obviamente para ahogar otra risa repentina del otro lado de la puerta—, quiero que sepa que he hecho todo lo que he podido. No quería que pensase que podría haberme saltado algo en el espectro. No lo he hecho. Pero hay una personalidad en el área de los doscientos ciclos que no se desmantela.

—Aún —corrigió él.

—Oh, usted puede hacerlo —dijo disculpándose—. No quise decir... Sólo quería...

Respiró profundamente y volvió a empezar.

—Sólo quería asegurarle que hice mi trabajo. En cuanto a lo que usted pueda hacer, eso es cosa suya, claro. Pero...

—Pero, ¿qué, señorita Thomas?

—Es una pena, sólo eso —masculló, y le apartó para desaparecer torciendo la esquina.

Negó con la cabeza, el desconcierto y la risa luchaban gentilmente en su interior. Sólo entonces se dio cuenta del todo de algo que había dicho: «... hay una personalidad en el área de los doscientos ciclos que no se desmantela».

«Esta mujer —pensó— posee esa clase de precisión que se nubla con la emoción, pero que nada puede eliminar. Si dijo que hay una personalidad en el área de los 200 ciclos, quería decir justamente eso. Una personalidad, no un componente o una matriz o un complejo.»

Tal y como había dicho ella, después de la catálisis un paciente no puede parecer nada que no sea una hilera de partes dispuestas en una mesa de laboratorio. Se asignan de forma arbitraria frecuencias audibles a las diversas partes de la personalidad, atravesando los niveles de hipnosis, y cada parte responde a su frecuencia por sugestión durante el transcurso de la terapia. Cualquier parte podía ser convocada, analizada, y luego minimizada, magnificada, tensionada o sofocada en la modulación final, haciéndola permanente con el psicostato. Pero en la etapa en que Newell estaba —debería estar—, éstas eran partes, subensambladas como mucho. ¿Qué quería decir con «una personalidad» en el área de los 200 ciclos?

Estaba equivocada, claro. «Oh, Dios —pensó—, ¿verdad que está equivocada?»

Abrió la puerta.

La señorita Jarrell no le vio. Se quedó mirando durante un largo momento, y luego habló, con voz lo bastante alta como para ser oído por encima del suave zumbido de la nota de 200 ciclos que emitían los altavoces.

—No lo deje, señorita Jarrell. Quiero ver algo más de esto.

El rostro de la señorita Jarrell adquirió un tono escarlata.

—Continúe, por favor —volvió a decir el doctor, suave pero enérgicamente.

Ella volvió a la cama, dándole la espalda con una dolorosa rigidez, y sus orejas, que se veían a través del pelo, parecían la punta de brillantes lengüecitas.

—Está bien —tranquilizó el doctor—. Está bien, señorita Jarrell. Volverá a verle.

Ella profirió un ligero sonido por las ventanas de la nariz, sonrió tristemente y volvió a los controles. Colocó uno de ellos en la frecuencia asignada al sueño del paciente y conectó el interruptor maestro... Durante diez segundos se oyó una suave explosión de sonido —un ruido «blanco», una combinación de todas las frecuencias auditivas, que sirvió para desorientar al desmantelado paciente cuando su obediencia refleja intentó responder a todas las órdenes a la vez—, y luego se apagó automáticamente dejando sólo la nota de «sueño» de los 550 ciclos. El rostro del paciente se volvió inexpresivo y se tumbó lentamente hacia atrás, cerrando los ojos. Estuvo dormido antes que su cabeza alcanzara la almohada.

El doctor dedicó un tiempo a reflexionar. La señorita Jarrell arreglaba cuidadosamente las sábanas del paciente. No lo hacía porque fuera su trabajo ni como parte del ritual mientras esperaba a que se decidiera el siguiente paso. Por algún motivo, eso conmovió profundamente al doctor y le sacó de su ensoñación.

—Recuperemos la P. T., señorita Jarrell.

—Sí, doctor.

Consultó el índice y preparó cuidadosamente los controles. Accionó el interruptor maestro ante una señal del doctor. Volvió el ruido blanco, y luego el profundo mugido del tono de 80 ciclos.

La personalidad P. T. —preterapéutica— permanecería sin ser tocada durante todo el tratamiento, hasta llegar al proceso estabilizador del psicostato, a excepción, claro, de la orden posthipnótica básica que mantendría todos los segmentos bajo el control del espectro auditivo. El doctor observó la dormida cara y fue consciente de un deseo muy poco profesional que apareciera otra cosa que no fuera la P. T. sin tocar.

Miró a la señorita Jarrell sin volver la cabeza. Debería marcharse ahora, y normalmente querría hacerlo. Pero ahora no se comportaba con normalidad.

Los ojos del paciente se entreabrieron y permanecieron así un tiempo. Era como la tranquila sorpresa de un felino que se da cuenta de algo, indeciso sobre si ese algo merece más atención que el sueño, y se limita a esperar, preparado, y por tanto relajado.

Entonces vio que los ojos se movían, aunque los párpados no lo hicieron. Era el felino almacenando información, pero engañando a sus enemigos para que pensasen que aún estaba atontado. El hombre cambió como una aurora, que siempre es igual mientras la observas, pero bastante distinta si apartas la mirada y luego la vuelves a mirar. «Pienso en analogías —se estremeció el doctor—, cuando los hechos no me gustan.»

—Bueno, Freddy, chico —desenfundó Richard A. Newell.

Oyó el casi inaudible suspiro de la señorita Jarrell y sus ligeros y silenciosos pasos cuando encendió la grabadora, cruzó la habitación y cerró la puerta tras ella.

—Enfermera es un extraño término para definir a una mujer con esa figura —dijo Newell—. ¿Cómo te va, Freddy?

—Depende —dijo el doctor.

Newell se sentó y se despezó. Le hizo una señal al ojo rojo de la grabadora.

—Todo lo que diga será grabado y puede ser utilizado en mi contra, ¿eh?

—Todo será utilizado, sí. No...

—Oh, ahórrame las homilías, Fred. ¿Las transcribirás tú?

—Yo... no.

Se sintió inundado de rabia impotente cuando se dio cuenta de lo que pensaba Newell, y supo exactamente lo que luego haría el hombre. No lo demostró.

—Estupendo, estupendo —dijo Newell, proyectando un poco la voz por encima de un elaborado bostezo—. No me despertaba así desde que era un chico. Ya sabes, desorientado, preguntándome dónde estaba. La última cama en la que dormí no era tan solitaria. No pude descabezar un buen sueño por la manera en que se me echaba encima. «Dick, oh, Dick, por favor...» —imitó cruelmente—. Le dije que se callara y que preparase el desayuno.

Se rió abiertamente, por supuesto, no por algo que había dicho, sino de esa cosa que se retorció en silencio dentro del doctor, y que no podía ver pero que sabía que debía estar allí.

Volvió a mirar al piloto de la grabadora.

—Sin mencionar nombres, claro —dijo.

Y el doctor comprendió de inmediato que mencionaría nombres, lugares, fechas e interrelaciones, cada vez que Newell lo decidiera..., que sería cuando el suspenso dejara de entretenerle. Mientras tanto, el doctor podría prepararse para los chismes a sus espaldas, las cejas arqueadas de la mecanógrafa que las transcribiera, las discusiones fuera del trabajo sobre la postura ética del doctor al tratar con el hombre que había..., que estaba...

La secuencia de acontecimientos descendió en espiral hasta un nivel bajo de su infierno personal, y revoloteó allí, ardiendo y sin echar humo.

—No me lo has dicho —dijo Newell—. ¿Cómo te va? ¿Ya has encontrado el secreto de mi éxito?

El doctor se encogió de hombros con facilidad, cosa nada fácil de hacer.

—Aún no hemos empezado.

—Eso me parecía —bufó Newell—. Seguirás sin empezar para cuando termines.

—¿Por qué dice eso?

—Lo he extrapolado. Vengo aquí, me aplicas una ración de somníferos, consigo un sueño pasado y despierto descansado y animado. O sea, nada. Pero sé que has tomado mi cuerpo dormido, lo has hurgado, pinchado, examinado y retorcido, perforado tarjetas y registrado dos kilómetros de cintas de computadora..., ¿y para qué? Sigo siendo yo, pero algo más descansado.

—¿Cómo sabe que hemos hecho todo eso?

—Leo los periódicos. —Newell volvió a reírse cuando el doctor no replicó—. Tú y tu terapia aprietabotones. —Miró hacia arriba recordando como si leyera palabras en el techo—. ¿Cuál era tu cuota...? ¿Un ochenta y uno por ciento de pacientes curados?

—Modulados.

—Una bonita palabra, modulados. También es un bonito porcentaje. ¿Qué clase de cedazo usas?

—¿Cedazo?

—¡No me dirás que no seleccionas a tus pacientes!

—No, los tomamos a medida que vienen.

—¡Ja! Hablas como los lisenkoístas. ¿Los recuerdas? Los expertos en genética de la Rusia de hace cincuenta años. También decían tener resultados así. También decían seguir una metodología no selectiva, hasta cuando los que se suponía que debían estar produciendo maíz de semilla doble fueron vistos dividiendo las semillas con un cuchillo. Hasta los comunistas les rechazaron con el tiempo. —Le dirigió una mirada lobuna a la grabadora y sonrió—. Pero —dijo con claridad— ningún comunista te rechazaría a ti, Freddy.

El doctor no consiguió encontrar ninguna respuesta, entre las cuatro que acudieron a él, que no sonara como una protesta culpable, así que no dijo nada. La creciente sonrisa de Newell le informó que su silencio era igual de malo.

—Ah, Fred, chico, te conozco. Te conozco muy bien. Hace cinco años sabía mucho sobre ti, y desde entonces he aprendido mucho más. —Se tocó la oscura mata de pelo que tenía entre las clavículas—. Como que, por ejemplo, no tienes ni un solo pelo en el pecho. O, al menos, eso me han dicho.

El doctor volvió a utilizar el silencio como réplica. Luego podría examinar sus sentimientos. Sabía que lo haría; que inevitablemente debía. Sabía que, ahora, cualquier respuesta caería en su aljaba para ser un nuevo dardo. El silencio era un estado que Newell no podía mantener ni tolerar; el silencio hacía que Newell hablara, que tomara la ofensiva..., informara y expusiera sus fuerzas. Newell sólo utilizaba el silencio ocasionalmente; las palabras, siempre.

Newell le estudió por un momento y luego miró al cuadro de mandos, aparentemente decidiendo que para poder volver a un blanco, antes hace falta abandonarlo temporalmente.

—He leído un montón sobre esto. Aprietas un botón, y soy una máquina de luchar. Aprietas otro, y duermes al lado de los corderos. ¿Quién dijo que la Humanidad evolucionaría hasta ser un dedo y un botón, y que cada vez que el dedo quisiera algo, apretaría el botón, y que ése sería el fin de la Humanidad, porque el dedo se volvería demasiado perezoso para apretar el botón? —Meneó la cabeza—. Estás consiguiéndote todo un nivel de vida con tu cacharro, Fred.

—¿Cuando vino, leyó lo que está escrito a la entrada? —preguntó el doctor.

—Me di cuenta que había algo allí —dijo Newell amablemente— y no, no lo leí. Supuse que sería alguna frase sobre la santidad de la personalidad, y sabía que obtendría de ti y de tus acólitos más de lo que podría soportar.

—Entonces creo que debería saber algo más sobre lo que llama «terapia aprietabotones», Newell. La hipnosis no es una terapia y tampoco lo es la técnica de audio respuesta asignada que utilizamos. La hipnosis nos proporciona acceso a los diferentes segmentos de la personalidad y crea un clima adecuado para la terapia, y nada más. La terapia en sí depende de la habilidad del terapeuta, algo tan cierto en mi escuela como en todas las demás a excepción de los lobotomistas.

—Bien, bien, bien. Por fin he conseguido que fanfarronees algo. No sabía que tenías algo dentro. —Newell rió entre dientes—. Efectividad al ochenta y dos por ciento y lo consigues tú solito. ¡Vaya si no eres alguien! Y dime, oh, hábil terapeuta, ¿cómo justificas el dieciocho por ciento de tu fracaso?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Podría alterarte el porcentaje. ¿Quiénes son esas almas decididas?

—Defectuosos orgánicos —dijo el doctor. «Y algunos otros...», pero eso se lo guardó para sí.

—¡Touché! —gritó Newell, y cayó hacia atrás con un rugido de risa apreciativa.

Pero el doctor le vio los ojos antes que los cerrara; eran ventanitas con todos los rostros del odio mirando por ellas.

El doctor estaba encantado. Esperó la reacción en contra de su propio placer que se había acostumbrado a esperar de su austero profesionalismo, pero esta vez no acudió. Archivó este hecho con los que debía examinar más tarde.

—No puedes tener las dos cosas, Fred —estaba diciendo Newell—. Me refiero a eso que la hipnosis no es una terapia. ¿Qué es eso que he oído sobre que ciertas frecuencias tienen un efecto determinado, sin que importe quién seas?

—Ah, eso. Sí, algunas partes del espectro auditivo afectan a la mayoría de la gente. Por ejemplo, los subsónicos de catorce a veinte ciclos utilizados con la amplitud necesaria, asustan a la gente. Y las frecuencias rítmicas entre dos tonos, cuando el ritmo

se asemeja al del corazón humano, suelen tener unos efectos psicológicos bastante peculiares. Pero eso es colateral, fenómenos al margen. Utilizamos los que son de fiar e ignoramos o evitamos los otros. Las frecuencias audibles suelen ser convenientes, certeras y fáciles de identificar por pacientes y terapeutas.

»Pero no son lo esencial. Probablemente, podríamos hacer lo mismo con órdenes habladas o un espectro de olores. Pero la audición es mejor; la mayoría de la gente no está familiarizada con el tono electrónico puro, así que carece de otra asociación que no sea la que le damos. Por eso no utilizamos los sesenta ciclos, el zumbido que te rodea durante toda la vida, producido por los aparatos de corriente alterna.

—¿Y si eres sordo al tono? —preguntó Newell, con un subfondo de maligna satisfacción que sólo significaba que estaba hablando de sí mismo.

—Nadie es tan sordo al tono, a excepción de los defectuosos orgánicos.

—Oh —dijo Newell decepcionado, volviendo luego a la desdeñosa búsqueda de información—. ¿Y el paciente sale de aquí dispuesto a entrar en trance cada vez que un claxon suena a cuatrocientos cuarenta?

—Sabe más que eso —replicó el doctor sin contener por una vez su impaciencia—. Para eso está el psicostato. Todas las frecuencias a las que responde el paciente están registradas aquí —gesticuló hacia los controles— junto a su intensidad. Luego son analizadas por una computadora y comparadas por otra con una pauta que determina qué segmentos se salen de la pauta de actividad óptima del paciente, como una ira excesiva o un miedo incontrolable. El psicostato coloca reguladores a los mayores y amplifica los atrofiados hasta que las respuestas son acordes a la pauta base. Cuando todos los segmentos son óptimos, los del paciente, recuerde; no los de algún otro, la nueva pauta se fija con una posthipnótica global que elimina cualquier otra sugestión que se haya aplicado.

—¡Así que el paciente sale de aquí hipnotizado!

—Entra aquí hipnotizado —dijo el doctor—. Me sorprende, Newell. Para ser un hombre que sabe tanto sobre mi especialidad, no debería necesitar conferencias sobre lo elemental.

—Es que me gusta el sonido de su voz —dijo ácidamente Newell, pero el ácido estaba diluido—. ¿Qué quiere decir con que el paciente entra aquí hipnotizado?

—La mayoría de la gente lo está, la mayor parte del tiempo. Básicamente, un hombre está bajo hipnosis cuando alguno de sus sentidos no responde a un estímulo presente, o cuando su atención está desconectada, aunque sea ligeramente, de su entorno físico. Estás bajo hipnosis cuando lees un libro, o cuando te sientas y piensas y no ves lo que estás mirando, o cuando te golpeas la rodilla con una mesa de café que no has visto a plena luz del día.

—Eso es hilar demasiado fino. —Newell ni siquiera hizo una pausa antes de su siguiente frase, que llegó de un área distinta a la de su burlona incredulidad—. ¿Por qué no me dijiste todo eso cuando afirmé que no podía ser hipnotizado?

—Preferí creerle cuando me dijo que lo sabía todo.

En Newell desapareció toda pretensión de jovialidad.

—Mira, hombre —rechinó, con el tono de voz más desagradable que el doctor había oído nunca—, será mejor que tengas cuidado con lo que haces.

Volvía a ser el momento de un silencio y el doctor lo utilizó. A Newell no le quedó más remedio que seguir allí y contemplar sus propias palabras. Observó como el hombre recuperaba, trabajosamente, su pose, poniendo una mano sobre la otra, descansando luego, probando, esperando, hasta estar seguro que podía volver a hablar.

—Bueno —dijo finalmente Newell, y el doctor casi le admiró por la suavidad de su tono—. Hasta ahora ha sido divertido, y posiblemente siga siéndolo. Si de verdad puedes hacer lo que dices, me portaré bien contigo, Freddy, chico. Te pagaré de verdad.

—Eso está bien —dijo el doctor, en guardia.

—¿Bien? ¿Sólo bien? Hombre, te daré un tesoro que nunca conseguirías de otro modo. Que tú nunca conseguirías —enmendó. Miró claramente al rostro del doctor—. Son casi cinco años de anotaciones y serán todas tuyas. Yo empezaré una nueva.

—¿De qué está hablando?

—De mi libreta negra. Tengo ahí todo lo que va de cerda a princesa. Estés donde estés, te sientas como te sientas, en él encontrarás una compañera adecuada para ti. Puedes usarla, de verdad, Freddy. Debes tener almacenada una buena carga desde ya-sabes-qué —dijo, sonriéndole a la grabadora—. Arréglame, y yo te arreglaré a ti. ¿Trato hecho?

Esta vez el silencio no estaba planeado. El doctor caminó hasta los controles, marcó 550 y golpeó el maestro. La nota de 80 ciclos murió, el ruido blanco tomó su lugar, y luego la orden de sueño de los 550 ciclos. El doctor sintió que la centelleante sonrisa dejaba la habitación como si le quitaran un peso de la espalda.

«Es un paciente —pensó por fin el doctor— saliendo de su entumecimiento. Es un paciente en un entorno terapéutico tan aislado del mundo como un teorema no euclidiano. No hay ningún Newell; sólo un paciente. No hay ningún Fred; sólo un doctor. No hay ninguna Osa; sólo episodios. Newell volverá al mundo porque tiene una personalidad y un nivel óptimo, porque eso es lo que hago aquí y para eso es para lo que sirvo.»

Tocó el control del intercomunicador.

—Señorita Jarrell. La necesito —dijo.

Abrió la puerta casi de inmediato; debía estar esperando en el pasillo.

—Oh, doctor, lo siento. Ya sé que no debería hacer algo así. Es que, bueno, antes de saber...

—No se disculpe, señorita Jarrell. Y lo digo en serio, no lo haga. Puede que incluso haya hecho bien. Pero tengo que saber qué clase de influencias son las que..., no, no me lo explique —dijo cuando ella intentó hablar—. Muéstremelo.

—Oh, no podría. ¡Es tan... tonto!

—Vamos, señorita Jarrell. No será tan tonto.

Pasó ruborizándose ante él, evitando mirarle, y fue hasta los controles. Marcó una frecuencia y activó el maestro, yendo hasta el pie de la cama a esperar, mientras rugía el ruido blanco. El audio disminuyó, hasta estabilizarse en el constante zumbido de los 200 ciclos.

El paciente abrió los ojos. Sonrió. Era una sonrisa que el doctor no había visto nunca, pero que podía haber imaginado. Aunque no en la cara de Richard A. Newell. En Richard A. Newell no había nada concebible que pudiera coexistir con una expresión semejante.

El paciente bajó la mirada y vio a la señorita Jarrell. Un reconocimiento extasiado le recorrió la cara. Tomó las sábanas y se las pasó por encima de la cabeza, quedándose luego quieto e inmóvil como un lápiz.

—Tú... —canturreó la señorita Jarrell, y la sábana fue apartada de la cabeza del paciente, y él gorjeó de risa. Ella le tomó por los talones, y él se retorció y rió, y volvió a cubrirse—. La abejita zumbona... —murmuró ella, y él se encogió con un paroxismo de encantada anticipación—, va volando por entre los árboles..., haciendo bzzz..., bzzz..., ¡bzzz! —y volvió a tomarle por los pies.

Él apartó la sábana de su cara y se dejó llevar por una explosión de alegría más allá de toda vocalización; de hecho, apenas había emitido sonido alguno, aparte de esa cálida e intensa risa.

—Tú...

El doctor observaba y poco a poco sintió que, de alguna manera, había un vacío en la escena, y una gran urgencia por llenarlo, y la comprensión no llegó hasta que la palabra «ridículo» no acudió a su mente..., y eso era. Esto debería ser ridículo; un hombre adulto reaccionando como un niño de siete meses. Lo que resultaba extraordinario era que no resultaba ridículo y que de verdad era un hombre adulto, y no un simple segmento infantil.

Era algo que tenía que ser sentido. Había un..., un resplandor en esas explosiones de cándida alegría que, pese a ser infantil, no era de niño. Tenía una cualidad que pedía reírse con ella, no de ella.

Le dirigió una mirada al selector de audio. Sí, ésta era la reacción a los 200 ciclos a la que se refería la señorita Thomas. «Una personalidad...» Empezaba a darse cuenta de a qué se refería. También empezó a asustarse.

Fue hasta la pared donde estaba adherida la nota con las respuestas básicas. Era un formulario estándar, con una columna dedicada a las frecuencias asignadas arbitrariamente a las edades (700 ciclos y la orden: «Tienes once años») y otra con las frecuencias asignadas a los estados emocionales (800 ciclos y «Estás muy furioso»; 14 ciclos, «Estás asustado»).

Una vez que el paciente estaba totalmente canalizado, los estados de respuesta podían inducirse fácilmente, y extraerse todo su material episódico; miedo a los tres años, sexualidad a los catorce, miedo más ira más gratificación a los seis, o cualquier otra combinación.

El área de los 200 ciclos estaba manchada por las veces que la señorita Thomas había borrado, pero en blanco.

El doctor se zarandeó en su interior y recuperó el pulso. Fue hasta la cama y miró fijamente a la sensitiva e impresionable cara.

—¿Quién eres? —preguntó.

El paciente le miró con ojos brillantes y una alegre y anticipatoria sonrisa en los labios. El doctor sintió que el hombre no le comprendía, pero que estaba ansioso por ello; más aún, que el hombre estaba preparado para maravillarse desde el fondo de su corazón cuando le comprendiera. Llenó al doctor con una ansiedad casi tierna, un afán de protección. Esta criatura no podía ser decepcionada; eso sería antiartístico, hasta el punto de gran injusticia.

—¿Cómo te llamas? —prosiguió el doctor.

El paciente le sonrió y se sentó. Miró a los ojos del doctor con una atención casi inaguantable y una gran espera, listo para atesorar cualquier cosa que viniera a continuación si sólo..., si sólo pudiera identificarla.

«Una cosa es segura —se dijo el doctor—, esto no es un segmento infantil. Niño, sí, pero no tan niño.»

—Señorita Jarrell.

—Sí, doctor.

—La inicial. La inicial de en medio del nombre. Es una A. ¿A qué corresponde?

—Anson —dijo, tras un momento.

—Voy a llamarte Anson —le dijo al paciente—. Ése será tu nombre. —Puso la mano en el pecho del paciente—. Anson.

El hombre miró la mano y luego, expectante, al doctor.

—Doctor. Doctor —dijo el doctor, tocándose la bata blanca. Luego señaló a la señorita Jarrell—. Señorita...

—Hildy —dijo rápidamente la señorita Jarrell.

El doctor no pudo evitarlo; sonrió brevemente. Eso produjo una silenciosa explosión de regocijo en el paciente, que se acalló al instante, siendo reemplazada por la anticipación, la atención presta y vigilante. El doctor sentía la carga que era su espera y la necesidad de apreciar. Pero, ¿qué era en verdad esa carga? Esta criatura apreciaría tanto el dorso de una mano en su cara como dos coros de Londonderry Air.

El doctor se balanceó sobre la cama esperando una respuesta, y ésta acudió a él.

La carga radicaba no en la necesidad de complacer a esta entidad, sino en hacerlo adecuadamente, en una manera de la que luego no hubiera que arrepentirse. «Confía en mí»; ahí, en esas tres palabras radicaba la carga.

El doctor tomó la mano del paciente y se puso los dedos cerca de los labios.

—An-son —dijo.

Y luego puso la mano en la boca del paciente, asintiendo, animándole.

Obviamente, el paciente también quería hacerlo bien, más aún que el doctor. Los labios le temblaron.

—An-son —dijo entonces.

La señorita Jarrell aplaudió al otro lado de la habitación y Anson rió de felicidad.

—Muy bien —sonrió el doctor, señalando—. Anson. Eres Anson. —Se tocó su propio pecho—. Doc-tor. —Volvió a señalar—. Señorita Hildy.

El hombre de la cama se sentó lentamente, con los ojos clavados en la cara del doctor.

—¡Anson! —gritó.

Sintió sus propios bíceps, su cara, y rió.

—Muy bien —dijo el doctor.

—Doc... tor —dijo Anson, con dificultad.

Parecía pensativo, casi aturdido.

—Eso es. Perfecto. Doctor.

—Doc-tor. —Anson se volvió hacia la señorita Jarrell y le señaló—. ¡Señorita Hildy! —entonó triunfante.

—Bendito seas —dijo ella, diciéndolo como si fuera una bendición.

Mientras Anson sonreía, el doctor se quedó inmóvil un momento, devolviéndole la sonrisa como un tonto y sintiéndose asustado y rascándose la cabeza.

Entonces volvió al trabajo.

—Richard —dijo cortante, y esperó una reacción.

No hubo ninguna, sólo la alegre atención.

—Dick.

Nada.

—Newell.

Nada.

—Levanta la mano derecha. Cierra los ojos. Mira por la ventana. Tócate el pelo. Enséñame la lengua.

Anson no hizo ninguna de esas cosas.

El doctor se humedeció los labios.

—Osa.

Nada.

Miró a la señorita Jarrell.

—Anson —dijo, y Anson incrementó su atención. Era sorprendente; el doctor no imaginó que pudiera hacerlo—. Anson, escucha. —Se arremangó y le mostró el reloj—. Reloj. Reloj.

Lo mantuvo cerca y luego lo puso junto al oído de Anson.

Anson gorjeó encantado.

—Tictac —imitó.

Luego agachó la cabeza y escuchó con cuidado al doctor repitiendo la palabra.

—Loj. R-loj. Reloj —dijo luego, y aplaudió igual que como lo había hecho la señorita Jarrell.

—Muy bien, señorita Jarrell. Es bastante por ahora. Apáguelo.

Oyó como ella contenía la respiración y pensó que iba a decir algo. La miró a la cara cuando ella no lo hizo.

—Todo va bien, señorita Jarrell. Nos ocuparemos de él.

Ella buscó sarcasmo en su rostro, entre sus palabras, en lo que había hecho, en todas partes, y no lo encontró. Se rió de pronto y de corazón; el doctor supo que se reía de sí misma, de lo embelesada que había estado, ansiosa por el resplandor de algo que se escondía en el área de los 200 ciclos.

—Me parece que también podría utilizar algo de terapia —dijo dubitativamente.

—Se la recomendaría si hubiera reaccionado de otra forma.

La señorita Jarrell fue hasta la puerta y la abrió.

—Me gusta trabajar aquí —dijo, se sonrojó y salió afuera.

La sonrisa del doctor desapareció con el clic del picaporte. Miró una vez al paciente, y luego se movió ciegamente hacia los controles. Los cerró y volvió a su despacho.

La señorita Thomas llamó a la puerta. Entró en el despacho al no recibir respuesta.

—Oh, perdone, pensé que todavía estaba...

La interrumpió la expresión en la cara del doctor. Puso los informes que llevaba encima del escritorio. Él no se movió. Fue hasta el armario, que se abrió para ella, y tomó dos píldoras de un frasco. Interrumpió el haz fotoeléctrico con un casual agitar de la muñeca y cayó un vaso de papel y se llenó con agua helada. Se lo llevó al doctor.

—Tómese esto.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? —dijo de inmediato, mirando a su alrededor, buscando el origen de la voz en la dirección errónea. Volvió la cabeza y la vio—. ¿Qué? —y posó por un momento la mano en sus ojos—. Oh, señorita Thomas.

—Tómese esto —volvió a decir la ayudante.

—¿Qué es esto?

Parecía estar intentando identificar el vaso, como si nunca hubiera visto uno.

—Dexamyl.

—Gracias. —Lo tomó, tragó agua, y la miró a la cara—. Gracias —repitió—. Parece que estoy...

—No importa —dijo con firmeza la señorita Thomas—. Todo va bien.

El doctor recuperó algo de su autocontrol y se rió un poco entre dientes.

—¿Utilizando en mí mi propia terapia?

—Por lo que yo sé, todo está bien —dijo, con el tono gruñón tras el que se escondía a menudo.

Ella cruzó los brazos con un gesto brusco y miró por la ventana.

El doctor contempló su rígida espalda con diversión, a pesar suyo. Estaba retándole para que la echara, desafiándole a no decirle cuál era el problema. Recordó la curiosidad disimulada bajo ese almidón y que debía roerle por dentro como el zorro de la curiosidad al niño espartano. «Hay una personalidad en el área de los 200 ciclos que no se desmantela..., oh, usted puede hacerlo, pero... es una pena, sólo eso», recordó.

—Es algo tipo Prince —dijo.

Ella permaneció inmóvil tanto tiempo que podía no haberle oído. «Y que me condenen —pensó—, si me pongo a deletreárselo.»

Pero ella dijo:

—No creo —y siguió hablando dentro de su continuado silencio—. El concepto de personalidades alternantes de Morton Prince puede ser la única explicación para muchos casos, pero no explica éste.

—¿Ah, no?

—Dos personalidades dentro de una mente, a veces tres o más. Uno de sus casos era el de una mujer con cinco egos diferentes. No estoy en contra de la posibilidad, doctor.

Cada vez que la señorita Thomas le sorprendía, lo hacía de un modo que le complacía. Pensó que debería pensar algún día en ello.

—¿Por qué estarlo en este caso? —preguntó.

Ella se sentó en el sillón con desenvoltura, y sin disimulos. Permanecieron sentados durante un rato, sumidos en un silencio sociable y cerebral.

—Los historiales de los casos de Prince muestran una gran variación —dijo ella—. Un ego puede ser refinado, educado, y el otro basto y estúpido. Hay veces en que el principal es consciente de la existencia de los otros, y a veces no; y a veces se odian mutuamente.

Pero siempre hay un denominador común, y es el que la división existe en todos los casos porque el ego alterno puede comunicarse y lo hace. Tiene que hacerlo.

—Morton Prince no estaba equipado para segmentación bajo hipnosis terciaria.

—Creo que eso es salirse del tema —dijo categóricamente la señorita Thomas—. Lo repetiré: los egos alternos de Prince tienen que emerger. Creo que ésa es la clave. Si un ego no puede comunicarse y no emerge a no ser que lo pesques tirando del cogote, no creo que merezca ser considerado como un ego.

—¿Puede decir eso tras haber visto a Ans..., al alterno?

—Anson. Hildy Jarrell me contó lo del bautizo. Sí, puedo decirlo.

Él la miró llanamente y ella bajó la mirada. Volvió a recordar su encuentro en el pasillo frente a la puerta de Newell. «No culpe a Hildy Jarrell, está haciendo exactamente lo mismo que hice yo.»

—Señorita Thomas, ¿por qué me torea intentando alejarme de este caso?

—¡Doctor!

—Ha encontrado un segmento que no puede romper —dijo, tras cerrar los ojos—. Es una particularidad..., bueno, digamos que sea lo que sea, le gusta. —Hizo una pausa y, justo a tiempo, dijo—: No me interrumpa. Sabe muy bien que la piedra angular de mi actividad es que la personalidad es inviolable. Sabe que si éste es un caso genuino de ego alterno, no lo tocaré..., no podría, porque el hombre sólo tiene un cuerpo y tendría que destruir a uno u otro ego para normalizarle.

»Sabe perfectamente que yo descubriría al ego alterno. Así que lo primero que hace es llamarme la atención sobre ello, y lo siguiente que hace es discutírmelo, sabiendo que estaré en desacuerdo, sabiendo que si hay alguna duda en mi mente, ésta desaparecería en la discusión.

—¿Por que diablos haría yo una cosa así? —le desafió ella.

—Ya se lo he dicho, para que dejara el caso, confirmara la P.T. y la soltase.

—Maldita sea —dijo amargamente la señorita Thomas.

—Eso es lo malo de conocer demasiado bien la manera en que piensa un colega —le dijo al aire—. No puedes manipular a quien te comprende.

—¿A cuál de nosotros dos se refiere? —preguntó ella.

—La verdad es que no lo sé. Y ahora me dirá por qué lo ha hecho, ¿o tendré que decírselo yo?

—Lo diré yo —dijo la señorita Thomas—. Está cansado. No quiero que le pase nada a ese Anson. En cuanto lo encontré supe con exactitud lo que pasaría si usted seguía adelante con la terapia. Anson sería el intruso. No importa lo..., lo hermoso que pueda llegar a ser el intruso, sólo podría aparecer como una aberración, como algo ajeno. Lo empaquetaría hasta el tamaño de una píldora y lo enterraría tan profundamente dentro de un Newell nuevo modelo que nunca volvería a ver la luz del día. No sé cuánta conciencia tiene, pero sé que yo no podría soportar el que estuviera enterrado vivo.

»Y suponiendo que sólo efectuara la terapia en Anson, sacándole fuera como un joven y radiante Billy Budd, y enterrara a ese crápula de Newell, y perdone por ese adjetivo tan poco profesional, doctor, ¿cree que Anson sería capaz de defenderse por sí solo? ¿Cree que podría enfilarse por algún carril de la carrera de ratas? En este mundo no hay sitio para querubines.

»Así que no hay opción. No sé lo que Anson comparte con Newell y nunca lo sabré. Pero sé que, de la manera que sea, Anson ha existido hasta ahora, y eso no le ha estropeado, y la única oportunidad que tiene de seguir siendo lo que es, es dejándole en paz.

—Quod erat demonstrandum —dijo el doctor extendiendo las manos—. Muy bien. Ahora sabe por qué nunca traté casos de egos alternos. Y puede que también sepa lo inútil que era su pequeña maquinación.

—Tenía que estar segura. Bueno, me alegro. Lo siento.

Él sonrió un momento.

—Aceptaré eso.

Observó como se levantaba del asiento, con el rostro suavizado por la alegría y la admiración no disimulada que sentía por él.

Ella le dedicó una mirada desacostumbradamente cálida y se movió hacia la puerta. Miró atrás a medio camino y se detuvo allí, dando media vuelta para enfrentarle cara a cara.

—Pasa algo.

El doctor sabía que había otras maneras de enfrentarse a esto, pero en este momento tenía que dañar algo. También había muchas maneras de hacer ese daño, y se decidió por la peor, no diciendo nada.

La señorita Thomas volvió a ser la señorita Thomas, sus ojos unos espejos y su pose la de un soldado. Ella le miró desde fuera de sí y dijo:

—Va a seguir con la terapia.

No lo negó.

—¿Me dirá cuál de los dos va a tenerla?

—Depende de lo que entienda por «tenerla» —dijo con triste jocosidad.

Ella trató el comentario como merecía ser tratado y se limitó a esperar que continuara.

—Ambos —dijo.

Ella repitió la palabra exactamente con la misma inflexión, como si pudiera comprenderla mejor al tenerla tan cerca como sus labios. Luego negó, impaciente, con la cabeza.

—Puede realizar toda la terapia que quiera, que siempre habrá que hacer una elección.

—Tengo otra elección que hacer —dijo, con un tono tan encogido que le arañó la garganta—. Newell vive en una sociedad en la que no encaja. Está casado con una mujer que no se merece. ¿Cuál es mi elección ética si está en mi mano el integrarle y hacerle más merecedor?

La señorita Thomas se acercó al escritorio.

—Ha insinuado haber rechazado ya casos así. Los devolvió a la sociedad, sin tratarles.

—También dejaban sin tratar a los leprosos —saltó—. La terapia tiene que empezar en alguna parte, con alguien.

—Pruebe antes con ratas.

«Eso hago», dijo, afortunadamente para sí mismo. Consideró algo más su comentario y decidió no responderlo, porque sabía cuánto lamentaba ella haberlo dicho.

—Hildy Jarrell se marchará cuando sepa esto —dijo ella.

—No se marchará —dijo inmediatamente el doctor, y con seguridad.

—Y en cuanto a mí...

—¿Sí?

Sus miradas se unieron como dos barras de acero colocadas borde con borde y apretando, apretando, sabiendo que puede sobrevenir un ligero movimiento, una desviación mínima, y que habrá una abertura y una colisión.

Pero en vez de eso, ella se rindió. Cerró los ojos contra las lágrimas y se tomó las manos.

—Por favor —murmuró—, ¿tiene que seguir adelante con esto? ¿Por qué? ¿Por qué?

«Oh, Dios —pensó—, odio esto.»

—No puedo discutirlo.

«Lo cual —pensó con dolor—, también es la verdad.»

—Creo que no debería —dijo ella pesadamente.

Él supo que era su última palabra.

—Es una decisión psicológica, señorita Thomas, no técnica.

Sabía que no era muy elegante recurrir a su rango y especialidad cuando se había quedado sin argumentos. Pero esto tenía que terminar.

—Sí, doctor —asintió, y salió fuera, cerrando la puerta con demasiado cuidado.

«Qué es lo que debe ser una persona para ti para correr tras ella cuando llora —pensó—. ¡Vuelve! ¡Vuelve! ¡No me odies! ¡Tengo un problema y me duele!»

La señorita Jarrell tardó cuarenta minutos en aparecer en el despacho. El doctor le había echado treinta y cinco. Estaba preparado para ella.

Ella llamó con una mano, giró el pomo con la otra y entró como una abeja enfurecida. Su cara estaba roja y había una pálida línea de tensión bordeando cada fosa nasal.

—Doctor...

—Ah, señorita Jarrell —dijo con jovialidad—. Iba a llamarla ahora. Necesito su ayuda para un proyecto especial.

—Bueno, siento mucho esto —empezó ella. Tenía los ojos muy abiertos e inflamados, y las comisuras estaban ligeramente rosadas. El doctor deseó poder introducir mágicamente en su corriente sanguínea unos mínimos de azacyclonol; podrían serle útiles—. Venía a...

—El caso Newell...

—Sí, el caso Newell. No creo que...

Esta vez casi tuvo que gritar.

—Y creo que usted es la persona ideal para el trabajo. Quiero que esta entidad de los doscientos ciclos, ya sabe, Anson, quiero que le eduque.

—Bueno, creo que..., ¿qué? —Y cuando la furiosa sílaba rebotó por toda la oficina, ella le miró fijamente y preguntó con timidez—. ¿Cómo dice?

—Me gustaría relevarla de sus otros deberes y ponerla con Anson a tiempo completo. ¿Le gustaría?

—Si me..., ¿qué tendría que hacer?

—Quiero comunicarme con él. Necesita un vocabulario y una educación elemental. Probablemente no sepa cómo sujetar un tenedor ni cómo sonarse la nariz. Creo que podría hacer un buen trabajo enseñándole.

—Bueno, yo... ¡Me encantaría!

—Bien, bien —dijo como un Santa Claus de unos grandes almacenes—. Un par de detalles más. Lo quiero todo registrado en película sonora, de ruido blanco a ruido blanco, y quiero ver la película todos los días. Y, claro, tengo que pedirle que no hable de esto con nadie, ni del personal ni de fuera del personal. Es un caso único y una nueva terapia, y dependen muchas cosas de eso. De usted.

—Oh, puede fiarse de mí, doctor.

Él asintió mostrándose de acuerdo.

—Empezaremos mañana por la mañana. Para entonces tendré preparada la primera lista de palabras y las demás instrucciones. Mientras tanto tengo que documentarme. Llame al Servicio de Información Médica de Washington y haga que busquen en su cerebro electrónico toda la información disponible sobre Prince, Morton y personalidad múltiple. Quiero resúmenes de todo lo que se ha publicado sobre el tema en los últimos cincuenta años. Sin duplicados. Un sumario. Será mejor que pida microfilms y lo envíe por telefax, prioridad AA.

—Sí, doctor —dijo la señorita Jarrell ansiosamente—. ¿También en publicaciones extranjeras?

—Todas las investigaciones que haya sobre el tema. Y ponga un «confidencial» tanto en el pedido como en el envío.

—Secreto de verdad.

—De verdad. —Disimuló la sonrisa que pugnaba por salir a la luz; había tenido la imagen mental de una niña escondiendo caramelos—. Y tráigame las órdenes de trabajo de las enfermeras. Tengo que hacer algunos malabarismos.

—Muy bien, doctor. ¿Es todo?

—Por ahora.

La enfermera casi brincó hacia la puerta. El doctor vio un relámpago blanco cuando la abrió; la señorita Thomas estaba en el otro despacho. No podía haberse sentido más complacido si ella hubiera estado ahí siguiendo sus órdenes explícitas, pues, cuando salía, la señorita Jarrell dijo:

—Y gracias, doctor. Muchas gracias.

«Mastica eso, Thomas», pensó, sintiéndose vengativo y permitiéndose por una vez el disfrutarlo.

Y: «¿Por qué me la tomo con ella?

»Bueno, pues porque tengo que tomármela con alguien de vez en cuando, y ella puede aguantarlo.»

¿Por qué no se lo contaba todo? Tenía un buen cerebro. Podía tener alguna idea realmente buena. ¿Por qué no?

«¿Por qué no? —se volvió a preguntar con voz carente de alegría—. Porque podría estar equivocado. Muy equivocado. Por eso.»

La investigación empezó, y con ella las largas noches de trabajo. Además de las enormes cantidades de lecturas colaterales —había más material publicado sobre personalidades múltiples del que se había imaginado—, tenía películas diarias que analizar, notas que tomar, resúmenes que preparar para codificación computarizada y luego, tras prolongadas cavilaciones, lecciones del día siguiente para preparar.

El resto de la clínica se negó a detenerse y esperar a que se terminara este trabajo, y tenía una carga adicional en su conciencia mientras disimulaba la impaciencia que sentía por todo lo que no fuera el caso Newell. Era tan equitativo que ese peso le volvía hipermeticuloso en todas las cosas que deseaba evitar, así que su trabajo normal consumía más tiempo en vez de menos.

En cuanto a la investigación, la mayor parte era teoría y debate; el tema, como la reencarnación, parecía atraer fanáticos de las variedades más positivas y difusas, en ambos casos tanto en contra como a favor. Desenredando el material, consiguió aislar dos informes de extremo interés para él. Uno era una teoría, el otro un informe interno sobre una serie de experimentos que nunca llegaron a completarse por la muerte del investigador.

La teoría, aventurada por un tal Weisbaden, se basaba en una investigación realizada sobre este mismo material. De hecho, Weisbaden parecía ser la única persona, aparte de él, que alguna vez solicitó este tipo de informes al Servicio Médico de Información.

A partir de él, había elaborado estadísticas, contrastándolas luego para confirmar su teoría, y llegando a la sorprendente conclusión que la personalidad múltiple era un fenómeno de gemelos, y que de encontrar un método para diagnosticar esos casos, podría establecerse una correlación entre la incidencia de nacimientos múltiples y la incidencias de personalidades múltiples. Tantos nacimientos por millar son gemelos, tantos trillizos por cada cien mil, y los porcentajes de cuatrillizos y quintillizos andaban entre los millones.

De este modo, decía Weisbaden, también habría un porcentaje estadístico para el fenómeno de las personalidades múltiples, cuando esos casos dejaran de ser diagnosticados como esquizoides u otras aberraciones.

Weisbaden no había sido un hombre de medicina —era una especie de agente de seguros—, pero su inferencia resultaba fascinante. ¿Cuántos gemelos y trillizos habría en la Tierra compartiendo un mismo cuerpo, sin ninguna indicación orgánica que no eran entidades únicas? ¿Cuántos estaban bajo tratamiento por un estado que no era el suyo; cuántos hermanos siameses estaban siendo castigados por no poder caminar como los

otros cuadrúpedos; cuántas entidades separadas se veían obligadas a pasar sus vidas desfilando en apretada fila?

«Algún día —pensó el doctor, como habían pensado muchos doctores con anterioridad—, algún día, cuando estemos más cercanos a los biólogos genéticos, cuando la psicología sea una verdadera ciencia, cuando alguien diseñe un sistema que interrelacione las diferentes disciplinas y que funcione de verdad..., y algún día, cuando tenga tiempo, bueno, puede que ponga a prueba esta ingeniosa suposición.» Pero sólo era una suposición, y no estaba basada en la observación o la experimentación. Pero resultaba intrigante. Si pudiera probarse.

El otro informe tenía un valor práctico. Un tal Julius Marx —volvía a ser alguien no relacionado con la medicina, sino un ingeniero con, parecía, hobbies— había construido un electroencefalograma para dos (¿habría alguien que compusiese una canción popular con esto?), que realizaba gráficos de cada paciente utilizando una serie de estímulos, y que al mismo tiempo efectuaba un tercer gráfico, el resultante.

Marx buscaba un medio de determinar diferentes ondas cerebrales, más que especímenes individuales, y había hecho circuitos en máquinas que podían encargarse de ocho personas a la vez. Había escrito una nota a pie de página con humor seco, destinando su informe a esta categoría en particular: «Puede que las improbables teorías del doctor Prince puedan acercarse algún día a la imposibilidad mediante el uso de un aparato semejante en un caso de personalidad múltiple».

Tras leer esto, el doctor pidió inmediatamente que se le hicieran electroencefalogramas, tanto a Anson como a Newell, y cuando los tuvo ante sí, deseó fervientemente tener a Julius Marx a su lado; sospechaba que el hombre habría disfrutado, incluso a su costa.

Los gráficos eran tan diferentes como era posible.

La confirmación de su diagnosis era espectacular, y le dejó una nota a la señorita Jarrell para que rastreara todos los casos de personalidad múltiple que había rechazado durante los últimos ocho años y viera lo que se podía hacer para futuras pruebas. No sabía lo que vendría después de las pruebas..., aún.

La otra cosa valiosa que le llamó la atención del informe de Marx fue la idea de hacer un resultante entre los dos encefalogramas diferentes. Hizo uno con el de Newell-Anson, sin utilizar nada tan golbergiano como el complicado aparato de Marx, sino con un simple acoplamiento de computadoras. Lo guardaba en el cajón superior de su escritorio, y lo sacaría cada varios días y se preguntaría...

La terapia de Anson no era terapia. La señorita Thomas dijo al principio que era una personalidad que no se desmantelaría; había tenido toda la razón. No puedes conseguir material episódico de una entidad que carece de conciencia subjetiva, de experiencia, que carece de nombre, de sentido de la identidad, de motivación, de recuerdos.

Había muchas partes en ese extraño brillo de Anson y todas ellas estaban en el ojo del espectador, que protegía a Anson porque estaba indefenso, continuamente sorprendido por su conciencia sin ego como si fuera una virtud en vez de una carencia. Su descubrimiento de los detalles del yo y su entorno era una delicia interminable que observar, porque él mismo estaba encantado y nunca había conocido las crueles penalizaciones que nos imponemos a la hora de expresar nuestro encanto, ni el idioma ocultador que utilizamos en su lugar: «No está mal este amanecer. Sí. Muy bonito».

—Es bueno —le dijo una vez la señorita Jarrell al doctor—. Sólo bueno. Nada más.

En cambio, la terapia de Newell era terapia, y no muy compensadora. El paciente adecuadamente segmentado y desmantelado es relativamente fácil de manejar.

Pones el dial en rabia (1.200 ciclos) y preguntas: «¿Cuántos años tienes?». Ya que la rabia no existe sin una base, un episodio sale a la luz; y ahí tienes tu episodio. «Tengo seis», dice tu paciente. Dial en la nota «Tienes seis años» para reforzarla y ya estás listo para recibir algún recuerdo significativo. O empezar con el índice de la edad: «Tienes

doce años». Una vez establecido esto, preguntas: «¿Cómo te sientes?» y si hay algún material significativo en el duodécimo año, éste saldrá a la luz. Si es miedo, añades la nota de «miedo» y preguntas: «¿Dónde estás?» y tienes toda la historia.

Pero no en el caso Newell. Obviamente, había mucho material de conflictos, pero de algún modo, los conflictos parecían secundarios; eran resultados más que causas. La mayor categoría de traumas se basa en el ataque injustificado, una fuerte paliza, una enfermedad, un rechazo. Es traumático porque resulta injustificado desde el punto de vista del paciente. En el caso de Newell había mucho sufrimiento, mucha derrota; pero en todos los episodios, se lo había merecido. Así que no tenía culpa alguna. Tenía la convicción interna que todas sus crueldades estaban justificadas.

El doctor tenía la creciente sensación que Newell había vivido toda su vida en un estado de contabilidad cuadrada, de deudas saldadas. Sus episodios carecían de continuidad el uno con el otro. Era como si cada episodio hubiera sucedido en las curvas a la derecha de la carretera de su existencia; una vez que se llegaba a ellas, éstas quedaban atrás, como un punto matemático. Los episodios eran muy fáciles de localizar, e imposibles de relacionar los unos con los otros y con el producto final.

El doctor intentó tener en su mente a Anson y Newell como dos individualidades diferentes y totalmente desconectadas, pero el comentario sentimental de la señorita Jarrell resonaba en su mente: «Es bueno, sólo bueno. Nada más», y generaba un opuesto para aplicárselo a Newell: «Es malvado, sólo malvado. Nada más».

Esto le enfurecía. «Qué bonito, pero qué bonito —se decía sarcásticamente—, que el espíritu del bien y el espíritu del mal se reúnan para conformar un solo hombre, y qué limpiamente encaja todo; el negro es totalmente negro y el blanco es blanco, y, juntos, el par tiene que producir un gris.» Se descubrió diciéndose que la cosa no era tan simple, y que las cosas no funcionan según unas evaluaciones morales aún más arbitrarias que sus asignaciones de audio.

Fue en estos momentos cuando empezó a dudar de la rectitud de su decisión, de la valía de su terapia, de la posibilidad de los resultados que quería, y de sí mismo. Y no tenía a nadie que le aconsejara. Le contó todo esto a la señorita Thomas.

Le resultó muy fácil hacerlo y a ambos les sorprendió. La había llamado para efectuar el encefalograma diario en las dos facetas del caso Newell y explicarle lo del resultante, que también quería diariamente. Ella dijo: «Sí, doctor, y muy bien, doctor, correcto, doctor», y varias otras cosas absolutamente correctas. Pero no dijo, ¿por qué, doctor?, o estupendo, doctor, y de pronto ya no pudo soportarlo más.

—Señorita Thomas, tenemos que enterrar el hacha de guerra —dijo—. Puedo estar equivocado con este caso, y la cosa va a ir mal si lo estoy. Peor que mal. Eso no me preocupa —añadió rápidamente, temiendo que ella le interrumpiera, sabiendo que debía soltarlo todo o no sacarlo nunca a la luz—. He pasado antes por malas rachas y puedo aguantar esa parte.

Y entonces salió, de manera fácil y sorprendente para ambos:

—Pero estoy solo en ello, Tommie.

Nunca la había llamado así antes, ni siquiera dentro de sí, y estaba totalmente abrumado preguntándose de dónde podría haber surgido.

—No, no lo está —dijo la señorita Thomas, ásperamente.

—Bueno, infiernos —dijo el doctor, y recuperó todo su control.

Deslizó un cartucho de película en el monitor y sacó sus notas. Utilizándolas como índice se sentó poniendo las manos en el control de velocidad y, pasando de largo ante el material más pedestre y mostrando sólo lo significativo. No interpretó nada mientras ella miraba y escuchaba.

Oyó a Newell resoplar: «Será mejor que tengas cuidado con lo que haces» y a Anson señalando por toda la habitación, cantando: «Suelo, flor, libro, cama, burbuja. Ventana, rueda, sopa, maravilloso». (En esa etapa aún no sabía lo que era maravilloso, pero la

señorita Jarrell lo decía a todas horas.) Vio a Newell recordando, con once años, con la cara retorcida por la rabia, gritándole a su maestra de quinto curso: «¡Te voy a dar una patada, vieja perra!», y a los trece años, complacido por algo que será mejor no mencionar, y relacionado con un gato y una centrifugadora.

Vio a Anson en pie en medio de la habitación, sujetándose el codo izquierdo con la mano derecha y apretándose la barbilla con el pulgar izquierdo, en una pose que utilizaba el doctor cuando estaba perplejo: «Cuando sepa todo lo que hay que saber —había dicho Anson serenamente—, habrá dos doctores Fred».

La señorita Thomas gruñó al oír esto.

—Jamás recibirá de nadie cumplido mejor que éste —dijo luego.

El doctor le chistó, pero con amabilidad. La primera vez que vio esta escena le hormiguearon los ojos. Aún le pasaba. No dijo nada.

La señorita Thomas lo vio todo, hasta lo grabado el día anterior, con Newell dividido en un centenar de piezas que parecían un puzzle cada una, y con Anson, una brillante maravilla que ahora aprendía a leer, maravillándose de todo porque todo era nuevo: las cucharillas del té y la música y las montañas, el Sistema Solar y los bocadillos y el olor de la vainilla.

Y mientras él miraba, las puertas se abrieron en la mente del doctor. No se abrieron del todo, pero sí lo bastante para saber qué estaba allí y en qué paredes. ¿Cómo describir esa indescriptible sensación de experiencia?

Se dice que un buen conductor de camión tiene terminaciones nerviosas que se prolongan hasta el parachoques y los faros traseros, del caucho del neumático hasta el techo de la cabina. El virtuoso del piano no piensa en cada tecla y cada tendón del dedo; piensa en las notas y éstas aparecen.

El doctor había circulado por esta ruta de elecciones imposibles con una voluntad y una orientación semejantes; y volvió a sentir otra vez esa seguridad que éste es el camino correcto, y que ahí está lo que hay que hacer a continuación. Lo que le parecía milagroso no era la sensación, sino haberla tenido mientras miraba las películas y oía las cintas junto a la señorita Thomas, que no había dicho nada, ni emitido evaluación o sugerencia alguna. Eran las mismas películas que había estudiado y proyectadas en la misma secuencia. La diferencia estribaba en que ya no estaba solo.

—¿Adónde va? —le preguntó la señorita Thomas.

—Archive ese material y cierre con llave, ¿quiere? —dijo desde el armario guardarropa—. La llamaré en cuanto vuelva. —Fue hasta la puerta y le sonrió. Le hizo daño en el rostro—. Gracias.

La señorita Thomas abrió la boca para hablar, pero no lo hizo. Levantó la mano derecha a modo de saludo y se volvió para guardar los expedientes.

El doctor llamó desde una cabina cercana al apartamento de Newell.

—¿Te he despertado, Osa? Lo siento. A veces no me doy cuenta de lo tarde que es.

—¿Quién...? ¿Fred? ¿Eres tú, Fred?

—¿Estás preparada para un poco de dolorosa conversación?

—¿Pasa algo? ¿Es que Dick...? —gritó ella, alarmada.

El doctor se dio mentalmente una patada por su torpeza. ¿Qué otra interpretación podría hacer con semejante comentario?

—Está bien. Perdona. Supongo que no soy muy bueno animando las cosas... ¿Puedo verte?

Ella hizo una larga pausa. Él pudo oír como respiraba.

—Ya voy. ¿Dónde estás?

Se lo dijo.

—Hay un bar a la vuelta de la esquina, a tu izquierda. Espera diez minutos.

Colgó el teléfono y fue hasta la esquina. Estaba en una calle mugrienta que parecía esconderse. El bar se escondía en la calle. Dentro del café había escondidos reservados.

El doctor se sentó en uno de los reservados y se escondió allí. Era todo lo que podía hacer para impedirle asumir una postura fetal.

Llegó un camarero. Pidió un Collins con ron claro. Entonces se derrumbó, poniendo los antebrazos en la mesa y la barbilla en ellos, y observando cómo ascendían las burbujas de las bebidas y se reunían en la parte inferior de los cubitos de hielo, hasta que los vasos se empañaron demasiado para poder ver algo. Luego cerró los ojos e intentó no pensar en nada, pero oyó sus pasos y se enderezó.

—Aquí estoy —dijo él con un gruñido como el de una foca, más sonoro de lo que había querido.

Ella se sentó frente a él.

—Un Collins con ron —dijo ella, y sólo entonces recordó que siempre fue la bebida que compartían, cuando compartían cosas.

Ella se preguntó: «¿Por qué tengo que hacer esto?», y se respondió: «Sabes perfectamente bien por qué».

—¿De verdad está bien? —le preguntó ella.

—Sí, Osa. De momento.

—Lo siento. —Le dio vueltas al vaso, pero no lo levantó—. Puede que no quieras hablar de Dick.

—Eres muy considerada —dijo, y se preguntó por qué nunca pensó en verla solo, por su cuenta—. Pero te equivocas. Quiero hablar de él.

—Bueno..., si quieres. ¿De qué en particular?

Él rió.

—No lo sé. ¿Verdad que es tonto?

Tomó un sorbo de la bebida. Era consciente que ella hacía lo mismo. Nunca solían decir chin-chin o salud o ninguna otra cosa, pero siempre tomaban el primer sorbo a la vez.

—Necesito algo que no me proporcionará la segmentación o la hipnosis o la narcosis. Necesito encarnar un esqueleto. No, es algo más complicado que eso. Necesito colores para un retrato al carbón. —Alzó las manos y volvió a bajarlas—. No sé lo que necesito. Te lo diré cuando lo sepa.

—Bueno, es evidente que te ayudaré en lo que pueda —dijo ella insegura.

—Muy bien. Entonces límitate a hablar. Intenta olvidar quién soy.

La miró a los ojos y a la pregunta que había en ellos, y se explicó.

—Olvida que soy su terapeuta. Osa. Soy un desconocido interesado que nunca le ha visto, y tú me estás hablando de él.

—¿Que tiene el título de ingeniero, y de dónde es, y cuántas hermanas tiene?

—No —dijo—, pero sigue por ahí. Así acabarás tropezando con lo que quiero.

—Bueno, está..., ha estado enfermo. Creo que es lo que le diría a un desconocido.

—¡Bien! ¿Qué quieres decir con enfermo?

Ella le miró a continuación y él pudo seguir el pensamiento que había detrás: «¿Por qué no dices lo enfermo que está?». Y luego: «pero quieres jugar a esto del desconocido interesado. Muy bien».

Ella dejó de mirarle.

—Enfermo. No podía ser dirigido por nadie que no fuera sus propias... tensiones, y no, no eran las tensiones que debería hacer tenido. No tenían nada que ver con el mundo.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque no parecía preocuparle. No. —Negó con fuerza—. No quería decir eso, no del todo. Es como si..., creo que habría podido preocuparse si..., si se lo hubiese permitido, y no se lo permitía. —Volvio a mirarle—. Esto me es muy difícil, Fred.

—Lo sé y lo siento. Pero continúa; lo estás haciendo muy bien. ¿Qué querías decir con que no se permitía preocuparse del mundo y la manera en que éste se mueve? ¿Quién no se lo permitía?

—No es un quién; es un... No lo sé. Tú tendrías algún nombre para ello. Yo le llamo un monstruo agarrado a su espalda, algo que le impelía a hacer cosas, a ser algo que en realidad no es.

—Los desconocidos no tenemos nombres para cualquier cosa —le recordó gentilmente.

—Eso es algo alentador —dijo con una medio sonrisa macilenta—. Vivo... mitificando... a la gente. Me hacen sentir como una más en la multitud. ¿Sabes quién tiene suerte? —preguntó, con voz repentinamente alterada y rasgada y, por el tono, cambiando de tema—. Los psicópatas son los que tienen suerte. Los locos, los chiflados de verdad. (Así es como hablo con los desconocidos legos.) Los que ven mariposas todo el rato, los que creen que el presidente piensa en ellos.

—¡Suerte! —explotó él.

—Sí, suerte. Tienen un nombre para el animal que les roe las entrañas. A veces hasta pueden verlo.

—No creo que...

—Hablo en serio —dijo excitada—. Si veo osos grises al pie de las farolas, estoy viendo algo. Tiene un nombre, una forma; puedo dibujarlo. Si hago algo irracional, como suelen hacerlo algunos locos, como correr por unas vías de tren inexistentes o disparando a transeúntes invisibles con un arma invisible, estoy haciendo algo. Puedo describirlo y decir lo que siento y escribir cartas sobre el tema. ¿Ves?, ésas son las cosas que asedian a los enajenados. Se pueden bautizar, manejar. Son cosas que puedes anclar en la realidad para demostrar que no coinciden con ella.

—¿Y eso es suerte?

Ella asintió míseramente.

—Un vulgar neurótico, Dick, por ejemplo, no tiene una cosa a la que dar un nombre. Actúa de un modo que consideramos irracional, y tiene un esquema de valores que nadie puede entender, y hace las cosas de una manera que es coherente con él, pero con nadie más. Es como si al final tuviera un oso gris, y nunca hubiéramos oído hablar de osos grises, de lo que son, de lo que quieren y lo que hacen. Se mueve guiado por un monstruo sin nombre, algo que nadie puede ver y del que ni siquiera él mismo es consciente. A eso es a lo que me refiero.

—Ah.

Permanecieron unos minutos en silencio, con cuidado.

Y luego...

—Osa...

—Sí, Fred.

—¿Por qué le amas?

Ella le miró.

—Hablabas en serio cuando dijiste que ésta podría ser una conversación dolorosa.

—No te preocupes por eso. Límitate a contármelo.

—No creo que sea algo que pueda decirse.

—Entonces prueba con esto otro: ¿Qué amas en él?

Ella hizo un gesto de indefensión.

—A él.

Él siguió sentado sin responder hasta que supo que ella había notado su insatisfacción por la respuesta.

Ella frunció el ceño y luego cerró los ojos.

—No puedo hacer que lo comprendas, Fred. Para comprenderlo tendrías que ser dos cosas: una mujer y... Osa.

Él continuó callado. Ella le miró a los ojos por dos veces y desvió la mirada, y al fin capituló.

—Es..., es una ternura en la que nunca creerías, por muy bien que le conozcas —dijo en voz alta—. Es un algo gentil, cariñoso, que nunca tuvo nadie que naciera antes y que no volverá a tener nadie. Es... ¡Odio todo esto, Fred!

—¡Continúa, por el amor del cielo! Es exactamente lo que estoy buscando.

—¿Lo es? Bueno, entonces... Pero odio hablar de esto contigo. No me parece correcto.

—¡Continúa!

—A veces la vida es simplemente un infierno —dijo, casi en un susurro—. Se marcha y no sabes adónde, y luego vuelve y es espantoso. A veces se comporta como si estuviera solo; no me ve, no me responde. O puede que haga todo lo contrario, que esté continuamente detrás, fastidiando, pinchando y retorciendo todas mis palabras hasta que no sé lo que he dicho o lo que diré luego, o quién soy, o..., cualquier cosa, y no me deja en paz, ni para comer o dormir o salir. Y luego...

Se interrumpió y el doctor esperó, y esta vez se dio cuenta que no bastaría con esperar.

—No te detengas —dijo. Ella negó con la cabeza—. Por favor. Es impor...

—Lo haré, Fred —farfulló frenéticamente—. No me estoy negando. Es que no puedo. Las palabras no me...

—Entonces, no intentes decirme lo que es —sugirió—. Límitate a decir qué sucede y cómo hace que te sientas. Eso sí puedes hacerlo.

—Supongo —dijo, tras pensárselo.

Osa respiró profundamente, casi suspirando, y volvió a cerrar los ojos.

—Es algo infernal —dijo y luego le miró— y..., y..., bueno, está ahí, y ya está. Sin una palabra, a veces sin una señal, pero la habitación está rebosante de eso. Es..., es algo a lo que amar, sí, eso es, pero nadie puede amar algo, en un sólo sentido, eternamente. Así que también es una cosa que ama, que me ama a mí. Aparece de pronto y todo lo demás, el ser cruel, el ignorar, lo que sea que esté haciendo, desaparece y no queda nada que no sea..., lo que sea.

Se humedeció los labios.

—Puede pasar en cualquier momento; siempre sin una señal o una advertencia. Puede pasar ahora, y repetirse dentro de un minuto, o no hacerlo durante meses. Puede durar casi todo un día o ser tan fugaz como un pájaro. A veces continúa hablándome cuando pasa; a veces lo que me dice carece de importancia. A veces se queda ahí mirándome, sin decir nada. A veces, perdona, Fred, me hace el amor y es... Oh, Dios mío, es...

—Toma mi pañuelo.

—Gracias. Él... también lo hace en otras veces, cuando en él no hay nada a lo que amar. Esta..., esta cosa-a-la-que-amar, no parece tener que ver con nada más, carece de pautas. Sólo pasa y es lo que espero y es lo que busco en mis recuerdos; es todo lo que quiero y es todo lo que tengo.

Cuando él estuvo seguro que ella no tenía nada más que decir, aventuró:

—Es como si otro..., otra personalidad tomara su lugar.

No estaba preparado para su reacción.

—¡No! —gritó literalmente, y ella misma se sorprendió.

Luego se encogió y miró con aire culpable por todo el bar.

—No sé por qué —dijo, y parecía asustada—, pero lo que has dicho era algo..., algo espantoso. Si le concedes el más mínimo crédito a lo de la intuición femenina, Fred, tendrás que quitarte esa idea de la cabeza. No sabría explicarte el porqué, pero no lo es. Lo que me ama de esa manera puede ser parte de Dick; pero es Dick, ni nadie ni nada más. Sé que es así. Lo sé.

Su mirada era tan intensa que le impedía parpadear. El doctor podía ver cómo intentaba e intentaba encontrar palabras, rechazándolas y volviéndolo a intentar.

Y finalmente:

—La única manera en que puedo decirlo y hacer que tenga algún sentido para mí es que Dick no podría ser un..., un canalla la mayor parte del tiempo y seguir caminando por el sendero correcto sin algo igual de extremo en la dirección opuesta. Es..., es una pena para el resto del mundo que sólo me muestre a mí esa parte suya, pero está ahí.

—¿Sólo te la muestra a ti? —Le tocó la mano y la retiró luego—. Lo siento, pero debo preguntártelo.

Ella sonrió y una especie de orgullo iluminó su rostro.

—Sólo a mí. Supongo que vuelve a ser intuición, pero es tan seguro como que hoy es domingo. —El orgullo desapareció, y fue sustituido por una paciente agonía—. No me estoy engañando, Fred. Tiene otras mujeres; muchas. Pero ese algo en particular es para mí. No es algo que suponga. Sólo... lo sé.

Él se recostó débilmente.

—¿Es todo lo que querías? —preguntó ella.

Él le dedicó una rápida y dolorida mirada y vio, para su horror, que sus ojos estaban llenándose de lágrimas.

—Es todo lo que pedí —dijo con voz átona.

—Veo la diferencia. —Utilizó el pañuelo—. ¿Puedo quedármelo?

—Puedes... —Pero se interrumpió—. Claro. —Se levantó—. No —dijo y le quitó de la mano el pañuelo húmedo—. Tengo algo mejor para ti.

—Fred —dijo ella, incómoda—, yo...

—Me voy, perdóname y todo eso —dijo, con más furia de lo que creía. Pero las despedidas y las conversaciones por educación eran más de lo que podía soportar—. El desconocido lego debe asistir a una larga reunión con una amistad profesional. Creo que será mejor no volverte a ver, Osa.

—De acuerdo, Fred —le dijo a su espalda.

Le había herido, lo sabía, pero también sabía que la estatura que él tenía dentro de su mundo podría tapar la herida junto a un centenar de otras semejanzas. Disfrutó del privilegio y salió de estampida, lanzándole de paso un billete al camarero.

Volvió con el coche y subió por la rampa de la clínica. Por alguna oscura razón, le llamó la atención la inscripción que había sobre la puerta. Había pasado ante ella un centenar de veces sin dedicarle una mirada; había ordenado que la pusieran allí y estaba satisfecho de ella, ¿por qué tenía que importarle ahora? Pero sí importaba. ¿Qué había dicho Newell sobre ella? «Alguna frase sobre la santidad de la personalidad.» Un comentario muy perceptivo, pensó el doctor, considerando que Newell no la había leído:

SÓLO EL HOMBRE PUEDE COMPRENDER AL HOMBRE

Era de Robert Lindner y era la respuesta del doctor a las inevitables cargas de la «terapia aprietabotones». Pero ahora se preguntaba si la palabra «hombre» era lo bastante concluyente.

Se desembarazó de la conjetura y entró al edificio.

La luz brillaba a través de la puerta traslúcida de su despacho, situado al otro extremo del pasillo. Caminó hacia allí por el áspero suelo, escuchando sus propios pasos sin pensar en otra cosa, con la mente tan intencionalmente relajada como el cuerpo de un luchador entre dos asaltos. Abrió la puerta.

—¿Qué está haciendo?

—Esperando —dijo la señorita Thomas.

—¿Por qué?

—Por si acaso.

Fue hasta el armario sin decir palabra y colgó el abrigo. Ya en su escritorio, se sentó y estiró la cansada espina dorsal hasta que crujió. Luego miró a la señorita Thomas,

sentada en el sillón. Ésta puso los pies debajo del asiento y él comprendió que estaba dispuesta a marcharse si así se lo pedía.

—Hipótesis: Newell y Anson son personalidades separadas —dijo.

Mientras hablaba, notó cómo se movían hacia adelante los pies de la señorita Thomas y se cruzaban en los tobillos. Su pensamiento interno fue: «De todas las cosas que me gustan de esta mujer, lo que más me agrada es la cantidad de conversación que tengo con ella sin hablar».

—Y tenemos mucha información para respaldarla —continuó—. Tan sólo con el encefalograma estaría demostrado. Anson es Anson y Newell es Newell, y para probarlo, los tenemos tan cristalinos que cualquiera puede darse cuenta de ello. Hemos trabajado tanto en ellos que sabemos con toda exactitud lo que es Anson sin Newell. Lo hemos educado para eso, con eso en mente. Con Newell no hemos hecho lo mismo, pero igual podríamos haberlo hecho. Me refiero a que hemos investigado a Newell como si Anson no existiese en su interior. Lo que nos lleva a que, para demostrar que tenemos un espécimen de personalidad múltiple, hemos separado y aislado los componentes.

»Y luego hemos ido directos en barrena porque ninguno de los segmentos parecía un ser humano real... ¿Señorita Thomas?

—¿Sí?

—¿Le molesta la manera en que utilizo el plural?

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—De momento, no.

—A continuación —dijo, y respondió a su sonrisa pero prosiguió incansable con el resumen— hemos tomado nuestras dos personalidades y las hemos tratado como a dos pacientes potencialmente salvables; uno neurótico, uno retrasado. Hemos operado siguiendo la suposición que cada uno de ellos contenía su propio desorden y podrían ser tratados con terapias separadas.

—¿Nos hemos equivocado?

—Yo, desde luego, sí —dijo el doctor. Dio una palmada al archivador de su izquierda—. Aquí hay un informe muy interesante de un tal Weisbaden, teorizando sobre la posibilidad que las personalidades múltiples sean en realidad gemelos, gemelos idénticos nacidos del mismo óvulo y que se han desarrollado dentro de un mismo cuerpo. Está a un paso del microcosmos del foetus in foetu.

—He leído algo de eso —dijo la señorita Thomas—. Un gemelo que nace enquistado en el cuerpo de otro.

—Pero no sólo parcialmente; los dos enquistados. Tenga o no tenga razón Weisbaden, merece la pena utilizarla como hipótesis de trabajo. Y eso es lo que, entre otras cosas, he estado haciendo, y he metido las narices tan adentro que no he sido capaz de ver una parte muy importante de la analogía: o sea, que estos gemelos en sí son una anomalía, y que cualquier desviación en un hermano de origen múltiple es teratológica.

—Vaya —dijo la señorita Thomas, simulando admiración.

El doctor sonrió.

—Debí haber dicho «monstruosa», pero, ¿para qué andarse encima con supersticiones? Ya están bastante mal las cosas. De todas formas, si seguimos considerando nuestra idea de gemelos como una analogía, tendremos en cuenta la posibilidad que nuestras personalidades múltiples son tan anormales como los hermanos siameses o cualquier otra monstruosidad por el estilo. ¡Odio tener que usar esa palabra!

—A mí no me horroriza —dijo la señorita Thomas—. ¿Anormal en qué sentido?

—Bueno, siendo lo más crudo posible, ¿cuál diría que es la anomalía que sufre un gemelo siamés?

—El otro gemelo siamés.

—Mmmm. Y siguiendo con la misma analogía, ¿cuál es el nombre del desorden de Newell?

—¡Santo Cielo! —jadeó la señorita Thomas—. Será mejor no decírselo a Hildy Jarrell.

—Eso no será lo único que tendremos que ocultarle. Por un tiempo, al menos —dijo el doctor—. ¿Ha leído mis notas sobre Newell?

—Todas.

—¿Recuerda el comentario que hizo, y que me preocupó, sobre que Anson era sólo y únicamente bueno, y el problema que tenía sobre lo que implicaba en que Newell era sólo y únicamente malo?

—Lo recuerdo.

—Es algo infantil que me incomoda cada vez que me topo con ello, y debía estar malditamente incómodo para pensar siguiendo esa línea. La única razón por la que está entre las anotaciones es porque lo tenía que pasar a alguna parte. Bueno, pues me he estafado, señorita Thomas. Porque Anson apareció entre nosotros brillante e inmaculado, y he ido marcha atrás por querer mantenerle apartado de las corrupciones de la ira, el miedo, la avaricia, la concupiscencia y todos los demás hobbies de la auténtica Humanidad. De la misma manera, nunca se me ocurrió analizar qué clase de amabilidad, generosidad, simpatía o empatía podían esconderse en Newell. Para qué molestarse con semejante..., ¿cuál fue el término que utilizó?

—Crápula —dijo la señorita Thomas sin dudarlo.

—Crápula. Así que lo primero que tenemos que hacer es proporcionarle el privilegio que cada una de esas..., eh..., personas estén enteras. Si son monstruos, al menos les permitiremos que sean monstruos íntegros.

—¿No querrá decir que va a...?

—Vamos —corrigió, sonriendo.

—No querrá decir que vamos a tomar al pobre Anson y... —dijo ella, a través de la sonrisa de su respuesta.

Él asintió.

—Además, no veo cómo podrá hacerlo, doctor. Anson carece de miedo. Se reiría al caminar por la jaula del león o por un cable de alta tensión. Y no se me ocurre cómo podrá enfurecerle. Y precisamente usted. Anson le..., le quiere. Y lo de..., oh, querido. Esto es horrible.

—Los extremos son horribles —concedió—. Tendremos que recurrir a lo básico, pero podremos conseguirlo. Por eso, sugiero que se envíe a la señorita Jarrell a Kalamazoo a por un nuevo hornillo o algo semejante.

—¿Y luego qué?

—Lo acostumbrado suele ser familiarizar al paciente con el hombre y la naturaleza de su desorden. En nuestro caso no se lo decimos, se lo mostramos, y cuando absorbe la información lo llamamos discernimiento. Anson, te presento a Newell. Newell, te presento a Anson.

—Espero que se hagan amigos —dijo, infeliz, la señorita Thomas.

Anson dormía su nueva clase de sueño en una oscuridad de una oscuridad en lo oscuro, y donde ahora tenía sueños. Y que también tenía su propia música, este profundo sonido que iluminaba la oscuridad y atravesaba los oscuros envoltorios, uno dentro del otro; y ahora podría emerger a la luz y a la risa y a los sesudos misterios de la vida y la comunicación con la señorita Hildy y el doctor Fred, y la maravilla de maravillas que era la percepción. Se lanzó volviendo alegremente a la vida y a...

Pero no era igual. Estaba aquí, en la cama, pero ya no era igual. No había ninguna luz en el techo, ni haces dorados derramándose por la ventana iluminada por el sol; era igual, pero no era igual..., estaba oscuro. Parpadeó con tanta fuerza que hizo pequeñas luces de colores, pero estaban dentro de sus ojos y no importaban.

Había ruido, un ruido inaudito e insoportable con la forma de un batir de platillos en la oscuridad justo encima de su cabeza. Retrocedió ante él e intentó levantarse y correr, y

descubrió que no podía moverse, que tenía los brazos y las piernas atados a los costados de la cama, por alguna cosa lisa y sin forma que le retenía atrapado. Luchó contra ello, llorando, y entonces la cama bajo él cayó hacia adelante y se detuvo con un golpe, y se levantó y volvió a caer. Hubo otro ruido, que no era un ruido, pese a que le golpeó como si fuera uno: era un flash fotográfico, aunque no podía saberlo.

Yacía aterrorizado, cegado y enfermo, esperando a que volviera el terror.

Oyó a alguien que decía en voz baja: «Baja el volumen», y su música, su nota, el continuo trasfondo de toda su consciencia, empezó a debilitarse. Forcejeó hacia él y éste se alejó de él. También amenazaban alejarse de él unos golpes y unos pasos evasivos de algo que había en la oscuridad. Sintió, sin palabras, que la nota era su vida y que la estaba perdiendo. Por primera vez en su vida consciente, tuvo un miedo consciente a morir.

Gritó, y volvió a gritar, y luego hubo una negrura más negra que lo oscuro y todo terminó.

—Se ha desmayado. Luces, por favor. Apague esa nota, proporcióneme un cincocincuenta y veamos si puede dormir con normalidad. Dios, espero que no hayamos ido demasiado lejos.

Se quedaron mirando al paciente. Jadeaban por la tensión.

—Ayúdeme con esto —dijo el doctor.

La señorita Thomas y él desabrocharon juntos la sábana que le sujetaba. Apartaron el flash, los platillos, y reajustaron el control de la cama para que funcionara normalmente.

—Está bien, al menos físicamente —dijo el doctor después de examinarle brevemente—. Le dije que funcionaría si éramos lo bastante básicos. No puede tenerle miedo a un león porque no sabe qué es un león. Pero el estar atado y un ruido repentino y caerse, son cosas que no tiene por qué saber lo que son. Bueno, vuelva a abrochárselo.

—¿Qué? ¿No irá a...?

—Vamos. Abróchele —dijo bruscamente.

Ella frunció el ceño, pero le ayudó a poner la sábana.

—Sigo pensando... —empezó ella, y se ganó un «¡Chissst!».

Restableció la nota de 200 ciclos en su amplitud normal y esperaron. Esta vez había un vacío en la consciencia aparente. El doctor se dio cuenta que el paciente estaba despierto, pero parecía que tenía miedo de abrir los ojos.

—Anson...

Anson empezó a llorar débilmente.

—¿Qué te pasa, Anson?

—D-doctor Fred, doctor Fred..., el ruido, y luego no podía moverme y todo estaba negro y luces brillantes.

Volvió a llorar.

El doctor no dijo nada. Se limitó a esperar. Los sollozos de Anson se detuvieron de golpe cuando intentó moverse. Jadeó sonoramente y volvió a intentarlo.

—¡Doctor Fred! —gritó, presa del pánico.

El doctor siguió sin decir nada.

Anson movió salvajemente la cabeza, la echó atrás, volvió a intentarlo.

—Haga algo para que pueda levantarme —suplicó Anson.

—No —dijo el doctor con voz inexpresiva.

—Haga que...

—No.

Anson chilló de forma penetrante. Se lanzó hacia adelante de manera tan poderosa que el doctor temió por un segundo que se rompieran las correas. Pero éstas aguantaron.

Anson forcejeó con la sábana durante casi diez minutos, gritando y babeando. El miedo se volvió furia, y la furia, en una batalla intensa y estúpida. Era una rabieta infantil magnificada por la fuerza y la potencia de un adulto.

A la altura del segundo minuto, el doctor estableció una frecuencia suplementaria, una aguda de 10.500 ciclos que había permanecido en blanco en la escala. Cada vez que Anson se detenía para tomar aliento, el doctor entonaba: «Estás furioso. Estás furioso».

Siguió observando con tristeza hasta que, segundos antes que el paciente tuviera su respiro, le liberó para que durmiera.

—No podré aguantar ni un minuto más de esto —dijo la señorita Thomas. Sus labios estaban casi grises. Estaba humedeciendo una toalla y lavaba gentilmente el dormido rostro—. No me gusta nada en absoluto.

—Le gustará el resto —prometió el doctor—. Vamos a liberarle de la sábana.

Se la quitaron y la guardaron.

—¿Qué le parecería si me pone los diez-cinco ciclos ahora que no tiene la sábana? —preguntó él.

—Métale antes en una jaula —respiró ella con tono espantado.

Él sonrió repentinamente.

—Póngame los ochenta ciclos, ¿quiere?

Ella lo hizo y vieron como despertaba Richard Newell. Gruñó y movió la cabeza con cautela. Se sentó de golpe y gritó, cubriéndose un momento la cara con ambas manos.

—Hola, Newell. ¿Cómo te sientes?

—Como la producción de un triturador de basuras. No me sentía así desde el día en que estuve catorce horas remando en un bote.

—Perfecto, Newell. Todo ha sido en un día de trabajo.

—Trabajo es la palabra. Lo sé, sé que me has tenido tirando de un arado mientras estaba hipnotizado. Trabajo de esclavos... Rebaja el índice de gastos. Maldita sea, Fred, no pienso aguantar mucho de esto.

—Aguantarás todo lo que decida hacerte —saltó el doctor—. Ahora la juega corre de mi parte, Dicky, chico.

La señorita Thomas se sobresaltó. Newell balanceó lentamente las piernas y se sentó mirando fijamente al doctor, con una horrible y ominosa semisonrisa en el rostro.

—Señorita Thomas —dijo el doctor—, diez-cinco, por favor.

Observó como la señorita Thomas marcaba en el dial la nota suplementaria de los 10.500, mientras él escondía su diversión en lo más hondo. Sabía exactamente lo que pasaba por la mente de la mujer. Diez-cinco era la motivación de la furia, la orden que hacía que Anson reviviera ese estado de rabia insoportable en el que había estado unos momentos antes.

—Señorita Thomas —dijo Newell con voz aterciopelada—. ¿Le he contado alguna vez la historia de mi vida? ¿O, lo que es lo mismo, la historia de la vida del doctor?

—Por qué... No, señor Newell.

—Pues había una vez —dijo Newell— un doctor que..., que...

La voz de Newell titubeó cuando la penetrante nota se incluyó en el zumbido del tono de 80 ciclos. El doctor oyó detrás el rumor que hizo el almidón de la señorita Thomas cuando ésta se cruzó de brazos.

Newell miró sorprendido al doctor.

—¿Qué infiernos iba a hacer? —murmuró—. Lo que iba a contar no tiene nada de gracioso. Perdóneme, señorita Thomas. —Se relajó visiblemente, balanceó una pierna hasta colocarla sobre la cama y se apoyó en un codo—. No me siento así desde... ¿Dónde está Osa? —preguntó.

—En casa. Esperándole.

—Dios. Espero que no tenga que esperar mucho. ¿Está bien?

—Está bien. Y ya queda poco. Creo que tenemos la cosa controlada. ¿Quiere que hablemos de ello?

—«Hable de mí —citó Newell—, hable bien si puede, pero hable de mí».

El doctor vio como la señorita Thomas miraba incrédula los controles, asegurándose en el dial de haber producido la nota correcta. Se rió. Newell se rió con él; era uno de los sonidos más placenteros que podían imaginarse. Y no era la risa de Anson, no era ni remotamente parecida. Era Richard Newell vuelto a la vida, pero siendo amable, sensible, considerado.

—¿Alguna vez le dijo Osa que creía que usted tenía un monstruo innombrable que le obligaba a hacer cosas? —dijo el doctor.

—Sólo unos centenares de veces.

—Bueno, pues lo tiene. No estoy bromeando, Dick, de verdad lo tiene. Y usted nunca lo sospechó ni tenía nada con que llamarlo.

—No te entiendo.

Sentía curiosidad, estaba ansioso de aprender, de querer y de ser querido. Se notaba en la manera en que hablaba, se movía, o escuchaba. La señorita Thomas permanecía con la mano congelada cerca de los controles, preparada para desconcertarlo a la primera señal de supuesta violencia.

—Lo hará. La cosa es más o menos así.

Y el doctor le explicó la historia de Anson con palabras sencillas, la teoría de la personalidad múltiple como un fenómeno de gemelos, y, finalmente, la teoría de la estabilización acrobática que habían conseguido las dos entidades por sí solas.

—¿Por qué acrobática? —dijo Newell.

—Ya sabrá que se comporta como un crápula la mayor parte del tiempo, Dick.

—Puede decirlo así —dijo, sin el menor resentimiento.

—Bueno, pues es por lo siguiente. Y ahora, límitese a escuchar; ya lo cuestionará tanto como quiera después de haberlo oído todo. Desde el mismo momento en que nació, su alter ego (por utilizar un término conocido) estaba encerrado, aislado de toda conciencia y expresión y hasta de conocer su propia existencia. No intentaré explicar esto; no sé cómo es así. El caso es que estaba ahí, aislado pero vivo, Dick, vivo..., ¡y tan fuerte como usted!

—No puedo imaginar algo así.

—No es fácil. Yo tampoco puedo hacerlo del todo. Es como intentar meterse en la mente de otra especie, o de una planta, si es que puede llegar a imaginarse algo semejante. Tampoco sé cómo es posible que la cosa viva, y que hasta hace poco no tuviera nada, ni conocimientos, ni experiencias, ni ningún modo de expresarse.

—Entonces, ¿cómo sabe que está ahí?

—Está ahí —dijo el doctor—. Y en este momento, está bullendo de rabia al máximo. Ha vivido toda su vida con usted. Debía tener un ansia salvaje y continua de salir afuera, y nunca lo consiguió hasta que apareció aquí y le hicimos salir. Es una entidad fascinante, Dick. Pero ahora no voy a hablar de ella; la conocerá, le conocerá, a fondo antes de marcharse de aquí. Pero, créalo o no, es de lo más bueno. Más que bueno: realmente angelical. Ha pasado todos esos años en la oscuridad, como una semilla germinando, abriéndose paso hacia la luz. Y usted le hacía retroceder cada vez que estaba a punto de conseguirlo.

—¿Yo?

—Lo hacía por buenas y razonables cuestiones de supervivencia. Pero, como la mayoría de los instintos de supervivencia, los suyos son bastante irracionales. Un león ruge, un ciervo corre. Supervivencia. Pero, ¿y si corre hacia un barranco? Lo que quiero decir es que hay sitio para los dos en Richard Anson Newell. Han coexistido bastante bien, considerándose extraños y a veces desconocidos. Las cosas irán mejor si se consideran amigos y compañeros. Hermanos, si quiere un término más real, porque eso es lo que en realidad son.

—¿Y cómo explica eso, si es verdad, la manera en que he estado estropeando mi vida?

El doctor hizo una pausa, buscando una imagen.

—Digamos que sobresalen como dos vigas voladizas de un centro común. Alejándose de él. Su alter ego, llamémosle Anson, es, como ya he dicho, un tipo realmente bueno. Sus ciegos forcejeos siempre se han encaminado hacia algo, llamémosle un aura, si lo prefieres, que hay en la gente que le rodea. Las presiones son todo lo que resulta agradable, bueno y amable.

»¡Pero usted se siente invadido! Nunca puede ir hacia nada; Anson se ha adelantado, presionando e inquiriendo. Y usted reacciona, inmediatamente y con todas sus fuerzas, en dirección opuesta. ¿No es verdad que se ha visto engañado y rechazado en cualquier cosa que le atrajera en la vida, y que, al mismo tiempo, sólo ha podido tomar aquellas cosas que en realidad no le importaban?

—Bueno, yo...

—Limítese a centrarse en la idea. Este discurso que estoy haciéndole sólo es para que lo comprenda intelectualmente; no espero que se lo trague así de pronto.

—Pero no siempre..., ¿y Osa? ¿Me estás diciendo que en realidad no quiero a Osa?

—Ése es el efecto del «sobresalir», Dick. Anson nunca sintió por Osa lo mismo que usted. Creo que debe ejercer en él alguna clase de efecto confinador; no le gusta que le confinen, ¿verdad, señorita Thomas? —se rió—. Así que Osa debía dejarle frío, o le enfurecía. Y con una furia que está más allá de lo creíble. Es una furia de niño, Dick, ciega, furiosa y exacerbada. ¿Y qué pasa entonces, cuando reacciona en la dirección opuesta?

—Oh, Dios mío —respiró Newell—. Osa... —Alzó la mirada repentinamente iluminada—. Sabes, a veces es como si me..., como si hubiera una luz que...

—Lo sé. Lo sé —dijo el doctor irritablemente—. De hecho es lo que está sucediendo ahora. Apague el diez-cinco, por favor, señorita Thomas.

—Sí, doctor.

—Esa nota aguda —explicó el doctor— es para la furia inducida de Anson. Está siendo ahora de lo más decente, Newell. ¿Se da cuenta de eso?

—¿Y por qué no iba a serlo? Ha hecho mucho por mí.

La nota se desvaneció. Newell cerró los ojos y volvió a abrirlos. Hubo un largo y tenso silencio.

Finalmente, Newell habló con su tono más insultante y suave.

—Te has marcado una bonita historia, Freddy, chico, pero me estoy cansando de escucharla. ¿Es que tendré que chantajearte para que te largues?

—Cinco-cincuenta, señorita Thomas.

—Sí, doctor.

Y apagó a Newell.

Ya en el despacho, la señorita Thomas temblaba de indecisión. Intentaba hablar, y entonces miraba al doctor con una muda súplica.

—Adelante —le animó él.

Ella negó con la cabeza.

—No sé lo que viene a continuación. Morton Prince estaba equivocado; no existen egos múltiples, sólo hermanos múltiples compartiendo el mismo cuerpo, el mismo cerebro.

Se detuvo, esperando que él continuara a partir de ahí.

—¿Y bien? —dijo él.

—Sé que no va a sacrificar a uno por el otro; por eso no se ha encargado antes de estos casos. Pero... —agitó, indefensa, las manos—, aunque Newell puede llevar consigo el equipo a todas partes, yo no podría dormir por las noches pensando que Anson tendría que soportar la agonía de la nota diez-cinco para que Newell pueda comportarse como un ser humano decente. O viceversa.

—No sería ni humano ni práctico —dijo él—. ¿Y bien?

—¿Que se turnen en ser dominantes un día sí y otro no?

—Eso seguiría sacrificando a uno la mitad del tiempo.

—¿Qué, entonces? Dijo que sería «Newell, te presento a Anson. Anson te presento a Newell». Pero no es el mismo problema que tienen los hermanos siameses, ni la misma solución.

—¿Qué es...?

—Separarlos sin matar a ninguno de los dos. Todo lo que tienen estos dos es un solo cerebro a compartir en un solo cuerpo. Si pudiera separarlos...

—No puedo —dijo bruscamente—. Ni tengo esa intención.

—De acuerdo —concedió ella derrotada—. Usted es el doctor, dígamelo.

—Justamente lo que ha dicho. Los casos de Morton Prince se comunicaban.

—¿Y Newell y Anson van a hacerlo, sólo porque hemos dotado a Anson de vocabulario? ¿Y qué pasa con el efecto de sobresalir que le explicó a Newell? No puede dejar que los dos vayan por la vida equilibrándose mutuamente, con Newell empujando con violencia hacia el lado opuesto a las reacciones de Anson, y con Anson haciendo lo mismo con Newell. ¿Qué, entonces? —repitió casi enfurecida—. ¿Por qué juega conmigo si ya conoce la respuesta?

—Para ver si llega a la misma respuesta —dijo cándidamente—. Estoy poniendo a prueba mi conclusión. ¿Le importa?

Ella volvió a negar con la cabeza, pero esta vez con una pequeña sonrisa de cumplido.

—Es una manera dolorosa de conseguir cooperación, pero funciona, maldito sea. —Frunció el ceño, pensando—. Los dos están compartimentados. ¿Se diferencian en eso de los demás múltiples?

—De algunos, sí. De los que se detectan porque hay comunicación, pero no de los otros. Y esos casos necesitan tratamiento, como toda la gente en dificultades; y si resolvemos correctamente esto, Newell-Anson nos proporcionará la manera de ayudarlos. Hay una respuesta obvia, señorita Thomas. Espero, casi desesperadamente, que llegue a la misma conclusión que yo.

Ella hizo un gesto de impaciencia.

—No es el psicostato. Desde luego, tampoco eliminar a uno u otro. Ni hacer que se turnen. —Ella le miró interrogativamente—. ¿Lo opuesto al tratamiento de los siameses?

—¿Cómo qué? —preguntó él con urgencia, inclinándose hacia adelante.

—No separarlos. Unirlos. Hacer una juntura.

—Siga adelante —presionó—. No se detenga ahora.

—¿Cirugía?

—No es factible. No se trata de darle un lóbulo a Newell y otro a Anson, o de algo tan simple. ¿Qué más?

Ella pensó intensamente, empezó a decir algo varias veces, desechando cada pretendida sugerencia con una breve sacudida de la cabeza. Él esperó con la misma intensidad.

Ella asintió al fin.

—Modulándolos por separado. —Ya no estaba preguntando—. Y luego modulándolos a cada uno en relación al otro, de tal manera que no estén en ese espantoso desequilibrio.

—¡Dilo! —casi gritó.

—Pero no basta con eso.

—¡No!

—Con una reacción auditiva.

—¿Por qué? —se arrebató él—. ¿Y cuál?

—Sesenta ciclos. Es el tono que oírían casi continuamente. Asígnelo a la comunicación entre ellos.

El doctor se derrumbó en la silla, drenado por la tensión. Le asintió a la mujer con la sonrisa más cansada que ésta le había visto nunca.

—Del todo —susurró—. Se le ha ocurrido todo lo que yo pensé..., incluyendo los sesenta ciclos. Sabía que tenía razón. Ahora lo sé. ¿O no tiene sentido?

—Claro que lo tiene.

—Empecemos entonces.

—¿Ahora? —preguntó, sorprendida—. Está demasiado cansado.

—¿Lo estoy? —Se desembarazó de la silla—. Intente detenerme y lo veremos.

Utilizaron los resultados del encefalograma, haciendo dos análogos y otros más, utilizando los tres como pauta óptima para el proceso fijador definitivo del psicostato. Fue un proceso más largo y meticuloso de lo habitual y funcionó; y lo que el último día estrechó la mano del doctor era una mezcla increíble, con toda la suavidad de Newell y una nueva fuerza, suma de los poderes que habían agotado previamente en la lucha dual cuya existencia desconocían ambos; y, con ella estaba la luminosa fascinación de Anson hacia el mismo acto de poder respirar, ver colores y maravillarse por todo.

—Somos buenos chicos —dijo Richard Anson Newell, estrechando aún la mano del doctor—. Nos llevaremos bien.

—No lo he dudado ni un momento —dijo el doctor—. Salude a Osa de mi parte. Dígale...: «Aquí tienes algo un poco mejor que un pañuelo húmedo».

—Lo que usted diga —dijo Richard Anson Newell.

Saludó a la señorita Thomas, que observaba desde el pasillo, y a Hildy Jarrell, que lloraba detrás, y subió por la escalera en dirección a la calle.

—Estamos cometiendo un error —dijo la señorita Thomas—, dejándole, dejándoles, que se vayan.

—¿Por qué? —preguntó, curioso.

—Todo ese poder cerebral dentro del mismo cráneo...

El doctor estuvo a punto de reírse. No lo hizo.

—Lo cree así, ¿verdad?

—Lo que quiere decir que no es así —dijo ella, con sospecha—. ¿Por qué no?

—Porque no es el doble de cerebro del que tiene cualquier individuo. Es tanto como el que tienen dos individuos distintos. Como, por ejemplo, usted y yo. Nos complementamos la mayoría de las veces, pero sólo en esto o aquello, no en todo, aproximándonos a un cerebro doble gigante. Con Newell y Anson pasa lo mismo. Y siempre hay que considerar que dos personas pueden tener algún que otro conflicto. Y también los tendrán ellos, pero no como los anteriores al tratamiento.

Se quedaron mirando hasta que Richard Anson Newell desapareció de la vista, y luego volvieron a examinar los casos de personalidad múltiple que la señorita Jarrell había desenterrado de los archivos.

Cuatro meses después, el doctor recibió una carta:

Querido Fred:

Escribo esto porque me consolará poder descargar mi pecho. Si no me basta con eso, lo echaré al correo. Si así tampoco sirve, no sé lo que podré hacer. Sí, lo sé. Nada.

Dick es... increíble. Me cuida de una manera que nunca soñé o esperé que hiciera, Fred. Se preocupa. Sí, eso es, se preocupa..., por mí, por su trabajo. Aprende continuamente cosas nuevas y vuelve a apreciar otra vez cosas antiguas. Es..., ¿podría llamarlo un milagro?

Pero Fred —sé que es odioso por mi parte decir esto—, esa cosa de la que te hablé, la cosa que deseaba que apareciera y que pasase lo que pasara vivía en mi recuerdo..., ha desaparecido. Probablemente sea para bien, por lo que pasaba entremedio.

Pero a veces cambiaría a mi perfecto marido por aquel canalla y un pañuelo húmedo, si a cambio pudiese volver a tener de alguna forma a esa otra cosa.

Ya está, ya lo he dicho.

Osa

El doctor galopó por toda la clínica hasta encontrar a su técnico en jefe en el taller eléctrico.

—Tommie —dijo jovialmente—. ¿Alguna vez has ido y te has emborrachado con un doctor?

Las lágrimas surcaban su cara. La señorita Thomas fue y se emborrachó con el doctor.

LAS ESTRELLAS SON LA ESTIGIA

En alguna parte he hablado de la forma extraña en que las cosas que escribo suelen hacerse realidad unos quince años más tarde. Es algo insignificante, pero cuando escribía esto, en 1950, no tenía ni idea que quince años más tarde las parejas bailarían separadas, haciendo cada una más o menos lo que les diera la gana. En 1965 empezaron a hacerlo. Ni tampoco se me ocurrió que, de todos los cuentos que escribí en aquel momento, éste en particular acabaría dándole su título a una antología como ésta.

También me gustaría manifestar mi gratitud a Rowena Morrill por la hermosa pintura que ha realizado para esta primera edición. A la hora de escribir estas líneas, no sólo no he conocido aún a la dama, sino que ella tampoco me ha conocido a mí; pero se las ha arreglado para conseguir un asombroso parecido de mi persona disponiendo sólo de fotografías. Es algo especialmente gratificante ya que algún demonio parece haber decretado, desde el retrato que me hizo Emsh en 1962, que en la portada de mis libros siempre aparezca la cara de algún otro. No puedo sentirme más complacido.

Siempre aparece alguien cada varios años al que se le ocurre llamarme Caronte. Nunca dura mucho. Supongo que no doy el tipo. Recuerden que Caronte es el sombrío barquero que conduce la nave por la Estigia, transportando a las desventuradas almas hasta el Más Allá. Habitualmente se le describe como un personaje huraño y taciturno, alto y enjuto.

Me han llamado Caronte, pero no me parezco a él. No soy precisamente taciturno, ni voy por ahí envuelto en una ondeante capa negra, y estoy demasiado gordo. Puede que también demasiado viejo.

De todos modos, lo de llamarme Caronte es bastante retorcido. Hago pasar Afuera a almas humanas, y para casi la mitad de ellas, las estrellas sí resultan ser la Estigia; nunca vuelven.

Tengo dos de las características que tenía Caronte. Una es esa amarga diferencia que me distancia de las almas que trato. Han perdido un mundo; otro les espera. Pero yo no pertenezco a ninguno.

La otra está relacionada con una parte poco conocida de la leyenda de Caronte. Y eso, creo que bien vale una historia.

Es la historia de Judson, y me gustaría que él estuviera aquí para contártela, lo cual es descabellado; la historia relata por qué no está aquí. Por cierto, «aquí» es Umbral, el escalón que da acceso al Más Allá. Es el otro satélite de la Tierra, el que órbita a su alrededor más allá de la Luna. Se construyó hace 7.800 años para realizar operaciones de comercio interplanetario; claro que, ahora, ya no hay mucho de eso. Actualmente resulta tan fácil sintetizar cualquier cosa que carece de sentido importarla. Podemos conseguir todo lo que necesitemos de la energía, y la tenemos en abundancia. Hay

abundancia de todo. Hasta de inseguridad, aunque tienes que venir a Umbral para encontrarla, y para colmo ser alguien como Judson.

No es ningún secreto que la inseguridad resulta vital para el proyecto que es Umbral. Los voluntarios para Umbral son escasos, debido a la existencia acomodada en la reposada Tierra. Pero aun así, vienen... los aventureros, los insatisfechos, los soñadores, para tripular las naves que, con el tiempo, proporcionarán a la Humanidad un segmento del espacio tan enorme que hasta el voraz apetito por expandirse que domina a la Humanidad se verá cansado durante milenios. Una imagen ronda los sueños de todos los humanos de hoy, la de una red de rayos de fuerza con forma de gigantesca esfera, abarcando todo el universo conocido y una gran parte del desconocido, y a través de la cual se transmitirá la materia instantáneamente, como si fueran impulsos mentales viajando por los senderos sinápticos de un cerebro gigante, y un hombre podría iniciar un paso aquí y terminarlo en las profundidades del espacio mientras su corazón latía sólo una vez. Es una visión que asusta a muchos y atrae a unos pocos, y de esos pocos, algunos son elegidos para salir afuera. Judson fue elegido.

Sabía que vendría a Umbral. Lo sabía desde hacía años, desde que estuve en la Tierra y le conocí. En aquel entonces sólo era un jovencito, treinta años o algo así, y bajo esa aparente tranquilidad y suaves modales bullía algo que acabaría trayéndole a Umbral. Sólo se evidenciaba en sus ojos. Eran ojos hambrientos. Cualquier clase de hambre es rara en la Tierra. Para eso existe Umbral. El equilibrio social definitivo; una vía de escape para desequilibrados.

No me mires así cuando digo «desequilibrados». Si hablamos claro, hablamos claro. Estos días puedes permitirme hablar con claridad sobre desequilibrio social. Es escaso y es mínimo. Lo que sucede es que, si un hombre pasa los quince años de social primaria —me refiero a la infancia—, con todos los sutiles ajustes que atraviesa, y sigue teniendo un desequilibrio, es algo que le acompañará el resto de sus días, sin que importe lo mínimo que éste sea. La simple existencia de Umbral basta para que la mayoría sigan felices allí donde están. El puñado que va a Umbral lo hace porque no tiene más remedio. Una vez aquí, sólo la mitad consigue llegar hasta el final. El resto vuelve, o se queda a vivir aquí. Hagan lo que hagan, Umbral se hace cargo del desequilibrio.

Si lo reduces a la mínima expresión, los inadaptados lo son o bien porque les falta algo o bien porque tienen algo extra. En la Tierra hay sitio para todo y todo tiene un sitio. En Umbral puedes encontrar a alguien que tenga lo que a ti te falta, o que tenga el mismo extra que tú tienes; o te vas. Te vuelves pensando que, al fin y al cabo, la Tierra es un sitio bastante seguro donde vivir; o vas Afuera, y a nadie le preocupará nunca si eres feliz o no.

Yo esperaba en la puerta de entrada cuando Judson llegó a Umbral. Judson no era el causante. Ni siquiera sabía que venía en ese vuelo en particular. Sucede que, además de ser el Oficial Principal de Salida de Umbral, me gusta estar cuando llegan los vuelos. De ellos baja toda clase de gente, por toda clase de motivos. Se quedan aquí o no lo hacen, por toda clase de razones. Me gusta mirar las caras que bajan por la rampa y preguntarme cuál de ellos se irá y en qué dirección. Soy bastante bueno en ello. En cuanto vi la cara de Judson, supe que ese chico estaba destinado a ir Afuera. Lo vi en él incluso antes de darme cuenta de quién era.

Había un grupo de personas observando cómo iban apareciendo los recién llegados. La mayoría estábamos allí porque merece la pena observarles, a los dubitativos, a los al-infierno-con-todo, a los tristes. Pero me fijé en dos residentes en particular. Los dos cazadores. Uno era un chico alto, de pelo acicalado, llamado Wold. Era muy obvio lo que quería cazar. El otro era Flower. Era igual de obvio lo que buscaban sus grandes y separados ojos, pero era difícil saber por qué. Tenía entendido que estaba muy relacionada con un Destinado llamado Clinton.

En cuanto reconocí a Judson, olvidé todo lo relativo al lobo y la zorra y grité en su dirección. Dejó caer el equipaje donde estaba y vino saltando hacia mí. Se aferró a mis dos bíceps y apretó mientras yo le palmeaba las costillas.

—Estaba esperándote, Judson —le sonreí.

—Me alegro que aún sigas así —dijo.

Era un chico con el pelo color arena, todo nuez de Adán y ojos vigilantes.

—Estaré aquí de por vida —le dije—. ¿No lo sabías?

—No..., quiero decir...

—Olvida el tacto, Jud —dije—. Pertenezco a este sitio en virtud de no tener ningún otro sitio al que ir. En esta era de gente hermosa, a la Tierra no se le alegran los ojos al ver gente tan gorda y de aspecto tan extraño como el mío. Y tampoco puedo ir Afuera. Tengo una desviación del eje izquierdo. Ya sé que suena diplomático; en realidad es algo del corazón.

—Lo siento. —Se fijó en mi brazal—. Vaya, parece que eres el Gran Señor de por aquí.

—Sólo soy grande aquí —dije, golpeándome la cintura—. Hay una Oficina de Coordinación y medio pelotón de guardianes para encargarse del pastel. Yo sólo me encargo del último chequeo de los Destinados.

—Sí —dijo—. No exageras. Mucho. El que esta estación espacial cumpla con su cometido depende de que le des el visto bueno a una salida.

—Vamos, vamos —dije, exagerando mi embarazo para disimular mi ya exagerado embarazo—. Sea lo que sea, yo no me preocuparía si estuviera en tu lugar. Puedo equivocarme..., aún tenemos que hacerte muchas pruebas..., pero si alguna vez vi a un Destinado, ése eres tú.

—Hola —dijo una voz aterciopelada—. ¡Si se conocen ya! ¡Qué bien!

Flower.

Hay algo vagamente reptilesco en Flower, lo cual no le quita ni un ápice de su especial atractivo. Resultaba una chica realmente hermosa, poro a poro y gesto a gesto. Sus ojos eran demasiado grandes, y tan oscuros que parecían ser todo pupila rodeada de un blanco demasiado blanco. Su nariz era demasiado larga y su mentón demasiado pequeño, pero que Dios me ayude, nunca hubo boca más perfecta. Su voz sonaba igual que un violín cuando el arco roza sus cuerdas muy cerca del puente. Era alta, con una esbeltez frágil-en-el-medio y flancos que eran como resortes de acero. El efecto general te dejaba sin respiración. No me gustaba. Yo tampoco le gustaba a ella. Nunca hablaba conmigo más que de asuntos oficiales, y prácticamente no teníamos ninguno en común. Llevaba mucho tiempo aquí. Por aquel entonces, aún no había adivinado por qué. Pero no saldría Afuera ni volvería a la Tierra, lo cual en sí estaba bien; tenemos un montón de sitio.

Deja que te cuente algo sobre la mujer moderna y luego algo sobre Flower, algo de lo que no te darías cuenta hasta ser tan viejo y objetivo como yo he llegado a vivir para serlo.

Por lo que he leído, la ropa servía para lo que yo llamaría ocultamiento indicativo. Mientras la ropa tuviese una excusa mínima de funcionalismo, la gente en general y las mujeres en particular armaban mucho jaleo sobre algo llamado modestia innata, algo que nunca existió, y que tenía que aprenderse. El mito se aceptó sin problemas mientras se pudo culpar al tiempo por la ropa. La gente exponía aquello a lo que era indiferente el mundo para atraer la atención sobre el resto. «La modestia no es una virtud tan simple como la honestidad», decía un viejo libro. La ropa considerada como protección para el tiempo se mezcló con la ropa considerada como un adorno; las modas iban y venían y la gente las seguía.

Pero durante los últimos trescientos años o algo así no ha habido nada parecido al «tiempo» para nadie, ni aquí ni en la Tierra. La ropa como finalidad estética fue convirtiéndose más y más en la norma, hasta que hoy en día, los individuos sólo tienen

que decidir qué ponerse, en caso de querer ponerse algo. Un pendiente y un tatuaje son tan aceptables en público como cuarenta metros de plastirred iridiscente y una peluca de dos metros.

En la actualidad, la mayoría de la gente es saludable, selecta y agradable a la vista. Las mujeres siguen tan presumidas como siempre. Una mujer con un defecto corporal, real o imaginario, tiene dos opciones: puede disimular el defecto con algo tan artísticamente colocado como para que parezca que es el mejor sitio donde colocarlo, o puede dejarlo al descubierto, sabiendo que nadie la juzgará en función del defecto. En estos días, la gente suele esperar hasta averiguar qué clase de ser humano eres.

Pero una mujer sin ningún defecto en particular suele cambiar de ropa según su estado de ánimo. Puede llevar sólo un cinturón esta mañana y un traje de cola esta noche. Mañana quizá se ponga una blusa mal cortada y unos pantalones ceñidos. Se puede considerar como muy significativo que una mujer siempre se tape con algo. Está manteniendo su atractivo natural bajo reclutamiento forzoso, por decirlo de algún modo.

No me he puesto a contarte toda esta historia para impresionarte con mi erudición. Estoy utilizándola para ilustrar una faceta muy importante de la compleja personalidad de Flower. Porque Flower era uno de esos casos de reclutamiento forzoso. Excepto en los campos solares o en las piscinas, donde nadie lleva ropa, Flower siempre llevaba alguna clase de ropa.

El día que Judson llegó, ella vestía un ejemplo perfecto de lo que quiero decir. Llevaba una túnica negra con hombreras y sin mangas. Con una abertura a ambos lados, que se extendía desde un punto situado a un ancho de mano de distancia por debajo de las axilas hasta la cadera. Se ceñía bajo la garganta con un cierre magnético, y también tenía una abertura hasta el ombligo. La túnica no llegaba a medio muslo, y el suave tejido contenía una ligera carga de electricidad bioestática, para que se pegara y despegara de su cuerpo a medida que se moviera. Que Dios me ayude si no era una petición ambulante para que se desenterrara la extinta profesión de mirón.

Esto fue lo que entonces daba vueltas en mi cabeza al intercambiar mis primeras palabras con Judson. Por el modo en que ella le miraba, debí sospechar que planeaba algo, algo para ella, por supuesto. También debí sentirme doblemente alerta por el hecho que se molestase en hablar justo cuando lo hizo, cuando le dije a Jud que si alguna vez había visto un Destinado auténtico, ése era él.

Así que fue entonces cuando cometí mi gran error.

—Flower —dije—. Te presento a Judson.

El segundo que me llevó hablar, ella lo utilizó para chuparse el labio inferior, de modo que cuando le sonrió a Jud, el labio estaba visiblemente enrojecido por la presión sanguínea.

—Estoy encantada —dijo ella en algo que era cualquier cosa menos un susurro.

Y entonces tuvo la destreza de volver la misma sonrisa hacia mí y de marcharse sin decir otra palabra.

—¡Gah! —dijo Judson a través de una tensa glotis.

—Eso —le dije— ha estado muy bien dicho. Gah, del todo. Deja de poner los ojos en blanco, Jud. Dejaremos tu equipo en los cuartos de los Destinados y... ¡Judson!

Flower había desaparecido por la rampa del interior. Fui consciente que Judson recuperó la respiración sólo entonces.

—¿Qué? —me preguntó.

Me contoneé alejándome de él y tomé sus cosas.

—Vamos —dije, y le arrastré por el brazo.

Judson no tuvo nada que decir hasta que le di una habitación y nos dirigimos hacia mi sector.

—¿Quién es?

—Una residente perpetua —dije—. Vino a Umbral hace dos años. Nunca consiguió el certificado. Lo conseguirá pronto..., o nunca. ¿Pensas seguir adelante?

—¿En qué te basas para la certificación?

—Te doy algo para leer. Te bombeamos durante seis o siete noches con algo más de conocimiento mientras duermes. Examinamos tus reflejos físicos y mentales. Un examen. Si todo está bien, tienes el certificado.

—Y entonces... ¿Afuera?

Me encogí de hombros.

—Si es lo que quieres. Viniste a Umbral por tu cuenta. Puedes tomar tu curso si quieres y cuando quieras. Y después de tener tu certificado, podrás marcharte cuando quieras hacerlo, solo o con alguien, y sin necesidad de decírselo a nadie a no ser que quieras hacerlo.

—Cuando dices «voluntario» no lo dices porque sí.

—No hay ninguna otra forma de llevar esto. Y puedes apostar a que así conseguimos que vaya más gente Afuera que si lo hiciéramos de un modo algo más coercitivo. A la larga, claro, pero éste es un proyecto a largo plazo..., de unos seis mil años de duración.

Caminó un tiempo en silencio, y estoy bastante seguro de saber en lo que pensaba. No había regreso para los Destinados, y la mayor probabilidad de supervivencia se acercaba a un cuarenta y cinco por ciento, una cifra a la que se había llegado con unos cálculos tan complejos que prácticamente podía calificarse de conjetura. Con ese riesgo no se fuerza a la gente a que salga Afuera. Va por su cuenta, arrastrada por su propio razonamiento, o no va en absoluto.

—Siempre he pensado que los Destinados eran asignados a una nave y a una hora de salida —dijo Judson al rato—. Si los que están certificados pueden salir siempre que quieran, ¿qué es lo que impide que lo hagan los que no están certificados?

—Eso es lo que voy a mostrarte.

Pasamos ante las oficinas de Coordinación y nos encaminamos a las rampas de lanzamiento. Estaban aisladas del Pasillo Central por un enorme pórtico. Sobre la puerta flotaban tres palabras de brillantes letras:

ESPECIE

GRUPO

YO

—Los tres niveles de supervivencia —expliqué, al ver que Jud las miraba—. Están en todos nosotros. Puedes juzgar a un hombre por la manera en que los ordena. Los que guardan este orden son los mejores. Es un buen pensamiento para que se lleven consigo los Destinados. —Observé su expresión—. Especialmente por ser el tercero el que les trajo aquí.

Jud sonrió con lentitud.

—Llevas un agujijón con ese zumbido que tienes por discurso, ¿eh?

—Tengo un trabajo algo peculiar. —Le devolví la sonrisa—. Vamos, entra.

Puse la palma de la mano en la placa de apertura. Ésta brilló un momento y las relucientes puertas se deslizaron hacia atrás. Rodé hasta dentro, parándome justo en el atrio de lanzamiento al oír el sorprendido grito de Judson.

—Ven, vamos —dije.

Se quedó en la entrada, haciendo fuerza contra la nada.

—¿Qu-qu...?

Tenía los brazos extendidos y sus pies resbalaban en el suelo como si intentara abrirse camino a través de una pared de acero.

En realidad estaba esforzándose contra algo bastante más resistente que eso.

—Ésta es la respuesta a por qué no pueden salir Afuera los carentes de certificado —le dije—. La placa del exterior examina la forma y las arrugas de mi mano. La puerta se abre y el campo de Gillis-Menton contra el que haces fuerza me deja pasar. También deja pasar a todo el que esté certificado. A nadie más. Y ahora deja de empujar o te darás de bruces en el suelo.

Me acerqué al mamparo de la izquierda y puse la palma en la placa de ahí, haciéndole luego una señal a Judson. Se aproximó con timidez a la barrera. No estaba. Recorrió toda la distancia, y yo aparté la mano del lector.

—Esta segunda placa —expliqué— sólo funciona conmigo y con personas certificadas. No hay forma en que una persona no certificada entre en el atrio de lanzamiento si no le traigo yo personalmente. Es así de simple. Si quieren salir Afuera organizando antes un banquete y un desfile, pueden hacerlo. Si prefieren dejar la cama por la noche y largarse tranquilamente Afuera, pueden hacerlo. La mayoría lo hacen en silencio. Ven, vamos a ver las naves.

Cruzamos el atrio hasta llegar a la hilera de puertas que había en la pared del fondo. Abrí una al azar y entramos en la nave.

—¡Sólo es una habitación!

—Eso es lo que dicen todos —lancé una risita—. Supongo que esperabas algo en plan exploración planetaria, pero más elaborado.

—Siempre pensé que al menos parecerían naves. Esto es una habitación doble de un hotel de lujo.

—Es eso, y algo más.

Le mostré todo; los espaciosos contenedores de comida, los recicladores automáticos de aire, y, lo que era más reconfortante, el sintetizador, que significaba comida, combustible, herramientas y materiales convertidos directamente de energía en materia.

—Umbral es mucho más que una estación espacial, Jud. Es una factoría. Cuando decidas irte, sólo tendrás que accionar este interruptor. Serás catapultado fuera, pero no lo notarás, por el generador de estasis y la gravedad artificial. En cuanto te hayas ido, otra nave subirá desde abajo para llenar el hueco. Para cuando hayas escapado al campo gravitatorio de Umbral y saltes al hiperespacio, la nueva nave ya estará esperando pasajeros.

—¿Y esto seguirá así durante seis mil años?

—Más o menos.

—Eso son muchas naves.

—Lo es, si los Destinados cubren la cuota. Novecientas mil, contando el cuarenta y seis por ciento de fracasos.

—Fracasos —dijo Jud.

Me miró y sostuve su mirada.

—Sí —dije—. El cuarenta y seis por ciento que se espera que no consigan lo que buscan. Los que se materializan dentro de materia sólida. Los que entran en el nexo espacio temporal y nunca salen. Los que llegan a su conexión sináptica asignada y esperan, y esperan, y esperan hasta morir de viejos porque nadie llega a tiempo hasta ellos. Los que se vuelven locos y se matan o matan a sus compañeros. —Separé las manos—. El cuarenta y seis por ciento.

—Puedes convencer a un hombre del peligro —dijo Judson con tranquilidad—, pero nadie creerá nunca que va a morir de verdad. La muerte es algo que le pasa a los demás. No seré de los del cuarenta y seis por ciento.

Ése era Judson. Ojalá aún siguiese aquí.

Dejé que el comentario se quedase allí, en la mullida alfombra, y continué con el recorrido turístico. Le mostré el marco donde estaba encajado el aparato energético que era el corazón del proyecto, y le obsequié con una mirada preliminar a los controles y al equipo de conducción manual y astrogacional.

—Pero no te preocupes ahora —añadí—. Tendrás todo eso dentro de tu cabeza antes de que consigas el certificado.

Volvimos al atrio, cerrando detrás la puerta de la nave.

—En esas naves hay un montón de cosas —observé—, pero lo único que no puede meterse en ellas reducido al tamaño de una lata de sardinas es el hiperimpulso. Supongo que lo sabes.

—He oído algo. La patada inicial en dirección al espacio de segundo orden viene de esta estación, ¿verdad? Pero, ¿cómo vuelve la nave al espacio normal cuando llega?

—Es tecnología tan refinada que casi suena a magia —contesté—. Aún no he empezado a comprenderlo. Sin embargo, puedo ponerte una analogía. Se necesita una fuente de energía, un aparato de compresión, y una válvula para llenar una cámara neumática. Sólo se necesita una vulgar uña para que vuelva a salir el aire. ¿Entiendes a lo que me refiero?

—Algo. De todos modos, lo importante es que el Destino es en un solo sentido. Esas naves nunca vuelven. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Una de las puertas que teníamos detrás de nosotros se abrió y una chica salió de una nave.

—Oh... ¡No sabía que había alguien aquí! —dijo, y vino hacia nosotros con pasos largos y suaves—. ¿Estoy en camino?

—¿Tú..., en camino, Tween? —respondí—. No tienes ninguna oportunidad.

Estaba muy orgulloso de Tween. Era una de las cosas más encantadoras que le habían pasado a estos ancianos y cansados ojos. Hace dos siglos, antes que los límites de variación estuvieran tan rígidamente establecidos como ahora, los de Eugenesia crearon a los de su clase; piel olivácea con el pelo blanco y los ojos rubí oscuro de un albino. Fue un experimento que no debieron interrumpir nunca. El albinismo no era dominante, pero en Tween era muy fuerte. Llevaba el pelo largo, realmente largo; cuando lo tenía suelto podía pisárselo y seguir erguida. Ahora lo llevaba dividido en dos ingeniosas valvas, formando una corona que parecía de plata auténtica. Llevaba una tela color fuego rodeándole la garganta y fluyendo detrás de ella mientras caminaba.

—Éste es Judson, Tween —dije—. Éramos amigos en la Tierra. ¿Qué haces aquí?

Ella rió, con una risa tímida y cautivante.

—Estaba dentro de una nave pretendiendo que estaba Afuera. Un día nos miraríamos a los ojos y diría «¡Vamos!» y nos habríamos ido. —Tenía el rostro lleno de luz—. Fue algo maravilloso. Y eso es lo que haremos uno de estos días. Ya lo verás.

—«¿Haremos?» Ah, te refieres a Wold.

—Wold —susurró, y yo deseé, por un breve y doloroso momento, que alguien, en alguna parte, algún día dijera mi nombre de esa manera.

Y pisando los talones a esta reacción tuve la imagen mental del Wold que había visto una hora antes, arreglado y atento, observando a los pasajeros del vuelo con sus oscuros ojos de cazador. No había nada que pudiera decir. Mis atribuciones tienen sus límites. Si Wold no sabía reconocer algo bueno cuando lo veía, peor para él.

Pero mirando a ese resplandeciente rostro, supe que sería peor para ella.

—¿Estás certificada? —preguntó Judson, con respeto.

—Oh, sí —sonrió ella.

—Desde luego que lo está —dije yo—. Pero tiene sus problemas, ¿verdad, Tween?

Empezamos a caminar hacia la puerta.

—Oh, sí —dijo Tween. Me encantaba oírle hablar. En su voz había una cualidad reposada, acogedora como el silencio que sobreviene al desaparecer un ruido irritante de cuya existencia no nos habíamos dado cuenta—. Cuando llegué aquí carecía de aptitudes lógicas. Había cosas que no me quedaban en la cabeza, ni con la hipnopedia. Ni siquiera

todos los datos sobre el Universo te son útiles si no sabes relacionar los unos con los otros. —Sonrió—. Solía odiarte.

—No te culpo por ello. —Le di un codazo suave a Judson—. Le negué el certificado ocho veces. Venía a mi oficina para recibir las malas noticias, y cuando se las daba se quedaba toda quieta y revolvía los pies y tragaba algo de saliva. Y la primera cosa que decía siempre era: «Bueno, ¿cuánto puedo repetir el entrenamiento?».

Ella se sonrojó, riéndose.

—¡Estás contando algo confidencial!

Judson la tocó.

—No importa. No te menospreciaré por culpa de sus divagaciones... Debías querer mucho ese certificado.

—Sí —dijo—. Mucho.

—¿Puedo..., puedo preguntar por qué?

Ella le miró, a él, en él, a través de él, más allá de él.

—Toda nuestra vida —dijo con calma— es saludable y segura y pequeña. Esto... — señaló con el brazo hacia las naves— es la única cosa que conocemos que no es ninguna de esas cosas. Podría darte cincuenta razones para ir Afuera. Pero creo que todas se reducen a ésta.

Guardamos silencio un momento, y luego dije:

—Lo incluiré en mi agenda, Tween. No puedes tener más razón. La vida moderna nos proporciona una variedad infinita de todo menos la magnitud de las cosas que hacemos. Y ésa resulta ser bastante minúscula.

«Y anticuados, enormes y gordos oficiales de estación —pensé— rechazados por un mundo y descalificados para el otro. Un trabajo pequeño para una mente pequeña.»

—La única razón por la que la mayoría de nosotros hacemos cosas sin importancia y tenemos pensamientos sin importancia —decía Judson— es porque, en esta era de eficiencia, la Tierra tiene muy pocos trabajos como el suyo.

—Muy pocos hombres le aprecian por trabajos como el suyo —corrigió Tween.

Parpadeé mirándoles a los dos. Estaban hablando de mí. No creo que cambiara mucho de expresión, pero me sentí tan sonrojado como el color de los ojos de Tween.

Atravesamos las puertas, y Tween pasó primero, sin dedicarle ni un solo pensamiento a la barrera que no existía para ella, seguida por Judson, que esperaba precavido mi visto bueno una vez que la placa exploradora del interior hubo examinado forma y arrugas de mi mano. Les seguí, y las enormes puertas se cerraron detrás.

—¿Quieres venir a la oficina? —le pregunté a Tween cuando llegamos al Corredor Central.

—No, gracias —dijo—. Voy a buscar a Wold. —Se volvió hacia Judson—. Te certificarás con rapidez —le dijo—. Lo sé. Pero...

—Dilo, sea lo que sea —dijo Jud, notando sus dudas.

—Iba a decirte que consigas antes el certificado. No intentes decidir nada antes de eso. Tendrás que aceptar mi palabra, pero nada de lo que te ha podido pasar nunca se parece a saber que eres libre de atravesar esas puertas cuando te apetezca.

La cara de Judson adquirió una expresión de ligero desconcierto, de ligera terquedad. Desapareció, y supe que hacerlo era un esfuerzo consciente para él. Luego alargó la mano y tocó su largo cabello plateado.

—Gracias —dijo.

Ella se marchó; el gesto de su cabeza nos decía que estaba ansiosa de encontrarse con Wold. Al doblar la esquina del corredor nos saludó y desapareció.

—Echaré de menos a esa chica —dije, y me volví hacia Judson.

La mirada de perplejidad había vuelto, esta vez con toda intensidad.

—¿Qué pasa?

—¿Qué quería decir con ese consejo de hermana de conseguir el certificado antes que nada? ¿Qué otra cosa podría decidir hacer en este momento?

Le di unas palmadas en el hombro.

—No dejes que te preocupe eso, Jud. Ve algo en ti que tú aún no te ves.

Eso no le satisfizo en absoluto.

—¿Como qué? —Cuando no contesté, preguntó—: Tú también lo ves, ¿verdad?

Subimos la rampa de mi oficina.

—Me gustas —dije—. Me caíste bien desde el momento en que te eché la vista encima, hace años, cuando no eras más que un retoño.

—Estás cambiando de tema.

—Infiernos, sí. Ahora deja que reserve mi aliento para subir la rampa.

Apenas era una cuesta. A medida que pasaron los años, la rampa pareció inclinarse más y más. Coordinación se ofreció dos veces a energizarla para mí y yo siempre me negué con terquedad. Noto como se acerca el momento en que será excesiva para mi volumen. Al mismo tiempo, me alegré de poder retrasar mi respuesta a la pregunta de Judson. Ésta radicaba en el aprecio que sentía por él; sabía la respuesta instintivamente, pero necesitaba pensarla. Estamos demasiado condicionados a analizar lo que no nos gusta y a dar por supuesto lo que nos gusta.

La puerta del exterior se abrió a medida que nos acercábamos. Había un hombre en la sala de espera. Era alto, vestía una capa gris y llevaba una diadema dorada alrededor de su pelo negroazulado.

—¡Clinton! —dije—. ¿Cómo estás, hijo? ¿Me esperabas?

La puerta del interior se abrió para mí y entré en mi despacho, con Clinton detrás de mí. Me dejé caer en mi sillón construido especialmente y le indiqué un diván. Judson carraspeó al llegar a la puerta.

—¿Puedo... en...?

Clinton alzó rápidamente la cabeza con un gesto tenso y de fastidio. Clavó su brillante mirada azulada en Jud y su expresión cambió.

—Entra, por el amor de Dios. Recién llegado, ¿eh? Siéntate. Nunca se aprende demasiado sobre este proyecto. O sobre esta gente. O sobre la clase de problemas en que puede verse metido un Destinado.

—Éste es Judson, Clint —dije—. El Destinado más impaciente de todos. ¿Qué te preocupa, hijo?

Clinton se humedeció los labios.

—¿Qué te parece si salgo Afuera..., solo?

—Tienes ese privilegio, si crees poder disfrutarlo.

Se dio un puñetazo en la palma de la mano.

—Bien, entonces...

—Claro que —dije, mirando al techo— las naves están construidas para dos personas. Yo, personalmente, estaría algo preocupado ante la perspectiva de pasar..., eh..., todo el tiempo que sea, mirando una habitación vacía durante el viaje. Especialmente —añadí en voz alta, para interrumpir lo que iba a decir—, si iba a pasar unas horas o semanas o quizá una década sabiendo que estaba solo por haberme embarcado en un momento de locura.

—No puedes decir que esto sea una locura momentánea —saltó Clinton—. Llevo años esperándolo. Primero porque tuve necesidad de algo y me di cuenta de lo que era; segundo, porque la necesidad aumentó cuando empecé a trabajar para satisfacerla; tercero, porque descubrí quién y qué podían aplacarla; y cuarto, porque me equivoqué con el tercer punto.

—¿Te equivocaste? ¿O temes haberte equivocado?

Me miró sin verme.

—No lo sé —dijo, habiendo desaparecido toda decisión de su voz—. No estoy seguro.

—Bueno, entonces no tienes ningún problema de importancia. Sólo tienes que preguntarte a ti mismo si merece la pena salir solo por culpa de un problema que aún no has resuelto. Si es así, adelante.

Se levantó y se dirigió a la puerta.

—¡Clinton! —Mi voz debió quebrarse; se detuvo sin volverse, y con el rabillo del ojo vi cómo Judson se levantaba de golpe—. ¿Por qué le dijiste a Judson que se quedara cuando sugirió marcharse y dejarnos solos? —dije con voz más queda—. ¿Qué viste en él para reaccionar así?

Los pensativos y semicerrados ojos de Clinton apenas disimulaban su brillante azul al clavarse en Judson, que se encogió como un colegial.

—Creo que porque me parece franco —dijo Clinton—. Y de confianza. ¿Responde eso a tu pregunta?

—La responde —le dije, despidiéndole alegremente con la mano.

—Tienes una manera impresionante de operar.

—¿En él?

—En nosotros dos. ¿Cómo sabes que reaccionará haciendo que se enfrente a su problema? Podría ir directamente al atrio de lanzamiento.

—No lo hará.

—¿Estás seguro?

—Claro que lo estoy —dije con voz átona—. Si Clinton no se hubiera decidido ya a no salir solo..., al menos, no hoy..., no habría venido a verme para que le convenciera de lo contrario.

—¿Qué es lo que le preocupa de verdad?

—No podría decirlo.

No lo diría. No a Judson. No ahora, al menos. Clinton estaba maduro para salir, y era de los que actúan cuando están preparados. Había descubierto lo que creía que era el perfecto ser humano para acompañarle Afuera. Ella no estaba lista para salir. Ni lo estaría aunque pasara toda una eternidad.

—De acuerdo —dijo Jud—. ¿Y qué pasa conmigo? Ha sido muy embarazoso.

Me reí de él.

—Hay veces en que no sabes cómo decir una cosa en particular, y puedes obligar a otra persona a decirlo por ti. ¿Por qué me has gustado nada más verte, hace años, y todavía ahora? ¿Por qué sintió Clinton que eras de confianza? ¿Por qué Tween pensó que podía darte algún consejo, y qué motivó el consejo? ¿Por qué...? —«No. No digas lo que sería más significativo de todo. Déjala fuera de esto», pensó—. Bueno, no tenemos por qué enumerar todo lo que ha pasado esta tarde. Lo dijo Clinton. «Se puede confiar en ti». Prácticamente todo el que te conozca sabrá, o sentirá, que puede confiar en ti..., que te conmoverá..., que te importará..., que te afectará. Nos gusta saber que producimos algo en alguien.

Judson cerró los ojos, frunció el ceño. Yo sabía que escarbaba en sus recuerdos, pensando en amistades íntimas y amistades casuales..., en cuántas de ellas..., en todo lo que significaban para él y él para ellas. Me miró.

—¿Tengo que cambiar?

—¡Santo Dios, no! Sólo que..., no dejes que sea demasiado íntimo. Creo que Tween se refería a eso cuando dijo que no tomaras ninguna decisión hasta no alcanzar la relativa serenidad de la certificación.

—Serenidad... Me vendrá bien algo de eso —murmuró.

—Jud.

—¿Mmm?

—¿Alguna vez intentaste resumir en una sola frase por qué has venido a Umbral?

Me miró sorprendido. Había vivido, y vivido intensamente, como la mayoría de la gente, sin cuestionarse nunca para qué. Y, como la mayoría de la gente, tarde o temprano tendría que responder la pregunta del millón: «¿Qué estoy haciendo aquí?».

—He venido porque..., porque..., no, eso sería simplificar demasiado.

—Es igual. Dilo de todas formas. Una frase simple basta si de verdad hay algo importante en ella. Todo lo básico es simple, Jud. Todo lo básico es importante. Los asuntos complicados pueden ser fascinantes, terribles, divertidos, intrigantes, preocupantes, educativos, o lo que quieras; pero si son complicados, no son, por definición, importantes.

Se inclinó hacia adelante y posó los codos sobre las rodillas. Sus manos se entrelazaron con fuerza, e inclinó la cabeza.

—Vine aquí..., buscando algo. No porque creyera que estaba aquí, sino porque no me quedaba otro sitio donde mirar. La Tierra está bajo una disciplina tan estricta..., disciplina por la comodidad, disciplina por el lujo constructivo. Nombras una necesidad y automáticamente está satisfecha, y nadie parece comprender que son las necesidades que no puedes nombrar las que son importantes. Y toda la Tierra está en un estado de desarrollo abortado por culpa de Umbral. Todo se mantiene inmovilizado. Lo que manda es el statu quo, porque así debe ser durante seis mil años. Seis mil años de evolución social y física sacrificados por el enorme salto que posibilita Umbral. No encontraba lugar para mí en la parte inmovilista del plan, así que sólo me quedaba ir a la parte activa.

Tras esto guardó un silencio tan largo que sentí que debí pincharle.

—¿Es posible que no hayas sido capaz de encontrar algún modo de ser feliz en la Tierra?

—Oh, no —dijo afirmativamente. Luego alzó la cabeza y me miró—. Un momento. Ahí casi has dado en el blanco. Tengo..., tengo la frase en la punta de la lengua.

Frunció el ceño. Esta vez mantuve la boca cerrada y le observé.

—Eso que ando buscando —dijo finalmente, con el tono más firme que había empleado hasta entonces— es algo que me falta, o algo que tengo y a lo que no he podido dar un nombre. No querré salir Afuera si encuentro algo aquí o en la Tierra que pueda llenar ese hueco. No me haría falta salir. No tendría que salir. Pero si creo que no lo hay aquí, entonces saldré Afuera, porque prefiero ser parte de algo grande a ser algo a lo que le falta una parte. ¡Un momento! —Se mordió el labio inferior. Los nudillos le crujieron mientras retorció las manos—. Te lo diré de otra manera y tendrás tu frase simple.

Respiró profundamente y dijo:

—He venido a Umbral para encontrar..., o bien algo que aún no tengo pero que me pertenece, o bien si..., pertenezco a algo que aún no me tiene.

—Bien —dije—. Está condenadamente bien. Sigue buscando, Jud. La respuesta está aquí, en alguna parte, con alguna forma. Nunca oí decirlo mejor: ¿Posees, o te poseen? Decidas lo que decidas, tienes tres alternativas posibles.

—¿Ah, sí? ¿Tres?

Mostré los dedos, uno a uno.

—La Tierra. Esto. Afuera.

—Ya... me doy cuenta.

—Y puedes seguir el camino indicado por cualquiera de las palabras que viste flotando sobre la puerta del atrio de lanzamiento.

Se levantó.

—Tengo mucho en que pensar.

—Cierto.

—Pero me has proporcionado una guía maravillosa.

Me limité a sonreírle.

—¿Has acabado conmigo? —preguntó.

—De momento.

—¿Cuándo empiezo a ganarme el certificado?

—Hasta ahora has superado las cuatro novenas partes.

—¡Serás perro! Todo esto era...

—Soy un hombre muy ocupado, Jud. Trabajo constantemente. Dejémoslo por ahora. Tendrás noticias mías.

—¡Serás perro! —Volvió a decir—. ¡Condenado perro sabueso!

Pero se marchó.

Me senté para pensar. Pensé en Judson, claro. Y en Clinton y en sus preocupantes ideas solitarias. El viaje puede hacerse en solitario, pero no es una buena idea. La comunicación mental del equipo humano no es una conveniencia, es una necesidad vital. Y en Tween. ¿Cuán hermosa puede llegar a ser una chica? Y la manera en que le brillan los ojos cuando piensa en salir Afuera. Ya está certificada. Supongo que Wold y ella se separarán en cualquier momento.

Entonces, mi mente volvió a Flower. Junta las piezas..., algo tiene que encajar. Dale así la vuelta y... ¡Ah!, Clinton quiere salir Afuera. Lleva mucho esperando y esperando que certifiquen a su chica. Y Ella ni siquiera lo ha intentado. Él no esperará mucho más. ¿Quién es ahora su chica...?

Flower.

Flower, que excitó tanto a Judson.

¿Por qué a Judson? Hay hombres más fuertes, más listos, mejor parecidos. ¿Qué tenía Judson de especial?

Archivé todo en la mente, con un sello rojo de prioridad.

Pasaron los días. Sonó un timbre y se encendió un número en mi escritorio. No tuve que comprobar los números para saber quiénes eran. Fort y Mariellen. Buenos chicos. Salieron Afuera durante un período de sueño. Pensé en ellos, observé la pauta de luces de seguridad que parpadeaban, una tras otra. Pautas de manos que se borraban de la placa de la puerta; nunca volverían a necesitarse. Nave reemplazada. Zona despejada y dispuesta. Hora de lanzamiento archivada en Coordinación. Matrimonio registrado. Maquinaria automática que calculaba, archivaba, perforaba tarjetas, y activaba más maquinaria automática hasta que Fort y Mariellen sólo fueron líneas axiales en las moléculas de una cinta magnética..., nombres..., recuerdos..., quizá muertos; desaparecidos durante los próximos seis mil años.

¡Aguanta así, Tierra! Espéralos, espera al cincuenta y cuatro por ciento que (espero, espero con todas mis ganas) volverá. Sus parientes, sus amigos de la Tierra llevarán mucho tiempo muertos, igual que sus hijos y los hijos de sus hijos; permite, al menos, que los Destinados vuelvan a casa, a la misma Tierra, al mismo lenguaje, a las mismas costumbres. Serán las costumbres milenarias de algo-más-que-la-Tierra, el origen de una increíble esfera espacial que estará al alcance de la Humanidad gracias al esfuerzo de los Destinados Afuera. La Tierra está conteniendo seis mil años de progreso a cambio de poder usar las estrellas como puertas, para poder llegar a Marte en un minuto, para que Antares y Betelgeuse no sean más que escalas de un recorrido más largo. Seis mil años de sagrado estancamiento pueden comprar un universo, conquistar el tiempo, impedir el fraccionamiento de la Humanidad al dispersarse en naves, ser argollas momentáneas de una evolución divergente entre las estrellas. Cuando los Destinados vuelvan, las estrellas les esperarán en la habitación de al lado.

Seis mil vueltas alrededor de Sol, con Sol moviéndose en una galaxia en movimiento, y la galaxia volando a través de un universo en continuo cambio. Todo esto hará que la Tierra tenga un movimiento resultante de nueve grados Möllner en la Curvatura Universal. Umbral lanzará sus minúsculas naves durante seis mil años, y su gigantesca planta energética las proyectará al espacio-tiempo, y los controles automáticos las mantendrán allí hasta que todas, o bastantes de ellas, estén en posición. Algunas se materializarán en

el universo conocido y algunas en nebulosas apenas imaginadas; algunas aparecerán en la vacía nada que hay más allá de las formaciones galácticas, y algunas saldrán al espacio normal dentro de soles en formación.

Pero cuando llegue el momento, y las pequeñas naves estén alineadas siguiendo una gran pauta esférica en el espacio, y vuelvan a ser reales, entonces se enviarán los unos a los otros un abanico de rayos energéticos. Y cada rayo encontrará a sus vecinos como el cableado de un cuadro de mandos, como las sinapsis de un cerebro, y llegará a la Tierra a través de ellos.

Y entonces la Humanidad se dispersará en y a través de esa esfera, yendo de un extremo al otro del Universo en segundos, transmitiendo instantáneamente hombres y materiales desde y hacia las estrellas. Una nave podrá enviar aquí un conjunto de piezas para ser ensambladas allí, en una estación espacial. Más allá, en algún planeta perdido de una estrella desconocida, hombres a años luz de la Tierra podrán ensamblar transmisores de materia y conectarlos a la gran esfera, y añadir otro mundo a los ya conocidos.

¿Y qué será de los Destinados?

Tiempo real: seis mil años.

Tiempo en la nave, desde la entrada en el subespacio hasta su materialización: cero.

Fort y Mariellen. Buenos chicos. Ya no son más que recuerdos; luces que se mueven en un cuadro de mandos, una tras otra, hasta que todo queda registrado. Y en Umbral, la silenciosa maquinaria dice: «¡El siguiente!».

Fort y Mariellen. Aprietan abrazados el botón de salida. Con el lanzamiento le dan la espalda a Umbral, sin esforzarse. En unos minutos habrá un fogonazo gris, o quizá ni siquiera eso. Se ven rodeados de estrellas desconocidas. Se miran a los ojos. Están en otro lugar..., en otro tiempo. Se encienden los indicadores. Éste dice que se ha lanzado el rayo en dirección a los vecinos más próximos y, a través de ellos, a todos los demás. Este otro grita «emergencia» y Fort cambia a control manual y hace lo que puede para evitar una nube de polvo, un planeta..., quizá una nave alienígena.

Quizá Fort y Mariellen (o George y Viki, o Bruce, que salió Afuera solo, o Eleanor y Grace, o Sam y Rod, que eran hermanos) se materialicen y mueran tan rápidamente en una explosión provocada por el desplazamiento de materia que no tengan tiempo de sentir dolor. Quizá les alcance un meteorito y vean, con brillantes ojos que van helándose rápidamente, los espumarajos que expulsan sus pulmones al estallar. Quizá sobrevivan durante minutos y semanas, y luego se vean atrapados por la atracción de algún gigante gaseoso o algún sol desconocido. Quizá sean perseguidos y muertos, o capturados, por seres inimaginables.

Y algunos de ellos sobrevivirán a todo esto y esperarán el bendito contacto; el estridente heraldo del transmisor de materia con que está equipada cada nave, y la repentina aparición de un hombre, que no nació sesenta siglos antes, cuando dejaron Umbral, transmitido instantáneamente desde la Tierra hasta su nave. Y volverán con él, a una Tierra exultante y sin cambios, uniéndose a los miles de millones de seres humanos maduros y adiestrados que estarán dispuestos a llenar el Universo con costumbres humanas; los nuevos humanos que habrán dejado atrás la guerra y la avaricia, que habrán adquirido un universo tan vasto que no necesitarán explotar los recursos de otra criatura, tan rico y accesible que tendrá todo lo que necesiten.

Y algunos sobrevivirán, y esperarán, y morirán esperando debido a algún error de cálculo. Los rayos nunca llegarán hasta ellos; sus rayos no contactarán nada. Y puede que, de éstos, algunos no mueran, que encuentren refugio en algún planeta y dejen allí huellas de su paso que sorprenderán a todo ser vivo e inteligente de dentro de un millón de años. Quizá dejen algo más que eso. Quizá la Humanidad se desarrolle allí de forma más lenta y azarosa.

Pero los cálculos insisten en que el cincuenta y cuatro por ciento establecerá la esfera conquistadora de estrellas, y volverá.

Pasaron las semanas. Un timbrazo: Bark y Bárbara. Maldita sea, se acabó el pastel de crema de plátano de Bárbara. Clasificación, partida, archivo, luces. Matrimonio registrado.

Cuando un hombre y una mujer salen Afuera, están casados. Hay otra manera de casarse en Umbral. Hay menos precipitación en ella que en el unir las manos en el botón de lanzamiento. Pero no por ello es menos solemne. Significa lo que significa porque no está marcada por la necesidad. Los niños heredan el apellido de las madres, casadas o no, y no existe diferencia alguna. Los hombres y mujeres hacen lo que quieren como adultos responsables, dentro de límites extremadamente amplios. Excepto...

La Humanidad ha llegado al matrimonio moderno tras arduas tensiones y trágicos errores. Al eliminar la presión social de la búsqueda del cónyuge, al darse término a la persecución insultante de la soltería, un matrimonio deja de ser un sello que marca lo que la gente acabará haciendo, con o sin ceremonias. Los hombres y mujeres no se vieron atrapados en la hipocresía de los votos matrimoniales cuando fueron libres de buscar su mutua compañía siempre que quisiesen y sin recibir castigos sociales de ningún tipo. Bajo condiciones semejantes, un matrimonio se asume con toda seriedad y sinceridad, constituyendo una declaración pública de la elección y, con el añadido de una sociedad madura, de inviolabilidad. Las viejas y encantadoras palabras «olvidando a todos los demás» deletrean la naturaleza del matrimonio moderno, con el añadido que está universalmente reconocido que la fidelidad no es una orden o una restricción, sino una decisión consciente. El divorcio es rápido y sencillo, y casi inexistente. Los casados viven así, los solteros viven así; los límites están establecidos y son profundamente respetados. La gente se casa porque quiere vivir dentro de los límites del matrimonio. El hecho que un matrimonio exista es prueba incontrovertible indicando que funciona.

Hablé acerca del matrimonio con Tween. La encontré en el Pórtico. Creo que había estado en una de las naves. Si estaba pálida, su piel olivácea lo ocultaba. Si tenía los ojos inyectados en sangre, el brillante rubí de sus ojos lo disimulaba. Puede que la viera arrastrar los pies al caminar, o algo así. La tomé por la barbilla e hice que me mirara a la cara.

—¿Tengo que matar algún dragón?

Me dedicó una brillante sonrisa que sólo existía en sus labios.

—Estoy estupendamente —dijo valiente.

—Lo estás —concedí—. Lo cual no tiene nada que ver con la manera en que te sientes. No voy a insistir, pequeña, pero si comes demasiadas manzanas verdes, o has metido el pie en un cactus, ¿tienes algún lugar seguro donde esconderte mientras gritas?

—Sí —dijo ella sin aliento, esforzándose todo lo posible en sonreír—. Oh, sí. —Me acarició la mejilla—. Eres... bueno. ¿Me dirías una cosa si te la preguntara?

—¿Sobre certificados? No, Tween. Nada sobre la certificación de alguien. Pero... todo lo que tiene que hacer es completar su hipnopedia final, y aún no se ha presentado a ella.

No le gustó nada oír eso, pero también le hizo reír, un poco.

—¿Lees mentes, como dicen todos?

—No. Y no lo haría, si pudiera. Y si no pudiera evitarlo, no actuaría como si lo hiciera. O sea, no. Lo que pasa es que he vivido lo bastante para saber lo que hace moverse a la gente. Así que si una persona no me importa mucho, puedo darme cuenta de lo que la inquieta. Claro que —añadí—, si me importa algo, puedo adivinarlo mejor aún. ¿No ibas a casarte pronto, Tween?

No debí haber dicho eso. Se sobresaltó y por un momento dejó de forzar esa sonrisa. Y luego...

—Oh, sí —dijo animada—. Bueno, no del todo. Lo que quiero decir es que, cuando salgamos Afuera, bueno, podemos tanto hacerlo como no, y supongo que en cuanto Wold

esté certificado, nos..., creemos que salir Afuera es el mejor modo... Creo que se me ha metido algo en el ojo. Lo si-sien...

La dejé marchar. Pero la próxima vez que vi a Wold —fue en el Sector Euforia— le saludé con alegría. Hay veces en que me siento de lo más jovial.

Apoyé la mano en su hombro. Su espalda se inclinó un poco y me pareció notar cómo se unían las vértebras.

—Wold, chico —dije de corazón—. Me alegro de verte. Últimamente no te veo mucho. ¿Enfadado?

Se apartó de mi lado.

—Un poco —dijo malhumorado.

Su pelo era demasiado brillante, y su dentadura perfecta siempre me recordaba el teclado de un instrumento musical.

—Bueno, déjate caer por allí —dije—. Me gusta ver cómo progresan los jóvenes. Tú has llegado bastante lejos —añadí, con cierto énfasis.

—Tú también —dijo él con más énfasis.

—Bueno —le di una palmada en la espalda. Sus ojos no se movieron, cosa que me sorprendió—. Puedes superarme. Puedes ir más lejos de lo que yo nunca iré. Ya nos veremos, amigo.

Me alejé, sintiendo los fríos puntos marrones de su mirada.

Y ni diez minutos después que pasara esto, conocí la danza kakumba. No suelo fijarme mucho en el baile, pero en ese momento se oyó un rugido animal en la sala y entré para ver lo que excitaba tanto al público.

El baile había superado ya la mayoría de las etapas, de modo que el animador sólo tenía tres parejas en el escenario. A medida que me abría paso hasta un lugar más privilegiado, fue eliminada otra de las parejas, quedando sólo las dos mejores. Una de ellas estaba compuesta por una rubia alta con pelo emperifollado y brazaletes subvoltaicos que dibujaban y redibujaban un entrecocar de arcos en tonos pasteles. Bailaba con uno de los operarios con traje acorazado encargados del casco de la estación espacial; y eran muy buenos.

La otra pareja tenía una chica morena y esbelta, de movimientos fluidos, que vestía una túnica abierta marrón oscuro. Se movía, tan maravillosamente que contuve el aliento, y la miré con tanta atención que pasaron unos segundos antes de ver que era Flower. Mi reacción hizo que tardara unos segundos más en darme cuenta que su pareja era Judson. Por buena que fuera la otra pareja, ésta era mejor. Había examinado los reflejos de Jud y eran fenomenales, pero no tenía ni idea que pudieran responder así a algo.

El animador enfocó una solitaria luz a la primera pareja. Se oyó un estallido de música y la rubia con arcos luminosos y su amigo se enzarzaron en un intrincado frenesí de miembros desarticulados y pataleos semirrítmicos. Pasaron tantas cosas y tan rápidas entre las dos personas que cuando la música se detuvo pensé que nunca se separarían. Pero se separaron y un rugido surgió de la multitud que les observaba. Y luego el mismo aullido de música sonó para Jud y Flower.

Judson se limitó a quedarse atrás y cruzarse de brazos, caminando con movimientos sencillos para indicar que, de verdad, también estaba bailando. Pero se lo dejó todo a Flower.

Ahora diré en una sola frase lo que hizo: se inclinó ante él y se levantó lentamente alzando las manos por encima de la cabeza. Pero las palabras nunca podrán describir perfectamente el proceso. Tardó diez minutos en levantarse del todo. En el minuto cuarto, la multitud empezó a darse cuenta que su cuerpo temblaba. No se meneaba o se sacudía o algo así de simple. Era un escalofrío continuo, aparentemente incontrolable. En el minuto octavo, la audiencia empezó a darse cuenta que estaba controlado, y de cuán controlado estaba. Era algo hipnótico, increíble. En el crescendo final, Flower estaba de puntillas con los brazos estirados hacia lo alto, y no hizo ninguna floritura cuando la

música se detuvo; se limitó a relajarse y permanecer inmóvil, sonriendo a Jud. Aun desde donde yo estaba podía verse el sudor que bañaba la cara de Jud.

Un hombre alto que tenía a mi lado gruñó con un sonido tenso y doloroso. Me volví para verle. Era Clinton. La tensión recorría su mandíbula como una rata bajo una alfombra. Puse una mano en su brazo. Parecía de piedra.

—Clint.

—¿Qui...? Ah. Hola.

—¿Tienes sed?

—No —dijo.

Se volvió hacia la pista de baile, explorándola con los ojos, encontrando a Flower.

—Sí, hijo, la tienes —dije—. Vamos.

—¿Por qué no vas y...? —Recuperó su autocontrol—. Tienes razón. Tengo sed.

Fuimos a la semidesierta sala de juegos y nos servimos un poco de methylcafeína. No dije nada hasta encontrar una mesa. Se sentó muy tenso, mirando su copa sin verla.

—Gracias —dijo entonces.

—¿Por qué?

—Iba a portarme de manera muy poco civilizada ahí dentro.

Me limité a esperar.

—Bueno, maldita sea, es libre de hacer lo que quiera, ¿verdad? —dijo malhumorado—. ¿Que le gusta bailar?, pues estupendo. ¿Por qué no iba a hacerlo? Maldita sea, no hay por qué excitarse.

—¿Quién está excitado?

—Es ese Judson. ¿Por qué tiene que estar todo el rato rondando a Flower? No ha hecho una maldita cosa por conseguir el certificado desde que él llegó.

Se bebió el licor de un trago. No pareció afectarle, lo cual significaba algo.

—¿Qué hacía antes que él llegara? —pregunté con suavidad y, cuando no respondió, añadí—: Jud está Destinado, Clint. Yo no me preocuparía. Puedo garantizarte que Flower no estará con él cuando salga, y eso será muy pronto. Aguanta y espera.

—¿Esperar? —Sus labios se contrajeron—. Llevo semanas dispuesto a salir. Solía imaginarnos a..., a Flower y a mí trabajando juntos, ayudándonos mutuamente. Solía hacer planes para festejar el día que nos certificáramos. Solía mirar a las estrellas y pensar en la red que ayudaríamos a echar sobre ellas, con la que tiraríamos de ellas, para meterlas luego en un cesto. En Flower y yo, volviendo a la Tierra tras seis mil años, contemplando cómo la Humanidad progresaba por sí sola, sabiendo que habíamos hecho algo para ayudar. He esperado mucho, y ahora me dices que espere algo más.

—Esto —dije— es lo que tú llamarías una situación inestable. No puede seguir así y no seguirá. Espera, te digo: espera. Acabará produciéndose un reventón.

Y se produjo.

El timbre sonaba en mi despacho. Moira y Bill. Denegados los certificados a Hester, Elizabeth, Jenks y Mella. Hester vuelve a la Tierra. Hallowell y Leticia, matrimonio registrado. Concedido el certificado a Musette, Aaron, n'Guchi, Mancinelli y Judson.

Judson recibió la noticia con tranquilidad, resplandeciente. En estos días no le veía mucho. Flower ocupaba gran parte de su tiempo, y el entrenamiento el resto. Se marchó con rapidez, en cuanto estuvo certificado, tras acompañarle para probar el lector de manos de la puerta y le di las instrucciones finales, supongo que para darle la noticia a Flower. Recuerdo que me pregunté cómo se tomaría la reacción de la chica.

Cuando volví a la oficina, Tween estaba en ella. Se levantó del sofá en cuanto dejé atrás la rampa. Sólo necesité mirarla una vez.

—Entra.

Me siguió a través de la puerta interior. Pasé la mano ante la placa de infrarrojos y se cerró. Entonces abrí los brazos.

Gemía como un cordero recién nacido y corrió hacia mí. Sus lágrimas eran abrasadoras, y no creo que los músculos humanos estén hechos para la tensión a que les sometían esos agonizantes sollozos. La gente debería llorar más. Debería aprender a hacerlo con facilidad, como el reír o el sudar. En personas como Tween, que no hacen nada si no pueden sonreír y convertir eso en hábito, el llanto se almacena de verdad. Con semejante almacenamiento, sin desarrollar válvula de salida alguna, las cosas se desgarran cuando la presión es excesiva.

Me limité a abrazarla con fuerza para que no explotara. Lo único que le dije fue «sh-h-h» cuando intentó hablar mientras lloraba. Cada cosa a su tiempo.

Le llevó un tiempo, pero cuando terminó, terminó. No se apagó por ello. Estaba débil de tanto castigo, pero calmada. Habló.

—No es real —dijo débilmente—. Es alguien que hice con el brillo de las estrellas, por querer tanto ser parte de algo tan importante como este proyecto. Nunca creí que, a excepción de esto, hubiera nada importante en mí. Quería pertenecer a algo que fuera más importante que yo, y llegar a hacer algo, juntos, tan importante que sería digno de Umbral.

»Creía que era Wold. Hice que fuera Wold. Oh, no es culpa suya. Pude darme cuenta de lo que era él, pero no lo hice. Lo que hice con él, lo que siento por él, es una locura tan grande como el convencerme a mí misma que él tiene alas y luego le odiase por no poder volar. Es cualquier cosa menos un héroe. Se acerca a los recién llegados y los descalificados simulando que es un hombre que un día se entregará a la Humanidad y a las estrellas... Puede que hasta él mismo se lo crea. Pero no terminará el entrenamiento, y..., ahora lo sé, ahora me doy cuenta, ha intentado con todos los medios posibles que no fuera certificada. No podía tratarme como a su estúpida niña guapa si conseguía certificarme. Y él no podía conseguir el certificado porque, entonces, un día, tendría que salir Afuera, y eso es algo a lo que no puede enfrentarse.

»Él... quiere que le deje. Si lo hago así, si lo decido yo, podrá llevar mi recuerdo como si fuera una banda negra en el brazo, y pasar así el resto de su vida engañándose y diciéndose que su sucesión de mujeres no es más que una búsqueda de algo con lo que reemplazarme. Así siempre tendría una excusa; nunca tendría que arriesgar el pescuezo. Sería el héroe caído, y todas las mujeres que fueran tan estúpidas como yo intentarían curarle esas heridas que consiguió que yo le infligiera.

—¿No le odias? —le pregunté con suavidad.

—No. Oh, no, ¡no! Ya te lo he dicho, no es culpa suya. Yo... amaba algo. En mi corazón vivía un hombre, vivía allí desde hacía años. No tenía ni nombre ni cara. Yo le di el nombre de Wold y la cara de Wold y no quise creer que no fuera Wold. Fue cosa mía. No fue cosa de Wold. No le odio. No me gusta. Yo no..., nada.

Le palmeé el hombro.

—Estupendo. Estás curada. Si le odiaras, seguiría siendo importante. ¿Qué harás ahora?

—¿Qué debo hacer?

—Yo nunca te diré lo que debes hacer en una cosa como ésta, Tween. Lo sabes. Tienes que encontrar tus propias respuestas. Puedo aconsejarte que utilices con cuidado esos ojos tuyos que acabas de abrir. Y no creo que ese hombre que vive en tu corazón no exista en ninguna parte. Existe. Puede que en esta misma estación. Simplemente no has sido capaz de verle.

—¿Quién?

—Por Dios, bonita. No me preguntes eso. Pregúntaselo a Tween la próxima vez que la veas; es algo que sólo Tween sabe con seguridad.

—Eres tan inteligente...

—Bah. Sólo soy lo bastante viejo como para haber cometido más errores que la mayoría, sólo eso, y tengo buena memoria.

Ella se levantó, tambaleante. Alargué la mano y la ayudé.

—Estás hecha polvo, Tween. Mira..., no te vayas aún. Escóndete un par de días y descansa algo y piensa un poco. En este nivel hay un cuarto. No te molestará nadie, y encontrarás todo lo que necesites, incluyendo silencio e intimidad.

—Eso estaría bien —dijo en voz baja—. Gracias.

—Muy bien..., mira. ¿Te importa si envío a alguien a charlar contigo?

—¿Charlar? ¿A quién?

—Deja que improvise sobre la marcha.

Los ojos de rubí me dedicaron una cálida mirada, y sonrió. Pensé que me gustaría sentir tanta confianza en mí mismo como la que ella tenía en mí...

—Es la cuatrocientos doce —dije—, la tercera puerta de la izquierda. Quédate todo el tiempo que quieras. Vete cuando te apetezca hacerlo.

Se acercó a mí e intentó decir algo. Por un segundo pensé que iba a besarme en la boca. No lo hizo; me besó la mano.

—¡Te daré de azotes! —rugí, confundido—. ¡Fuera de aquí, maldita sea!

Se rió..., siempre tenía algo de risa preparada en su interior, pasase lo que pasara, bendita sea su cabeza de algodón...

En cuanto se marchó me volví hacia el anunciador y llamé a Judson. «Infiernos —pensé—, puedes intentarlo, ¿no?» Mientras esperaba pensé en la hambrienta mirada de Judson, y en ese agujero de su cabeza..., esa accesibilidad, y en lo que pasaba cuando le llegaba algo erróneo. ¡Dios, la gente sensible es la que más acaba haciendo el imbécil!

Llegó a los pocos minutos, acalorado, excitado, feliz y preocupado, todo a la vez.

—Venía hacia aquí cuando oí tu llamada —dijo.

—Siéntate, Jud. Tengo un pequeño proyecto en mente. Quizá puedas ayudarme.

Se sentó. Busqué las palabras adecuadas. No podía decir nada acerca de Flower. Le tenía enganchado; si decía cualquier cosa sobre ella, la defendería. Y uno de los fenómenos más antiguos de las relaciones humanas consiste en que llegamos a sentir mucho apego por las cosas que acabamos defendiendo, aunque antes no nos gustasen. Volví a pensar en el ansia que vivía en Jud, y en lo que podría ver Tween con sus ojos recién abiertos.

—Jud...

—Me he casado —barbotó.

Me quedé rígido. No creo que mi cara evidenciara nada.

—Es lo que tenía que hacer —dijo, casi furioso—. ¿No te das cuenta? Ya sabes cuál es mi problema... Fuiste tú quien me lo hizo ver. Estaba buscando algo que me perteneciera..., o algo a lo que pertenecer.

—Flower —dije.

—Claro. ¿Quién si no? Mira, esa chica también tiene problemas. ¿Qué crees que le impide obtener el certificado? Ni siquiera cree ser digna de ello.

«Dios mío», dije. Afortunadamente, lo dije para mí mismo.

—Pase lo que pase, he hecho lo que debía —dijo Jud—. Si puedo ayudarla a obtener el certificado, saldremos juntos Afuera, ya que hemos venido para eso. Si no puedo ayudarla en eso, pero descubro que llena ese sitio de mi interior que lleva tanto tiempo vacío, bueno, para eso he venido yo aquí. Podemos volver a la Tierra y ser felices allí.

—Pareces tenerlo muy claro.

—Claro que lo tengo claro. ¿Crees que habría seguido adelante con el matrimonio si no lo tuviera claro?

«Claro que lo habrías hecho», pensé.

—Felicidades, entonces. Ya sabes que te deseo lo mejor.

Se levantó indeciso, empezó a decir algo, y aparentemente no encontró las palabras adecuadas. Fue hasta la puerta y dio media vuelta.

—¿Puedes venir esta noche a cenar?

Titubeé.

—Por favor. Me gustaría mucho —dijo.

Arqueé una ceja.

—Dime la verdad, Jud, ¿es idea tuya o de Flower?

Se rió avergonzado.

—Maldita sea, siempre has sido demasiado perspicaz. Mía..., bueno..., o sea, no es que le caigas mal, pero..., bueno, infiernos, quiero que sean amigos, y creo que la entenderías, y a mí también, mucho mejor si haces el intento.

Se me ocurrían muchas cosas que prefería hacer antes que cenar con Flower. Nadar unos largos en aceite hirviendo, por ejemplo. Miré a su rostro ansioso. ¡Oh, diablos!

—Me encantaría —dije—. ¿A eso de las ocho?

—¡Estupendo! ¡Guau! —dijo, como un colegial—. ¡Guau!, gracias. —Se movió de un lado para otro, sin saber si marcharse en seguida o no—. Hey —dijo de pronto—. Me hiciste llamar. ¿Cuál es ese proyecto para el que me querías?

—No es nada, Jud —dije con cansancio—. He... cambiado de idea. Te veré luego, hijo.

La cena fue algo especial. Bistecs. Jud en persona los había asado a la parrilla. Tuve la intuición que también los había seleccionado él, y que él había puesto la mesa. Pero fue Flower la que me proporcionó algo donde sentarme. Me miró lentamente sin ocultarlo, se acercó a la mesa, apartó la esbelta silla de aluminio y arrastró hasta ella una enorme tumbona. «Algo innecesario —pensé—; soy grueso, pero esas sillas de aluminio han aguantado mi peso hasta ahora.»

No pienso detallar asalto tras asalto. La comida se tragaba estando Flower en silencio o manufacturando pequeños latigazos conversacionales. Jud intentaba meterla en la conversación cuando guardaba silencio. Y cuando ella hablaba, intentaba desviar la conversación de mi persona. Creo que el acontecimiento fue un completo éxito, para Flower. Para Jud debió ser un infierno. Para mí..., bueno, fue interesante.

Un ejemplo: Flower pincha y le da vueltas a la carne, y cuando caza una pausa en la elaborada conversación que intentábamos sacar adelante Jud y yo, empezaba a cortarme meticulosamente el bistec por los bordes.

—Si hay algo que no soporto —dijo con claridad— es oler o ver la grasa.

Un ejemplo: decía «Oh, Señor» esto y «el Señor» aquello con tanta precipitación que parecía decir «gordo» todo el tiempo.

Un ejemplo: estornudé en una ocasión. Me tendió un pañuelo con rapidez y educación suficientes, y luego dijo: «Para los estornudos...», lo cual quedó como un detalle hasta que le dio un codazo a su marido y dijo: «¡Gracias!». En ese punto las cosas se pusieron bastante silenciosas.

Un ejemplo: cuando terminó, se recostó y suspiró.

—Si siempre comiera así, acabaría hinchada como... —Me miró directamente y se interrumpió. Jud se sonrojó con tristeza e intentó darle una patada por debajo de la mesa. Lo sé porque me acertó a mí—, como un flotador —concluyó.

Pero siguió mirándome, calmada e insultante.

Un ejemplo:... bueno, ya te habrás hecho una idea. Lo que puedo decir en mi favor es que lo capeé todo. No iba a darle la satisfacción de echarme hasta no haber encajado todo lo que me tenía preparado. No podía enfadarme abiertamente, porque, de hacerlo, ella me presentaría luego ante Jud como alguien que la odiaba. Si Jud fue alguna vez lo bastante inteligente, recordaría esta noche como aquella vez en que ella se mostró insufriblemente insultante, y eso era con exactitud lo que yo quería.

Por fin terminó la cosa, y yo me despedí lo más tarde que pude sin tener que pasar allí toda la noche. Cuando me marché, ella se tomó del brazo de Jud y lo sujetó con fuerza hasta que desaparecí de la vista, abortando así la única posibilidad que tenía Jud de acompañarme parte del camino y disculparse.

Hasta que no pasaron cuatro días no pudo acercarse a mí lo bastante como para hablarme, y cuando lo hizo tuve la impresión que había mentido para estar allí, que Flower le creía en otra parte.

—Lo que pasó la otra noche, no pienses que... —dijo con rapidez.

Le interrumpí con toda la suavidad y firmeza que fui capaz.

—Lo entiendo perfectamente, Jud. Reflexiona un momento y te darás cuenta de eso.

—Flower no se comportó como debía. Haré que cambie. La próxima vez que vengas será muy diferente. Ya lo verás.

—Estoy seguro que sí, Jud. Olvídalo, ¿quieres? No ha pasado nada.

«Y la próxima vez será seis meses después que vuelvan los Destinados», pensé. Eso me daba unos sesenta siglos o así para prepararme.

Una semana después de la boda de Jud, yo estaba en el Pasillo Central que conduce al Pórtico de Salida. No sé si fue algún sexto sentido o si de verdad olí alguna cosa. Tengo un recuerdo muy sólido de methylcafeína en el aire, al tiempo que miraba por el pasillo y veía cerrarse el Pórtico.

Me planté allí demasiado rápido como para que le sentase bien a mis gastadas válvulas. Abrí las puertas de un manotazo y corrí por todo el atrio. Cuando algo en mi forma y tamaño se pone a correr resulta más difícil parar que dejarse llevar. La compuerta de una nave estaba abierta y me dirigí hacia ella. Empezó a cerrarse. Olvidé todo lo referente a aminorar la marcha y dediqué la poca energía que me quedaba a que mis viejas piernas fueran más rápido.

Sentí como uno de mis pies chocaba con el talón del otro con una horrible sensación de desastre a cámara lenta y mi centro de gravedad empezó a moverse más rápido de lo que yo me desplazaba. Estuve una eternidad suspendido en medio del aire, lo bastante para morder y tragar una lengua, y entonces me golpeé el estómago, me precipité hacia delante con el pecho y dos de mis barbillas, y resbalé. Tenía las dos manos frente a mí. La izquierda golpeó el mamparo y se dobló. La derecha atravesó lo poco que quedaba de la abertura de la puerta, que se cerró aplastando mi antebrazo. Entonces mi frente golpeó el umbral de la compuerta y me desmayé.

Cuando la luz volvió a encenderse, yo estaba extendido en la litera de una nave, al parecer solo. El brazo izquierdo me dolía más de lo que podía soportar, y el derecho me dolía más aún, y los dos juntos no podían superar lo que pasaba en mi cabeza.

Cuando emití un gemido, un hombre apareció del cubículo de servicio. Llevaba en las manos un cuenco de agua caliente y el equipo B de primeros auxilios de la nave. Se acercó rápidamente hasta mí y restañó la sangre que tenía entre las dos barbillas. Hasta ese momento mi borrosa visión no dedujo quién era.

—Clinton, bastardo hijo de perra —le ladré—. Deja en paz la barbilla y ponme plexicaína en los brazos.

Tuvo la osadía de reírse de mí.

—Cada cosa a su tiempo, viejo. Estás sangrando. Comportate como un paciente y no como un impaciente.

—Impaciente al que se le acaba la paciencia —grité—. ¡Ponme la plex! ¡No tengo nada de estoico y silencioso!

—De acuerdo, de acuerdo.

Sacó la aguja del estuche, la apuntó al aire y la hundió diestramente en mis brazos. Buen chico. La clavó en el bíceps de uno y en el antebrazo del otro, y acertó en los ganglios correctos. El dolor desapareció. Sólo quedaba la cabeza, pero me dio un analgésico y empezó a disminuir el terrible dolor.

—Me temo que tienes roto el izquierdo —dijo—. En cuanto al derecho..., bueno, si no hubiera visto esa mano arrastrándose por el suelo como un perrito, e invertido el control de la puerta, te habría cortado las uñas hasta el codo. ¿Qué diablos creías estar haciendo?

—No lo recuerdo; quizá tenga conmoción cerebral. Parece que quería ver lo que había dentro de la nave, ya fuese por un motivo o por otro. ¿Puedes entablillar el brazo?

—Llamemos al médico.

—Tú puedes hacerlo igual de bien.

Fue por el equipo C y sacó un entablillado de tracción. Envolvió alrededor del dolorido brazo el envoltorio acolchado, sujetó los extremos del entablillado a codo y muñeca, y lo enfocó con una lámpara de infrarrojos. A los pocos segundos, el entablillado empezó a alargarse. Cuando el antebrazo roto fue unos pocos milímetros más largo que el otro, apagó la lámpara y el entablillado termoplástico se fijó automáticamente, sujetándose al acolchado. Clinton apartó las grapas.

—Con eso basta, de momento. Bueno, ¿me dirás ahora lo que hizo que te interpusieras en mi camino?

—No.

—¡Deja de aparentar que eres un niño inocente! Te delata la barba. Sabías que iba a salir solo, ¿verdad?

—Nadie me dijo nada de eso.

—Nadie tuvo que hacerlo nunca —dijo irritado, sonriendo luego—. Tío, me gustaría poder seguir enfadado contigo. De acuerdo... ¿Y ahora qué?

—¿No piensas salir ya?

—¿Contigo aquí dentro? No digas locuras. La estación perdería demasiado y yo no ganaría nada. ¡Maldito seas! Me había marcado una borrachera preciosa de methylcafeína, y tenías que venir tú a despejarme... Bueno, sigamos adelante. Lo haré a tu manera. ¿Qué hacemos ahora?

—Dejar de tomarme por Maquiavelo —gruñí—. Ayúdame a volver a mis habitaciones y te dejaré para que hagas lo que quieras.

—Contigo las cosas nunca son tan sencillas —medio sonrió—. Muy bien. Vamos.

Cuando me puse en pie, con más ayuda por su parte de la que me gustaría admitir, el corazón empezó a latirme. Debí notarlo porque no dijo nada mientras estuvimos allí esperando a que se comportara como era debido. Clinton era un buen chico.

Conseguimos salvar todo el camino del atrio y el Pórtico, pero lentamente. Cuando pusimos el pie en mi rampa, negué con la cabeza.

—No, esto no —suspiré—. No lo conseguiría. Vayamos por ahí.

Seguimos por el pasillo lateral hasta llegar a la 412. La puerta se abrió para mí.

—¡Hola! —llamé—. Tienes compañía.

—¿Qué? ¿Quién? —dijo la voz cristalina. Apareció Tween—. ¡Oh-oh! No quiero ver a nadie... Dios mío, ¿qué ha pasado?

Mis párpados se cerraron. Lancé un gemido.

—Creo que será mejor que le tumbemos —dijo Clinton—. No está bien.

Tween corrió hasta nosotros y me tomó gentilmente por el brazo, por encima del entablillado. Me llevaron hasta un sofá y me derrumbé en él.

—El condenado —dijo Clinton con buen humor—. Parece trabajar horas extras para impedirme que salga Afuera.

Hubo un silencio tan largo que abrí un ojo. Tween le miraba como si nunca le hubiera visto antes..., y, la verdad, así era, al tener los ojos tan llenos de Wold.

—¿De verdad quieres salir Afuera? —preguntó con tono suave.

—Más que... —Miró a su pelo, a su bonita cara—. No recuerdo haberte visto mucho. Eres... Tween, ¿verdad?

Ella asintió y dejaron de hablar. Cerré los ojos porque estaba seguro que me mirarían sólo por hacer algo.

—¿Está bien? —preguntó ella.

—Creo que..., sí, está dormido. No me extraña. Lo ha pasado muy mal.

—Pasemos a la otra habitación para poder hablar sin molestarle.

Cerraron la puerta. Apenas podía oírles. Lo hicieron bastante tiempo, con silencios ocasionales. Por fin oí lo que había estado esperando:

—Si no hubiera sido por él, ya no estaría aquí. Iba a salir solo.

—¡No! Oh, me alegro..., me alegro que no lo hicieras.

Uno de los silencios.

—Yo también, Tween. Tween... —oí entonces con un susurro de sorpresa.

Me levanté del sofá y salí en silencio. Volví a mis habitaciones y hasta conseguí subir la rampa. Me sentía muy bien.

Oí un rumor bastante feo.

He visto mucho y he hecho mucho, y me considero a prueba de sorpresas, pero esto me llegó hasta lo más íntimo. Me refugié en el viejo bálsamo del «No puede ser, no puede ser», pero mi corazón sabía que sí podía ser.

Me acerqué hasta Judson. Tenía ojeras y estaba más silencioso de lo habitual. Le pregunté lo que hacía en esos días, aunque lo sabía.

—Profundizando en astrogación —me dijo—. Nunca he visto nada tan fascinante. Una cosa es que te lo metan en la cabeza mientras duermes, y otra muy diferente experimentarlo nota a nota como si fuera música.

—Pero pasas demasiado tiempo en los archivos, hijo.

—Consume mucho tiempo.

—¿No puedes estudiar en casa?

Creo que fue entonces cuando se dio cuenta de adónde quería ir a parar.

—Mira —dijo—. Tengo mis problemas. Hay cosas en las que me equivoco. Pero no estoy ciego. No soy un estúpido. No puedes decirme a la cara que no puedo manejar problemas que sólo me atañen a mí, ¿no crees?

—No, si estuviera seguro de ello —dije—. Maldita sea, no lo estoy. Y no pienso suplicarte los detalles.

—Me alegro —dijo con sobriedad—. Así que no tenemos por qué tocar el tema, ¿verdad?

Me reí en voz alta, muy a pesar mío.

—¿Dónde está la gracia?

—En mí, Jud, chico. Me están... manejando.

Vio a lo que me refería y sonrió un poco conmigo.

—Diablos, sé muy bien a dónde quieres llegar. Pero no estás lo bastante metido en el asunto como para conocer todos los enfoques. Yo sí. Tomaré cartas en el asunto cuando llegue el momento. Hasta entonces, es un problema que sólo me atañe a mí.

Tomó sus mapas estelares y supe que una palabra más habría sido una de más. Le estreché la mano y dejé que se fuera.

«Cinco personas —pensé—: Wold, Judson, Tween, Clinton, Flower. Aparto dos y quedan tres. Tres son multitud, y en este caso una multitud explosiva.»

Nada, nada justifica la infidelidad en el matrimonio moderno. Pero los rumores siguieron circulando.

—Quiero mi certificado —dijo Wold.

Le miré y un montón de conjeturas se abrieron paso en mi mente. ¿Así que quieres tu certificado? ¿Por qué? ¿Y por qué en este preciso momento? ¿Qué puede hacer un hombre con un certificado que no pueda hacer sin él, aparte de salir Afuera? Porque, maldita sea, tú nunca saldrías Afuera. No por tu propia voluntad.

Pensé todo esto, pero nada salió al exterior.

—De acuerdo —dije—. Para eso estoy aquí, Wold.

Y nos pusimos a trabajar.

Trabajó con ahínco, y sin problemas y con facilidad, igual que como hablaba, igual que como se movía. Siempre me sorprenderá lo inútiles que pueden hacer de sí mismos personas realmente dotadas.

Se certificó con tanta facilidad como si respirara. ¿Y te creerías que pese a trabajar con él, ver lo duramente que trabajaba y haberle ayudado en todo, nunca conseguí adivinar lo que le movía a ello?

Yo no estaba nada feliz cuando dejamos atrás la rutina de su certificación. Había algo que marchaba mal en alguna parte..., faltaba algo. Estaba ante un rompecabezas donde todas las piezas encajaban con facilidad, o no lo harían nunca. Ojalá... Oh, Dios, ojalá hubiera pensado un poco más rápido.

Tras la certificación de Wold, dejé que pasara un día. No podía dormir, y no podía analizar lo que me preocupaba. Así que empecé a pasear para ver si lo descubría.

Fui a los archivos. «¿Dónde estaba Judson?»

La chica me dijo que hacía cuarenta y ocho horas que no aparecía por allí.

Miré en la Zona Recreativa, en las bibliotecas, en las salas de observación y de estéreo. Alguna especie de sentido común firme como una roca me impidió emitir una llamada general. Empezaba a ser obvio que no estaba cerca. Naturalmente, en Umbral había centenares de habitaciones y pasillos que no se utilizaban, y no se utilizarían hasta que no se completara el proyecto interplanetario y empezaran a funcionar los transmisores de materia. Pero Jud no era de los que se escondían.

Me encogí de hombros y me di cuenta que estaba especulando demasiado para no mirar en el lugar obvio. Creo que lo que temía más que cualquier otra cosa era que no estuviera allí.

Pasé la mano ante el anunciador de la puerta. Ella respondió al momento; venía de los campos de sol y no se había molestado en mirar quien era. Toda ella era de un tostado cálido de pies a cabeza, toda terciopelo y resortes de acero. Tenía caídos los enormes ojos y la boca fruncida en un mohín. Pero, en cuanto me reconoció, se cuadró ante la puerta.

Creo que dentro de toda mente humana hay un mecanismo que prepara todas las respuestas y que nunca comete errores. Creo que hacía bastante tiempo que el mío tenía los datos necesarios para haber adivinado lo que estaba pasando, y lo que iba a pasar. Lo que sucedía es que hasta ese momento no fui capaz de ver la respuesta. El ver a Flower, en esa fracción de segundo, me abrió más de una puerta...

—¿Quieres algo? —preguntó.

El énfasis era brusco e insultante.

Entré. A ella le tocaba decidir si se apartaba o era derribada al suelo. Se echó a un lado. La puerta se cerró.

—¿Dónde está Jud?

—No lo sé.

Miré a esos enormes y secretos ojos y alcé la mano. Creo que iba a golpearla. En vez de eso, puse la mano en su pecho y empujé. Ella cayó en una tumbona, ilesa pero aterrorizada.

—¿Qué te crees qu...?

—No volverán a verle —dije, y mi voz rebotó cortante en las paredes antiacústica—. Se ha ido. Se han ido.

—¿Han...? —Su rostro palideció bajo el bronceado.

—Deberían matarte —dije—. Pero creo que será mejor que vivas con ello. No pudiste retener ni a ninguno de ellos, ni a nadie más.

Me marché.

La cabeza me daba vueltas y el brazo entablillado me latía de dolor. Me movía con certeza absoluta; ni una sola vez se me ocurrió preguntarme: «¿Por qué he dicho eso?». Todas las feas piezas del rompecabezas empezaban a tener sentido.

Encontré a Wold en el Zona Recreativa. Estaba en la piscina. Decidí no hablarle, dirigiéndome directamente al atrio de lanzamiento a examinar la hilera de puertas. Allí no había nadie, ni nadie en ellas. Mis ojos debieron fotografiar algo en la tercera nave, porque sentí deseos de volver allí y mirar otra vez.

Contemplé fríamente el suelo enmoquetado. Nada parecía estar mal pero tampoco bien. Me acerqué hasta el panel de control y separé una linterna de emergencia, gradué la luz hasta el grosor de un alfiler y la puse, tumbada, en el suelo. Una luz horizontal puede decirte cosas sobre las que no está al corriente ninguna otra luz.

Enfoqué la linterna hacia la puerta y recorrí lentamente el sendero que surcaba la alfombra. La amorfa y monótona superficie adquirió senderos y cumbres, sombras y penumbras. Una curva cerrada. Dos paralelas, largas, como si alguien hubiera arrastrado algo. Una parte aplastada donde algo pesado había estado depositado bastante tiempo como para combar las fibras durante un rato, allí junto a la litera de la izquierda.

Miré la litera. Estaba immaculada, lo cual no significaba nada; la superficie elástica estaba diseñada para no admitir huellas. Pero había una parte arañada en el borde, como si algo lo hubiese manchado allí y se hubiese frotado con fuerza.

Me acerqué al cubículo de servicio. Todo parecía en orden, menos una de las puertas del armario, que no estaba cerrada del todo. Miré al interior.

Era una alacena de alimentos. La comida seguía allí, con cada contenedor en su sitio dentro de la disposición de los estantes, pero entremedio estaban las microbobinas del proyector de libros.

Fruncí el ceño y miré un poco más. Las bobinas estaban repartidas entre el triturador de basuras, el expendedor de toallas y las piezas de repuesto del purificador de aire.

Había algo en el sitio de las bobinas de libros, y éstas habían sido escondidas por alguien que no podía dejarlas a la vista o llevárselas consigo.

¿Dónde se guardaban las bobinas?

Volví a la sala central y a la litera de la izquierda. Pulsé el botón que debió desplazar la litera hacia afuera y abierto la parte superior para poder acceder al espacio de almacenaje que contenía. La litera no se movió.

Examiné el botón. Estaba cubierto con líquido sellador de secado rápido. El material era resistente pero elástico. Tomé una varilla y un martillo del estante de las herramientas y, colocando la varilla contra el botón, golpeé una sola vez. El líquido sellador se despegó. La cama rodó hacia el exterior y se abrió.

No serviría de nada moverle o tocarle, o, para lo que importaba, decir algo. Judson estaba muerto; su cabeza había dado casi una vuelta completa. Tenía la cara azulada y los ojos muy abiertos. Había sido empujado, aplastado, retorcido para que cupiera en ese pequeño espacio.

Volví a pulsar el botón y la cama rodó hasta su sitio. Lo limpié todo sin ninguna arcada, sin sentir nada que no fuera un enorme entorpecimiento por la rabia. Devolví la varilla y el martillo a su sitio y alisé la moqueta junto a la litera. Luego entré en el cubículo de servicio y esperé.

Esperé. No me quedé allí..., esperé. Sabía que volvería, igual que comprendía repentina y tardíamente lo que había hecho inevitable cada factor de las cinco personas. Me odiaba profundamente por no haberme dado cuenta antes.

Los grandes, los admirables, los aventureros de la moderna civilización eran Destinados. Había una última meta para todo aquel que quería y necesitaba poder personal, mayor aún a la de ser un Destinado. Y eso era interponerse entre un Destinado y su destino.

Flower llevaba meses obstaculizando a Clinton. Cuando se dio cuenta que acabaría perdiéndolo ante las estrellas, salió de caza. Vio a Judson, el accesible e incansable Jud, y oyó mi comentario acerca que pronto saldría Afuera. Judson estuvo condenado a partir desde ese momento.

Wold necesitaba admiración como Flower necesitaba poder. Ser un Destinado y esperar a la pobre Tween era algo que le convenía a la perfección. La certificación de Tween no le dejaba más opción que la de librarse de ella; no podía salir Afuera.

Una vez que yo me encargué de Tween por él, sólo había una persona en todo el proyecto que le impediría salir Afuera, y ésa estaba casada con Jud. Al haberse casado, Jud seguiría estando casado. Wold hizo todo lo que pudo para acabar con el matrimonio. Como Jud seguía aguantando, quería ayudar a Flower y quería demostrarme que había hecho la elección adecuada, a Wold sólo le quedó una alternativa. La evidencia de eso estaba confirmada y encerrada bajo la litera.

Pero Wold no había terminado. No habría terminado mientras el cuerpo de Jud siguiera en Umbral. En su estado emocional, debió ir a alguna parte a beber algo antes de pensar el siguiente paso. No hay ninguna manera de enviar Afuera una nave sin tener que conducirla. Así que... esperé.

Y, desde luego, volvió. Para entonces yo estaba entumecido, y tenía un pie dormido. Cuando vi moverse la puerta, encogí y desencogí frenéticamente los dedos de los pies e intenté aplanar mi enorme corpachón para que no se viera.

Entró jadeando. Juntó los labios y resopló como un caballo, se secó los labios con el antebrazo. Parecía tener dificultades en enfocar la mirada. Me pregunté cuánto licor había escanciado en ese lugar vacío donde la mayoría de los hombres guardan su valor.

Sacó de su bolsa un carrete de cuerda de plástico. Tanteó buscando un extremo, lo encontró y dejó caer el carrete. Con el cuidado excesivo de un borracho dibujó un arco con la cuerda y metió el extremo por él, consiguiendo así un nudo corredizo. Lo ató rápidamente a una columna triangular del panel de control, deslizándola luego por el borde del atlas estelar y bajándola hasta la palanca de control. Dio dos vueltas a su alrededor y la levantó tensa. La cuerda colgaba ahora del interruptor de encendido.

Soltó los cierres de la pared que lo sujetaban y bajó el extintor. Pesaba la mitad de lo que pesaría él. Lo depositó en el suelo frente al panel de control, pasó el extremo libre de la cuerda por el cierre en forma de U de la pared, la ató alrededor del extintor, y, levantándolo con la mano libre y el cuerpo, mantuvo tenso el nudo. Otra vuelta de la cuerda lo aseguró.

El pesado extintor estaba ahora suspendido en pleno aire bajo el panel de control. La cuerda que lo sujetaba iba desde la palanca de despegue hasta la columna triangular, pasando por el borde del atlas.

Wold, jadeando, sacó un cigarrillo y lo encendió. Aspiró con fuerza de él y lo puso junto al atlas, dejando que reposara contra la cuerda de plástico.

Cuando el cigarrillo quemara la cuerda, el termoplástico se derretiría alegremente. La cuerda se rompería, el extintor caería, y bajaría la palanca. Y toda la evidencia iría Afuera, para quedar eternamente oculta, en lo que a Wold concernía, y a 6.000 años de cualquiera.

Wold retrocedió para examinar su trabajo justo en el momento que yo salía del cubículo de servicio. Saqué el brazo roto y lo balanceé con todo mi peso, y eso es mucho peso, contra un lado de su cabeza. El entablillado, pese a no ser pesado, era duro, y debió golpearle como una barra de acero.

Se vino abajo como un ascensor, cayendo de rodillas, y por un segundo pareció a punto de derrumbarse. Su cabeza se balanceó. La sacudió, alzando la vista lentamente, y me vio.

—Puedo usar una de esas pistolas aguja —dije—. O puedo dejarte inconsciente y hacer que Coordinación se encargue de ti. Hay reglas para gentes como tú. Pero prefiero hacerlo a mi manera. Levántate.

—Yo nunca...

—¡Levántate! —bramé, y le di una patada.

Me rodeó la pierna con los brazos y se tiró al suelo. Cuando empecé a caer recogí la pierna y volví a sacudirla. Los dos caímos en lados opuestos de la habitación. La litera interrumpió mi caída; él no tuvo tanta suerte. Se levantó atontado, moviéndose hacia la puerta. Me lancé, estrellándome intencionadamente en él, y oí cómo le crujieron las costillas cuando le hice expulsar el aire de los pulmones.

Me eché un poco hacia atrás a medida que él se hundía. Le pegué con violencia en la cara, y su cara volvió y me pegó otra vez en la mano cuando la cabeza le rebotó en la puerta. Dejé que se cayera, arrodillándome luego junto a él.

Hay cosas que puedes hacerle a un cuerpo humano si sabes bastante fisiología, presiones en este o aquel centro nervioso que paralizan y entumescen e inmovilizan todos los sistemas motores del tronco. Hice esas cosas, y me levanté, por fin, dejándole retorciéndose y sudando su agonía. Me volví hasta el panel de control y miré críticamente el humeante cigarrillo. Menos de un minuto.

—Sé que puedes oírme —susurré con todo el aliento que pude encontrar—. Me... gustaría..., quiero que sepas... que vas a ser un héroe. Tu nombre estará... en los Anales Honoríficos de los... Destinados. Siempre... quisiste eso sin..., sin ningún esfuerzo por tu parte...; ya lo tienes.

Salí. Me detuve y me recosté en la pared junto a la puerta. Se cerraría en pocos segundos. Vadeé las oleadas de gris que querían engullirme, me volví y miré al muelle. Sólo mostraba negrura.

«Jud... Jud..., hijo..., tú también lo querías. Casi consiguieron quitártelo. Ahora estarás bien, hijo...»

Me tambaleé por el atrio y atravesé el Pórtico. Alguien esperaba ahí. Corrió hacia mí, golpeándome el pecho con sus pequeños puños.

—¿Se ha ido? ¿De verdad se ha ido?

La eché a un lado como si fuera una enana, y cerré un ojo para recibir una sola imagen. Era Flower, sin su túnica. Tenía el pelo alborotado y los ojos inyectados en sangre.

—Se han ido —ladré—. Te dije que lo harían. Jud y Wold..., no pude impedirselo.

—¿Juntos? ¿Se han ido juntos?

—Para eso se certificó Wold. —Recorrí con la mirada su esbelto cuerpo—. Tenían algo en común, como todos los que salen juntos Afuera.

La aparté y subí a mi oficina. Las luces se encendían en mi escritorio. Judson y Wold. Nave reemplazada. Estancias limpiadas. Clave manual eliminada y archivada. Me senté y miré sin ver hasta que se encendieron todas y el tablero se apagó.

Pensé: «Este corazón mío no durará mucho como le siga tratando así».

Pensé: «Tengo que seguir convenciéndome que me comporte ecuánime e imparcialmente, sin verme envuelto en nada».

Me sentía mal. Mal.

Pensé: «Éste es un trabajo sin autoridad, sin ningún poder real. Los certifico, los envío, los compruebo. Un trabajo de oficinista. Por eso tengo que ser Dios. Tengo que hacer mi propia justicia, y ejecutarla yo mismo. Wold no era ninguna amenaza para mí o para Umbral, pero a mí me correspondía concederle la perdición y a Flower el purgatorio.»

Estaba asustado y disgustado y me sentía insignificante.

Alguien entró y alcé ciegamente la mirada. Por un momento no distinguí nada a excepción de una figura con un halo plateado y un murmullo silencioso y sin palabras. Obligué a mis ojos a enfocar, y tuve que volverlos a cerrar como si hubiera mirado al sol.

Tenía el pelo suelto bajo una diadema que le rodeaba la frente. La seda blanca caía a su alrededor, acariciando el suelo detrás de ella, cubriendo sus hombros de tonos cálidos, capturando pequeños retazos de luz y entretejiéndolos con la brillante luz que era su pelo. Sus oscuros ojos de sangre de paloma brillaron y sus labios temblaron.

—Tween...

El suave murmullo se convirtió en palabras, en risa que lloraba de felicidad con pequeñas y temblorosas sílabas de éxtasis.

—Me espera. También quería decirte adiós..., pero me pidió que lo hiciera yo por él. Dijo que tú lo preferirías así.

Sólo pude asentir.

Se acercó más a mi escritorio.

—Le amo. Le amo más de lo que imaginé que podría amar alguien. Y, de algún modo, al amarle tanto, también puedo... amarte a ti.

Se inclinó sobre el escritorio y me besó en la boca. Sus labios eran fríos. Y su..., entonces todo se volvió borroso. O tal vez fueran mis ojos. Cuando pude volver a ver, se había ido.

El timbre, y las luces, una tras otra.

Matrimonio registrado...

De repente me relajé y supe que podría vivir con lo que le había hecho a Wold y a Flower. Mi voluntad hizo que Judson saliera Afuera, y que Tween fuera feliz. Me habían contrariado, y me había vengado. Todo eso era vulgar, y muy humano, no era nada divino.

Es lo que pienso cada vez que descubro algo nuevo en la gente. Este día, yo era gente. Sentía los regordetes labios que Tween había besado. «Soy viejo y soy gordo —pensé—, y, por Dios, soy gente.»

Cuando me llaman Caronte, olvidan lo que debe ser que te nieguen dos mundos en vez de sólo uno.

Y olvidan otra cosa, esa parte poco conocida de la leyenda de Caronte. Para los etruscos era algo más que un barquero.

Era un verdugo.

EL ESCALPELO DE OCCAM

¿Quién era el hombre más rico del mundo, cuando escribí esto, en 1971? ¿Y qué se retorció hasta mi máquina de escribir para decirme que esta clase de hombre rico moriría en circunstancias misteriosas e inexplicables?

Estoy desvergonzadamente orgulloso de algunas de las cosas que he hecho, y puedo hacer, con una máquina de escribir. He pasado por un montón de repeticiones, errores y pulidos para aprender a hacerlo.

Pero de vez en cuando pasa algo de lo que en su momento no soy consciente, y que no sale a la luz hasta que releo un pasaje que he escrito. Entonces veo centenares o millares de palabras escritas en una forma ajena a mi persona; escritas, por así decirlo, en una «voz» diferente, y conteniendo, a veces, material y datos a los que no tenía, ni podía tener, acceso en aquel momento, y (bastante más a menudo) reacciones y actitudes emocionales que no he experimentado. Es un fenómeno que escapa a mi control; o sea, no tengo manera de controlarlo o invocarlo. Debo limitarme a esperar que pase, cosa que suele suceder bastante. Cuando sucede, me embarga la humildad; cuando me felicitan por ello, me siento culpable.

Joe Trilling tenía una curiosa forma de ganarse la vida. Era una buena forma de vivir pero, desde luego, no ganaba tanto como habría ganado de vivir en la ciudad. De hecho, vivía en las montañas, a casi un kilómetro de distancia de una pintoresca aldea, rodeado de aire puro y bosques de pinos y abedules además de abundante laurel silvestre, y era su propio jefe. No había mucha competencia en lo que hacía; tenía a la mujer y a los niños con él y más pedidos de los que podía servir. Era uno de esos tipos noctámbulos, y cuando la familia se iba a la cama se ponía a trabajar silenciosa e ininterrumpidamente. Era feliz como una almeja.

Una noche —una mañana muy temprano, en realidad— le interrumpieron. Toc-toc, toc, toc. Golpes en la ventana, dos cortos, dos largos. Se quedó inmóvil, y se volvió, pues conocía esa llamada. No la había oído desde hacía años pero, desde que nació, había sido parte de su vida. Vio la cara que había fuera y llenó los pulmones para lanzar una exclamación que habría despertado a los bomberos de la aldea cercana pero, entonces, vio el dedo en los labios y soltó el aire. El dedo hizo una seña y Joe Trilling se volvió de nuevo, apagó un fuego, leyó un indicador, hizo una anotación, accionó un interruptor y, alegre pero silenciosamente, se precipitó hacia la puerta. Se deslizó fuera, cerró con cuidado y buscó en la oscuridad.

—¿Karl?

—Sshh.

Allí estaba, al borde del bosque. Joe Trilling fue hasta él y, cuchicheando porque Karl se lo había pedido, se golpearon, se maldijeron y se dedicaron los más obscenos insultos. No sería fácil explicarle esto a un ser extraterrestre; no se trata de algo forzosamente humano. Es algo cultural. Significa necesito tocarte, significa te quiero; pero eran hombres y eran hermanos, así que se golpeaban mutuamente brazos y espaldas y se profirieron insultos y juramentos despreciables, hasta que, finalmente, ni siquiera esas palabras bastaron y permanecieron en las sombras, sujetándose por los bíceps, sonriendo y taladrándose mutuamente con la mirada. Luego, Karl Trilling movió a un lado la cabeza indicando la carretera y se alejaron de la casa.

—No quiero que Hazel nos oiga —dijo Karl—. No quiero que ni ella ni nadie sepan que he estado aquí. ¿Cómo está?

—Preciosa. ¿Ni siquiera vas a verla? ¿Ni a los niños?

—Sí, pero no en este viaje. Ahí está el coche. Podremos hablar dentro. Ese bastardo me da miedo de verdad.

—Ah —dijo Joe—. ¿Cómo está el gran hombre?

—Muy mal —dijo Karl—. Pero hablamos de dos bastardos diferentes. El gran hombre sólo es el hombre más rico del mundo, y no me da miedo, y menos ahora. Hablo de Cleveland Wheeler.

—¿Quién es Cleveland Wheeler?

—Es de alquiler —dijo Karl, tras entrar al coche—. De hecho, es el segundo que alquilo. Cuando dejé el avión de la empresa fui a una compañía de alquiler y contraté uno, y luego éste. Estoy razonablemente seguro que no tiene micrófonos. Éste es un modo de responder a tu pregunta de quién es Cleve Wheeler. Otro modo sería decir el hombre en la sombra. El heredero. Genio polifacético. Tiburón asesino.

—El heredero —dijo Joe, reaccionando a la única parte que tenía algún sentido—. ¿El viejo la está palmando?

—Oficialmente, y es un secreto oficial: tiene cuatro de hemoglobina. ¿Te dice algo, doctor?

—Por supuesto, doctor. Anemia perniciosa, si son ciertos los rumores que he oído. El hombre más rico del mundo está muriéndose de hambre.

—Y de vejez, y de terquedad, y de obsesión. ¿Quieres saber algo de Wheeler?

—Cuenta.

—Don Afortunado. Nació con todo. Perfil griego. Músculos a lo Miguel Ángel. Descubierta a temprana edad por un perspicaz director de escuela primaria, fue enviado a una escuela privada; solía ir todas las mañanas directamente a la sala de profesores para comentar lo que había estado leyendo o pensando. Entonces designaban a un profesor para que trabajase con él o saliese con él o lo que fuese. A los doce años estaba en el Instituto, y camino de la universidad. Baloncesto, rugby, buceo de profundidad (máxima calificación para cada uno), y sí, se graduó en tres años, summa cum. Leía todos los libros de texto al principio del curso, no volvía a abrirlos de nuevo. Más que nada, estaba acostumbrado al éxito. Pasó lo mismo en la universidad: cumplió los dieciséis en el primer semestre, se limitó a asimilarlo todo. Muy popular. Por supuesto, se graduó con lo máximo.

Joe Trilling, que se había esforzado durante todo el instituto y la facultad de medicina cual estibador de puerto, gruñó con envidia.

—He conocido uno o dos así. Maravillan a todo el mundo, nadie se da cuenta de lo fácil que les resulta.

Karl negó con la cabeza.

—No fue exactamente así en el caso de Wheeler. Si algo le resultó fácil, se debió a la naturaleza de su equipo. Era como un coche de cuatrocientos caballos circulando en un tráfico para sesenta caballos. Cuando necesitaba sus músculos, los usaba, quiero decir que los ponía de verdad en acción. Un tipo de lo más voluntarioso. Bueno, pues tuvo trabajos entre los que optar, qué diablos, tuvo carreras entre las que optar. Entró en una compañía de arquitectura que pudo utilizar sus matemáticas, talento administrativo, presencia, conocimiento de los materiales y del arte. Ascendió rápidamente hasta la cima, le hicieron socio. Mientras tanto concluyó el doctorado. Hizo una boda extremadamente buena.

—Don Afortunado.

—Sí, Don Afortunado. Mira. Wheeler se convirtió en socio de la compañía, cumplía con su trabajo y dominaba el tema, o todo lo que podía aprender o comprender de él. Pero el aprender y comprender no bastaban para hacer frente a ciertas cosas como la avaricia o la estupidez inesperada, a los accidentes o la pura mala suerte. Dos de los otros socios participaron en un negocio con el que no voy a cansarte ahora, una urbanización de apartamentos de lujo edificada en el lugar erróneo para inquilinos erróneos y en terrenos adquiridos de forma errónea. Wheeler lo vio venir, les convocó y habló con ellos. Ellos dijeron «sí-sí», y siguieron adelante a pesar de todo e hicieron lo que quisieron; algo que a Wheeler no se le ocurrió ni remotamente. La única cosa que una gran capacidad, una moral recta y una buena educación no te proporcionan es el fin de la inocencia. Y Cleve Wheeler era un inocente.

»Bueno, pues el desastre vaticinado por Cleve sucedió, pero peor de lo previsto. Cuando salen a la superficie cosas así, lo hacen poniendo al descubierto otras muchas corrupciones encubiertas. La firma se hundió. Cleve Wheeler no había fracasado nunca en su vida. Era la única cosa en la que carecía de práctica para encarar. Cualquier persona con la más rudimentaria de las inteligencias se habría dado cuenta que era el momento de largarse, de abandonar, incluso. De reducir las pérdidas. Pero no creo que ni se le pasara por la cabeza.

Karl Trilling se echó a reír de repente.

—En una de las novelas de Philp Wylie hay una descripción escalofriante de un incendio forestal y de cómo huyen despavoridos los animales; zorros y conejos corriendo hombro a hombro, búhos volando de día para adelantarse a las llamas. Y hay un escarabajo arrastrándose torpemente por el suelo. El escarabajo llega a una zona quemada, al borde de esas ocho hectáreas de infierno. Se detiene, mueve las antenas, gira hacia un lado y empieza a caminar alrededor del fuego. —Volvió a reírse—. Eso es lo que tenía de especial Cleve Wheeler bajo esos músculos, cerebro y brillantez, ¿sabes? Si

fuera un escarabajo y tuviese que hacerlo, no daría media vuelta ni se rendiría. Si lo único que pudiese hacer fuese rodearlo, empezaría a caminar.

—¿Y qué pasó? —preguntó Joe.

—Que aguantó. Utilizó todo lo que tenía. Utilizó su cabeza, su personalidad, su reputación y todos sus bienes mundanos. También pidió prestado e hizo promesas, y trabajó. ¡Oh, cómo trabajó! Bueno, así pues, mantuvo la empresa. La limpió por completo de la corrupción y lo rehizo todo desde dentro, esta vez de forma sólida y limpia. Pero le costó.

»Le costó tiempo, todas las horas del día exceptuando las cuatro o algo así que empleaba en dormir. Y justo cuando lo había allanado todo e iba a ponerlo en marcha, le costó su mujer.

—Dijiste que había hecho una excelente boda.

—La boda que hace uno cuando es un joven que está en la cima del mundo y va subiendo cada vez más alto. Supongo que era una chica bastante agradable, pero estaba tan acostumbrada al fracaso como él. Pero él podía rodearlo. Podía alquilar una habitación y viajar en autobús. Ella no sabía cómo hacerlo y, por supuesto, siempre hay algún que otro pretendiente rechazado entre bastidores.

—¿Cómo se lo tomó?

—Mal. Se había casado de la misma manera que jugaba al fútbol o se examinaba, con todo su ser. Le afectó. Supongo que todas estas cosas le habían afectado, pero esto fue la gota que colmó el vaso.

»No dejó que eso le detuviera. No dejó que nada le detuviera. Siguió adelante hasta pagar todas las facturas, hasta el último centavo. Intereses incluidos. Continuó hasta que la empresa volvió a valer lo que valía antes que sus ex socios empezaran a comerse los beneficios. Y entonces la regaló. ¡La regaló! Vendió por nada todos los derechos y títulos que tenía a su nombre.

—Al final se rindió, ¿eh?

Karl Trilling miró despectivamente a su hermano.

—Rendirse. Es cuestión de matices, ¿no? La meta de Cleve Wheeler era cero, ¿entiendes? ¿Qué es el éxito? ¿No es decidir lo que se va a hacer y, entonces, seguir en ello hasta el final?

—En ese caso —dijo su hermano con calma—, el suicidio es un éxito.

Karl le dedicó una mirada larga y penetrante.

—Exacto —dijo, y pensó un momento en ello.

—De todas formas, ¿por qué cero? —preguntó Joe.

—Investigué mucho sobre Cleve Wheeler, pero no pude meterme dentro de su cabeza. No lo sé. Aunque puedo suponerlo. Tenía la intención de no deberle nada a nadie. No sé lo que sentía por la compañía que salvó, pero puedo imaginármelo. El hombre en que se convirtió, en que se estaba convirtiendo, no quería deber una maldita cosa. Yo diría que sólo quería largarse, pero bajo sus propios términos, entre los que se incluía no dejar atrás nada que pudiese influir en él.

—De acuerdo —dijo Joe.

Karl Trilling pensó: «Lo bueno del viejo Joe es que sabe esperar. Todos estos años sin vernos, con apenas otra comunicación que no fuese una postal en cada cumpleaños (y a veces ni eso) y aquí está, como si nos viéramos todos los días. Yo no estaría aquí si no fuese importante; no le estaría contando todo esto a no ser que él necesitase saberlo; no necesitaría todo esto a menos que fuese a ayudarme. Todo esto sin decirlo. No tengo que pedirle ni una condenada cosa. ¿Qué estoy interrumpiendo en su vida? ¿Qué voy a interrumpir? No tengo que preocuparme de nada de eso. Ya se ocupará él.»

—Me alegro de haber venido, Joe.

—Eso está bien —dijo Joe, que significaba todas las cosas en las que Karl había estado pensando.

Karl sonrió, le dio un golpe en el hombro y continuó hablando.

—Wheeler desapareció del mapa. No resulta fácil seguirle la pista durante esa época. Aparecía de repente en cualquier sitio. Durante ese tiempo vivió al menos en tres barrios, quizá en más, pero los tres estaban hechos un asco cuando llegó él y eran modelos cuando se marchó. Estableció negocios; todos ellos de una manera distinta a como se había hecho anteriormente, como un supermercado sin anaqueles, ni música enlatada, ni juegos o cupones, sólo con ordenadas pilas de cajas abiertas de las que el cliente tomaba todo lo que quería. Con un rotulador que colgaba de una cuerda, el mismo cliente lo marcaba como indicaba una tarjeta pegada a la caja. Huevos, carne, pescado congelado y cosas así, y todos los productos estaban tasados a un dos por ciento exacto sobre los precios al por mayor. La gente era honrada porque nunca podía estar segura que en el mostrador de verificación de la salida no se supiesen los precios de todo; además, engañar en los precios listados hubiera resultado sencillamente embarazoso. Como sólo necesitaba un gran almacén para la mercancía y carecía de empleados que gastasen miles de horas de tiempo marcando uno a uno todos los artículos, los precios mejoraban los de cualquier otra casa de descuento habida o por haber. También vendió esto y se trasladó. Creó una línea de comida infantil sin preservantes, la puso en franquicia y volvió a trasladarse. Descubrió un envase de plástico que ardería sin contaminar, lo patentó y vendió la patente.

—Oí hablar de eso, pero aún no lo he visto por ninguna parte.

—Quizá lo veas —dijo Karl con cautela—, quizá lo veas. De todas formas, tenía un gestor en Pasadena que se encargaba de los detalles, y él, simplemente, se limitaba a dedicarse por completo a su trabajo. Nunca oí que fracasara en nada de lo que emprendiese.

—Parece una nueva edición del gran hombre en persona, tu honorable jefe.

—No eres el único que se ha dado cuenta de eso. El jefe puede no ser muy brillante en muchos aspectos, pero nadie le criticó nunca su habilidad para los negocios. Siempre ha tenido los tentáculos a la búsqueda de esa clase de personal especial que anda perdido por ahí. Probablemente le tenía echado el ojo a Cleveland Wheeler desde hacía años. No me extrañaría que le hubiera hecho alguna oferta de cuando en cuando, pero durante la época en que Wheeler no estaba dispuesto a trabajar para algo tan grande. Siempre había llevado las cosas a su manera, y eso es algo que no haces con un imperio ya institucionalizado.

—Herederero evidente —dijo Joe, recordándole algo que dijo antes.

—Exactamente —asintió Karl—. Sabía que captarías la idea antes que terminase.

—Pero termina —dijo Joe.

—Está bien. Lo que voy a contarte ahora, sólo quiero que lo sepas, no espero que entiendas lo que significa ni lo que le ha hecho a Cleve Wheeler. Necesito que me ayudes, y no podrás ayudarme a menos que conozcas toda la historia.

—Dispara.

Karl Trilling disparó:

—Wheeler conoció una chica. Se llamaba Clara Prieta y su familia procedía de Sonora. Era lista como el diablo..., creo que a su manera tanto como Cleve, aunque con la décima parte de su formación..., e igual de bonita, y quería a Cleve, y no a lo que él podía proporcionarle. Estuvo a su lado cuando él no tenía nada, cuando él nada quería. El uno para el otro eran la alegría de cada día, la de cada hora. Debió ser por la época en que montaba estos negocios y demás, cuando volvía a hacer algo. Compró una casa y un coche. Compró dos coches, uno para ella. No creo que ella lo quisiese, pero a él no le bastaba; siempre buscaba algo con que agradarle. Una noche, salieron de casa de algún amigo; ella acababa de estar de compras, él, en lo que fuera en que trabajase entonces, así que los dos tenían coche. Él la siguió en el camino de vuelta a casa, y pudo contemplar cómo perdía el control y volcaba. Murió en sus brazos.

—¡Jesús!

—Don Afortunado. Escucha ahora: una semana más tarde, al doblar una esquina en el centro de la ciudad, se dio de bruces con el atraco a un banco. Una bala perdida le alcanzó y le arañó la nuca. Estuvo siete meses inmovilizado y pensando en cosas. Cuando salió, le dijeron que su administrador se había quedado con todo y largado al sur con su secretaria.

—¿Qué es lo que hizo?

—Se puso a trabajar y pagó la cuenta del hospital.

Permanecieron sentados largo tiempo en la oscuridad del coche, hasta que Joe dijo:

—¿Estuvo paralizado, en el hospital?

—Durante más de cinco meses.

—Me pregunto en qué pensaba.

—Puedo imaginar en qué pensó —dijo Karl Trilling—. Lo que no puedo imaginar es qué decidió. Qué conclusión sacó. Qué decidió ser. Maldita sea, no hay palabras adecuadas. Todos hacemos lo que podemos con lo que tenemos, o lo intentamos. O deberíamos intentarlo. Él lo hizo, y con la mejor materia prima posible. Jugó siguiendo las normas; trabajo duro; fue honrado, legal y justo; fue capaz; fue brillante. Salió del hospital con esas dos cualidades intactas. Sólo Dios sabe lo que le pasó al resto.

—Así que fue a trabajar para el viejo.

—Sí, y, no sé por qué, pero eso me da miedo. Es como si todas sus cualidades no bastasen para que los dos congeniaran hasta que no le pasaron todas esas cosas, hasta que no le convirtieron en lo que es.

—Y, ¿qué es lo que es?

—No hay respuesta corta a eso, Joe. El viejo se ha convertido en un mito moderno. Nadie le ve nunca. Nadie puede predecir lo que va a hacer o por qué. Cleve Wheeler entró en su sombra y desapareció casi tan completamente como el jefe. Puedes afirmar muy pocas cosas con certeza. El jefe siempre ha sido un recluso, y, en los diez años que lleva con él, Cleve Wheeler ha acabado convirtiéndose en otro más o menos igual. Los negocios siguen igual con él, claro, lo que implica una inusualidad constante, largos períodos de silencio, seguidos de esos otros espectaculares e inesperados de viajes y negocios. Supón que el viejo planea esos negocios y que algún genio todopoderoso de su plana mayor se encarga de hacerlos realidad. Claro que también puede ser que dicho genio fuera el instigador de las negociaciones. ¿Quién puede saberlo? Sólo la gente que está más próxima a él: Wheeler, Epstein, yo. Y yo no lo sé.

—Pero Epstein ha muerto.

Karl Trilling asintió en la oscuridad.

—Epstein murió. Lo que nos deja sólo a Wheeler para velar la tienda. Yo soy el médico personal del viejo, no el de Wheeler, y no hay garantías para que vaya a serlo de Wheeler.

Joe Trilling volvió a cruzar las piernas y se arrellanó en el asiento, mirando la susurrante oscuridad.

—Esto empieza a tomar forma —murmuró—. El viejo está casi fuera, tú muy bien podrías estarlo y no queda nadie para ocupar su puesto a excepción de este Wheeler.

—Sí, y no sé ni lo que él es ni lo que va a hacer. Sé que tendrá más poder que cualquier otro ser humano del planeta, tendrá tanto que estará muy por encima de cualquier clase de ambición que podamos imaginarnos; ni tú ni yo podemos pensar en esos términos de magnitud. Y ya ves, es un hombre que, podemos decir, ha comprobado en sí mismo que ser bueno, inteligente, firme y honrado no da exactamente buen resultado. ¿Hacia dónde se encaminará con eso encima? Y, si partimos de la hipótesis que últimamente ha tomado más y más decisiones, y extrapolando a partir de aquí; ¿hacia dónde se dirige? De lo único que podemos estar seguros es que tendrá éxito en todo lo que emprenda. Es un hábito en él.

—¿Qué es lo que quiere? ¿No es eso lo que intentas adivinar? ¿Qué puede querer un hombre así, si sabe que puede conseguirlo?

—Sabía que había venido al lugar apropiado —dijo Karl casi con alegría—. Eso es exactamente. En cuanto a mí, tengo todo cuanto necesito y hay muchos sitios a los que podría ir. Me gustaría que Epstein aún estuviese aquí, pero está muerto y cremado.

—¿Cremado?

—Así es. No podías saberlo. Instrucciones del viejo. Me encargué yo mismo. Estoy seguro que habrás oído de piscinas privadas con agua fría y caliente, pero seguro que nunca has oído nada de alguien con un horno crematorio privado en el segundo sótano.

Joe alzó las manos.

—Supongo que puedes tener todo lo que quieras si te metes la mano en el bolsillo y sacas dos mil millones de dólares de verdad. Por cierto, ¿es legal?

—Tú lo has dicho; si tienes dos mil millones de dólares. De hecho, el forense del condado estuvo presente y firmó los papeles. Y también estará cuando el viejo se marche. Todo está indicado en sus instrucciones finales. Eh, un momento, no quiero que pienses mal del forense. No estaba comprado. Hizo un examen muy competente de Epstein.

—Muy bien. Ya sabemos qué esperar cuando llegue el momento. Es el después lo que te preocupa.

—Exacto. ¿Qué es lo que ha hecho el viejo, y me refiero al actual conglomerado viejo, durante todo este tiempo? ¿Qué es lo que ha hecho durante los últimos diez años, desde que entró Wheeler, y en qué se diferencia de lo que hizo antes? Y, ¿cuánta de esta diferencia, si es que hay alguna, se debe a Wheeler y no al jefe? Tenemos que seguir con eso, Joe, y, a partir de ahí, extrapolar lo que va a hacer Wheeler con el mayor poder económico privado que ha conocido el mundo.

—Hablemos de ello —dijo Joe, empezando a sonreír.

Karl Trilling conocía los síntomas, así que también empezó a sonreír un poco.

Y hablaron de ello.

II

El horno crematorio del segundo sótano era puramente funcional, como si toda concesión al sentimiento y a la ceremonia se hubiese hecho en alguna otra parte, o hubiese sido suprimida. Esto último describe con más exactitud lo que sucedió cuando, finalmente, murió el viejo. Todo se llevó a cabo cumpliendo con meticulosidad sus instrucciones, inmediatamente después que se certificara la muerte y antes de hacerse pública notificación alguna, sin dilación y teniendo en cuenta el momento en que se abrió la cuadrada boca del horno con un sonoro ruido metálico, una bocanada de calor y una llamarada de luz, de ese color que los herreros de antaño llamaban color paja. El sencillo ataúd se deslizó rápidamente al interior, pequeñas llamaradas nacieron por sus esquinas, y la puerta se cerró de golpe. Llevó un momento para que los ojos se acostumbraran a la habitación desnuda, a los grasientos carriles vacíos, a la puerta cerrada. El mismo momento que los acondicionadores tardaron en barrer por completo el repentino olor a pino tierno chamuscado.

El forense se inclinó sobre la mesita y firmó por duplicado. Karl Trilling y Cleveland Wheeler hicieron lo mismo. El forense arrancó las copias, las dobló y las guardó en el bolsillo de la chaqueta. Miró la puerta metálica cerrada, abrió la boca, la volvió a cerrar y se encogió de hombros. Extendió la mano.

—Buenas noches, doctor.

—Buenas noches, doctor. Rugosi está fuera. Él le indicará la salida.

El forense estrechó en silencio la mano de Cleveland Wheeler y se marchó.

—Sé cómo se siente —dijo Karl—. Debimos haber dicho algo. Algo memorable, es el fin de una era. Algo tipo «un pequeño paso para el hombre...»

Cleveland Wheeler mostró su resplandeciente sonrisa de héroe de la universidad; quince años más tarde era un poco menos amplia, un poco menos franca, mucho menos en los ojos. Habló con su voz de mando, la que usaba para todo.

—Si piensa que está citando las primeras palabras de un astronauta en la Luna, se equivoca. Lo primero que dijo desde la escalerilla, cuando tanteaba con la bota en el suelo fue: «Es una sustancia blanda, puedo revolverla con el pie». Eso siempre me ha gustado mucho más. Era real, no estaba ensayado o memorizado o pensado y tenía que ver con ese momento y con el siguiente. El forense le dio las buenas noches y usted le contestó que el chofer esperaba fuera. Prefiero eso a cualquier otra cosa que hubiera podido decir. Creo que a él también le hubiera gustado —añadió Wheeler con un despectivo gesto del mentón hacia la puerta caliente y negra.

—Pero él no era estrictamente humano.

—Eso dicen.

Wheeler sonrió y Karl, pese a haber apartado el rostro, se sintió incómodo. La habitación pasó a un segundo plano: lo próximo que Wheeler iba a hacer, y lo siguiente y lo de después, haciéndose más y más real que el aquí y el ahora.

Karl le puso un final rápido a esto.

—Quise decir exactamente lo que dije, Wheeler —dijo sin inflexiones.

No debieron ser las palabras, que por sí solas sólo habrían conseguido otra media sonrisa y un olvido. Fue el tono, y, quizá, el «Wheeler». Hay un ritual en estas cosas. Era Cleve para los pocos de su mismo nivel y para los del nivel inmediatamente inferior. Por debajo de ahí era señor en la cara y Wheeler a sus espaldas. Ninguno de sus iguales le llamaría señor a menos que fuera preludiando un insulto, ninguno de sus iguales o inmediatos subordinados le llamaría Wheeler en ningún caso, jamás. Fuere cual fuese la causa, hizo que Wheeler retirase la mano del pomo de la puerta y se volviera. Su rostro estaba alerta e interesado.

—Será mejor que me diga lo que quiere decir, doctor.

—Haré algo mejor que eso. Venga.

Sin gesto, indicación o explicación alguna, se dirigió hacia el fondo, a la izquierda de la habitación, dejando a Wheeler la decisión de seguirle o no. Wheeler le siguió.

Karl se volvió hacia él, ya en el rincón.

—Si alguna vez dice algo de esto a alguien, incluyéndome a mí, cuando salgamos de aquí, me limitaré a negarlo. Si alguna vez vuelve a entrar aquí, no encontrará nada que confirme su historia.

Extrajo del cinturón una complicada hoja de acero inoxidable y la deslizó entre los bloques de pared. Los bloques del rincón empezaron a moverse en sentido ascendente, silenciosa, pesadamente. Viéndolos a la débil luz del estrecho pasillo que dejaron al descubierto, cualquiera podía darse cuenta que eran bloques de piedra auténticos, y que sería un proyecto a largo plazo el atravesarlos sin esa llave y el dato exacto de dónde introducirla.

Karl volvió a moverse sin mirar a su alrededor, dejando que fuera Wheeler quien decidiera si seguir o no. Wheeler siguió. Karl oyó sus pasos detrás de sí y notó con placer, y algo así como admiración, que, cuando los pesados bloques descendieron asentándose sólidamente a su espalda, quizá Wheeler mirara por encima de su hombro, pero no se detuvo.

—Habría observado que estamos recorriendo la longitud del horno —dijo Karl, como si fuera un guía turístico de autocar—. Y, ahora, estamos detrás de él.

Se hizo a un lado para que Wheeler pasase y viera la pequeña habitación.

Era de la amplitud justa para que cupieran los rieles que sobresalían de la parte trasera del horno, así como un pequeño espacio para permanecer en pie a cada lado. Al fondo, había una mesa pequeña con un maletín negro encima de ella. Sobre los rieles estaba el

ataúd, con las esquinas carbonizadas y la tapa y los laterales húmedos y ligeramente humeantes.

—Lamento haber cerrado de ese modo la puerta de piedra —dijo Karl, prosaico—. No creo que vaya a bajar nadie, pero no quiero tener que explicarle esto a otra persona que no sea usted.

Wheeler miraba fijamente el ataúd. Parecía tranquilo, pero no era más que apariencia. Karl se daba cuenta de cuánto le costaba mantenerse así.

—Me gustaría que me lo explicara —dijo Wheeler.

Y se echó a reír. Era la primera vez que Karl veía a este hombre hacer algo mal.

—Lo haré. Lo estoy haciendo.

Abrió la maleta con un clic y la dejó reposar sobre la mesa. Dentro había un centelleo de cromo y acero y frascos diminutos en pequeños estuches. La primera herramienta que sacó fue un destornillador.

—Para la cremación no hace falta usar tornillos —dijo animadamente, y situó la punta bajo una esquina de la tapa. Golpeó el mango con la palma de la mano y la tapa saltó sin resistencia—. Ponga esto contra la pared, ¿quiere?

Cleveland Wheeler hizo lo que se le dijo en silencio. Le dio algo que hacer con los músculos, la posibilidad de volver la cabeza por un instante, la posibilidad de pensar, y, le dio a Karl la oportunidad de echar un vistazo rápido a su rostro tranquilo.

«Es digno de encomio —pensó Karl—. Admirable de verdad.»

Wheeler levantó la tapa limpia y cuidadosamente y se quedaron mirando el interior del ataúd, uno a cada lado.

—E..., está mucho más viejo —dijo Wheeler por fin.

—¿No le ha visto recientemente?

—Alguna que otra vez —dijo el ejecutivo—. El mes pasado he estado más tiempo junto a él que en los últimos ocho o nueve años. Pero seguía siendo cuestión de minutos cada vez.

Karl asintió comprensivamente con la cabeza.

—Eso me han dicho, llamadas telefónicas a cualquier hora del día o de la noche y, luego, esos largos silencios de dos o tres días, sin llamadas, sin que nadie...

—¿Me va a contar lo de la caldera falsa?

—¿Caldera? ¿Horno? No es nada falsa. Cuando hayamos acabado con esto, cumplirá a la perfección con su cometido.

—¿A qué viene entonces todo este teatro?

—Para el forense. Esos papeles que firmó están ahora en una especie de limbo. Cuando volvamos a meter esto dentro y encendamos el fuego, se volverán tan legales como él cree que lo son.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque hay algunas cosas que usted debe saber.

Karl metió el brazo en el ataúd y separó las retorcidas manos. Se desunieron renuentes, y las colocó a ambos lados del cuerpo. Desabotonó la chaqueta, la echó hacia atrás, hizo lo mismo con la camisa y bajó la cremallera de los pantalones. Una vez hecho esto, alzó la vista y encontró la penetrante mirada de Wheeler, fija no en el cadáver sino en él.

—Tengo la sensación —dijo Cleveland Wheeler— que nunca le he visto a usted antes.

«Pero lo haces ahora», respondió en silencio Karl Trilling. Y «gracias, Joey, tenías toda la razón». Joe supo la respuesta a ese preocupante problema: «¿Cómo deberé comportarme yo?».

«Habla exactamente igual a como lo hace él —respondió Joe—. Sé todo el tiempo como es él...»

Sé lo que es él. Un hombre sin ilusiones (no dan resultado) y sin esperanza (¿quién la necesita?), que tiene el inalterable hábito del éxito. Alguien que puede decir que hace un

bonito día de tal manera que todo el mundo a su alrededor le prestará atención y exclamará a continuación: «¡Sí, señor!».

—Ha estado usted muy ocupado —respondió Karl con brusquedad.

Se quitó la chaqueta, la dobló y la puso sobre la mesa junto al equipo de herramientas. Se calzó unos guantes de cirujano y alargó la esterilizada mano hacia un escalpelo.

—Hay gente que chilla y se desmaya la primera vez que presencia una disección.

Wheeler sonrió débilmente.

—Yo no chillo ni me desmayo.

Pero a Karl Trilling no se le escapó que sólo entonces, en el último momento posible, fue cuando Wheeler miró de verdad el cuerpo del viejo. Cuando lo hizo, ni chilló ni se desmayó; sólo profirió un gruñido de asombro.

—Supuse que se sorprendería —dijo Karl con calma—. Por si se lo está preguntando, le diré que era un macho. La especie parece ser ovípara. También es mamífera, pero tiene que ser ovípara. La verdad es que me gustaría echarle un vistazo a una hembra. Eso no es una vagina. Es una cloaca.

—Hasta este momento —dijo Wheeler con voz en trance—, creía que su observación de «no humano» era en sentido figurado.

—No. Eso no es verdad —respondió Karl bruscamente.

Dejó las palabras pendiendo en el aire, como quedan cuando un orador tiene talento para aislarlas con cuñas de silencio, e hizo un hábil corte en el cadáver, que se extendió desde el esternón a la sínfisis púbica. Éste siempre es el momento más difícil para el espectador primerizo, resulta duro no comprender visceralmente que el cuerpo muerto nada siente y no puede protestar. Atento a Wheeler, Karl esperaba un grito sofocado o un estremecimiento, pero éste se limitó a contener la respiración.

—Supongo que nos podríamos pasar horas, semanas, entrando en detalles —dijo Karl, mientras hacía una diestra incisión transversal en el área ensiforme, casi rodeando los trapecios de cada lado—, pero esto es lo que quería que viese.

Tomó la carne por la juntura de la cruz que había cortado, por el lado izquierdo, y dio un tirón hacia arriba y hacia la izquierda. Las capas cutáneas se desprendieron con facilidad, junto a la grasa que había bajo ellas. No eran rosáceas, sino de un timbre blancuzco color espliego. Las fibras estriadas de los músculos de las costillas quedaban ahora a la vista.

—Si usted hubiera palpado el tórax del viejo —dijo, mostrándolo del lado derecho— habría tocado lo que parecían ser costillas humanas normales. Pero, mire esto.

Separó las fibras musculares del hueso, con hábiles cortes, en un área intercostal de unos diez centímetros cuadrados, y raspó. Apareció una costilla y, cuando ensanchó el área y raspó entre ésta y la siguiente, se vio claro que estaban unidas por una tenue capa flexible de hueso o quitina.

—Es como ballena, como una barba de ballena —dijo Karl—. ¿Ve esto?

Seccionó completamente un trozo, lo dobló.

—Dios mío.

III

—Fíjese ahora en esto.

Karl tomó unas tijeras quirúrgicas del equipo, las cerró con un chasquido a lo largo del esternón, llevándolas hasta la clavícula y, luego, de una parte a otra, bordeando la parte inferior de las costillas. Introdujo los dedos por debajo y tiró hacia arriba. La caja torácica al completo se abrió con un crujido opaco, como si fuera una puerta, descubriendo el pulmón.

El pulmón no era rojizo, ni del color hepato-pardusco-negro de un fumador, sino amarillo, el amarillo límpido y vivo del azufre puro.

—Su metabolismo —dijo Karl enderezándose, al fin, y liberando la tensión de la espalda— es fantástico. O lo era. Vivía del oxígeno, como nosotros, pero lo descomponía principalmente en monóxido de carbono, bióxido de azufre y trióxido y bióxido de carbono. No digo que podía, quiero decir que tenía que hacerlo. Cuando se veía obligado a respirar lo que llamamos aire puro, podía tomar sólo cierta cantidad y, entonces, ir a procurarse unas cuantas inhalaciones de su propia atmósfera. Cuando era más joven podía pasar horas respirando oxígeno, pero a medida que pasaban los años tuvo que pasar más y más tiempo en el tipo de smog que podía respirar. Esas largas desapariciones tuyas, y la reclusión, no eran tan excéntricas como cree la gente.

Wheeler hizo un ademán hacia el cadáver.

—Pero... ¿Qué es? ¿De dónde...?

—No puedo responder a eso. Ahora sabe tanto como yo, a excepción de una buena cantidad de pormenores médicos y bioquímicos. Vino de alguna parte, de alguna forma. Vino, vio, empezó a moverse. Fíjese en esto.

Abrió el otro lado del tórax y, luego, levantó y separó el esternón. Se lo mostró. El tejido del pulmón no estaba dividido en las dos conocidas partes, sino que se continuaba a partir de la línea central.

—Un solo pulmón, a todo lo largo, pese a esos dos lóbulos. Los riñones y las glándulas sexuales muestran la misma fusión de derecha a izquierda.

—Aceptaré su palabra —dijo Wheeler con cierta aspereza—. ¿Qué es, maldita sea?

—Un bípedo sin plumas, como describió Platón una vez al Homo sapiens. No sé lo que es. Sólo sé que es, y pensé que usted debería saberlo. Eso es todo.

—Pero usted ya ha visto antes a uno. Eso es obvio.

—Claro, Epstein.

—¿Epstein?

—Así es. El viejo debía tener un intermediario, alguien que pudiese pasar muchas horas con él y muchas horas fuera, sin despertar sospechas. El viejo podía hacer muchas cosas por teléfono, pero no todo. Epstein era, digamos, un brazo derecho que podía mantener la respiración durante un poco más de tiempo. A la larga eso se volvió contra él, y murió.

—¿Por qué no dijo nada antes de esto?

—Lo primero que hay que tener en cuenta es que estimo mi propio pellejo. Podía decir reputación, pero pellejo es la palabra. Firmé un contrato como su médico particular porque él necesitaba un médico particular, era algo más de escaparate. Pero ejercí muy poco la medicina, a no ser por teléfono, y el noventa por ciento de las veces fue sólo..., lo comprendí muy recientemente..., por diversión. Supongo que hasta un médico puede ser un alma cándida. Me llamaban o uno u otro y me describían una serie de síntomas y yo, prudentemente, sugería y recetaba. Luego recibía otra llamada diciendo que el paciente mejoraba y ahí concluía todo. Hasta llegué a recibir muestras..., sangre, orina, heces..., y las analizaba y nunca me di cuenta que tenían el mismo origen, como lo que el forense comprobó y firmó.

—¿Qué quiere decir con lo del mismo origen?

Karl se encogió de hombros.

—Podía conseguir todo lo que quería... Todo.

—Entonces, ¿lo que el forense examinó no era...? —y señaló el ataúd con la mano.

—Por supuesto que no. Por eso tiene una puerta trasera el crematorio. Hay un truco de magia que se puede comprar por unos cuantos centavos y que funciona de la misma manera. Este cuerpo estaba dentro del horno. El duplicado, un doble salido de Dios sabe dónde, le juro que yo no lo sé, estaba tumbado allí fuera esperando al forense. La combustión empezó al apretar el botón y el otro ataúd se deslizó dentro empujando a éste afuera al tiempo que lo empapaba de agua según iba saliendo. Mientras estamos aquí hablando, el cuerpo humano está convirtiéndose en cenizas. Mis instrucciones privadas

secretas, tanto para Epstein como para el jefe, eran esperar hasta estar seguros de encontrarme a solas y, entonces, entrar aquí una hora después y apretar el segundo botón, que llevaría a éste de vuelta al fuego. No tenía que hacer indagaciones, ni preguntas, ni pedir ninguna clase de información. Todo era muy lógico pero nada razonable, como tantas de sus órdenes. —Rompió inesperadamente a reír—. ¿Sabe usted por qué ni el viejo ni Epstein, por cierto, por si nunca se dio cuenta, no le estrechaban la mano a nadie?

—Supongo que obsesión por los microbios.

—Porque su temperatura corporal era superior a los cuarenta grados centígrados.

Wheeler se tocó una de las manos y no dijo nada.

Cuando Karl sintió que el silencio se hacía lo bastante denso, preguntó con viveza:

—Bueno, jefe, ¿qué hacemos ahora?

Cleveland Wheeler alzó la mirada lentamente del cadáver hacia Karl, como si apartar su mente de él le costara un esfuerzo.

—¿Cómo me ha llamado?

—Es una forma de hablar —dijo Karl, y sonrió—. Trabajo para la compañía, y ésta es usted. Estoy cumpliendo órdenes que estarán definitiva y totalmente cumplidas cuando apriete ese botón; no tengo otras. Así que, la verdad depende de usted.

La mirada de Wheeler volvió a posarse en el cadáver.

—¿Quiere decir... con él? ¿Es eso? ¿Qué debíamos hacer?

—Sí, eso. Sí, quemarlo del todo y olvidarlo, o convocar al consejo de administración y a una selección de científicos. O llamar a los periódicos y alarmar a todo bicho viviente. Eso es algo que hay que decidir, pero yo pensaba en un abanico más amplio de posibilidades.

—Como...

Karl hizo un ademán con la cabeza, señalando el ataúd.

—¿Qué era lo que estaba haciendo aquí? ¿Qué ha hecho? ¿Qué planeaba hacer?

—Será mejor que continúe —dijo Wheeler, y, por primera vez, dijo algo que, en cierto modo, sugería inseguridad en sí mismo—. Usted ha tenido tiempo para pensar en todo esto. Yo... —y extendió las manos, casi con impotencia.

—Puedo entender eso —dijo Karl con suavidad—. Hasta ahora, he ido contándolo todo como un conferenciante contratado y lo sé. No voy a turbarle con alusiones personales salvo para decir que ha absorbido usted todo esto con menos temblor de piernas que ningún otro en quien pudiera pensar.

—Ya temblaré cuando tenga tiempo. Ahora estoy buscando una manera de asimilar esto.

—De acuerdo. Bueno, hay una sencilla técnica que se aprende estudiando álgebra elemental. Tiene que ver con la construcción de gráficos. Se sitúa un punto dentro del gráfico y donde lo indiquen los datos conocidos. Se consigue más información, se sitúa otro punto y, luego, un tercero. Teniendo esos tres puntos..., cuantos más, mejor, claro, pero con tres basta..., se les puede unir y establecer una curva. Esta curva tiene determinadas características y es lícito prolongarla un poco más basándose en la suposición que se producirán datos ulteriores.

—Extrapolación.

—Extrapolación. Eje X, el destino de nuestro difunto jefe. Eje Y, el tiempo. La curva es su destino, o sea, su influencia.

—Un gráfico bastante amplio.

—A lo largo de treinta años.

—Sigue siendo muy amplio.

—De acuerdo —dijo Karl—. Ahora bien, a lo largo de estos mismos treinta años, hay otra curva; la transformación del medio ambiente. —Alzó una mano—. No voy a leerle un tratado ecológico. Seamos más objetivos. Digamos, sencillamente, alteraciones. Bien. Un mensurable aumento de la temperatura media por causa del anhídrido carbónico y el

efecto invernadero. Tracemos la curva. Incidencia de metales pesados, mercurio y litio, en el tejido orgánico. Tracemos otra curva. Lo mismo con hidrocarburos clóricos, hipertrofia de las algas debida a los fosfatos, incidencia de coronarias... Muy bien, ahora superpongamos todas esas curvas en el mismo gráfico.

—Veo adonde quiere ir a parar. Pero debe tener cuidado con ese tipo de juegos estadísticos. Por ejemplo, el incremento de accidentes de tráfico coincide con el incremento en el uso de latas de aluminio e impermeables recubiertos de plástico.

—Cierto. No creo estar cayendo en eso. Sólo quiero encontrar explicaciones racionales a un par de, por otra parte, situaciones irracionales. Una es ésta: si las alteraciones acaecidas en nuestro planeta no son más que el resultado de una negligencia..., algo más o menos fortuito, la negligencia..., entonces, ¿cómo es que nadie está siendo negligente de modo que salga beneficiado el medio ambiente? Sorprendente, ¿no? Lo prometí, nada de lecciones de ecología. Repito: ¿cómo es que toda esa negligencia promueve una alteración y no una conservación?

»Siguiente pregunta: ¿a qué se encamina ese cambio? Supongo que habrá leído textos especulativos sobre el "terraformar", alterar otros planetas con el fin de hacerlos habitables para seres humanos. ¿Puede imaginar que se esté intentando cambiar este planeta para que se acomode a algún otro ser? ¿Puede imaginar que necesiten más agua y que quieran derretir el casquete polar mediante el efecto invernadero? ¿O incrementar el nivel de óxidos de azufre, para eliminar ciertas formas marinas que van desde el plancton a las ballenas? ¿O reducir la población aumentando los índices de cáncer de pulmón, enfisemas, ataques cardíacos o, incluso, guerras?

Los dos hombres se sorprendieron mirando el rostro dormido del ataúd. Karl dijo con suavidad:

—Ya sabe a qué se dedicaba: sustancias petroquímicas, combustibles fósiles, alimentos procesados, publicidad, todo lo que ha producido alteraciones o ayudó a los alteradores.

—No estará culpándole de todo eso.

—Por supuesto que no. Encontró ayudantes voluntarios a millones.

—No pensará que intentaba alterar un planeta entero sólo para poder encontrarse cómodo en él.

—No, no lo pienso, y éste es el quid de la cuestión. No sé si habrá más como él o como Epstein, pero sí puedo suponer que, si prosiguen las alteraciones actuales, que además se aceleran, habrá que prepararse para recibirles.

—¿Qué le gustaría hacer, entonces? —dijo Wheeler—. ¿Movilizar al mundo contra el invasor?

—Nada parecido. Supongo que yo invertiría las alteraciones, lenta y silenciosamente. Si este planeta en estado normal es inadecuado para ellos, lo mantendría así. Y no creo que tuviesen que volverse. Lo que creo es que, sencillamente, no vendrían.

—O lo intentarían de alguna otra manera.

—Lo dudo —dijo Karl—, porque lo intentaron de ésta. Si hubiesen pensado que podrían haberlo hecho con flotas de naves espaciales y armas supermortíferas, ya estarían haciéndolo. No, ésta es su manera, y, si no funciona, lo intentarían en otro sitio.

Wheeler, pensativo, empezó a mordisquearse el labio.

—Lo único que se necesitaría —dijo Karl con suavidad— es a alguien que supiese lo que estaba haciendo, que tuviera la influencia suficiente y la habilidad necesaria para saberlas utilizar. Incluso podrían manipular vidas humanas para conseguir la clase de hombre requerida.

Antes que Wheeler pudiese contestar, Karl volvió a tomar el escalpelo.

—Quiero que haga algo por mí —dijo bruscamente y con un nuevo tono de voz, autoritario; el mismo de Wheeler, en realidad—. Quiero que lo haga porque ya lo hice yo, y maldita sea si quiero ser el único hombre del mundo que lo ha hecho.

Se apoyó en la parte superior del cofre y realizó una incisión de sien a sien, a lo largo de la línea del cabello. Luego, asegurando los codos en el borde de la caja y sujetándose una mano con otra, dirigió el escalpelo hacia abajo, recto, al centro de la frente y, más abajo, hasta la nariz, dividiéndola exactamente en dos. Continuó por los labios superior e inferior y a lo largo de la punta del mentón llegando hasta la garganta. Luego se incorporó.

—Coloque las manos sobre sus mejillas —ordenó.

Wheeler frunció fugazmente el entrecejo (¿cuánto hacía que nadie le hablaba así?), vaciló y, a continuación, obedeció.

—Al mismo tiempo, tire hacia abajo con las dos manos.

La incisión se ensanchó con la presión y, luego, de improvisto, la carne cedió y se soltó toda la piel del rostro. La inesperada falta de resistencia llevó las manos de Wheeler al fondo del ataúd, con lo que se encontró cara a cara a pocos centímetros del cadáver.

Al igual que los pulmones y los riñones, los ojos —¿ojos?— excedían de la media, ligeramente reducidos en el centro. La pupila era ovalada, un largo eje transversal. La piel era de espliego descolorido con vasos amarillos y, en lugar de nariz, había un agujero orlado por filamentos. La boca era circular, los dientes no estaban situados de forma radial. Tenía poca barbilla.

Wheeler cerró los ojos, sin moverse; los mantuvo cerrados durante un segundo o dos y, luego, los abrió de nuevo resueltamente. Karl rodeó con rapidez el extremo del ataúd y pasó un brazo bajo el pecho de Wheeler. Wheeler se apoyó con fuerza un momento, se incorporó rápidamente y le apartó el brazo de un empujón.

—No tenía por qué haber hecho esto.

—Sí tenía por qué —dijo Karl—. ¿A usted le gustaría ser el único hombre del mundo que lo ha padecido, sin tener a nadie a quien poder contárselo?

Finalmente, Wheeler pudo reírse.

—Apriete ese botón —dijo, cuando terminó de reír.

—Páseme la tapa.

Cleveland Wheeler acercó la tapa del ataúd con docilidad absoluta, y la colocaron entre los dos.

Karl apretó el botón y ambos contemplaron cómo se deslizaba el ataúd hasta el recuadro en llamas. Luego se marcharon de allí.

Joe Trilling tenía una curiosa forma de ganarse la vida. Era una buena forma de vivir pero, desde luego, no ganaba tanto como habría ganado de vivir en la ciudad. De hecho, vivía en las montañas, a casi un kilómetro de distancia de una pintoresca aldea, rodeado de aire puro y bosques de pinos y abedules además de abundante laurel silvestre, y era su propio jefe. No había mucha competencia en lo que hacía.

Lo que hacía era fabricar maniqués anatómicos, principalmente para las fuerzas armadas, aunque tenía muchos encargos de facultades de medicina, de productores cinematográficos y algún que otro particular, sin hacer preguntas. Podía fabricar un modelo de cualquier órgano interno, añadido a un cuerpo o a cualquier parte del mismo o penetrando en él. Podía fabricar modelos para ser mirados, para ser percibidos, oídos y palpados. Podía proporcionarte una hedionda gangrena o una tiroides húmeda salpicada con sangre de verdad. Podía fabricar un ejemplar único o presentar una producción en serie. El doctor Joe Trilling era, en una palabra, el mejor que había en lo que hacía.

—Lo definitivo —le dijo Karl (en circunstancias mucho más relajadas que las precedentes: de día, y con cerveza)—, lo realmente definitivo fue la parte de la cara. Dios, Joe, hiciste un trabajo espléndido.

—Sólo tuercas y tornillos. Lo espléndido fue tu idea de hacer que le pusiera las manos encima.

—¿Qué quieres decir?

—He estado dándole vueltas —dijo Joe—. Creo que ni tú mismo te das cuenta de lo genial que fue ese detalle. Lo de montarle el número al tipo está muy bien, pero hacerle poner las manos encima además de los ojos y el cerebro... Eso fue un golpe genial. Es como..., mira, recuerdo perfectamente una vez que, siendo niño, volvía de la escuela y apoyé la mano en la baranda de una empalizada donde alguien había escupido. —Abrió la mano y la sacudió—. El recuerdo de aquella impresión ha permanecido durante todos estos años. No he podido quitármelo de encima en todo ese tiempo; no me lo han quitado todos los restregones que me di. Es algo más que cerebral o psicológico, Karl, algo más que el mecanismo mnemotécnico en las mismas células, especialmente en las manos, que puede ser evocado. Lo que quiero decir es que, sin importar cuanto tiempo viva, Cleve Wheeler sentirá esa piel resbalando bajo las palmas de sus manos, y eso le enfrentará cada vez con ese rostro. No, tú eres el genio, no yo.

—¡Bah! Tú sabías lo que estabas haciendo. Yo no.

—Seguro que tú no.

Joe se recostó en la silla, tanto que no podía alcanzar su cerveza, y miró al sol a través de ella, desde abajo. Contemplando la cada vez más distante perspectiva de las burbujas (porque se expanden al ascender), murmuró:

—¿Karl?

—¿Sí?

—¿Has oído hablar de la navaja de Occam?

—Sí. Hace mucho. Es un principio filosófico. O lógico o algo así. Veamos. Dado un efecto y una opción de posibles causas, la más simple es la que tiene más probabilidades de ser cierta. ¿Es eso?

—No muy fiel, pero bastante exacto —dijo Joe Trilling con pereza—. Bien. Tú eras quien solía proclamar que la lógica se basta a sí misma y no tiene nada que ver con la verdad.

—Aún lo proclamo.

—Conforme. Ahora bien, tú y yo sabemos que la codicia humana y la negligencia se bastan a sí mismas para destruir este planeta. Nosotros pensábamos que eso no era suficiente para los tipos como Cleve Wheeler, que son los que pueden hacer algo respecto a ello, así que le fabricamos un extraterrestre que respiraba smog. Quiero decir que, con nuestras razones, él no habría hecho nada por salvar al mundo, así que le proporcionamos una razón propia. Sacada de nuestras cabezas.

—Dictada por los factores disponibles. Sí. ¿Adónde quieres ir a parar, Joe?

—Oh, sólo a que nuestro complicado montaje resulta ser de lo más simple, en el sentido que lo redujo todo a una sola causa. La navaja de Occam corta las cosas reduciéndolo todo a causas más simples. Las causas sencillas tienen más probabilidades de ser las reales.

Karl dejó la cerveza de un golpe encima de la mesa.

—Jamás pensé en eso. He estado demasiado ocupado para pensar en ello. ¿Imagínate que tuviéramos razón?

Se miraron el uno al otro, inquietos.

Finalmente, Karl habló:

—¿Qué debemos esperar ahora, Joe..., naves espaciales?

DESLUMBRADO

¡Qué cuento más extraño es éste! Al menos en lo referente a esa pregunta que siempre te hace la gente: «¿De dónde saca usted esas ideas tan raras?».

Harlan Ellison dice que se las envía una anciana de Schenectady dentro de vulgares sobres manila. Yo no la conozco. Creo que lo que hago es intentar comprender cómo funciona el mundo y sus habitantes, actividad que me sumerge continuamente en la fantasía, por ser el único sitio donde la lógica parece tener alguna consistencia.

Pero puedo asegurarte una cosa: ningún otro personaje de mi bibliografía está tan claramente definido en mi cabeza como este hombre deslumbrado. No creo que a los lectores les parezca algo especial, pero lo es para mí, en cada gesto y entonación suya. Y, a diferencia de la mayoría de mis personajes, no está construido a semejanza de nadie a quien conozca. Este hombre deslumbrado es único en su especie.

Extraño. Muy extraño.

I

Trabajo para un corredor de bolsa del piso veintiuno. Últimamente las cosas no van bien para los corredores de bolsa por la escasez de dinero, el histerismo ante las noticias y todo eso. Cuando los negocios de un agente bursátil van realmente mal, no suelen acabar en una bancarrota, sino con una fusión. Es algo relacionado con la imagen pública. La compañía para la que trabajo está pasando una temporada agónica. Para los estamentos inferiores, o sea yo, eso significa un papeleo que no se crearían nunca, sacado adelante con una plantilla reducida. En otras palabras, trabajo nocturno. Anoche trabajé sin levantar la cabeza hasta que mi cuerpo adquirió la forma de la silla, y todo lo que veía tenía un borroso halo azul a su alrededor. Terminé con un montón de papeles, miré los que quedaban pendientes e intenté levantarme. Lo intenté por tres veces antes que mis caderas y rodillas se enderezaran lo bastante como para permitir que me tambaleara hasta el pasillo y los lavabos. No se me ocurrió cerrar la puerta de la oficina y supuse que la confusión, con tanta gente extraña yendo y viniendo en los últimos días, debía haberse apoderado del vigilante de la entrada. El caso es que cuando volví un momento después había un hombre deslumbrado en mi despacho.

Iba bien vestido —supuse que eso, también, le había ayudado a pasar ante los guardias— con un traje marrón de curiosas solapas, que podríamos calificar de camp. Llevaba una corbata naranja de esas que ves en una tienda de moda o en una película antigua. Yo diría que tenía veintitantos, sin llegar a los veinticinco. Y estaba deslumbrado.

Cuando entré y me paré en seco me dirigió una mirada perdida y dijo:

—Éste es mi despacho.

—¿Ah? —es lo único que se me ocurrió.

Miró a su alrededor despacio, fijándose en el escritorio, las estanterías, los archivadores.

Cuando volvió a mirarme dijo:

—Éste no es mi despacho.

Debía estar relacionado con la casa bursátil que iba a absorber a mi compañía en estos tiempos de necesidad. Se lo pregunté.

—No —dijo—. Trabajo para Fortune.

—Entonces —dije—, no sólo se ha equivocado de despacho, sino de edificio. Time-Life está en la Sexta Avenida... Se mudó en el cincuenta y dos.

—En el cincuenta y dos. —Volvió a mirar a su alrededor—. Pero yo..., pero...

Se sentó en el sofá. Creo que se habría derrumbado en el suelo de no haber estado el sofá. Me preguntó qué día era. Creo que le entendí mal.

—Jueves —dije. Miré mi reloj—. Bueno, ya es viernes.

—Me refiero a la fecha.

Señalé al calendario de mesa que estaba a su lado. Lo miró dos veces, cada vez con una mirada larga y precavida. Nunca vi a un hombre ponerse de ese color. Se llevó la mano a los ojos. Hasta sus labios palidieron.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Se encuentra bien? —pregunté.

Una pregunta realmente estúpida.

—Dígame una cosa —inquirió unos momentos después—. ¿Ha habido alguna guerra?

—Debe estar bromeando.

Bajó la mano y me miró, tan perdido, tan asustado. No, asustado no. Tiene que haber otro término. Angustiado. Necesitaba respuestas, las necesitaba. No preguntas, no ahora.

—Hace bastante —dije.

—¿Murieron muchos?

—Más de cincuenta mil. —Algo me hizo añadir—: Norteamericanos. Los otros, cinco o seis veces más.

—Oh, Dios mío —volvió a decir—. Es culpa mía.

Antes de seguir debo aclarar que jamás se me ocurrió pensar, ni por un segundo, que el tipo estuviera en algún viaje con drogas. No es que yo sea un experto en eso, pero hay veces en que lo sabes. Fuera lo que fuese lo que le preocupaba, era algo real..., o al menos a él le parecía real. Además, había algo en él que me caía bien. No era la ropa, no era la cara, sino la persona, la clase de persona que era.

—Mira, estás hecho polvo y yo estoy mareado y cansado de hacer esto. Hagamos un descanso y tomémonos un café en el Automat.

Volvió a dirigirme esa mirada perdida.

—¿Está liberalizado lo del sexo? Quiero decir, si los chicos...

—Como conejos —dije—. Igual que las películas de cine de barrio. No sé lo que van a hacer para superarse en eso. ¿Dónde has estado? —tuve que preguntarle.

Negó con la cabeza y me habló con candidez.

—No sé dónde era. ¿Hay gente que deje el trabajo, y la escuela, para irse a vivir al campo?

—Algunos —dije—. Vamos.

Apagué la lámpara del techo, dejando encendida la de mi escritorio. Él se levantó como si estuviera conectado al interruptor, pero se quedó inmóvil mirando el calendario.

—¿Hay gente que pone bombas?

—Ayer pusieron tres en Newark. Vamos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

Cerré la puerta y recorrimos el pasillo hasta llegar al ascensor. El aire silbó dentro del hueco cuando subió la cabina.

—Siempre hace ese ruido a esta hora de la noche —dijo. Nunca me había dado cuenta de ello pero en cuanto lo dijo supe que tenía razón—. ¿Le importa si bajamos por las escaleras? —añadió débilmente.

—¿Veintiún pisos?

Las puertas se abrieron. El tipo no quería entrar. Quiero decir que no quería de verdad. Me detuve en la abertura mientras él intentaba infundirse valor. No le llevó mucho, pero fue una batalla titánica. La ganó y entró, dio media vuelta y apoyó la espalda contra la pared del fondo. Apreté el botón y empezamos a bajar. Parecía estar muy mal. Le dije algo pero él alzó una mano, barriendo mis palabras antes que estuvieran fuera. No volvió a moverse hasta que se abrieron las puertas y entonces miró al vestíbulo, como si no supiera qué esperar. Pero sólo era el vestíbulo, con la mesita ovalada de información a la que llamábamos la pecera, el suelo brillante y la mesa portátil de madera, semejante a un atril, donde firmabas al entrar y salir fuera de horas y donde se suponía que debía estar el guardia. Pasamos ante él y llegamos hasta Rockefeller Center. Él respiró profundamente y tosió a continuación.

—¿Qué es ese olor?

Yo iba a decir alguna trivialidad sobre lo único bueno que tiene el trabajar hasta tarde, que puedes respirar aire de verdad, pero no lo dije.

—El smog, supongo.

—Smog. Ah, sí, humo y niebla. Ya me acuerdo. —Entonces pareció recordar otra cosa, algo que le devolvió a su problema, fuera cual fuese, con la fuerza de un martillazo—. Sí, claro —dijo, como para sí—. Tenía que pasar.

En la Sexta Avenida (los neoyorquinos siguen negándose a llamarla Avenida de las Américas) pasamos junto a dos parejas que estaban riéndose. Una de las chicas vestía un peto transparente de tejido plástico. La otra llevaba un abrigo abierto muy largo que dejaba al descubierto unos pantalones cortos. Mi compañero apreciaba el espectáculo pero no estaba sorprendido. Creo que lo que dijo fue: «Esto también...», asintiendo con la cabeza. Se fijaba en todos los coches y sus ojos parpadeaban al pasar junto a los sitios donde solían venderse libros y revistas atrasadas; todos y cada uno de ellos eran ahora establecimientos con peep-shows y revistas porno. Asentía del mismo modo ante esto.

Llegamos al Automat y entonces me di cuenta del desacostumbrado ramalazo de genio que me hizo sugerir el sitio. El Automat lo vi por primera vez desde la cadera de mi madre hace más años de los que puedo mencionar, y he vuelto muchas más veces desde entonces, y ha cambiado muy poco, exceptuando, claro, los números en las pequeñas tarjetas blancas que dicen cuántas monedas debes echar por la ranura para obtener la comida. Uno tiende a sobresaltarse al verlas tras estar varios años ausente. A mí siempre me pasa, y al extraño joven que iba conmigo también. Eso aparte, en el lugar hay una sensación atemporal, sobre todo, a altas horas de la madrugada. La mujer mayor excesivamente maquillada que se echa ketchup con aire furtivo, o alguien como ella, está ahí desde hace cincuenta años; igual que la joven pareja, vulgar para ti pero hermosos el uno para el otro, repletos de ausencia de sueño y descubrimientos; o el trabajador en el declive de su vida distraído un bocado camino del trabajo y que aún no se ha despertado de la cama, y ni falta que hace; con su contrapartida yendo en dirección contraria que tampoco tiene por qué seguir despierto. Y con el mismo mostrador de mármol rodeándolo todo, con las ranuras gastadas por los incontables millones de monedas que les han echado, y detrás de él está la misma maquinaria, vieja y gastada, y rodeándole por todas partes los mismos marcos de níquel (no de cromo) en las centenares de puertecitas acristaladas donde la comida siempre parece mejor de lo que es. Con todo, es un sitio ideal para la reorientación de los viajeros en el tiempo.

—¿Eres un viajero temporal? —pregunté, siguiendo mi intuición y esperando hacerle sonreír.

No sonrió.

—No —dijo—. Sí, bueno... —un pánico que aleteaba asomó a sus ojos—. No lo sé.

Conseguimos nuestro café directamente de la boca del león y lo llevamos a la mesa de la esquina. Creo que fue cuando nos sentamos ahí, cuando me vio de verdad por primera vez.

—Has sido muy amable —dijo.

—Bueno —dije—. Me venía bien un descanso.

—Mira, voy a contarte lo que me ha pasado. Aunque no espero que me creas. Yo en tu lugar no lo haría.

—Pruébame —sugerí—. Además, ¿qué importancia tiene que te crea o no?

—«La creencia o la no creencia no afectan en nada a la verdad objetiva.» —Por su tono, podía decir que estaba citando a alguien. La sonrisa que buscaba estuvo a punto de aflorar y dijo—: Tienes razón, te contaré lo que ha pasado porque..., bueno, porque quiero hacerlo. Porque tengo que hacerlo.

Dije adelante, y le pedí que disparara. Disparó.

—Trabajo en Promoción y Circulación —empezó—. O quizá deba decir que trabajé..., sí, supongo que sí. Tendrás que perdonarme, estoy algo confuso. Hay tantas cosas...

»Quizá deba volver a empezar. No empezó en Rockefeller Center. Empezó, oh, no sé hace cuánto tiempo, conmigo preguntándome sobre las cosas. No es que yo sea alguien especial, no estoy diciendo que lo sea, pero parece que nadie se pregunta las mismas cosas que yo. O sea, quiero decir que la gente está tan cerca de lo que pasa que nunca parece darse cuenta de lo que está en marcha.

»Un momento, tampoco quiero confundirte. Con uno de nosotros basta y sobra. Te pondré un ejemplo.

»La segunda guerra mundial empezó cuando yo era niño, y un día nos reunimos un grupo de chicos e intentamos adivinar quién lucharía contra quién. A un lado estábamos nosotros con los ingleses y los franceses, eso seguro; los alemanes, los austríacos y los italianos al otro, hasta ahí la cosa estaba clara. Y los japoneses. Pero, ¿y quién más?

»Ahora la cosa es historia y está asumida y no hay ninguna razón especial para pensar en ello, pero en aquel momento resultaba imposible que alguien predijera la alineación que acabó formándose. Si miras en los archivos de los periódicos, en Harper's o en Reader's Digest o cualquier otro, y revisas los editoriales verás a lo que me refiero. Nadie predijo que nuestro mejor y más fuerte amigo estaría en paz con nuestro peor y más mortal enemigo casi hasta finales de la guerra. Me refiero a que si lo planteamos en términos personales, y si tú y yo somos amigos y hay alguien que quiere matarme y descubro que él y tú son amigos, ¿podríamos volver a hablarnos? Pero ahí teníamos a la Unión Soviética, luchando hombro a hombro con nosotros y contra los nazis, y llevaban cinco años en paz con Japón.

»Y a propósito de Japón; había centenares de millares de chinos que llevaban diez años enzarzados en una lucha a muerte contra Japón. ¡Diez años, hombre!, y con coreanos luchando a su lado. Y gastamos miles de millones organizándonos para montar incursiones aéreas contra el Japón desde millares de kilómetros de distancia... Nueva Guinea, las Islas Salomón, Saipán, Tinian. ¿Sabes lo lejos que está Tokio de China, atravesando el mar del Japón? Novecientos sesenta. ¿Sabes lo lejos que está Pusan, Corea, de Hiroshima? ¡A doscientos kilómetros!

»Lo siento. Siempre me excito así cuando pienso en ello. Pero, maldita sea, ¿por qué no pudimos negociar para trasladarnos allí y construir aeropuertos en China y en Corea? ¿Creían que nos habrían rechazado los nativos? ¿O es que no nos gustaba el chop suey? Ya sé que hay justificaciones como apoyar a Chiang contra los comunistas y hasta leí en algún sitio que en nuestra política no entra el intervenir en el Sudeste Asiático. (¿He dicho algo gracioso?) Pero ya sabes que los comunistas y Chiang establecieron una tregua, y la mantuvieron, para luchar contra el enemigo común.

»Bueno, está bien. Supongo que todo esto no parece tener mucho que ver con lo que me ha pasado, pero es el tipo de cosas en las que he pensado toda mi vida. No son sólo las guerras las que sacan a colación todo esto, pero Dios sabe que lo hace más evidente. Por ejemplo, Italia y Alemania afilando sus nuevas armas y estrategias en la guerra civil española, o Mussolini invadiendo Etiopía... Diablos, cuanto más sofisticada es la gente, menos ve lo que tiene ante las narices. Cualquier niño de jardín infantil sabe cuando tiene un matón delante y tiene suficiente sentido común para, por lo menos, tenerle miedo. Cualquier muchacho de primaria sabe cómo organizar un grupo de presión contra uno de los malos. Las guerras son situaciones entre la vida y la muerte donde todo lo posible, práctico y lógico acaba saliendo a la luz. Cuando no lo hace, no puedes evitar el pensar en ello. Los campesinos franceses se mataron a impuestos para construir la línea Maginot durante los años treinta, preparándose concienzudamente para el tipo de guerra a la que se enfrentaron en mil novecientos catorce.

»Pero miremos en otra parte, la gonorrea puede eliminarse en seis meses, la sífilis en cosa de un año. El mes pasado leí un panfleto... voy a tener que controlar eso de "el mes

pasado” o “en la actualidad” y cosas así..., bueno, el caso es que el panfleto planteaba una correlación entre el fumar tabaco y el aumento del cáncer de pulmón, diciendo que hay investigaciones científicas que demuestran que en los cigarrillos hay algo que provoca cáncer en ratones. Estoy seguro que si el gobierno hace una declaración oficial al respecto, la gente la leerá y se asustará, y seguirá fumando. Ha sonreído otra vez. ¿Tiene gracia?

—No tiene gracia —le dije al hombre deslumbrado—. Permita que traiga otra taza de café.

—Pero esta vez invito yo. —Eché unas monedas encima de la mesa—. Pero, de todos modos, estaba sonriendo.

—No era esa clase de sonrisa, como si me hiciera gracia —le dije—. El ministro de Sanidad presentó hace muchos años un informe al respecto. Ya no se puede anunciar tabaco en televisión, pero, ¿qué es lo que ha cambiado? Mire a su alrededor.

Mientras él miraba a su alrededor, yo miraba sus monedas. Monedas de plata. Cuartos de plata. De 1948, 1950, 1945. Empecé a sentirme raro con respecto al tipo. Corrección: mi “sentirme raro” subió otro grado en la escala.

—Hay un montón de gente que no fuma, pero que también tose —dijo.

Los dos miramos a nuestro alrededor. Había vuelto a mostrarme algo que siempre había visto, que nunca había notado. Cuánta gente tosía.

Fui por más café.

II

Continuó hablando.

—Cada cuatro semanas recibo..., ¿recibía?... recibía un ferro. Un ferro es una copia de una revista con todas las correcciones hechas y el texto en su sitio, y que examinas antes que entre en máquinas. Tengo que admitir que me proporciona..., me proporcionaba..., un sentimiento de importancia poder recibirla gratis (es una revista cara) incluso antes que «la gente importante del gobierno, la industria, el comercio y las profesiones liberales», tal y como reza en las circulares promocionales que yo redacto, tuvieran oportunidad de leerlo y moverse y estremecerse, pues son los que mueven y estremecen todo.

»El caso es que había un artículo en el nuevo número, no en el actual, sino en el nuevo de verdad, de la revista, que se titulaba “La generación silenciosa”. Trataba de la generación que se graduaba ese mismo año, los jóvenes que el próximo mes de junio saldrían al mundo y tomarían las riendas. Estoy hablando de la primavera de mil novecientos cincuenta, entiende. Y me produjo escalofríos. Me asustó a medida que lo leía y me asustaba más y más cuanto más pensaba en ello, en su estupidez, en la increíble ceguera de la gente, no de la gente en su conjunto, sino de la gente mencionada en el artículo, la promoción de mil novecientos cincuenta, joven, brillante e informada. Habían tenido una buena educación formal y uno asumía que la tenían fresca en la mente, no sólo lo que habían aprendido, sino lo otro para lo que sirve la universidad: para aprender cómo aprender.

»¿Y qué creías que les preocupaba? ¿Sobre qué hablaban hasta las tres de la madrugada? ¿Qué clase de planes tenían para ellos mismos..., y para todos nosotros, ya que eran los que llevarían las riendas de todo? ¿La democracia? ¿La relación del hombre con su planeta, o del hombre moderno con la historia? Infiernos, no.

»Según este artículo, lo que les preocupaba eran los tipos de interés. La pensión de jubilación. ¡Por el amor del Cielo! ¡La promoción rápida al especializarse en una industria diversificada! ¿Pasaron sus últimos días de universidad afilando sus recién adquiridos talentos o emborrachándose, o incluso tomando al asalto el dormitorio de las chicas? Nooo. Los pasaron moviéndose de despacho en despacho de los cazadores de talentos que habían llegado al campus por cuenta de compañías financieras, químicas y

electrónicas, buscando el contrato que aseguraba el sueldo más estable y seguro y el trabajo más cómodo y el sitio más cálido donde yacer al final de todo.

»La generación silenciosa, la llamó el hombre que escribió el artículo. Se había graduado a finales de los treinta y tenía mucho que decir acerca de su generación. Había muchas cosas malas en ella y cometió algunas locuras. Sus miembros discutieron mucho los unos con los otros y con sus mayores y se unieron a cosas como la Liga de Jóvenes Socialistas, pero no porque fueran de izquierda, sino por ser los únicos grupos que parecían preocuparse por el estado en que estaba el mundo. Lo más importante de ellos era que sabías que estaban allí. Formaban una generación ruidosa. Tenían esa mezcla de curiosidad y rebelión que te hacía saber que estaban vivos.

»El articulista miraba a la promoción del cincuenta con cierta desesperación, y también con algo de terror. Si iban a controlar las cosas, la experiencia no se limitaría a modificarles y atemperarles. Eso les endurecería como a las arterias de un viejo. Eso significaba más-de-lo-mismo hasta que estuvieran viviendo en un mundo completamente personal e irreal, sin modo alguno de comunicarse con el resto de nosotros. Crecer, cambiar y probar cosas nuevas sólo les asustaría. Tendrían el poder, y lo usarían para reprimir todo cambio y crecimiento, sin saber que las sociedades necesitan crecer y cambiar para poder vivir, igual que los árboles o los bebés o el arte o la ciencia. Así que el articulista sólo podía ver ante sí un estancamiento sólido, silencioso y próspero, y luego un colapso total y repentino, como un árbol que se ha podrido.

»Bueno, no sé lo que piensas de todo esto, ni si comprendes la forma en que me afectó. Pero he intentado explicarte cómo me he visto toda la vida plagada por esas..., bueno, yo las llamo extrañezas..., y cómo me duele que algo carezca de sentido. Cuando no era más que un niño no podía dormir queriendo que alguien me explicara porqué una toalla es más oscura cuando está húmeda si el agua no tiene color. En el instituto nadie podía decirme por qué el sonido de una bomba al caer es más y más bajo a medida que se acerca al suelo, cuando según todas las leyes físicas debería aumentar. Y en la universidad no me tragaba que hubiera un límite a la velocidad de la luz. Y sigo sin hacerlo. En lo referente a ese tipo de cosas, nunca he perdido la fe en que alguien, algún día, aparecería con una respuesta que me satisficiera, y, de cuando en cuando, siempre aparece alguien que resuelve alguna. Pero cuando fui lo bastante mayor como para preguntarme por qué la gente inteligente se comporta como si fuera imbécil, ese tipo de fe no duró mucho. Empecé a pensar que había algún otro factor, o fuerza, en movimiento.

»¿Recuerdas Los viajes de Gulliver? Cuando está en Lilliput hay una guerra entre los lilliputienses y otra nación de enanitos..., no recuerdo cómo se llaman..., y Gulliver interviene y acaba con la guerra. Investigó en la historia de los dos países y descubrió que habían sido uno solo, e intentó descubrir lo que provocó tantos años de amarga enemistad entre ellos. Descubrió que en el reino original había dos facciones: los grandes extremos y los pequeños extremos. ¿Y sabes en qué empezó todo? Tiempo atrás en su historia, una mañana en que estaban desayunando, uno de los cortesanos del rey abrió el huevo pasado por agua por el extremo más ancho y otro le dijo que era la manera equivocada, que debía hacerlo por el extremo más pequeño. Lo que Swift quería decir con esto es que de causas insignificantes pueden surgir conflictos que duren cientos de años y maten a miles. Bueno, entonces estaba muy cerca de eso que me ha molestado toda la vida, pero se conformaba con decir que pasaba así. Lo que me inflamaba era ¿por qué? ¿Por qué, cuando se demuestra que la causa del problema es una antigua trivialidad, la gente no se limita a dejar de luchar?

»Pero vuelvo a perderme en las guerras, supongo que es porque cuando hablas de estupideces, la guerra proporciona demasiados ejemplos. Dime, ¿por qué, cuando alguien va a morir de una enfermedad incurable y necesita algo para el dolor, no le administran heroína en vez de morfina? ¿Porque la heroína crea hábito? ¿Qué importancia tiene eso? Además, la morfina también lo crea. Te diré por qué. Porque la heroína hace que te

sientas maravillosamente bien y la morfina torpe y gris. En otras palabras, la heroína es diversión, recuerda que estoy hablando de casos terminales, de morir sumido en la agonía, no de gente sana y normal, y la morfina no lo es..., y como es diversión, tiene que haber algo malo o erróneo en ello. Se supone que un hombre moribundo no debe sentirse bien. Y hay leyes que impiden que se traten y reconozcan las enfermedades venéreas; y leyes contra el aborto; y todas esas leyes sobre obscenidad..., y en la raíz de todo eso están las leyes contra el placer. ¿Te gustaría tener que explicarle todo esto a un hombre de Marte, que no se haya educado y crecido con ellas? No podría seguir tu razonamiento como tampoco comprendería por qué no hemos construido un motor calorífico, que básicamente es un motor de combustión interna, que pueda funcionar sin un sistema frigorífico, un sistema pensado para disipar el calor.

»Y muchas cosas más.

»Así que quizá te des cuenta de lo que pensé al leer el artículo sobre la promoción de los cincuenta. El artículo culminó una alta pirámide de mi interior, haciendo que todo adquiriera un extremo punzante.

»¿Tienes una pluma? —dijo el joven. Y en todo este tiempo no había perdido su mirada deslumbrada. Supongo que era difícil reprochárselo—. Los lápices no escriben muy bien en las servilletas de papel —dijo.

Le pasé mi rotulador.

—Prueba con esto.

Lo probó.

—Eh, esto es estupendo. Escribe muy bien.

Un rotulador funciona muy bien sobre servilletas de papel. Lo estudió como si nunca lo hubiera visto antes.

—Muy bien —repitió. Luego dibujó:

—El yin y el yang —dijo—. ¿No es eso?

Él asintió.

—Uno de los símbolos más antiguos de la Tierra. Sabes lo que significa, supongo.

—Bueno, más o menos. Todos los opuestos, la vida y la muerte, la luz y la oscuridad, lo masculino y lo femenino, lo ligero y lo pesado, todo lo que tenga un opuesto.

—Eso es —dijo él—. Voy a mostrarte otra cosa.

Tomó otra servilleta, la dobló por la mitad, y puso el borde doblado sobre el símbolo.

—Mira, si tienes que viajar en línea recta a través del diámetro, cualquier diámetro, siempre pisarás sobre blanco o sobre negro en un momento u otro. Si vas por el diámetro, nunca irás continuamente sobre un solo color si no te desvías o tomas un atajo.

»Ahora supongamos que este círculo es el tablero donde se dirimen todos los asuntos humanos. La línea recta es la que recorre cualquier ser humano; una vida, un matrimonio, una filosofía, un trabajo. El recorrido óptimo es el del diámetro completo, y a eso aspira la mayoría de la gente; unos cuantos pueden tomar atajos o torcerse en el camino, los enfermos. Pero la mayoría pueden recorrer, y recorren, el diámetro completo. Para cada persona, vida, matrimonio, lo que sea, hay un diferente punto de partida y un diferente punto de llegada, pero si recorren la línea recta que pasa por el centro, atravesarán tanto terreno blanco como negro, tanto yin como yang. El equilibrio es perfecto, vayas por donde vayas. ¿Lo entiendes?

—Veo lo que quieres decir —dijo—. Se te enfría el café.

—También el tuyo. Imagina ahora que aparece una fuerza y desvía uno de los colores del centro, así...

Y volvió a dibujar:

Miramos el dibujo. Dibujaba bien y con rapidez.

—Si el cambio fuese gradual, habría gente, algunas vidas, algunas filosofías, que no tendrían desde el principio ese perfecto equilibrio entre blanco y negro, entre yin y yang.

No hay nada malo en el camino que han tomado, siguen dirigiéndose al centro y atravesándolo.

»Y si el cambio continuase hasta llegar a donde lo he dibujado, puedes ver que habría gente que sólo viajaría sobre la parte blanca.

»Y eso es lo que nos ha pasado. Ésa es la respuesta a lo que parece ser la estupidez humana. ¡No hay nada malo en la gente! La mayoría quieren viajar en línea recta, y así lo hacen. No es su culpa que hayan cambiado las reglas y que la única forma de obtener el antiguo equilibrio sea escoger un camino que es errático o retorcido o corto.

»El café está frío. Oh, Dios, me enrolló demasiado. Querrás volver a la oficina.

—No, no quiero —dije—. Al infierno con ella. Sigue hablando.

Pues algo de todas esas argumentaciones me provocaba una excitación extraña y profunda. Lo que decía haberle preocupado toda la vida, o cosas parecidas, me había preocupado también a mí. ¿Cuántas veces me había parado en la cabina para votar, intentando decidirme entre pinto y gorgorito, entre los grandes extremos y los pequeños extremos? ¿Por qué no puedes decir «la honestidad es la mejor política» o «trata como te gustaría que te trataran» y enderezar toda una vida, aunque eso signifique la diferencia entre la vida y la muerte? ¿Por qué sigue fumando la gente? ¿Por qué se considera obsceno un pecho de mujer, que para millares de artistas siempre fue fuente de belleza y para millones de niños fuente de vida? ¿Por qué manipulamos las cosas para subir el costo de esta carretera o esta escuela y así «obtener dinero federal» si todo el dinero federal viene de nuestros propios bolsillos? Y si la mayoría de la gente intenta ser amable y honesta y decente, ¿por qué cometen las estupideces que cometen?

¿Qué diablos fue lo que nos hizo ir a Vietnam? ¿A qué vienen los ghettos? ¿Por qué los liberales honrados y sinceros no se callan y se mudan en silencio a los ghettos para que alguien del ghetto tome su lugar en el barrio, y no dejen de hacerlo hasta que deje de haber ghettos? ¿Por qué no pueden inventar un país llamado Suez que esté a ambos lados del canal y poblarlo con gente de Israel, y de todos los países árabes y todos los refugiados y financiarlo con los peajes del canal, e instalar plantas atómicas que desalinicen el agua de mar y hagan florecer al desierto, prohibiendo las armas y éste o aquél motivo de conflicto y odio? En otras palabras, ¿por qué son imposibles las soluciones simples? ¿Por qué resulta inaceptable cualquier solución que no implique matar gente? ¿Qué nos convierte en una población que copula poco y procrea mucho cuando el equilibrio perfecto está al alcance de cualquiera?

Y en esa cansina hora de una silenciosa mañana pasada en el Automat, me sentía atravesado por el brillante dardo de la esperanza que mi deslumbrado amigo tuviera las respuestas.

¿Volver a la oficina? ¡Ja!

—Puedes seguir —dije, y él continuó.

III

—Bueno, de acuerdo —continuó él—, leí ese artículo sobre la promoción de los cincuenta, la generación silenciosa, y empecé a asustarme como un loco, y la cosa fue en aumento hasta que sentí que debía hacer algo. Si la promoción de los cincuenta acababa haciéndose cargo de las cosas, tendrían el dinero, tendrían el poder. En más de un sentido tendrían las armas. Sería el principio de un largo período, quizá eterno, de más-de-lo-mismo. No parecía haber ningún modo de impedirlo.

»Concebí esta teoría del yin-yang cuando estaba en la universidad, por ser la única que encajaba con los datos disponibles. Si pensaba que alguna fuerza había desviado el centro, la gente buena, que caminaba rectamente como debía, se veía obligada a hacer cosas malas porque nunca, nunca, alcanzaba el equilibrio. Sólo había una cosa que no sabía.

»¿Qué fuerza había desplazado el centro?

»Me senté en la oficina, apartando e ignorando mi trabajo, e intenté recuperarme. “Courage, mon camarade, le diable est mort”, me dije. ¿Significa algo para ti?

»¿No?

»Muy bien. Cuando era niño leí un libro titulado *The Cloister and the Hearth*, de Charles Reade. Trataba de un niño educado en un monasterio y que salía al mundo exterior, un mundo del siglo dieciocho, o anterior, ya no me acuerdo. El caso es que uno de los personajes con que se encuentra es un francés loco que siempre está alegre y animando a la gente y esto era lo que decía en los peores momentos: “Valor, compañero, el diablo ha muerto”. Es algo que me quedó, y solía decirlo cuando todo parecía irse al infierno y no tenía nada a lo que poder recurrir ni nada a lo que agarrarme. Lo dije en ese momento, y, sabes, fue como si se encendiera un flash entre mis orejas.

»Piensa un minuto. Lo que me preocupaban eran cosas reales, no mitos ni fantasías ni principios religiosos. Eran la superpoblación y las leyes contra la diversión y el Cuenco de Polvo. ¿Recuerdas eso? Bueno, ya hablaremos de ello en otra ocasión. Y ninguna parte donde echar la basura, y la avaricia, el matar, la crueldad y la apatía.

»Tomé un papel y dibujé estos mismos diagramas y me quedé mirándolos. Estaba muy excitado. Sentía que estaba muy cerca de la respuesta.

»El yin y el yang. El bien y el mal, claro, pero nadie que lo comprendiera le asignaría un color al bien y otro al mal. Lo que tiene que haber es un equilibrio perfecto entre ambos. Luz y oscuridad, macho y hembra, abierto y cerrado, vida y muerte, lo-que-separa y lo-que-une, todo ello, cualquier cosa, en oposición, en equilibrio.

»Bueno, pues el diablo siempre ha tenido muy mala reputación. Digamos que mala prensa. ¿Por qué no? Supongamos que estaba al cargo de la zona del yang y que ésta es la que se ha visto desplazada. Todo el que viviese y pensase de forma recta se pasaría toda su vida, carrera y pensamientos en la zona del yin. Tendría que saber que el yang estaba ahí, pero nunca lo encontraría, nunca lo experimentaría. Y, además, se sentiría asustado porque eso es lo que le hace la ignorancia a la gente, hasta a la que es buena.

»Y los que experimentaran el yang, la zona del diablo, encontrarían mucho más de la otra a medida que avanzaran, porque el equilibrio habría desaparecido. Y cuanto más se desplazara, más gente inocente y bien pensada seguiría con sus vidas y pensamientos, y peor pensarían de la zona del diablo, y peor hablarían de él y sobre él. Hasta tal punto que no podrías fiarte de los libros, por haber sido escritos desde un solo punto de vista, el mayoritario del desequilibrio. Empezaría a parecer como si la parte yang del Universo fuera un manchón que hubiera que eliminar para obtener un universo yin totalmente limpio, y así consigues tus John Knox o Cotton Mathers, buena gente que se mueven en línea recta y sin titubeos, y que actúan según la evidencia que todo está mal por razones que no pueden ser racionales.

»Y yo pensé: “Eso es”.

»¡El diablo ha muerto!

»¡Tengo que hacer algo al respecto!

»¿Pero qué?

»Decírselo a alguien, eso es. Decírselo a todo el mundo, pero seamos prácticos. Debe haber alguien, en alguna parte, que sepa qué hacer al respecto, o al menos cómo explicar lo del yin-yang y saber por qué se ha desplazado, para que todo el mundo pueda plantearse lo que hemos hecho, dónde hemos estado.

»Entonces recordé el *Saturday Review*. El *Saturday Review* tenía una sección de anuncios por palabras que, a juzgar por los mensajes, la leía toda clase de gente. Y quiero decir toda clase de gente. Si podía redactar el texto adecuado, escribirlo correctamente.

»Me sentía como un imbécil. En el año mil novecientos cincuenta de Nuestro Señor estaba utilizando todo mi talento de escritor profesional para contarle al mundo que el

diablo había muerto, pero era una obsesión, sabes, y tenía que hacer alguna cosa, aunque fuera una locura. Tenía que empezar en alguna parte.

»Así que escribí el anuncio:

EL PROBLEMA RADICA en que ya no está el que trae la luz y todos estamos en el mismo extremo del columpio. Ayuda o moriremos por ello. Quienquiera que conozca la respuesta llamar a DU6-1212, extensión 2103.

»No voy a decirte cuántos borradores escribí o todos los razonamientos que hice o lo que mi experiencia me dijo que era lo mejor, incluyendo toda clase de metáforas. Sabía que quien pudiera ayudar reconocería lo que estaba pidiendo.

»Ahora viene la parte difícil. Para ti, no para mí, claro. Yo hice lo que tenía que hacer. Tú tienes que creerlo.

»Bueno, quizá no tengas por qué. Límitate a..., bueno, digamos que a creerme hasta que termine. ¿De acuerdo?

»Bueno, pues escribí el texto y la dirección en un sobre. Le puse un sello postal y uno de urgente. Metí el texto y un cheque. Lo cerré y crucé el vestíbulo. Ya sabes dónde se echa el correo, justo frente a mi puerta, tu puerta. Era bastante tarde, todo el mundo se había ido a casa y mis pisadas retumbaron y pude oír ese silbido que hace el ascensor. Eché el sobre por la ranura, di media vuelta y sonó mi teléfono.

»Nunca le había oído sonar antes así. Te lo digo, pero no puedo decir en qué era diferente.

»Corrí hasta la oficina, me senté y tomé el teléfono. Me alegro de haberme sentado antes.

»Y oí esa voz...

»Tengo un oído muy bueno, sabes. He pensado mucho en esa voz y la he recordado y puedo decirte de qué estaba hecha..., un tono, en su armonía octava y quinta. Quiero decir que debes imaginar una voz hecha con tres notas, dos separadas por una octava y una tercera reforzándolas, pero en realidad no eran tres notas, porque sonaban juntas como si fueran una sola. O sea que no eran notas puras, sino tonos vocales, con todos los semitonos implícitos. Y ninguno de ellos te diría nada, igual que no te diría nada la descripción de las características físicas de una cuerda vibrando con el sonido que produce, cuando la cuerda pertenece a un violonchelo tocado por Pablo Casals. Ya sabes, igual que se oye una voz reclamando atención en una habitación llena de gente, por ser lo que es, no por lo que dice. Cuando una voz así tiene, además, algo que decir, bueno, pues la escuchas.

»Escuché. Lo primero que oí, ya que no tuve tiempo ni de decir hola, fue:

»—Tienes razón. Del todo.

»—¿Quién es? —dijo. Y la voz suspiró un poco y esperó.

»—No volvamos por ahí —dijo entonces—. Será mejor que lo deduzcas tú solo.

»Tal como iban las cosas, esto dio de lleno en el blanco. Creo que si la voz no hubiera dicho eso, le habría colgado, o habría perdido mucho tiempo intentando convencerme.

»—Lo que importa es tu anuncio del Saturday Review —dijo la voz.

»—¡Acabo de echarlo al correo!

»—Acabo de leerlo —dijo la voz, explicándose a continuación—. El tiempo no funciona aquí del mismo modo. —Al menos es lo que creo que dijo—. ¿Hasta dónde estarías dispuesto a llegar para arreglar las cosas?

»No supe qué contestar. Me recuerdo apartando el teléfono de mi cara y mirándole como si pudiera decirme algo. Luego volví a escuchar. La voz me dijo exactamente por lo que estaba pasando, con cuidado, no con aire aburrido, sino con el tono que emplearías para explicarle a un niño lo que sabes que le preocupa.

»—Sabes quién soy pero no quieres pensar en las palabras. No quieres creer en nada de esto pero tienes que hacerlo y sé que lo harás. Estás tan complacido contigo mismo por tener razón que no puedes pensar correctamente, lo cual sólo es una de las razones por las que no piensas de forma correcta. Recupérate de una vez y responde a mi pregunta.

»No podía recordar la pregunta, así que tuve que pedirle que me la repitiera..., ¿hasta dónde estaría dispuesto a llegar para enderezar las cosas?

»Tienes que entender que esta voz quería decir lo que decía. Si la hubieras oído, le creerías, lo haría cualquiera. Sabía que se me pedía un compromiso y estaba bastante asustado, pero por encima de todo estaba el hecho que todo podía volver a estar bien, que esa extraña falta que atenazaba a la Humanidad desde hacía centenares, o quizá millares de años, podía solucionarse. Y yo podía ser el responsable de eso. Yo, por el amor de Dios.

»Si tenía alguna duda, alguna sensación del tipo esto-no-puede-ser, desapareció. ¿Hasta dónde estaba dispuesto a ir?

»—Hasta el final —dije.

»—Bien —dijo la voz—. Si esto funciona el crédito será tuyo. Si no es así, lo será la culpa, y tendrás que vivir con la idea de lo que podías haber hecho y de tu fracaso. No podré ayudarte en eso.

»Dije que al menos sabría que lo había intentado.

»—Aunque tengas éxito, puede que no te guste lo que tengas que hacer.

»—Supongamos que no lo hago —dije—, ¿qué pasaría?

»—¿Has leído 1984? —dijo la voz.

»Dije que sí.

»—Pues como eso, pero más y más pronto —respondió—. Es la única forma en que pueden acabar las cosas.

»Era lo que había estado pensando; era lo que me había inquietado al leer el artículo.

»—Lo haré —fue todo lo que dije.

»La voz me dijo que estupendo.

»—Voy a enviarte a ver a alguien —dijo—. Tienes que convencerle. A mí no me hablaría y es el único que puede hacer algo.

»Empecé a notar frío en los pies.

»—¿A quién? ¿Dónde? ¿Qué debo decirle?

»—Sabes lo que debes decirle. O no estaría hablando contigo.

»—¿Qué tengo que hacer? —pregunté.

»Y todo lo que me dijo fue que tomara el ascensor. Luego se cortó la línea.

»Así que apagué la luz y me dirigí hacia la puerta, y entonces me acordé de los dibujos del yin-yang y volví por ellos, por el equilibrado y por el desequilibrado. Los sujeté como tú sujetarías un billete de avión en tu primer vuelo. Fui al ascensor.

»¿Cómo voy a hacer que creas todo esto?

»Bueno, tienes razón: no importa si lo crees o no. Muy bien, esto fue lo que pasó.

»Apreté el botón de llamada y la puerta se abrió al instante, como suele hacer de vez en cuando. Entré en el ascensor y di media vuelta, y allí estaba.

»La puerta no se había cerrado, la cabina no se había movido. Sucedió cuando me di la vuelta. La puerta estaba abierta, pero no daba al vestíbulo del piso veintiuno. Todo era gris. Gris era el terreno de afuera y gris era la niebla. Permanecí inmóvil mirando afuera y el corazón me latía como si alguien me golpeara en el pecho con sus puños. Pero no pasó nada, así que salí.

»Estaba asustado.

»No pasó nada. La niebla gris no estaba ni en movimiento ni inmóvil. A veces me parecía ver formas en ella de árboles, rocas, edificios, pero no había nada y quizá fuese

una inmensa llanura. Daba la impresión de ser el exterior; es lo único que puedo decir con certeza.

»La puerta del ascensor seguía siendo algo sólido detrás de mí, lo cual era reconfortante. Me alejé un paso, uno pequeño, ¿sabes?, y grité. Lo intenté tres veces antes que funcionase mi voz.

»—¡Lucifer!

»Una voz me respondió. Alguien que no era, bueno, tan grande como la que oí por el teléfono, pero que era mayor en otros aspectos.

»—¿Quién está ahí? —dijo—. ¿Qué quieres?

»Estaba irritado. Era la voz de alguien que ha sido interrumpido, de alguien que, también, se siente totalmente capaz de controlar la interrupción. Y esta vez sí había algo acechando entre la niebla.

»Me llevé las manos a la cara. Sentí como mis rodillas golpeaban la tierra gris. No me arrodillé, entiendes. Las rodillas se hundieron como si ya no me pertenecieran. Pero diablos, las alas. Alas de murciélago, correosas, y una cola terminada en una punta que parecía la de una gran flecha. Esa cara, esos ojos. ¡Y tenía una altura de nueve metros, hombre!

»Me tocó el hombro, y habría gritado como una colegiala de tener aliento para ello.

»—Vamos. —Era una voz diferente; la había cambiado, pero seguía siendo la suya—. Yo no tengo este aspecto. Ha salido de tu cabeza. Vamos, mírame.

»Miré. Supongo que debía tener un aspecto gracioso, mirando a toda prisa por si era más de lo que podía resistir y tenía que volver a esconder la cara. Como si me hubiera servido de algo. Pero había recibido más de lo que podía manejar.

»Lo que vi fue un tipo de edad mediana con chaqueta y pantalón de pana y camisa gris. Tenía el pelo gris, una frente lisa y morena y los ojos azules más brillantes que había visto nunca. Me ayudó a ponerme en pie.

»—Tampoco me parezco a esto, pero... —dijo, encogiéndose de hombros y sonriendo.

»—Bueno, gracias de todas formas... —y me sentí estúpido. Miré a la niebla de alrededor—. ¿Dónde es esto?

»El hizo un gesto vago con la mano.

»—No sabría decírtelo. ¿Dónde quieres que sea?

»¿Cómo respondes a una pregunta así? No pude.

»El sí. Puso el dorso de su mano contra mi mejilla y giró lentamente mi cara hacia él y se acercó. Hizo algo que sólo puedo describir como lo que haces tú al tomar una revista y metes un dedo por el borde de las páginas y la abres en alguna parte. Pero, de alguna forma, lo hizo con mi cabeza. El caso es que apareció un brillo dorado que me hizo pestañear.

»Cuando los ojos se me acostumbraron había desaparecido el gris. Cuando era niño trabajé durante un año en una granja de Vermont. Solía ir al atardecer en busca de las vacas. Los pastizales eran enormes, con una barrera de pinos en la parte superior, y todo el conjunto era tan inclinado como un tejado, con mojones de granito con musgo gris verdoso creciéndole por todas partes. Ahí es donde estábamos, con ese olor, la laguna con el polvoriento camino que la rodeaba por un extremo y el viento soplando entre los pinos y un pájaro carpintero escondiéndose en la línea del cielo. Hasta podía ver a tres vacas Holsteins en una ladera de la colina, manteniéndose erguidas de esa forma milagrosa que produce la impresión que tienen dos piernas cortas y dos largas. Nunca descubrí cómo lo hacían.

»Y tuve un fogonazo de pánico porque había desaparecido la puerta del ascensor, pero él pareció darse cuenta e hizo con la mano un gesto casual hacia la izquierda. Y allí estaba, una puerta de ascensor del Rockefeller Center flotando en medio de un pastizal de Vermont. Tiene gracia. Cuando tenía catorce años, esa puerta en los pastizales me

habría dado un miedo espantoso. Y ahora estaba asustado sin ella. Miré a mi alrededor, aspiré el aire de la tarde de agosto y me maravillé de ello.

»—Es tan real —fue lo que dije.

»—Parece real.

»—Pero yo he estado aquí, justo aquí, cuando era niño.

»—También pareció real, entonces, ¿verdad?

»Creo que intentaba obligarme a replantearme las cosas, no a hacerme dudar, sino a borrarlo todo y partir de cero.

»—La creencia o no creencia carece de poder sobre la verdad objetiva —fue lo que me dijo. También que si dos personas creían lo mismo a partir de la misma evidencia, significaba que creían en la misma cosa, nada más.

»Tomó los dibujos de mi mano mientras yo rumiaba esto, los mismos que te he dibujado. Había olvidado que los llevaba en la mano. Los miró y gruñó.

»—Es así, ¿verdad?

»Recuperé los dibujos y empecé mi discurso.

»—Así es, veré. El equilibrio está... —dije, y él se rió un poco y dijo:

»—Espera, espera, no tenemos que pasar por todo eso.

»Creo que quería decir palabras. O sea, volvió a tocarme un lado de la cara e hizo esa cosa con sus ojos dentro de la cabeza. Pero esta vez era como si metieras los dos pulgares e hicieras fuerza para separar dos páginas que están pegadas. No diré que me dolió, pero tampoco me gustaría repetirlo. Recuerdo un vergonzoso fognazo de las cosas que había leído, estudiado, cosas que había pensado y de las que me había despreocupado u olvidado. Y todo el tiempo, un corto tiempo, que estuvo hurgando en mi cabeza también estuvo curándome de mi vergüenza. Empecé a comprender que lo que podía tomar de mí no era sólo lo que había aprendido o asimilado, sino todo, todo lo que había pasado alguna vez por el desagüe. Y todo ello en un momento.

»Entonces retrocedió y dijo:

»—¡Bastardo!

»“¿Qué he hecho?”, pensé.

»Él se rió de mí.

»—Tú, no. Él.

»Yo pensé: “Ah, la voz del teléfono. El que me envió aquí”.

»Me miró con esos ojos de sesenta mil vatios, y volvió a reírse y a agitar la cabeza.

»—Juré que no volvería a tratar con él —dijo—, y, fíjate, me echa un anzuelo.

»Supongo que debí parecer confundido, porque lo estaba. Empezó a hablarme con amabilidad, procurando que me sintiera mejor.

»—No es fácil de explicar —dijo—. Has aprendido mucho que no es como es, y lo has aprendido de gente que tampoco lo comprendía. No podían comprenderlo. Se remonta a mucho tiempo atrás. O sea, para ti. Para mí, bueno, el tiempo es distinto aquí.

»Pensó un poco antes de continuar.

»—Llamarme Lucifer fue muy inteligente por tu parte, ¿sabes? Lucifer significa “el que trae la luz”. Si vas a seguir con lo del símbolo yin-yang, y es bastante bueno, verás que hay un centro para la luz y un centro para la oscuridad, y a veces se dibuja una pequeña mota en cada parte. Yo soy esa mota y la voz que oíste es la otra. Se necesita a los dos para formar el todo. No tenía ni idea... —y volvió a inclinarse hacia adelante para echar otro vistazo dentro de mi cabeza—, ni idea que las cosas se hubieran estropeado tan rápido. Quizá no debí marcharme.

»Tenía que preguntárselo.

»—¿Por qué lo hizo?

»—Me enfurecí —dijo—. Un día se me ocurrió una locura y quise intentar algo y él no quiso que lo hiciera. Pero lo hice de todas formas, y cuando me metí en aprietos no quiso sacarme de ellos. Tuve que seguir hasta el final. Fue doloroso. —Lanzó una carcajada

alegre. Comprendí que “fue doloroso” era un sobreentendido enormemente modesto—. Así que me enfurecí y corté por lo sano y me vine aquí. Él me viene suplicando y enviando mensajes desde entonces, pero no le he prestado atención hasta que viniste tú.

»—¿Por qué yo?

»—Sí —dijo—, ¿por qué tú? —Volvió a pensar—. Dime una cosa, ¿tienes algo que te retenga donde estás? ¿Una mujer o una carrera o hijos o algo así que sufriría si desaparecieses de pronto?

»—No, nada semejante. Algunos amigos, pero ninguna esposa, ni padre. Y mi trabajo sólo es un trabajo.

»—Ya me parecía —dijo, y continuó hablando consigo mismo—. Bastardo. Ha preparado a éste desde un principio. Sabía perfectamente que me daría un ataque al ver el estado en que estaba todo. —Luego dijo con tono amable—: No te lo tomes de manera personal. No podías evitarlo.

»No podía evitarlo. Tampoco pude evitar tomármelo de forma personal.

»Quizá estaba algo irritado cuando dije:

»—Bueno, ¿vas a volver o no?

»Me miró.

»—No lo sé. ¿Por qué no te lo dejo a ti? Decídelo tú.

»—¿Yo?

»—¿Por qué no? Tú te has metido en esto.

»—¿De verdad?

»—No importa lo mucho que te haya manipulado para ello, amigo, antes tenía tu permiso. ¿No es verdad?

»Recordaba a la voz: “¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar?”

»El que yo llamaba Lucifer me clavó sus brillantes ojos.

»—Voy a dejarte la decisión a ti. Haré lo que digas. Si me dices que me quede aquí, que siga a un lado, será algo parecido a lo que dijo Orwell: “Para visualizar el futuro debes visualizar una bota pisando eternamente una cara humana”. Pero si vuelvo va a ser casi igual de malo. Las cosas se han salido realmente de quicio, tanto que no pueden encauzarse de la noche a la mañana. Llevará muchos años. La gente no va a ver la verdad frente a ellos para luego disponerse a seguirla. Tiene que ser animada y empujada, habitualmente volviéndola tan miserable y de tantas formas distintas que se enfurecerá. Encontrarán el camino cuando haya bastantes furiosos.

»—Bueno, de acuerdo entonces.

»Me imitó. Creo que estaba mostrándose mordaz y que quizá no quisiera volver al trabajo.

»—“Bueno, de acuerdo entonces” —se burló—. Habrá que restregarles su estupidez. Habrá que meterles en largas guerras sin sentido. Haremos que vivan bajo leyes que carecen de todo sentido y que haya más y más de ellas. Les cargaremos de impuestos hasta que no puedan tener lujos ni comodidades sin meterse en problemas y les cargaremos con más aún para que hasta el comprar lo justo para vivir sea una carga.

»—Pero es lo mismo que ocurre ahora —dije.

»—No, no lo es —dijo—. Deja que la promoción de los cincuenta tome el poder y tendrás eso. Orwell dijo eternamente y tenía razón. Nada de conflicto, de disensiones, de divisiones, de equilibrio. Si vuelvo, habrá mucho de eso. Morirá gente, mucha gente. Y habrá sufrimiento, mucho.

»—¿No hay otro camino?

»—Mira, no puedes darle a la gente lo que quiere. Tienen que ganárselo o apoderarse de ello. Cuando esto empiece a pasar, habrá bombas y revueltas y gente, especialmente gente joven, que hará lo que quiera y lo que les sea útil, no lo que les digan. Encontrarán su propio camino, y no se parecerá en nada al que les indique el abuelo.

»Pensé en todo esto y en la promoción de los cincuenta y en lo que ocurre ahora.

»—Vuelve —dije.

»Él suspiró.

»—¡Oh, Dios! —dijo.

»No sé lo que quería decir con eso. Pero creo que se alegraba.

De pronto, bueno, me pareció muy repentino, hubo más luz fuera del Automat que dentro. Me sentí tan deslumbrado como mi amigo.

—¿Y qué has hecho desde mil novecientos cincuenta —dije.

—¿Es que no lo entiendes? ¡Todo esto pasó anoche! Volví al ascensor y entré en mi, tu oficina, y allí estabas tú.

—¿Y el diab..., Lucif..., quien sea, también ha vuelto?

—El tiempo es diferente para él. Volvió en seguida. Me has contado bastante sobre lo que ha pasado. Ha vuelto. Volvió. Las cosas vuelven a desplazarse hacia el centro. Con dificultad, pero está pasando.

Metí la cucharilla en mi café frío, la giré en su interior y pensé en los crímenes carentes de motivo, en las muertes inútiles, en la gente decente que no sabía que era ambiciosa, y una profunda alegría empezó a animarse en mi interior.

—Entonces quizá no sea todo inútil.

—Oh, Dios, mejor que no lo sea —susurró—. Porque todo será culpa mía.

—No, no lo es. Las cosas acabarán estando bien —y en cuanto lo dije estuve seguro de ello. Le miré, tan perdido y deslumbrado y pensé: «Voy a ayudar a este tipo. Voy a ayudarlo para que me ayude a comprender mejor, a averiguar cómo podemos volver a equilibrarlo todo». Me pregunté si sabía que era un Mesías, que había salvado al mundo. No creo que lo supiera.

De pronto pensé en algo.

—A propósito —dije—. ¿Te dijo por qué se enfureció y lo dejó todo? ¿Qué era eso que hizo que el otro no quería que hiciese?

—¿No lo dije? Lo siento —contestó el hombre deslumbrado—. Se cansó de ser una..., una fuerza. Un espíritu. Llámalo como quieras. Quiso ser un hombre durante un tiempo, ver cómo era. Podía hacerlo, pero no podía dejar de serlo sin la ayuda del otro. Así que estuvo un tiempo viviendo como un hombre.

—¿Y...?

—Le crucificaron.

FIN